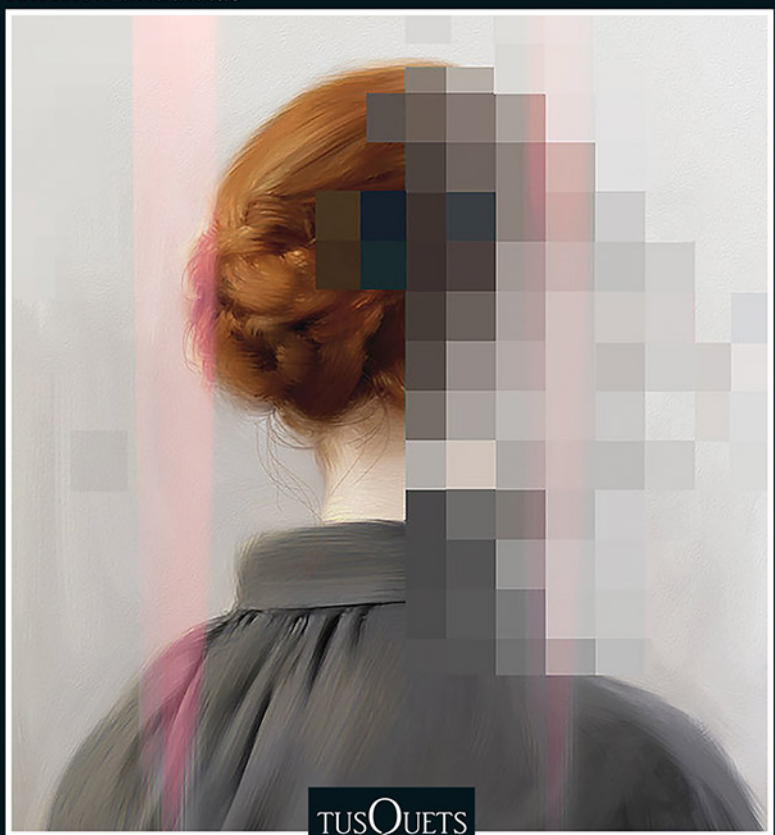
Ignacio Ferrando

EL RUMOR Y LOS INSECTOS

colección andanzas



TUSQUETS EDITORES

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Cita
«Bahnstadt»
Ámsterdam
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
Madrid
12
13
14
15
16
Bahnstadt
17
18
19
20
21

58
59
60
Ámsterdam
61
Madrid
62
63
64
Nota del autor
Notas
Créditos

Sinopsis

Una gran corporación propone a un reconocido antropólogo un experimento. La empresa ha recreado la vida de una aldea de los años ochenta enclavada en un inaccesible e idílico valle del sudoeste alemán. La mayoría de sus pobladores son androides en apariencia indistinguibles de los humanos. En esa instalación, la existencia parece fluir al margen del resto del mundo, pero el protagonista deberá resolver el suicidio ritual de tres adolescentes que se repite de modo invariable sin un motivo que lo justifique. Para el profesor, ninguna máquina se suicidaría por decisión propia y, por tanto, resolver el enigma de su muerte, supondrá borrar definitivamente —o no— la barrera que separa a los hombres de las máquinas. También tendrá que lidiar con las dudas acerca de su propio pasado y de si lo que está sucediendo es real o forma parte de una representación. *El rumor y los insectos* es un trepidante thriller filosófico en el que su protagonista nunca pisa terreno firme.

El rumor y los insectos

Ignacio Ferrando

TUSQUETS EDITORES

El autor quiere agradecer la beca recibida para la creación literaria concedida por la Dirección General del Libro y Fomento de la Lectura del Ministerio de Cultura y Deporte para la escritura de esta novela.

¿Será acaso también sueño, Dios mío, este tu Universo de que eres la Conciencia eterna e infinita? ¿Será un sueño tuyo?, ¿será que nos estás soñando? ¿Seremos sueño, sueño tuyo, nosotros los soñadores de la vida? Y si así fuese, ¿qué será del Universo todo, qué será de nosotros, qué será de mí cuando Tú, Dios de mi vida, despiertes? ¡Suéñanos, señor!

Vida de Don Quijote y Sancho,
MIGUEL DE UNAMUNO

El hecho de que la vida no tenga ningún sentido es una razón para vivir, la única en realidad.

Ese maldito yo,
EMIL CIORAN

La hierba seca olía a fibra quemada.

Agujero,
HIROKO OYAMADA

Bahnstadt

Los padres de Annie están en el salón escuchando música cuando las cuatro niñas salen al jardín. Van descalzas, visten el mismo camisón de color tiza y caminan muy despacio, en fila india. Luego se dirigen al centro. Allí crece un inmenso magnolio sin hojas y, justo debajo, una de esas tiendas de campaña. El viento mece la linterna que cuelga del bastidor. Mientras avanzan, el rostro de las niñas refleja el resplandor de los fuegos artificiales. Es Nochevieja, sábado. Cuando entran en la tienda, las niñas se sientan en semicírculo, la mayor en el centro, presidiendo, y las otras alrededor. Annie Härtmann saca la escopeta de caza Merkel, la pone a pocos centímetros de la frente de una de las niñas y dispara, luego apunta de nuevo y dispara a la segunda, y, sin que oponga resistencia o medie palabra, dispara también sobre la tercera. A las dos mayores las alcanza en la frente, pero a la pequeña el proyectil le entra un palmo por encima del pubis y su muerte es mucho más lenta y dolorosa.

Eso son los hechos, dice el teniente.

Incontestables.

Aparentemente incontestables.

Nadie dice nada porque todos sabemos que usa ese tipo de expresiones para confundirnos y mantener nuestra atención cautiva.

Entonces tenemos tres víctimas.

Tres víctimas y un jardín.

El jardín de los Härtmann.

Ahí, aquí y aquí.

Cuatro amigas.

Tres cuerpos.

No se olvide de los fuegos artificiales, teniente.

Era Nochevieja.

Eso ya lo ha dicho.

No querían que nadie escuchara los disparos.

¿Nadie?

Sus padres, esencialmente ellos... Así que está todo en orden, dice el teniente consultando su libreta: Aquí el seto de rosas Otelo, allí la piscina vacía, las hojas secas esparcidas al fondo, ¿ven la fisura?, y todos miramos para comprobar que, en efecto, lo que a él le parece un enigma irresoluble no es más que una grieta en zigzag que atraviesa desde el desagüe hacia la toma del limpiafondos. Después sigue enumerando: la tumbona de plástico, el pequeño sapo de cerámica verde en el borde de la fuente, todo, todo exactamente igual que la noche del sábado.

¿Exactamente?

Del mismo modo.

Sabemos que el teniente tiene una teoría, siempre la tiene, y que precisamente por culpa de esa teoría nos ha reunido en el jardín de los Härtmann, quiere reconstruir —¿conocen el término *ucronía?*, nos ha preguntado al llegar— la muerte de las tres niñas y cerciorarse de que su teoría, a diferencia de las nuestras, es la única consistente. Sabe que cada uno de nosotros ha tenido que ver, de un modo u otro, con esas crías, que todos fuimos sus profesores y vecinos, que formamos parte de su familia o entorno más cercano y que las hemos visto crecer y jugar en las calles, y sospecha, o eso parece, que uniendo las piezas de nuestra verdad, aunque sea parcial e interesada, logrará averiguar qué demonios sucedió la noche del sábado mientras los demás despedíamos este año catastrófico.

¿Un suicidio?

¿Qué otra cosa podría ser?

Un suicidio ritual.

¿Está seguro?

Es solo que no tuvo el valor...

¿Para qué?

Para matarse, esa última niña, Annie..., después de disparar contra sus tres amigas no tuvo el coraje de quitarse la vida.

¿Qué cree que falló?

Quizá tuvo remordimientos.

Quizá fue simple torpeza.

Quizá habían bebido.

Seguro que estaba drogada.

Por Dios, ¡la mayor solo tenía trece años!

¿Quiere que le recuerde lo que hacíamos usted y yo a esa edad?

¿No es eso lo que parece?

Lo que parece es solo lo que parece, dice el teniente, y no estamos aquí para dirimirlo.

A veces no es necesario ir más allá.

¿Más allá?

De las apariencias.

Entonces, ¿va a decirnos de una vez qué hacemos aquí?

Iban descalzas, ¿no es verdad que iban descalzas, teniente?

¿Y qué me dice de los camisones?

No eran camisones, dice la señora Schäfer, eran manteles de la residencia de ancianos. Ursula, quiero decir, la señora Härtmann, se los llevó el jueves para lavarlos. Debieron de cogerlos del cesto y se los hicieron de dos tijeretazos.

¡El demonio!

Por favor, reverendo.

No hay otra explicación.

Cuando lleguen los periodistas, no se ponga en evidencia. Nos avergüenza a todos. Siempre lo hace con toda esa cháchara...

¿Acaso no empezó todo cuando *él* llegó aquí?, ¿por qué ha desaparecido?, ¿alguien puede explicarme dónde se ha metido ese bastardo?

Si el profesor de música tiene algo que ver con las muertes, como sugiere el reverendo, pronto se sabrá. El teniente sabe que el religioso siempre juega con cartas marcadas —su verdad es la verdad porque lo dice Dios, y su Dios, por supuesto, es irrefutable —, quizá por eso se ha pasado la tarde recogiendo pruebas, balizando el sendero, recolectando las vainas semienterradas de los proyectiles, clavando estacas para simular la trayectoria balística

con hilo rojo, incluso hemos visto a su ayudante, siempre de mala gana, sacar moldes de yeso —seis diminutos piececitos blancos— que permanecen ahora alineados, no exactamente paralelos, al borde del sendero. Tres caminaban descalzas, dice, pero la mayor usaba una bota ortopédica. Todos sabemos que Annie tuvo la polio a los siete u ocho años y que su pierna derecha, o la izquierda, nadie sabe concretar, quedó tres o cuatro centímetros más corta que la otra.

La tienda del jardín atrae nuestra mirada. El viento ha arrancado las piquetas y la lona acribillada por los disparos flamea en la noche. Solo cuando cesa el viento y el faldón cae de nuevo vemos el interior iluminado por la linterna.

Las doce menos cinco, dice el teniente, ¿todos listos? ¿Empezamos?

Empezamos.

¿Listos por allí también?

Listos.

La pareja de vecinos que se ha prestado voluntaria —los verdaderos Härtmann han preferido pasar la noche en observación en el hospital de Mannheim— ocupa su lugar en el salón. Apenas vemos sus coronillas que sobresalen del sofá de cretona verde. Desde el jardín alcanzamos a escuchar la música que ellos escuchan. Hablan de un modo distendido, ñoño, como dos adolescentes en su primera cita. Todos sabemos que esa actitud casi irrespetuosa con lo que va a ocurrir en su jardín forma parte de las consignas que les ha dado el teniente: ¡Sois felices!, y ellos, como empujados por una euforia repentina, son felices —una felicidad contenida, matrimonial, residuo de lo que fueron muchos años atrás—. ¡Atentos a la música!, y ellos, de repente, dejan de besuquearse y se muestran interesados en los primeros compases de la sinfonía. Según el teniente, la coartada de los Härtmann es sólida, pero hay un detalle lo suficientemente pequeño e insignificante como para preocuparle.

¿Qué detalle?, queremos saber.

Esa música.

¿Qué música?

La música que escuchaban. Ursula sostiene que era la obertura de Tannhäuser, pero Bruno me juró que era *El ocaso de los dioses*.

¿Y qué?, ¿qué tiene que ver? Era música. Wagner, Wagner en definitiva.

La obertura dura poco más de catorce minutos, nos dice con aire pericial, lo he comprobado; el ocaso, sin embargo, cuarenta y dos segundos menos.

Eso carece de relevancia.

¿Estás seguro? Si estaban escuchando el ocaso pudieron oír las detonaciones de la escopeta. Para entonces ya habían terminado los fuegos artificiales.

¿Por qué habrían de mentir sobre algo así?

¡Era su hija!

¡Cómo quieren que lo sepa!

Pero usted ha dicho…

Entonces, si nadie tiene inconveniente, probaremos primero la obertura.

El teniente mira el reloj.

¿Atentos? ¿Todos atentos?

Empecemos de una vez.

La directora del colegio se frota las manos y da uno de sus saltitos de nerviosismo. Siempre habla demasiado y cuando se habla demasiado se comenten errores, aunque los errores de ese tipo sean esenciales para que todo parezca verdad. Así que la dejamos hablar. Le cuenta al teniente que las niñas estuvieron diferentes el último trimestre, no en sus resultados académicos, que seguían siendo excepcionales, sino en su actitud.

¿A qué se refiere?

Tocaban en un cuarteto.

Eso lo sabe todo el mundo.

La mayor, el violonchelo. Las otras tres, el violín.

¡Diabulus in musica!

¡Reverendo!

¿Y no le parece raro? Un cuarteto de cuerda. ¿No es extraña la coincidencia?

¿Por qué iba a serlo?

Ensayaban en el bosque, en la cabaña del desollador…

La palabra nos hace gracia. Desollador. Casi la habíamos olvidado porque los últimos de ese gremio desaparecieron del valle en los sesenta. Ahora los corderos se destazan con electricidad, es más limpio y menos estresante, pero la directora insiste, asegura que las niñas tenían su escondite donde el bosque de secoyas. El teniente mira a otro lado y sofoca la risa. No quedan árboles así en la ladera norte, nunca los hubo en realidad, solo algunos abetos enanos que plantamos hace tres años para evitar la deforestación provocada por el favonio.

Se escuchan dos detonaciones.

Pum.

Pum.

A un mismo tiempo y a una misma velocidad, miramos al cielo esperando encontrar una de esas inmensas palmeras de fuego púrpura, el silbido de las trazadoras, el olor de la pólvora, pero, tal y como nos aclara el teniente, solo es una grabación. De nosotros, Eva es la que está más atenta. Es la única de las cuatro madres que ha sido capaz de asistir a la reconstrucción de los hechos. Hace un rato le ha explicado al teniente que conocía lo del club de las niñas, que sabía que cada sábado, durante los meses previos a los hechos y siempre por turnos, las niñas se reunían en el parque, en su propia piscina y finalmente en la casa de los Härtmann. ¡Solo era un club!, un maldito club de chicas que hablaban de cosas de chicas. ¡Todas lo hemos hecho! Lo que sí le extrañó es que las cuatro, diferentes en complexión y estatura, tuvieran la primera regla con diferencia de días. Eso sí es raro, nos dijo, incluso les dio por llevar el mismo flequillo con las puntas hacia fuera, ¿saben quién es Hanna Schygulla?, esa actriz…, pues todas querían ser como ella. La semana anterior, nos contó, las había visto de noche y en bikini sentadas en el borde de la piscina con la espalda erguida y los hombros hacia atrás. Annie, la mayor de las cuatro, golpeaba con una regla los pechos núbiles de las otras. ¿Núbiles? Ya sabéis, eran niñas, poco más que niñas. Entonces supo que algo no iba bien, le dijo al teniente, pero con los adolescentes una

siempre llega tarde.

¡Ya están aquí!

Las cuatro niñas salen al jardín.

El sonido de los fuegos pirotécnicos se solapa con los oboes de la obertura como si fueran las piezas de una misma composición. No son las niñas originales, claro, las niñas originales están muertas, estas son voluntarias de quinto que la directora ha seleccionado de entre sus compañeras por su parecido físico, aunque nadie se lo explica porque no se parecen en absoluto, se mueven desgarbadas y dubitativas como si para cada nuevo paso requirieran de las instrucciones del teniente. Sin duda están asustadas. Es como si pensaran que esas muertes que van a interpretar pueden transformarlas en sus compañeras y, por tanto, obligarlas a compartir su fatal destino. Llevan los camisones desgarrados y manchados de glebas de tierra. La niña que hace de Annie va la primera, el resto, detrás. Es el teniente el que les indica que se pongan en fila india y estiren la espalda —y ellas lo hacen —, que caminen exagerando el gesto y alarguen el cuello —así, como pavos reales, y ellas obedecen—, ¡no piséis fuera del sendero!, y ellas intentan sin éxito no sobrepasar las lascas que dividen el jardín. En el salón de los Härtmann se escucha la voz del tenor que interpreta a Tannhäuser y que le ruega a la diosa que le deje volver al mundo de los vivos. En el megáfono, el eco de los fuegos artificiales vuelve a solaparse con los oboes. Las presillas metálicas del calzado ortopédico de Annie se escuchan con claridad en la noche. Mientras el teniente mira a las niñas, nosotros observamos al matrimonio: se hacen carantoñas y el que hace de Bruno, en un arrebato pasional, se echa encima de la que interpreta a su mujer. Algo llama nuestra atención, y cuando volvemos a mirar a las chicas, vemos que la que hace de Annie carga a la espalda con un madero que simula la forma y el peso de una escopeta. Al llegar junto al magnolio espera nuevas instrucciones. El teniente levanta la mano y ella entra en la tienda. Las otras se sientan en semicírculo a su alrededor. La sombra de sus siluetas se proyecta contra la lona. A la señal del teniente, Annie saca el trozo de madera y simula echar la ceja de elevación

hacia atrás para introducir el cartucho. Luego apunta a la primera de las víctimas. Su amiga espera la aprobación del teniente para morir, y solo entonces, lanza su cuerpo con violencia contra el vástago de la tienda. En ese momento, Annie ya está apuntando a la segunda niña. Esta tiene más iniciativa y no busca el permiso de la autoridad, echa la cabeza atrás y se desploma en la dirección opuesta a la primera niña. Pero si alguien tiene dotes interpretativas es la chica que simula ser la hija de Eva, y que, según todos los indicios forenses, murió tras una larga hemorragia. Su madre, que observa a nuestro lado la reconstrucción, ni siquiera se conmueve. Los fuegos artificiales quedan en suspenso durante dos o tres segundos. A diferencia del resto, el teniente no mira hacia la tienda, sino que nos observa como si a través de nuestras reacciones ante lo que vamos a presenciar pudiera descubrir algún tipo de contradicción o error en los hechos. La última niña levanta la mano y la interpone frente al cañón de la escopeta —sus dedos, de repente, nos parecen larguísimos para una niña de doce años— y, en mitad del silencio, escuchamos un gimoteo que no sabemos si corresponde a la interpretación o a la tensión del instante. Cuando Annie pulsa el gatillo, la hija de Eva se resiste a morir. ¡Es inaudito!, murmura alguien, ¡inconcebible! Cuando el teniente se dirige hacia allí para obligarla, la niña se arquea sobre los hombros y sale despedida hacia atrás con las manos en el vientre. La vemos describir una parábola y caer rasgando el lateral de la tienda. Bajo el camisón, el teniente ha ocultado una bolsa de jarabe de maíz que, al romperse, dibuja una preciosa flor roja que avanza desde su cadera hasta la entrepierna.

Todo ha terminado.

Aún no.

Ahora, dice Simon.

Y es entonces cuando la pequeña Ofelia se incorpora como si despertara de un sueño intranquilo, confusa, quizá sabiéndose muerta sin estarlo, y le enseña a Annie las palmas de sus manos ensangrentadas. Sigue viva. Sabemos que es a este instante al que quiere llegar el teniente, es decir, al instante en el que la linterna rueda por el suelo y el rostro lívido de Annie queda dividido, casi

por la mitad, por una línea de sombra. La hija de Eva, o la niña que interpreta a la hija de Eva, musita: ¿por qué yo?, ¿por qué? Annie gira el tocho de madera y lo coloca entre las piernas introduciendo el extremo en su boca mientras con la presilla se ayuda para pulsar el gatillo. A través de la tela rasgada, la vemos cerrar los ojos y contar hasta tres, y cuando los abre, a la señal del teniente, no ocurre nada. ¡No mueras! Y no muere. Vuelve a intentarlo, le dice el teniente. Todos sabemos que es hablar por hablar porque Annie nunca tendrá el valor suficiente para hacerlo. La pequeña observa a su amiga como si no entendiera por qué sigue viva mientras que ellas tres han muerto o están a punto de morir. La hija de los Härtmann trata de pulsar el gatillo por tercera vez, aunque ya no engaña a nadie: esta noche no es su noche.

No es tu noche, grita el teniente.

Annie niega con la cabeza.

No lo es, dice.

Finalmente, en un gesto de desesperación, arroja el arma al suelo.

Ofelia ha dicho algo.

¿Qué ha dicho?

Ninguno lo ha entendido.

Varias-palabras-pronunciadas-como-una-sola.

Parece desorientada.

¿Tiene frío?, pregunta su madre.

¡Tienes frío!, le ordena Simon.

Y Ofelia empieza a temblar.

¿Le duele?, pregunta Eva.

¡Te duele!, le ordena Simon.

Y la niña se retuerce de dolor.

¡Esto ha ido demasiado lejos!, dice el reverendo, ¿a qué tipo de infierno nos quiere llevar?

¡Ahora!, dice Simon.

Y Ofelia pone la mano sobre la hierba y da un alarido. Quienes interpretan a los padres de Annie siguen besuqueándose en el salón. Parece improbable que no hayan escuchado ese grito que, una vez concluido, sigue en el aire como la nota de un

diapasón. Se oye la coreografía de las últimas carcasas y la percusión final de la obertura de Wagner. El padre de Annie, desnudo de cintura para arriba, le pregunta algo a su mujer. La mujer mira hacia el jardín —¿no ve el cuerpo tendido de la niña? — y niega con la cabeza.

Solo entonces el teniente pronuncia las palabras y la hija de Eva muere.

Todos a sus puestos, dice, repetimos.

¿Repetimos?

Empecemos ahora por el ocaso.

¿Qué ocaso?

El ocaso de los dioses.

Ámsterdam

1

El último movimiento dura catorce minutos y cinco segundos, exactamente el mismo tiempo que el Boeing 787 de la KLM ha tardado en sobrevolar la tormenta. La visibilidad era nula y el avión ha girado en círculos sobre Schiphol mientras las valquirias escapaban a la furia iracunda de su padre. Por fin hemos aterrizado y atravesamos la pasarela cuyo cristal está cubierto de una fina capa de escarcha. Los camiones de fundentes se desdibujan bajo la niebla. Monica no soportaba a Wagner, odiaba sus martillos y sus yunques, el estruendo de ese pangermanismo que consideraba retrógrado y excesivo, pero a mí su ópera me tranquiliza, sobre todo en vuelos accidentados como este. Resbalo por culpa de la aguanieve que se ha acumulado frente al mostrador y tengo que agarrarme a la chica que va delante. Me quito los cascos y musito una disculpa. Es la misma muchacha del niqui rojo que viajaba al otro lado del pasillo, la que vi en la terminal de Madrid frente al Starbucks. Sonríe. Dice que no pasa nada. Quizá me ha reconocido, pienso. Durante años presenté un programa para la ZDF que compró la televisión pública holandesa y, cada vez que regreso a Ámsterdam, algunas personas, casi siempre mujeres de cierta edad, me paran por la calle. Pero ella no debe de tener más de treinta y no parece en absoluto una fanática de la antropología. Señala mi reproductor de octava generación. ¡Así que es eso! Le hace gracia que alguien siga escuchando música en uno de estos trastos.

Diecisiete minutos, le digo.

¿Cómo?

Vamos a llegar tarde.

Sé que es una de las chicas de Wilhelm Keitel, lo que llaman una escolta, es decir, la encargada de seguirme desde Madrid para que no flaquee y llegue a mi destino sin novedad. No pueden

permitirse fallos. Ninguno.

¿Adónde?

Al Campus Sudoeste.

No sé de qué me habla.

Lo sabe perfectamente, nadie llega a dirigir la mayor corporación del mundo sin contar con una tormenta de hielo que lleva tres días anunciándose en los partes meteorológicos de medio mundo. Si Monica estuviera a mi lado, diría que estoy loco, que solo a un idiota se le ocurre meterse en la boca del lobo. Pero si Wilhelm Keitel hubiera querido neutralizarme no habría tenido que invitarme a la Universidad de la Singularidad, como ha hecho, le bastaría con utilizar los algoritmos de su buscador para relegar mis artículos, ya de por sí poco leídos, a los últimos resultados. ¿Entonces? La única respuesta factible son los miles de millones que su corporación invierte cada año en esa imagen filantrópica y progresista, solo soy una vacuna, un virus debilitado con el que quiere comprobar la eficacia, y sobre todo la virulencia, de su sistema inmune.

Delante de nosotros aún quedan una docena de viajeros. Por el carril derecho pasa un grupo de chinos montados en sus patinetes eléctricos. El Campus Sudoeste queda al otro lado del Bijlmermeer. Uno de los trabajadores de la compañía viene a buscarme y me indica que le siga. Abandonamos la cola y siento la hostilidad de una holandesa que debe retirar el carrito de su bebé para que pasemos. Nos dirigimos al control de acceso prioritario. Allí solo hay un ejecutivo frente al escáner de retina. Me toman la temperatura y, en menos de un segundo, vamos hacia el pasillo de nebulización. El vigilante muestra sus credenciales y el operario me dice que me ponga las gafas de silicona. Mientras cruzo al otro lado y percibo el perfume almendrado de los inyectores de germicida, me digo que podría recitar esa conferencia coma por coma, palabra por palabra, que llevo décadas haciéndolo en las mismas aulas de medio mundo. Pero esta vez es distinto. El auditorio lo componen miles de estudiantes, no solo de la US, sino de docenas de centros adscritos, investigadores, becarios asociados a departamentos de nombres tan rimbombantes como Cátedra de

Cibersexualidad Ilan Stavans, Departamento de Realidad Potenciada de Nueva York y Organismo Metaverso Zweenemann, instituciones, en definitiva, que forman el conglomerado del que Wetopia Inc. es el vértice visible. Y lo único que tienen en común todos esos chicos es su anhelo por ocupar uno de los despachos del consejo de administración.

David ante Goliat.

David ante 10E + 4 pequeños goliats.

La puerta de desembarque está custodiada por dos vigilantes. Nada más verme, el pelirrojo se lleva el transistor a la boca. En el pecho lleva el logo del círculo de Booz Allen Hamilton, la empresa de seguridad de Virginia que fue comprada hace dos años por BlackRock Strategic Funds. Entro en los aseos. ¡Qué demonios!, le digo al tipo del espejo, tú no eres el malo, respira, tú solo vienes aquí a hablar de tus ideas obsoletas que ya conocen y contra las que están prevenidos, esgrimirán sus argumentos, tú los tuyos, llegaréis a unas tablas respetuosas y todo seguirá como siempre. Os despediréis. Lo que te ha traído aquí no es la verdad. A los cincuenta, la verdad es una broma. Estás aquí por la obscena cantidad de dinero que te van a ingresar ¡por dos horas de trabajo!, porque el jueves, mientras ibas por la autopista, la financiera mandó una orden de apremio y tu coche se detuvo en el arcén, y si no haces nada, lo subastarán en tres semanas, por eso, por cosas parecidas. Así que no la cagues. Ojalá Keitel fuera el demonio, ese neoliberal despiadado que habéis construido para concentrar sobre él todo el odio de la humanidad, pero sabes que no es así, que no lo parece, que incluso te dio la impresión de ser alguien campechano, cordial, un tipo que hablaba un inglés fluido con acento eslavo y que dijo haber leído tu último libro ¡en papel! Sabes que nadie ha leído ese libro sobre las niñas muertas en el valle de Bahnstadt, que sus palabras son solo otra forma de adulación, la más efectiva en quienes alguna vez han sido escuchados y ya no lo son. Solo lamento, dijo al final de la conversación, lo frustrante que le va a resultar nuestro encuentro. Cuando le pregunté por qué, él añadió: me gustan los valientes, son ustedes una especie en extinción.

Cuando salgo del aseo escucho una voz femenina que dice:

¡Ya está aquí! Bienvenido. Soy Chloé, la asistente de Wil.

Chloé tiene menos de treinta años, lleva el pelo corto —o muy corto— y de un intenso color rojo y el pantalón de plexiglás negro deja al descubierto multitud de orificios a lo largo de la cara interior del muslo.

¿Asistente? ¿De quién?

Del señor Keitel.

¿Cuántos años tiene?

¿Cómo?

Es usted muy joven.

A Wil solo le interesa el talento, no los años. Salude a nuestros participantes.

¿Qué participantes?

Chloé lleva al cuello uno de esos dispositivos iPeriscope.

Chicos, ¡saludad a nuestro invitado!

Escucho una cerrada ovación al otro lado y casi puedo imaginar la platea atestada de público. Levanto la mano y sonrío y soy consciente de lo estúpido que resulta todo. Mi hija, experta en reputación digital, siempre me dice que sonrío demasiado, que no hay nada más manipulable que un tipo que sonríe todo el tiempo. Así que me pongo serio y ese cambio de actitud resulta todavía más impostado.

Habrá traído un buen abrigo, me dice.

¿Un abrigo?

Tenemos temporal..., cinco grados bajo cero. Se lo habrán dicho en el avión...

Mire, de verdad, ¿no llegamos ya lo suficientemente tarde?

No se preocupe, he reservado uno de los carriles premium. ¡Por aquí!

En efecto, a la salida del aeropuerto nos espera un Tesla con los cristales tintados. Chloé introduce las coordenadas y apaga el dispositivo de transmisión. Solo entonces añade:

¿Sabe? Nos encanta tenerle aquí...

No se lo tome a mal, señorita, pero prefiero... su silencio.

No, de verdad.

Tampoco yo bromeo.

Así que es cierto.

¿El qué?

Lo que decía Wil.

¿Y qué decía?

Que era usted un cascarrabias.

Simplemente procedemos de épocas y mundos diferentes.

Y el mío le resulta... odioso.

Como no respondo, la asistente pulsa el encendido mientras salimos del aparcamiento hacia el carril de acceso. Se abre una consola de cristal y veo una botella y dos copas de cristal tallado.

¿Qué le parece?

¿El qué?

Sinatra. Trescientas botellas numeradas.

Creo que se ha documentado mal.

¿No le gusta el whisky?

Hace meses que dejé la bebida.

Sé que tienen acceso a mi historial médico, a mis compras, a la geolocalización de mi teléfono, sé que podrían reconstruir los últimos minutos o meses de mi vida con una eficacia muy superior a la de mi propia memoria, así que mentir solo sirve para que sepa que estoy nervioso. La supongo al corriente de mi estado económico, incluso de las circunstancias que rodearon la muerte de mi mujer. Durante esas semanas bebí demasiado. Pensé que el dolor cesaría como había ocurrido en otras ocasiones, cuando los que murieron fueron amigos o conocidos, pero con Monica me fui hundiendo en una espiral de oscuridad y cansancio y fue nuestra pequeña India, que por entonces no era pequeña en absoluto, la que me rescató al precio de admitir que su padre no era el tipo pragmático y cabal que había interpretado para ella desde la niñez. El Tesla alcanza los cuatrocientos kilómetros. Por la ventanilla distingo el borrón de los puestos de *stroopwafels* de Albert Cuyp, el barrio De Pijp, y al final de la avenida, el *clubhouse* donde conocí a mi mujer. Cuando llegamos al puente ferroviario de Wibaut, la botella tintinea. Han pasado tres minutos y ya dejamos atrás los bloques de viviendas prefabricados para adentrarnos en un espeso

bosque de coníferas que hace solo cinco años no estaba allí. La masa forestal se intensifica y luego desaparece, cortada de repente por una escrupulosa línea recta.

Entonces la guardaré para después, dice Chloé.

¿El qué?

La botella. Wil cenará con usted.

¿Wil?

El señor Keitel. ¿Para qué cree que está aquí?

Para impartir una conferencia, ¿no? O eso me dijeron...

Sí, para eso también, dice sonriendo.

¿Y para qué más?

Todo a su debido tiempo.

Según me cuenta Chloé, las praderas del Campus Sudoeste se levantaron sobre el antiguo vertedero del Venserpolder. Los niños del Bijlmer solíamos ir a jugar allí. Los albañales apestaban a agua estancada. La escarcha da a los muros de la Facultad de Programación y Biotecnología un aspecto grisáceo que contrasta con el azul del lago, que, según la asistente, debe sus aguas a la depuradora del Gooimeer. Por todas partes hay grandes silos de color esmaltado delante de los edificios.

¿Qué son?, pregunto.

Biomasa.

¿Biomasa?

Doscientos cuarenta mil metros cúbicos de excrementos sólidos.

¿Una metáfora?

Mierda prensada, dice, responsabilidad social corporativa, ya sabe, cumplimos con el artículo 38 de la Ley General del Equilibrio Ecológico.

Recuerdo el Bijlmermeer como uno de los barrios más deprimidos de las afueras de Ámsterdam. Luego ocurrió lo del accidente aéreo, un vuelo de Tel Aviv cargado de uranio empobrecido que chocó contra uno de los bloques de viviendas. Mis padres ya habían muerto y yo estaba en Münster estudiando,

pero escuché que Lodewijk Asscher, el alcalde laborista de la ciudad, encargó las costosísimas tareas de descontaminación a Wetopia Inc. Así fue como se hicieron con aquellos terrenos a un precio irrisorio. Emplearon a árabes y surinameses para desmantelar sus propios guetos y asegurarse de que, en cada salón y cada dormitorio, hubiera una terminal de Alph-1Home.

Usted nació en este lugar, ¿verdad?

En absoluto.

Unas calles más abajo.

Le digo que no.

Entonces Wikipedia miente.

El lugar en el que yo crecí no se parece en absoluto a este.

El coche reduce y se aproxima a uno de los edificios acristalados.

Supongo que recordará con cariño este lugar. ¿Sabe? Siempre he admirado el trabajo de su mujer.

Mire, de verdad, no tiene por qué ser amable.

No lo hago. ¿Le molesta que hablemos de ella?

El problema entre usted y yo es que no nos conocemos... Le propongo algo, ¿y si se limita a llevarme a esa conferencia? Le diré a su jefe que lo ha hecho muy bien, que es la perfecta anfitriona... Créame, lo último que me interesa es lo que piense de mí...

Quince carriles atraviesan la avenida principal del campus, cuatro para bicicletas, dos para monopatines y peatones y el resto para vehículos. Alineadas en los márgenes veo docenas de pantallas publicitarias que proyectan, como una sucesión de la misma imagen, anuncios de cirugía y planes éticos de pensiones, productos financieros y sustitutivos biológicos o veganos, y entre un anuncio y otro, aparecen consignas medioambientales *reduce your footprint, be healthy, cancer isn't sexy*.

¿Nervioso?

La chica señala el pequeño corazón que parpadea en mi pulsera de actividad.

Sígame, dice saliendo del coche.

Sube las escaleras y entramos en el edificio de hormigón acristalado.

Del techo cuelga una réplica del tiburón de Hirst a escala aumentada y, casi debajo, el primer prototipo de Waymo Chrysler. Es un espacio diáfano dispuesto en ambientes separados por mamparas de policarbonato y maceteros artificiales. Dos chicos juegan al ping-pong, otros al billar inglés, pero la mayoría está frente a un dispositivo o tumbados en los sofás con la mirada perdida en sus iGlass. En el centro de la sala hay un Steinway de madera lacada que debe de valer un cuarto de millón de dólares, y, sentado en él, un chico toca una pieza que reconozco de inmediato.

¿Nyíregyházi?

¿Cómo?

Ervin Nyíregyházi. Antes se podía ligar sabiendo ese tipo de cosas.

Chloé consulta su teléfono.

Así que está ligando conmigo.

No diga bobadas.

¿Bobadas?

Son como tonterías.

Sé lo que son las bobadas... Olvidé que el piano era su *otra* gran pasión.

Eso fue hace mucho.

Tocó profesionalmente, ¿verdad?

Ni siquiera puede decirse que tocara.

Pero lo cierto es que de joven siempre me sentí como un animal bicéfalo en el que la música y la antropología tiraban de mí en direcciones opuestas.

He visto sus vídeos.

¿Qué vídeos?

Los de YouTube.

Entonces tiene en sus manos la prueba de lo que digo.

Los vídeos los había subido yo en el verano del 2008, pero cuando el departamento de reputación digital de la cadena quiso retirarlos, ya habían sido replicados en docenas de cuentas privadas y quedaron en ese limbo del subsuelo digital. Así que sí, había sido pianista y esa era la prueba, podía decirse. De las cerchas cuelgan inmensas pantallas de led transparente en las que

se suceden anuncios en alta definición como los del exterior: Fin de semana en Tailandia con tus cupones de la biblioteca, seguro médico con cobertura dental al matricularte en Neurociencia, ponte en forma en el Gimnasio Vernor Vinge, descuentos de productividad en la piscina Alan Turing…

¡Y todo gratis! ¿Qué le parece?

¿De verdad piensa que todo esto no cuesta nada?

Mire a su alrededor.

No hago otra cosa.

¿Qué ve?

¿De verdad quiere que se lo diga?

Excelencia. Aquí solo entran los mejores expedientes del mundo. Cuarenta y tres nacionalidades. ¿Sabe que la US recibe más de quince millones de solicitudes al año? Transformamos el talento.

¿De verdad cree todo lo que dice?

Me pagan muy bien, así que sí, me lo creo.

De repente los monitores muestran un cartel con mi fotografía. Me la hizo Monica hace más de veinte años frente a una de las estatuas geométricas de Salem Barker en los jardines del Gulbenkian. Apenas me reconozco en ese treintañero de izquierdas que era entonces. Mis ojos brillan de idealismo o idiotez o algo así.

Es en el Anfiteatro Norte, dice Chloé, sígame.

Al entrar en la cinta nos cruzamos de frente con una estudiante que acaricia una tortuga y se nos queda mirando. La pasarela mecánica desemboca en una inmensa cúpula que filtra la luz plomiza del mediodía. La temperatura es alta, casi sofocante. Por encima de nosotros rugen cinco niveles de toberas para mantener el microclima. De los antepechos de hormigón blanco cuelga un tapiz de hiedras y, en el centro, se levanta el famoso hibisco de Nishizawa, el Domo, como lo llaman en las revistas de arquitectura. Le dieron el Pritzker, con frecuencia lo comparan con una cúpula de Brunelleschi ecosostenible. Docenas de flores atrompetadas de color naranja despiden un intenso olor a caverna prehistórica.

Es impresionante, ¿verdad? Nishizawa se inspiró en el

desfiladero de Río Negro. Un lugar donde solo ha estado él, una persona, un lugar que solo han visto sus ojos. El hibisco viene de Santa Isabel. Fue trasplantado antes de construir el edificio. El anfiteatro se adaptó a ese árbol y no al revés, como sucede siempre.

Miro el reloj.

¿Hemos terminado la ruta turística?

Veo que no va a darme tregua.

¿No tienen vigilantes?

¿Cómo?

Todo esto..., desde que hemos entrado no he visto a ninguno.

No se deje engañar. Digamos que preferimos una vigilancia no coercitiva.

¿Qué quiere decir?

Esto es una universidad... Pero no pasa un día sin que se cree otro de esos grupos de neoluditas. Y, como sabe, no todos rechazan la violencia...

¿Neoluditas?

Ciberutopistas, tecnófobos..., llámelos como quiera. No me diga que no sabe que para ellos usted es un referente.

Así que es eso, así que por eso estoy aquí.

No bromee.

¿Bromeo?

Todo tiene que ver.

Chloé me señala hacia la puerta. Al otro lado está el patio de butacas. Hay alumnos de pie o sentados en los laterales. La amplitud del anfiteatro me recuerda a la Scala de Milán. Detrás del atril hay un inmenso toldo rojo similar al que se usaba en las escenografías estalinistas.

¡Mucha mierda!, dice.

Luego baja al patio de butacas y la pierdo de vista entre los focos y los rostros de los otros estudiantes. Al fondo puedo ver una inmensa pantalla y una cuadrícula de rostros de chicos que no tendrán más de veinte o veinticinco años y que están conectados por videoconferencia. En lugar de sus nombres, figuran sus IP. Pulso el botón de la consola y en la pantalla aparece la

presentación que envié desde Madrid. La primera es una fotografía de un pequeño pueblo del Bahnstadt, en el noroeste de la región de Baden-Wurtemberg donde a mediados de los ochenta murieron tres niñas de entre doce y trece años.

Las primeras hipótesis, les digo, barajaron la posibilidad de un suicidio ritual. Al parecer, las tres niñas tocaban el violín. Annie Härtmann, la única superviviente, terminó sus días ingresada en una institución psiquiátrica cerca de Boschstraat. ¿Se preguntarán qué tiene que ver un antropólogo social con un crimen cometido hace cincuenta años? Pues todo. De eso quiero hablarles. Voy a demostrarles que en esas muertes está la esencia de lo humano..., la voluntad de morir, lo que algunos teóricos llamamos singularidad.

2

Al otro lado de la avenida las hermanas Giacomo siguen con las cortinas echadas. Elsa ve a su marido subido en el tejado, casi colgando del canalón. ¡Un día se va a matar! Ha madrugado para cortar el césped y sustituir las lajas del sendero porque, en otoño, la niña encontró un nido de ratas ciegas entre las piedras de basalto volcánico. Algo le preocupa. Conoce a Simon y sabe que, además de su marido, está casada con el teniente de la policía rural del valle. Aquí ocurren pocas cosas. Pero cuando algo sucede su marido se vuelve ensimismado y misterioso. Su cinturón de herramientas cuelga del canalón. Elsa saca la ensaladera y pone la lasaña de verduras sobre la encimera. Corta las zanahorias y el calabacín en dados idénticos, de medio centímetro por medio centímetro. Si hay algún secreto en su lasaña, algo que pueda llamarse un truco, se dice, es el apio, ese dulzor como amargo que contrasta con el de la zanahoria. De repente se avergüenza de haber convertido su vida en eso. Es como si hubiera alcanzado esa luminosa mañana de domingo olvidándose de sí misma. Cuando conoció a su marido le interesaba la poesía, escribía poemas, poemas malos seguramente, pero después —¿cuántos años llevaban juntos?— había llegado a la convicción de que ese gigante que olía a sudor y azufre y colgaba ahora mismo del alero de su casa no solo era esencial, sino insustituible en su vida. Le amaba. En realidad, se habían acostumbrado el uno al otro. Pero en mañanas como aquella sentía que pertenecía a otro lugar, a otra vida, que la esposa aplicada era una intérprete que había terminado por eclipsar a la real. No elegir, piensa ahora, es el modo más terrible de decidir, pero vivir a la contra, lo sabía bien, es cansado y agotador y te puedes oponer cierto tiempo, pero un día te dejas llevar y alcanzas el sendero de lo inevitable. ¡Qué

profunda!, se dice, después de todo, ese sendero conduce a esta cocina luminosa que no está tan mal, a un Año Nuevo que huele a lasaña y césped recién cortado, que comparte con un respetuoso padre de familia y una hija a la que adora.

Los rayos del sol cabrillean en la ventana.

Querría poder odiarlo.

Pero no puede.

Su sombra se proyecta en la pared.

Su figura oblicua se quiebra hacia el televisor.

Elsa escucha *Mundos y modos,* su programa favorito. No le vuelve loca la antropología, pero sí ese presentador que se parece a Michael Caine con chaqueta de pana y coderas, es decir, a alguien exactamente en las antípodas de su marido. Escucharle es como vivir parcialmente esa vida que ya no es la suya. El programa de hoy trata sobre una comunidad de caníbales de Papúa Nueva Guinea. Al parecer se comen a sus muertos, y debido a ello, han contraído un síndrome que les hace enloquecer y acaba con ellos en pocas semanas.

Su hija Christa acaba de llegar con su amiga Samantha.

A través de la ventana, las ve junto a la valla.

Parecen excitadas.

La mañana ha pasado en un suspiro. La amiga de su hija siempre ha sido una chica desgarbada, pero desde que le han salido pechos se ha vuelto insoportable. Incluso Christa, que siempre ha odiado el jersey de lana roja, lo lleva ahora a todas partes. Ayer la sorprendió rellenando dos calcetines con algodón. Por supuesto, no dijo nada, pronto será una mujer y tendrá que elegir.

Escucha un aullido en el televisor y se da la vuelta. Los fore, que así se llaman los caníbales, celebran uno de sus rituales. El marido de una de ellas ha muerto y está siendo desmembrado. La viuda, o como se llame, usa un cuchillo de bambú del tamaño del suyo. La voz del presentador explica que la esposa caníbal separa la vesícula biliar para no contaminar el sabor de la carne. Con una pequeña hacha de piedra da un golpe seco y fractura el cráneo, saca el cerebro intacto y trocea el encéfalo para meterlo en un tubo

de bambú que usará para cocinar con jengibre y hojas vegetales al vapor. Frente a ella, Elsa ve cómo la bechamel se derrama y se templa cubriendo la fuente por igual. Antes de que pueda apagar el televisor, Simon entra en la cocina arrastrando una vaharada de grasa mineral.

Algún día me vas a explicar por qué te gusta ese programa.

Por el presentador.

Desde luego debe de ser irresistible.

Menos que tú.

¿En serio?

¿Comemos? La niña ya ha llegado. ¡Está ahí fuera!

Dame solo un minuto, voy a ducharme.

Elsa abre la ventana y llama a su hija. El cuchillo electrónico está mal apoyado y sin darse cuenta acciona el interruptor. La cadena dentada se pone en marcha y Elsa da un paso atrás y levanta las manos para protegerse de la bechamel que la salpica.

¡Mierda!

Christa entra dando un portazo.

¿Qué pasa?

Otra vez ese maldito cuchillo.

Un día te vas a cortar la mano.

¿Podrías dejar de mirar y ayudarme?

¿No te has enterado?

¿De qué?

De lo de las niñas.

Apaga el cuchillo.

¡Por Dios, mamá!

¿Qué niñas?

¿Papá no te ha contado nada? La más pequeña iba a nuestra clase..., las otras eran de quinto.

Quieres tranquilizarte.

¡Se han suicidado! Bueno, no se sabe. Dicen que tres se han quitado la vida. Es muy confuso...

La cuchilla deja de girar y Elsa comprende por qué su marido está tan distante.

¡Es terrible! Con una escopeta de caza.

¿Qué hacían tres niñas con una escopeta?

Es el valle, piensa Elsa, lo raro aquí es no tener una licencia de caza y un armero en el salón.

Murieron todas menos Anneliese, la coja…

¿Qué coja?

La hija de los Härtmann.

La he visto alguna vez.

Vino a clase una psicóloga.

¿En serio?

Para ver cómo nos sentíamos con esas muertes.

¿Y qué os dijo?

Que Annie estaba bien, pero que no vendría al colegio en varias semanas. Tienen que averiguar qué ha pasado… Nos preguntó si sabíamos algo.

¿Y qué respondisteis?

Samantha piensa que es culpa de Schulz.

¿Schulz?

El profesor de música.

Eso es una tontería.

Todos lo creen. ¿No es sospechoso?

¿El qué?

Que haya desaparecido, que no estuviera en la feria el sábado…

Eso no prueba nada.

El reverendo dice que ensayaban la canción del diablo…

¡Tonterías!

Y si son tonterías, ¿por qué hay tres niñas muertas?

Cuando no podemos explicar algo, nos refugiamos en las creencias.

¿Qué es una creencia, mamá?

Algo en lo que se cree, pero que no se puede demostrar.

Desde que llegó al pueblo, Immanuel Schulz había estado en el punto de mira. A ella no le caía mal. Una vez le había confesado que había sido pianista en Berlín y Ámsterdam, pero ella jamás le había oído tocar. Suele verle paseando por la montaña con su libro, siempre retirado del pueblo. Pero de ahí a que hubiera inducido al

suicidio a esas tres niñas había un trecho.

¿Y qué más os dijo la psicóloga?

¿Sabías que en Ludwigshafen han crecido las sectas un cuarenta por ciento el año pasado?

¿Eso os ha contado?

Desaparecen chicas cada semana..., el veinte por ciento termina suicidándose. Mamá, ¿crees que debo tener cuidado con él?

¿Con quién?

Con quién va a ser.

Tu padre resolverá esto. ¿Y tú qué tal estás?

Eso también quería saberlo la psicóloga.

¿Y qué dijisteis?

Samantha preguntó por qué había sucedido aquello.

¿Las muertes?

La psicóloga le respondió que no todas las preguntas tienen respuesta. Pero mamá, ¿cómo no van a tener respuesta? Dijo: hay que aprender a convivir con lo que no sabemos. ¿Crees que es cierto, mamá?

¿El qué?

¿Crees que hay preguntas que carecen de respuesta?

Si no tienen respuesta, es que no son preguntas. Anda, vete a lavar las manos.

Papá debería interrogarle.

Immanuel es un buen hombre. Seguro que colaborará.

Simon llega por sorpresa y la abraza por detrás. Besa su cuello. Es fuerte y ahora, gracias al jabón de glicerina, huele a heno recién cortado.

¿Qué celebramos?

Que por fin has arreglado las piedras del camino.

Simon la besa en los labios.

Adoro a esta gruñona.

Solo me quieres por mi lasaña.

¿Tan importante es el motivo?

Elsa aprovecha para separarse de él.

Muy gracioso.

Una nube pasa por delante del sol y la pared del fondo es atravesada por una diagonal gris. Es asombroso cómo cambia el clima en el valle. Elsa piensa en las madres de esas tres niñas y no puede evitar decirse que Christa podría ser una de ellas.

¿Por qué no me lo has contado?

¿El qué?

Lo de esas chicas.

Te afecta demasiado, dice Simon, todo te afecta demasiado.

¿Y crees que no iba a enterarme?

He pensado que tendremos que pasar a verlas.

¿A quiénes?

A las madres de esas niñas.

¿Es necesario?

Tengo miedo por Eva. Sobre todo por ella. Podría hacer una tontería.

Sí, claro, a ella sí la conozco.

¡Qué asco!, dice Christa mirando el televisor.

Elsa lo apaga con el mando.

¿Qué tenemos?

Cerebro, cerebro con apio y zanahoria.

Ja, ja, ja.

¡Qué tonta eres, mamá!

3

La singularidad. Desde el Instituto Tecnológico de Massachusetts un chico me pregunta qué opino sobre Marvin Minsky y su tesis de que las máquinas son personas porque, neurocientíficamente hablando, y dibuja con los dedos dos comillas en el aire, los hombres son máquinas. Incluso esas tres niñas, dice, se comportaron como máquinas. Su voz llega con retardo. Los de control han ido filtrando las preguntas más interesantes, aunque, después de más de dos horas, estoy agotado. Le repito al estudiante la definición que Irving John Good hizo en 1965 de lo que era una máquina ultrainteligente: si A es capaz de hacer lo que B, entonces A es B, y no es cierto, nunca es cierto hablando de singularidad. ¿O acaso conoce a alguna máquina que, como esas niñas, se haya suicidado?, ¿alguna que haya escrito un verso o se haya enamorado de la persona a la que odia o que, una mañana cualquiera de otoño, frente a la estantería de rollos perfumados de papel higiénico del supermercado, se eche a llorar sin saber el motivo? Sí, claro, podrían imitar esas actitudes, pero no serían esas actitudes. ¿Entienden? Tal y como les demostré al principio con el caso del valle de Bahnstadt, una sociedad es mucho más que una malla de millones de ecuaciones intersecando a cada segundo. Desde Massachusetts, el chico niega con la cabeza. Tampoco pretendo convencerle de nada. Que esas niñas murieran como parte de un acto ritual, dice, no prueba nada, solo lo arbitrario del sistema. Minsky demostró que la naturaleza del sustrato carece de importancia. Seguro que no vamos a ponernos de acuerdo, le digo.

Seguro.

Otra chica, esta vez de la Universidad Estatal de New Songdo, en la Corea Unificada, me pregunta si creo que llegará ese instante que preconizaba Good, el momento en el que se produzca una

explosión de la inteligencia, es decir, el instante en que una máquina sea capaz de engendrar a otra y, por tanto, de prescindir de lo humano.

Sería una sociedad inquietante, respondo. Un virus informático, por ejemplo, es capaz de duplicarse a sí mismo, pero todas las copias son exactamente iguales, por decirlo de algún modo, tienen el mismo código genético. Desde un punto de vista antropológico, no podrían constituir una sociedad. No son seres autónomos.

Pero serían indistinguibles de un humano.

Lo que no es una cuestión menor.

¿Qué quiere decir?

El ser y la apariencia. No quiero retrotraerlos al siglo IV antes de Cristo, pero no hablamos de percepción, sino de singularidad. Una máquina es incapaz de querer dos cosas a la vez, de amar y odiar, de querer vivir y por ello decidir morir... Créanme, estamos hechos de dos tercios de H_2O y un tercio de confusión...

Nada de lo que diga les hará dudar. Llevan años siendo inoculados con las mismas ficciones irrefutables. Hay que reconocer que sus preguntas son tan previsibles como mis respuestas. La charla lleva un rato estancada, en tablas. Tengo la sensación de que, más que una conferencia, estoy en algún tipo de proceso de selección, ellos preguntan, yo respondo, pero en el fondo solo tratan de medir su ingenio conmigo. En estos momentos solo quiero ir al hotel, descansar, tomar el avión de regreso y, una vez en Madrid, comprobar mi cuenta bancaria. Me apoyo en el atrio. Más bien, me balanceo hacia delante. Finjo una leve indisposición y Chloé surge de alguna parte con un vaso de agua.

Con las prisas, le digo, olvidé tomar mi cápsula.

¿Qué cápsula?

Las vitaminas.

No sabía que tomara ninguna medicación.

Es un suplemento.

Estoy convencido de que sabe que miento, pero se gira hacia el auditorio y añade:

Bueno, creo que ya hemos abusado lo suficiente de nuestro

invitado. Le agradecemos la valentía —ríe—, pido un fuerte aplauso para el profesor. También a los que estáis ahí, dice refiriéndose a la cuadrícula de rostros conectados a través de videoconferencia autenticada. Usad el emoticono de la mano para aplaudir. La ovación, aunque silenciosa y un tanto siniestra, me hace sentir como cuando participaba en congresos por medio mundo. Mientras recojo mis apuntes, la chica de la tortuga traspasa el cordón de seguridad y sube al escenario para que le firme digitalmente un ejemplar de *Las niñas del Bahnstadt.*

Lástima que no llegue a ninguna conclusión con su libro, me dice.

¿Cree eso?

¿No es así?

No lo es.

Entonces, ¿por qué asesinaron a esas niñas? ¿Se suicidaron?

Nunca se supo.

Pero ¿usted qué cree?

Lo que yo crea no es lo relevante.

Tiene que haber una respuesta. Si una pregunta carece de respuesta, no es una pregunta.

¿Dónde ha escuchado eso?

Es lógico, ¿no?

Y si le digo que las chicas fueron asesinadas y se suicidaron. Ambas cosas a la vez.

Eso no es posible.

A veces sí lo es.

No irá a hablarme de ese maldito gato... El lenguaje lo aguanta todo.

¿Qué quiere decir?

Que el sustrato de la realidad, no. Así de simple.

Chloé fulmina a la chica con la mirada. Le incomoda todo lo que está fuera del protocolo y esta discusión lo está. Me agarra del codo y salimos por la puerta trasera donde nos espera el Tesla negro.

Ha estado brillante.

¿Eso le parece?

¿Se ha sentido bien?

Supongo que sí.

¿Ve cómo mi mundo podría ser el suyo?

Lo dudo. ¿Nos vamos?

Una vez dentro del coche reconozco las notas del preludio elegiaco de Nyíregyházi. Miro a Chloé y Chloé sonríe.

Pensé que le gustaría.

¿Le importa si me echo un rato hasta que lleguemos al hotel?

Solo si me dice por qué.

¿Por qué?

¿Por qué mencionó antes a Nyíregyházi?

¿Tiene que haber un motivo?

Siempre lo hay.

¿Sabe? Me recuerda a mi mujer. Bueno, ella decía que era el mejor...

¿El mejor?

El mejor pianista del mundo.

¿Y lo es?

Cierro los ojos y las notas se expanden en el interior del coche como en una caja de resonancia y casi puedo viajar en el tiempo. Fue en las navidades del 2008 o 2009, no recuerdo. Ese año un amigo de la facultad me había invitado a tocar en el local de su padre en Wibautstraat. Más que un club, era un sótano mal ventilado y mi repertorio se limitaba a algunas piezas sueltas de Chaillot que había aprendido a través de simples ejercicios de digitación. Monica tendría veintitrés o veinticuatro años y unos ojos verdes hipnóticos y un tanto morbosos. Llevaba una camisa vaquera, una mochila de la que sobresalía la esterilla y una Nikon colgada del cuello. Tomaba algo en la barra y seguía la actuación con cierto desinterés. No habría más de media docena de clientes, así que pareció natural que una vez terminado el concierto me acercara a agradecerles la deferencia. Cuando le pregunté a Monica si le había gustado, ella respondió que había sido terrible, inusual pero terrible, eso dijo. Digamos que pronto me di cuenta de que se trataba de una mujer diferente, rozando lo excéntrico. Chaillot, siguió diciéndome, era un burgués que componía piezas infantiles

para sus alumnos de clases particulares. Me dolió, aunque cualquiera que haya intentado tocarlas, sabe que ella tenía razón. Le pregunté, no sin ironía, qué tipo de música era digna de sus oídos y fue entonces cuando me respondió que, a su juicio, el mejor pianista del siglo pasado había sido Ervin Nyíregyházi. Yo no le conocía. Deduje que, para Monica, todos los buenos intérpretes debían ser ninguneados por el gran público. Los pocos que le conocían, me dijo, era por la banda sonora de una infame película de terror de serie B. Mientras hablaba, fingí una leve indisposición y, sentado en el retrete, comprobé en el teléfono que, en efecto, aquel húngaro había sido una especie de niño prodigio que desapareció en la noche neoyorquina de los años treinta alcoholizado y completamente hundido. Grabó dos o tres discos. Compuso la música de esa película a la que se había referido la chica que se titulaba *El alma del monstruo* y cuyo argumento era una variación del mito mefistofélico. Cuando regresé al local y le pregunté a qué se dedicaba, ella señaló la funda de su Nikon.

¿Fotógrafa?

Se encogió de hombros.

¿Fotografía analógica?

Fotografío pelos.

¿Pelos?

Cabellos. Cabellos de todo tipo. Animales, hombres, he recorrido las peluquerías de medio mundo...

No hablas en serio.

¿Te has fijado alguna vez en un mechón de pelo?

¿Bromeas?

Para que quede claro desde ahora y en adelante: nunca bromeo, ¿vale?, siempre hablo en serio.

Apuró los hielos y dejó que la invitara a otra copa.

¿Has usado alguna vez un objetivo macro? A tres centímetros de distancia puedes ver lo minúsculo, las estrías son pequeños valles, si nadie te lo dijera pensarías que es una cordillera inmensa, orden debajo del desorden, ¿entiendes? En un pueblo a las afueras de Ruan vi un mechón que era la pura imagen del caos... Y hace una semana descubrí que al sur de De Wallen, en el Red Light,

había unos cabellos idénticos a otros que había fotografiado en una barbería de Barcelona... ¡Es fascinante!

Así que estás loca de verdad.

Veo que insistes.

¡No te enfades!

La vi ponerse la chaqueta y subir por la escalerilla. Por aquella época detestaba la normalidad y sabía que, con aquella chica, al menos no me aburriría. Tenía algo irrepetible. Pocas veces lo he sentido con tanta seguridad. Tardé un segundo en reaccionar, pero cuando salí detrás de ella había desaparecido. En la calle no había nadie y el canal fluía mansamente como una línea viscosa y negra. ¿Buscas algo?, escuché que decía a mi espalda. Cuando me giré, la vi apoyada en una de esas barras para candar bicicletas liándose un porro.

Así que no eres tan tonto como pareces.

Me dijo que se alojaba en un hotel familiar y, dado que la noche era templada y tenía tiempo, me dejaba acompañarla.

¿Me dejas?

En realidad lo estás deseando, ¿no? Y una cosa, no pensarás que vamos a follar, ¿verdad?

No, claro que no.

¿Qué sentido tendría entonces que me acompañaras al hotel? Venga sé bueno y métete conmigo bajo las sábanas.

Solo si te has depilado.

No trates de hacerte el gracioso. No va contigo.

Me pasé el día siguiente pensando en aquella mujer y, cuando llegué al clubhouse, el barman me dijo que una chica había dejado un paquete para mí. Era un vinilo de Ervin Nyíregyházi. En una esquina de la funda estaba su teléfono.

¿Sabe?, escuché que decía Chloé a mi lado, me ha gustado lo que ha dicho en la conferencia.

¿Qué parte?

Ahora avanzábamos entre los túmulos del Gaasperpark hasta el Bijlmermeer.

Eso de que morir nos diferencia de las máquinas. La decisión última, ¿no es así como la llamó usted? La *mors voluntaria*.

No recuerdo.

Supongo que esa teoría tiene que ver con lo que le ocurrió a su mujer, ¿verdad?

Veo que insiste en entrometerse en mi vida.

Por eso escribió el libro sobre esas niñas, ¿es cierto?, para entender por qué pudo hacerlo ella.

Chloé, ¿verdad? ¿Te llamas Chloé? En el comportamiento de mi mujer no hubo nada que no le pudiera explicar un estudiante de primero de Psiquiatría.

¿Usted cree?

Nunca va a entenderlo.

¿Sabe lo que decía Freud?

Sorpréndame.

Decía que detrás de las decisiones, incluso del suicidio, nunca está el libre albedrío, todo lo que hacemos está determinado de antemano. Escrito en el guion...

¿Y su teoría es...?

Que una suicida siempre persigue un fin.

Para empezar, Freud jamás dijo nada parecido. Supongo que se refiere a la cita del neurofisiólogo Charles Scott Sherrington que él hizo suya.

¿Y cree que la enfermedad lo explica todo?

¿Podría quitar esa música?

Chloé pone las manos sobre las rodillas y justo en ese momento el auto se detiene frente a la fachada de ladrillo rojo del Waldorf Astoria, frente al Herengracht.

Pasaré a recogerle a las nueve, ¿de acuerdo?

No he traído ropa adecuada.

No se preocupe, lo he dispuesto todo.

¿Y no podría desayunar mañana con el señor Keitel?

Wil sale para Osaka temprano. En un rato, dice mirando el reloj, termina el cóctel y se nos unirá. ¿Las nueve le parece bien? Wil me ha prometido que no se arrepentirá. No puede decirle que no.

¿No puedo?

En realidad, no.

4

Tres polillas giran alrededor de una lámpara de luz violeta. Sentada en el porche, Elsa observa el vuelo de los insectos que se aproximan a la resistencia y describen un signo de infinito para, finalmente, ser engullidas de nuevo por la oscuridad. Sabe que tarde o temprano, porque lo que ha visto otras noches, las polillas se acercarán demasiado a la luz. Desde hace dos días no puede dormir. El jardín permanece en penumbra y la tierra desprende un intenso olor a ozono. Desde donde está, apenas puede ver el borde de la piscina, aunque intuye que está ahí, en alguna parte, consumida por la noche. De repente, las tres polillas se precipitan contra la lámpara y Elsa escucha el chasquido triple, casi simultáneo, de sus cuerpos al incendiarse. ¿Qué posibilidades hay de que eso ocurra a la vez?, ¿de que lo haga cuando precisamente pensaba en ello? La misma, o similar, de que tres niñas del valle mueran a la vez, piensa, en esas circunstancias.

¿Sigues aquí fuera?

Simon se ha acatarrado y su voz nasalizada le hace parecer otro. Christa y él han hecho palomitas y del envase le llega un intenso olor a mantequilla y corteza de limón.

Te he apartado unas pocas. Tu hija se las va a terminar.

Eres un amor.

Es precisamente en ese tipo de gestos donde reside la certeza de que Simon es el hombre de su vida, aunque no lo sea en absoluto, aunque algo dentro de ella le diga que debería escapar cuando todavía está a tiempo. Las relaciones de pareja, piensa, son un *tour de force* de resiliencia para admitir lo que nunca deberíamos terminar de reconocer.

Voy a dar un paseo, dice Elsa.

¿No es muy tarde?

Volveré pronto.

Hasta que no resolvamos el crimen de las niñas, no quiero que vayas sola..., ¿te acompaño?

No es necesario.

Ahí fuera podría haber un loco.

O un batallón de ellos...

A mí no me hace gracia.

Como las polillas, Simon se quemaría si supiera lo que anida detrás de la mujer con la que se casó hace, ¿cuántos años?, una Elsa caótica consumida por la cólera, a la que detesta y admira a partes iguales, porque, de las dos, es la más real y también la más cobarde.

¿Te lo puedes creer?

El qué.

Nuestra Christa ¡va a cumplir catorce años!

¿Realmente ha pasado ese tiempo?

¿Cómo hemos podido hacerla tan perfecta?

En eso tú no has tenido demasiado que ver.

Muy graciosa.

¿Sabes? Últimamente tengo la sensación de que no llevamos en este lugar más de una o dos semanas, un mes a lo sumo...

Eso es porque eres feliz.

Elsa se levanta y se pone una rebequita de hilo negro sobre los hombros.

No tardes, ¿vale?

No tardaré.

Te quiero.

Y yo.

Nada más traspasar la cancela siente una liberación casi física. Atraviesa el vallado del minigolf y cruza hacia el canal que alimenta el aserradero, ladera arriba. Sin pretenderlo, y también sin evitarlo, se encuentra frente a la casa de los Härtmann. No hay luz en la cocina ni en los dormitorios, así que se acerca al seto de arizónicas y distingue, bajo el inmenso magnolio, la tienda de campaña acribillada a tiros. Salvo por ese detalle, nada indica que esa noche sea distinta de cualquier otra. La muerte de las tres niñas

no parece haber trastocado la rutina del valle. En el salón, ve la luz encendida y el sofá en el que están sentados Ursula y su marido escuchando música a contraluz. De repente ella dice algo y él empieza a reír. Es una risa histriónica que no cuadra en absoluto con la actitud que debiera esperarse de un matrimonio cuya hija ha asesinado a tres de sus mejores amigas. El comportamiento de los Härtmann le recuerda a aquel vendedor que hace años quiso endosarle un sistema de seguridad supuestamente infalible. Le explicó que era un sistema basado en temporizadores y automatismos que permitía programar el encendido y simular con ello la presencia de personas en el interior. Lo más impactante para Elsa fueron las figuras de cartón troquelado a tamaño real que se deslizaban por unos rieles frente a la ventana. Elsa tuvo la impresión de que ahora los Härtmann eran solo dos de esos figurantes cuya voluntad había sido sustraída, y esa ocurrencia, absurda y no tanto, la hizo reír. Simon le había contado que la hija estaba sedada y la imaginó dormida arriba, en el cuarto. En el hastial las luces estaban apagadas. Aunque Ursula y ella son madres diferentes, incluso muy diferentes, sabe que ahora podría ser ella la que estuviera tratando de explicarse el comportamiento homicida de su hija. Ursula se da la vuelta y la ve a través de los arbustos. ¡Es imposible! En la oscuridad y a tanta distancia no ha podido verla. No ha hecho ningún ruido, pero la señora Härtmann ya se ha levantado, sale de la casa y va directa hacia los matorrales. Al intentar huir, Elsa tropieza con uno de los cubos y escucha un maullido al otro lado de la calle. Ursula también lo oye y se detiene un segundo para averiguar el origen exacto del sonido. De las arizónicas del otro lado surge uno de esos gatos que suelen vivir entre los escombros de la vieja fábrica de celulosa. El animal se ha quedado en mitad de la carretera, enarcando el lomo y mirándola desde la línea discontinua.

Tranquilo, cariño, no pasa nada, le dice.

Ursula se ha detenido cerca de la tienda canadiense que las niñas plantaron en su jardín. El gato debe de pesar unos cinco kilos y su piel atigrada provoca la repulsión de Elsa. Sin duda está enfermo y se siente acorralado. Solo tarda un segundo en darse

cuenta de que el gato es una hembra, y de que, por el volumen del vientre, está embarazada. Escucha un silbido. Algo impacta cerca de ella, a sus pies, dividiéndose en dos. Es un terrón de barro. Sobre la gata cae un diluvio de piedras. El animal no logra escapar porque sus movimientos son torpes y una de las piedras golpea su cabeza. No cae al suelo inmediatamente, sino que se queda ahí, respirando de modo entrecortado con los ojos brillantes por el miedo. Sus patas traseras empiezan a descontrolarse. De su boca surge un hilo rojo tan espeso que tarda una eternidad en alcanzar el suelo. Otra piedra le golpea en el arco de la espalda. Elsa mira hacia el lugar del que han surgido las piedras y solo distingue el movimiento residual de las ramas y el sonido de una cadena de bicicleta. Salid, les grita, cobardes, dad la cara. Sospecha que deben de ser esos malditos críos otra vez. El reverendo los alienta a fabricar esas hondas con tiras de neumático y andan ajustando cuentas no solo a las salamandras y las pequeñas culebras, sino a todas las mascotas del barrio.

Se acerca a la gata.

Siente sus ojos vibrantes clavados en ella, sus uñas que asoman de las garras. ¿Qué hubiera hecho ella de ser la hija de los Härtmann? ¿Se habría quedado mirando, como hace ahora con la gata, sin hacer nada? El animal no sabe qué es la muerte, pero sí sabe que va a morir y perderá a sus crías. Es lo único que la hace seguir ahí. De los muros del jardín, Elsa toma un mampuesto grande y plano y lo levanta por encima de su cabeza. Luego lo deja caer con todas sus fuerzas. En la noche se escucha el sonido abovedado del cráneo al quebrarse. Aún tiene que golpear dos o tres veces hasta que cesan las convulsiones y el animal muere. Y es entonces, al levantar la piedra por última vez, cuando ve a Ursula Härtmann al otro lado del seto observándola atónita, con los ojos muy abiertos.

5

La habitación 321 tiene vistas al canal. Un barco solar cargado de turistas se pierde bajo las arcadas del Herengracht. Hace más de veinte años, en un hotel mucho más modesto en el que las ventanas sí podían abrirse —la política medioambiental del Waldorf Astoria es estricta en cuanto al control y la recirculación del aire—, Monica y yo pasamos nuestra primera noche juntos. A pesar de todo era tímida, muy pudorosa. Como no se decidía a dar el primer paso, me enseñó una fotografía aérea de la ciudad y me dijo que el Herengracht, pero también los otros canales de Ámsterdam, formaban una inmensa telaraña cuyo eje era el obelisco de la plaza Dam. Ese obelisco, que se había erigido en homenaje a los caídos durante la Segunda Guerra Mundial, es decir, alrededor de la idea de la muerte, le recordaba a las espiras de un inmenso bobinado que irradiaba desde allí a cada esquina de la ciudad. Le pregunté si hablaba en serio y ella, de nuevo, respondió que siempre hablaba en serio, nunca bromeo, ¿recuerdas? Esa misma noche, después de estar en la cama, me confesó que había estudiado dos años de Arquitectura en Barcelona antes de comprobar que la universidad, como toda institución educativa, siempre iba por detrás de cualquier destello de originalidad. ¿Y tú eres original, claro? Ampliando cabellos y viendo el mundo como un circuito integrado.

¿Lo dudas?, preguntó Monica.

El Replicant vibra sobre la mesa.

Compruebo que es mi hija.

Su novena llamada.

En realidad, el rostro de la mujer que aparece en la pantalla no es el de India, sino el de Monica. A pesar de que lleva seis meses muerta, tardo unos segundos en entender que no es ella,

sino nuestra hija, que, cuando todo pasó, insistió en quedarse con el teléfono de su madre para llamar a los conocidos que no se habían enterado de su fallecimiento. Ni siquiera se ha molestado en cambiar el mensaje del contestador. Si no respondo empezará a preocuparse. Nuestra relación, de siempre poco convencional, es desde la muerte de Monica más tensa porque, aunque no lo ha exteriorizado jamás, me hace responsable de lo que pasó.

¿Estás en Ámsterdam?

¿Quién te lo ha dicho?

Sigues siendo el único que se cree que ese viejo Replicant tuyo no es rastreable.

¿Espías a tu padre?

¡Si te ha visto medio mundo!

¿Estás de broma?

¿Por qué no nos dijiste nada?

Nada de qué.

De la conferencia.

No quería preocuparte.

Estaba en el museo y vino Lo y me dijo: Mira, tu padre está en el canal de la US... No lo podía creer... hasta que me enseñó el vídeo...

Debería habértelo comentado.

En absoluto, ¿para qué?

Lo siento.

En realidad, me alegro. Ya era hora de que pasaras página.

Si no le he dicho nada es porque hubiera tenido que contarle que la financiera bloqueó mi coche el jueves y tuve que dejarlo en el arcén. La muerte de su madre destapó algunas cosas. Entre ellas, nuestro calamitoso estado financiero, algo casi endémico que siempre le ocultamos. Desde entonces me acusa de mi falta de previsión, de seguir viviendo de alquiler y de no tener, a mi edad, un plan de pensiones o unas expectativas de solvencia a medio y largo plazo. Su obsceno sentido común, en las antípodas del mío, se ha agudizado tras la muerte de Monica y se ha convertido en el principal motivo de disputa entre nosotros.

¿Va todo bien?

Tendrías que ver mi habitación.

¿La del hotel?

El baño es como mi salón. Y la cama, bueno, la cama es…

¿Seguro que todo va bien?

Claro, hija.

Has de estar jodido para hacer lo que has hecho.

¿A qué te refieres?

¿Cuántas veces nos has hablado de la Universidad de la Singularidad?

Es una universidad, ¿no?

No te he oído jamás una palabra buena sobre ese sitio.

Lo mejor de mi edad es que puedo cambiar de opinión, ¿no? Y a nadie le importa.

En el alféizar, coronado por clavos, una paloma gris escarba con el pico en su plumaje y observa el interior de la habitación.

Gracias, le digo.

¿Gracias por qué?

Por preocuparte.

Soy tu hija.

Eso solo te obliga a ser mi hija.

Vale, papá. ¿Sigues ahí?

Sí, claro.

¡Setenta millones de visualizaciones!

¿Cómo?

Más de treinta mil comentarios en dos horas… ¿Sabes lo que eso significa?

Supongo que es un cumplido.

¿Un cumplido? ¡Fue fantástico! Parecías uno de tus apolillados comunistas.

No soy comunista, pero, créeme, no es lo peor que se puede ser hoy día.

No empieces, papá. El mundo ya no es de derechas ni de izquierdas, como antes, ni siquiera de ricos o de pobres.

Ese es el problema de tu generación.

Mira, quiero preguntarte algo y quiero que me digas la verdad: ¿necesitas dinero?

A mis pies se abre una fisura sin fondo y sé que no debo saltar al otro lado.

Claro que no, cariño. Me van a pagar bien.

No seas irónico.

No lo soy. Cielo, no te preocupes.

Cuando su madre murió empezó a llamarme cada noche, me recordaba la dieta, la pastilla de levadura roja y la cita mensual con la doctora Cuartero, incluso me compró un bono para aquel gimnasio —que apestaba a estrógenos y fricción humana desde la misma recepción— al que nunca fui; cada domingo, a eso de las siete de la tarde, venía a casa y llenaba el frigorífico de verduras y filetes de pavo, colgaba por todas partes listas de cosas que debía o no podía hacer. Al principio no le di importancia, pero pronto empezamos a discutir, aunque, en realidad, lo que odiaba de la situación era aquel modo que tenía de mirarme.

¿Y tú estás bien?, le pregunto.

Me preocupas.

Sé cuidarme.

Pero nunca pides ayuda.

No la necesito.

¿Y por qué tengo la sensación de que el día que lo hagas será demasiado tarde?

¿Qué tal está Lo?

¿Ahora te interesa mi novia?

Solo quiero cambiar de conversación.

Tenemos algo importante que contarte. Por eso te llamo.

¿Me vais a hacer abuelo?

No seas ridículo.

Soy todo oídos.

Te invito..., te invitamos a cenar y hablamos, ¿vale? ¿Cuándo vuelves?

Mañana a mediodía.

Elijo yo, dice, invitamos nosotras.

Puedo pagar.

Te envío un mensaje con la reserva.

Estupendo, hija.

No cenes demasiado, ya sabes que no toleras los hidratos de carbono... ni el vinagre...

Cariño, no lo estropees.

Vale, bueno, adiós. Te quiero.

Ahora eres tú la que está empezando a preocuparme.

Solo he dicho que te quiero.

Y yo, hija.

Por un segundo dudo si contarle lo de mi cena con Wilhelm Keitel, pero sé que solo podría inquietarla. Al otro lado del cristal, la paloma remonta el vuelo y se pierde en la compuerta del Prinsengracht para dirigirse, casi con toda probabilidad, hacia el obelisco de piedra.

6

Elsa se detiene junto a la cancela. Desde allí observa a su marido. Incluso en las noches frías a Simon le gusta abrigarse con la pelliza y tumbarse en la hamaca del jardín para contemplar las estrellas. La casa donde viven está sobre una meseta kárstica y eso convierte su jardín en un observatorio ideal. A veces, en las noches de verano, han visto juntos el polvo de las perseidas disolviéndose en la bóveda celeste. Ejercicios estelares, así los llama su marido. Esta noche Simon está solo. Su padre también era policía en un pueblo de los Sudetes. Heredó de él su telescopio y esa simpatía por el *Völkisch* y las camisas pardas. Elsa le observa con los brazos caídos a los lados de la hamaca y las gafas magnéticas abiertas sobre el pecho. En el suelo hay un libro. Simon nunca lee. Apenas le ha visto ojear alguna noticia suelta del *Bild,* siempre en la sección de sucesos o deportes. Cuando se acerca, Elsa comprueba que se trata de un ensayo sobre la música de Tartini que se titula *El trino del diablo*. La portada representa a un hombre recién despertado —con gorro frigio y camisón blanco— mientras el diablo, con su habitual aspecto de macho cabrío, toca el violín a los pies de su cama. ¿Tartini? ¿Quién es Giuseppe Tartini? Según comprueba en su biografía fue un violinista barroco nacido en la República de Venecia a finales del XVII.

¿… ya has vuelto?, dice reparando en su presencia.

Una noche vas a pillar una pulmonía aquí fuera.

Estaba preocupado por ti.

Elsa no puede borrar la imagen de la gata cuyo cuerpo ha quedado tendido sobre el asfalto.

¿Ahora te interesa la música?

¿Cómo? ¡Ah! ¿Lo dices por el libro? Me lo trajo Kathrin de la biblioteca.

Ya lo veo.

Se puede saber qué te ha pasado.

Elsa se da cuenta de que en sus manos y en su rebeca hay restos de la sangre de la gata.

¡Estás herida!

Es solo un rasguño.

¿Qué sucedió?

Esos chicos, van por ahí con sus hondas tirando piedras.

¿Te dieron a ti?

A mí no, a una gata. Deberías hablar con el reverendo. La apedrearon delante de mí. Estaba encinta.

¿Encinta? ¿Cómo lo sabes?

Soy mujer. Sé distinguir... y Ursula estaba allí.

¿Ursula?

La mujer del doctor Härtmann.

¿Y qué tal estaba?

Bien, supongo que bien.

Simon parece recordar algo o prefiere cambiar de tema para eludir la fricción.

Mira, dice señalando al cielo, ¿no ves nada raro?

Elsa contempla el mismo desorden de puntos luminosos que ve cada noche y que no le dice nada.

Fíjate.

Ya sabes que no sé nada de astronomía.

En serio, ¿no lo ves?

¿Qué tendría que ver?

Antares. ¿Dónde está Antares?

Elsa le sigue la corriente.

Pues supongo que en algún punto de ahí arriba.

Debería estar entre Aldebarán y Regulus.

¿Y qué? ¿Es una estrella?

Una constelación.

Alguien la habrá robado.

¿Cómo va a desaparecer?

Y yo qué sé.

Lo digo en serio.

Seguro que hay una explicación. ¿Una nube?

¿Tú ves nubes por algún lado?

Podrían estar ahí, ¿no? Es de noche.

Una nube ocultaría todas las estrellas, no solo a Antares.

¿Y qué importancia tiene?

Una constelación no desaparece así como así.

No te entiendo.

Mi padre decía que las estrellas eran las garantes del equilibrio del universo. Si una se detiene, todo el sistema deja de estar en equilibrio. Se produciría una reacción en cadena...

¿Y eso es cierto?

Físicamente sí. También me contó que los marineros asociaban la desaparición de Antares a la llegada del fin del mundo. Aunque, como todas las leyendas, tiene su fundamento. Si desaparece la estrella que guía a los barcos lo normal es que se extravíen...

Lógico. ¿Estás tratando de decirme algo?

Quizá el reverendo tiene razón.

¿En qué?

En lo de esas tres niñas. Quizá es una señal.

¿Una señal de qué?

... del final de los tiempos.

¡Venga ya!, dice Elsa riendo. ¿Y cómo piensa un policía de pueblo detener el apocalipsis? ¿Vas a atrapar al demonio?

Empezaré por su enviado.

¿Te refieres al profesor de las niñas? Sabes que no mataría ni a una mosca.

No con sus manos.

Solo es un hombre solitario.

¿Por qué le defiendes?

No le defiendo. Solo digo que...

Se detiene justo a tiempo. Entre Immanuel y ella nunca ha pasado nada, pero tienen un lenguaje parecido, una conexión al margen de los habitantes del valle. Y eso es suficiente para que Simon se sienta inseguro y añada más pólvora contra el profesor de música.

Explícame, dice mostrándole el libro, ¿por qué si no las niñas ensayaban esa pieza?

¿Qué pieza?

El trino. Era la partitura de Año Nuevo. ¿Sabías que le fue revelada a Tartini por el mismísimo diablo?

¿Cómo puedes creer eso?

Una noche soñó que un macho cabrío interpretaba para él esa pieza. Y al despertar trató de transcribirla. Tartini era un compositor talentoso, más que Paganini, y sin embargo, solo esa pieza suya ha pasado a la posteridad..., ¿no es sospechoso?

Lo sospechoso es que ahora te haya dado por el barroco italiano.

Se arrodilla junto a su marido y le rodea con los brazos. Inmediatamente siente sus manos descendiendo por la cadera hacia las nalgas.

¿Subes conmigo?

En un rato.

Mira, tengo una sorpresa para ti.

¿Para mí?

Si subes te lo cuento.

Si me acostara, dice Elsa, no dormiría.

¿Quién habla de dormir?

Venga, dímelo.

Todo tiene su precio.

¿Me das quince minutos?

Diez.

Por el gesto, Simon debe sospechar que serán muchos más. Suele asociar esas noches con los largos periodos de tristeza que afligen a su mujer. Toma su mano entre las suyas.

Diez minutos, bien.

En mi estado eso será una eternidad.

¡No seas idiota!

Cuando Elsa entra en la casa, aún le escucha decir.

Le voy a encontrar.

¿A quién?

A quien haya sido.

¿No dices que fue el demonio?

Tengo una pista.

¿Para bajar al infierno?

Esa chica.

¿Annie?

Ella le vio.

¿Qué vio?

Vio cómo se llevaba la estrella.

¿Bromeas?

Nunca bromeo, ¿recuerdas? Lo mejor es que cometió el error de dejarla con vida.

Desde el firmamento, un intensísimo cono de luz zodiacal enfoca la aguja de la iglesia del Buen Pastor como si el valle se hubiera convertido en un inmenso plató televisivo.

No dejo de pensar que podría haber sido Christa..., es tan, tan inocente.

Pero no ha sido ella, dice Simon, a veces eso es lo único importante.

7

A las nueve en punto, Chloé golpea leve pero insistentemente la puerta. Lleva un precioso vestido verde de tirantes y un brazalete étnico de cobre martilleado que le cubre hasta la mitad del antebrazo. Da un paso atrás, y mientras extiende los brazos y gira sobre sí misma, el vuelo del vestido se levanta dos palmos por encima de sus rodillas.

¿Qué le parece? ¿Qué tal me sienta? Es vintage total, ¿no?

Desde luego no es su estilo.

Es de finales de siglo.

¿Del siglo XX?

Era de mi madre.

¿Su madre?

Bromeo. ¿Le gusta?

¿Y por qué no iba a gustarme?

Usted también está muy guapo. Venga, no sea gruñón. Veo que recibió mi chaqueta.

Pocos minutos después de que Chloé me dejara en el hotel, un camarero llamó a la puerta y me entregó una chaqueta de pana marrón y una camisa blanca. En la solapa había una nota de la asistente de Keitel: creo que es parecida a la suya, espero que le guste. No es que fuera como la mía, es que era idéntica a la que solía usar en multitud de actos y conferencias, la misma marca, las mismas coderas y el mismo cuello forrado de ante. Monica me la había regalado en Berlín. La llevé en el primer programa de *Mundos y modos* y, desde entonces, se había convertido en una especie de amuleto. Me daba suerte. Eso pensaba. Al menos hasta que la extravié hace meses, no sé cómo, en uno de mis merodeos etílicos por el centro de Madrid. Sin duda esta era otra chaqueta, nueva y más cara, confeccionada con materiales de mejor calidad y

diseñada a medida a partir de aquella.

¿No me va a dejar pasar?, me pregunta.

Al agacharse para recoger algo del suelo, observo un tatuaje en su hombro, justo donde termina la clavícula: cuatro colibríes en diferentes posiciones de vuelo. Sin embargo, por algún efecto óptico, parecen el mismo pájaro remontando el vuelo.

¿Qué lleva ahí detrás?

No querrá que lo hagamos en el pasillo.

¿El qué?

¡Qué va a ser! ¿Me va a tener aquí fuera toda la tarde? Me pongo guapa para usted y así me lo...

Mira a ambos lados del pasillo y comprueba que no viene nadie, luego pone la palma de su mano sobre mi pecho y me empuja con suavidad —pero con una fuerza inesperada— hacia la cama.

¿Se puede saber qué hace?

Ahora verá.

Cierra la puerta y saca de detrás de la espalda un detector portátil de bajas frecuencias. Conozco esos artilugios porque después de los atentados en *Charlie Hebdo* y las amenazas a *Libération* los había a cientos en todas las redacciones del mundo.

No se haga ilusiones.

Está de broma, ¿no?

Será un segundo.

Es un atropello. ¡No voy a pasar por esto!

Podrían haberle colado un transmisor. No se imagina lo ocurrentes que son esos tipos. Dese la vuelta.

¡No va a cachearme!

Chloé se coloca detrás de mí y siento el contacto inmediato de su pecho, el suave olor a aceite de argán y el sonido de la estática subiendo por mi entrepierna. En algún momento se produce una variación del espectro y sin darme tiempo a reaccionar, me inmoviliza y empieza a registrarme. Es cuidadosa y determinada en su función. Sin duda, no es la primera vez que lo hace. Su mano busca en los bolsillos de la chaqueta.

Ya está bien, digo echándome a un lado. Déjeme en paz,

dígale a su jefe que se vaya al cuerno, no voy a tolerar...

Trato de resistirme, pero Chloé me inmoviliza otra vez con suavidad, sin hacerme daño, pero empujando mi barbilla contra la pared. Por fin, y solo con dos dedos, la chica saca el Replicant del bolsillo y lo mira como si fuera un resto arqueológico.

Si le parece, se lo devolveré después de la cena.

¿Siempre trata así a sus invitados?

Le prometo que le compensaré.

Luego me coge del brazo y nos dirigimos hacia la puerta.

Y cómo va a hacerlo.

¿Se lo tengo que explicar?

Visto lo visto, supongo que sí.

De momento va a probar la mejor lamprea ahumada de Holanda.

¿Lamprea?

Sí, es una especie de...

De anguila, ya lo sé.

En realidad, no. Pertenecen al grupo de los agnatos. Se parecen pero no tienen nada que ver con ellas.

¿No estaban en extinción?

Wil me pidió que no escatimara en gastos. Le he conseguido además un Romanée-Conti del 97.

No bebo, ya le dije...

Solo hay tres botellas como esa en el mundo... ¿Seguro que no puedo convencerle? Venga, hoy es una noche especial..., usted y yo... y Wil.

¿Me está proponiendo un trío?

¿Quiere que se lo proponga?

No me molesta en absoluto ese flirteo sobreactuado, todo lo contrario, hace años hubiera reaccionado de otro modo, me hubiera colocado en mi sitio, pero mi sitio, sea cual sea, ya no me interesa. Estoy aquí. Esta tarde he saboreado lo más parecido al triunfo en estos últimos diez años, camino del brazo de una hermosa mujer de la edad de mi hija y dormiré en uno de los hoteles más exclusivos del mundo. Nada lo va a estropear.

Chloé sonríe.

Parece que sabe lo que pienso.
Su piel es inmaculada y lisa, intachable.
¿Qué mira?
A usted.
Al final me va a caer simpático.

En el restaurante nos espera una tal Sascha. Sascha es la jefa de sala, pero según Chloé, su nombre hace solo unos meses era Sidney, es decir, que es trans, aunque si exceptuamos sus esfuerzos por aparentar ser femenina nadie lo diría. *Bienvenue, mes amis,* dice. Chloé y ella se conocen desde niñas y hablan con familiaridad. La temporada de la lamprea, nos explica, termina en marzo, pero, después de años de investigación, su equipo ha logrado sintetizar el sabor de la lamprea del norte. ¡Os va a encantar! La jefa de sala nos conduce a través de un comedor que reproduce el estilo colonial portugués, muebles de anea trenzada, mantelerías de hilo y copas grabadas al ácido y decoradas con alpaca inglesa. Además de Chloé y yo no hay nadie más en el restaurante, lo que resulta extraño porque es la hora de la cena. Según nos indica Sascha, el reservado está detrás de una puerta camuflada. No os molestará nadie, dice al pasar la tarjeta por el lector, *profitez-en!* El reservado es una sala forrada con viejas carátulas de vinilos, algunas de los Beatles y Led Zeppelin, pero también otras de grupos menos conocidos como Wil Malone o The Residents. En el techo hay un tragaluz que representa una inmensa rosa emplomada de color rojo, y en la penumbra de la esquina, un hombre interpreta al piano una de esas piezas ambientales de Satie.

¿Qué le parece? Lo he decorado para usted.
¿Para mí?
Necesito que esté a su gusto.
¿No cree que son demasiadas molestias?
El empeño es de las pocas cosas que le puedo ofrecer.

Sobre el mantel blanco hay un cubo de antracita negra de unos siete u ocho centímetros de arista.

¿Y eso?

¿No sabe lo que es?

¿Debería?

Quizá sea la única persona del planeta que no lo sabe.

¡Pero claro que lo sé! Se trata del nuevo iProyector del que se habla en los foros, el que está causando todo ese revuelo. Como su antecesor, se trata de un emulador holográfico de altas capacidades en fase experimental sobre cuyas prestaciones todo el mundo especula: capacidad de cálculo vectorial comparable a la de los superordenadores militares, velocidad de transmisión de 10 Gbps y una latencia máxima de 0,1 milisegundo.

¿Y él?

¿El pianista?

¿Le ha contratado también por mí?

Es el pianista de Wil. Tony va a donde va Wil, ¿verdad, Tony? Es su...

Pero el pianista, entregado a sus *Gymnopédies,* solo levanta la mano.

... músico de cámara.

Igual que los aristócratas de la Edad Media.

Wil prefiere la palabra mecenas.

Está claro que Chloé tiene un elevado concepto de su jefe. No hace falta seguir escuchando para saber que Tony tiene el talento del que yo siempre carecí como intérprete, que su música va más allá de la técnica o la digitación, que tiene alma o carácter o como quiera que se llame a esa distancia que va desde las notas de solfeo hasta el sonido envolvente que sus dedos ahora reproducen.

¿Y cuándo vendrá él?

El ECOTIC se retrasó.

ECOTIC es una asociación filantrópica que recicla componentes electrónicos en Eurasia y Estados Unidos. Luego los reutiliza en el tercer mundo, aunque no soy el único que sospecha que sus fines son más espurios, entre ellos la ingeniería fiscal y el blanqueo a través de donativos. El camarero se acerca con la botella de vino. Nos muestra la etiqueta de la que ha preservado incluso la pátina de polvo que ha cubierto la botella durante

décadas.

Para mí un vaso de agua, digo.

El camarero me mira confundido, luego mira a Chloé y Chloé me mira a mí.

¿Tasmanian, señor? También tenemos Veen y Fillico...

Óxido de dihidrógeno.

¿Cómo?

Hache-dos-o. Agua del grifo.

Por supuesto, señor.

El camarero se retira esforzándose para no mostrar emoción alguna.

No se lo tome como algo personal, le digo a Chloé.

Ella mira hacia las paredes.

Dentro de esas fundas están los vinilos.

No le gusta demasiado la música, ¿verdad?

¿Qué quiere decir?

Nadie al que le gustara empapelaría las paredes con esos discos. Es un atentado... Algunos valen una fortuna.

Y usted, ¿usted por qué dejó la música?

Mi mujer estaba convencida de que la mitad de las terminaciones nerviosas de mi tímpano estaban dormidas.

¿Quiere decir que dejó de tocar por ella?

Uno nunca deja las cosas por un solo motivo.

Eso fue en 2008, ¿verdad?

A veces olvido que tiene mi expediente...

El año anterior a su estreno en la ZDF, ¿no es así?

¿Sabe? Nadie me lo ha preguntado, pero llevo toda la vida tratando de explicarme por qué aquel directivo prefirió a un universitario recién titulado a, por ejemplo, Margret Schleidt o Verena Stolcke, que, ya por entonces, eran divulgadoras científicas de primera línea en otras cadenas... Yo no sabía nada de televisión. Nada. El profesor Leuenberger, mi director de tesis, les había hablado de mí y les gustó la valentía de mi enfoque. Solo eso. ¿Puede creérselo? A las dos semanas, Monica y yo nos habíamos mudado a uno de esos apartamentos verticales de la Potsdamer y la música quedó... atrás..., como tantas otras cosas.

He visto ese programa. Era usted muy atractivo. También puede ser esa la causa.

¿Era?

No sea bobo. Algo siempre queda.

Entonces toma mis manos entre las suyas y el brazalete que cubre su antebrazo se desplaza unos centímetros, lo suficiente como para que repare en el comienzo de una cicatriz. Su aspecto es rosado y reciente. Así que no es tan perfecta, pienso, como tampoco lo es el mundo de la corporación. Chloé se da cuenta y de inmediato coloca el brazalete en su lugar.

¿Por qué no me cuenta algo de usted?, le pregunto.

¿Es verdad que Monica estaba casada cuando le conoció?

Con un francés, un militar.

¿En serio? No me pega nada.

Monica nació en un pequeño pueblo de Canadá, un lugar hoy deshabitado en mitad de las Montañas Rocosas. No es que fuera de pueblo, pero Barcelona le abrió los ojos. La convirtió en otra. Pero antes de eso conoció a ese tipo, había estado en Argel y ella solo tenía dieciocho años. No supo frenar lo que se le vino encima, la familia de él, los planes, el apartamento que les regalaron..., pero Jurriaan era homosexual, eso decía Monica. Se marchó porque no quería estar allí cuando su familia se enterase...

Vaya culebrón.

En retrospectiva, todas las vidas lo parecen.

Ella tenía razón.

¿En qué?

Jurriaan fue encontrado muerto en un piso de citas en 2010...

¿Un piso de citas?

Para hombres.

Fue ese año, o el año siguiente, cuando se quedó embarazada de nuestra hija.

Chloé saca un pastillero en cuyo interior hay unos cuadraditos troquelados con un pequeño unicornio azul.

¿Se apunta?

Me temo que no.

¿No le gusta la realidad combinada?

Con la ordinaria tengo suficiente.

Sé que a nuestra espalda hay alguien porque Chloé ha dejado de hablar. Cuando me giro veo que es un tipo enjuto con el pelo blanco y las gafas de pasta con las patillas doradas.

Acepte mis disculpas por el retraso, dice el director del consejo de administración de Wetopia tendiéndome la mano, a veces, la filantropía conlleva trastornos... Estoy seguro de que Chloé habrá sabido entretenerle.

Lo único que se sabe sobre Wilhelm Keitel es que su corporación factura más de un cuarto de la economía global, aunque, como todas las estimaciones que le rodean, también esta se queda corta. El billonario nunca aparece en los telediarios ni es el tema de debate de los programas de actualidad, apenas si circulan un puñado de fotografías en las que siempre aparece sonriendo en banquetes benéficos e inauguraciones, estrechando la mano de banqueros y eurócratas, acompañando a viejas glorias del cine irreconocibles por el bótox. Según esas fotografías, Keitel no debe de tener más de sesenta años, mide metro ochenta y luce una barba blanca que le da un aire mesiánico muy fotogénico. En la darkweb nadie le llama Wilhelm Keitel, sino W. a secas, como si, más que una persona, fuera un fantasma, una entelequia creada por ciertos poderes para focalizar sobre sí el rencor de sus detractores.

Y funciona, todo eso funciona.

El odio, sus dianas.

Si hubiera alguien al que asesinar en el planeta, ese sería él.

El hombre más rico del mundo.

Sin embargo, el tipo que tengo delante no es el de las fotografías, se parece, también él tiene barba hípster de color blanco, pero es bajo, mucho más bajo, y sus gafas, seguramente por la presbicia, le dan un aire ojeroso y cansado.

Sí, ya sé que esperaba a otro... Es solo otra medida de prevención.

¿Qué quiere decir?

El otro Wilhelm...

¿Tiene un doble?

No se preocupe, mi sosia está encantado de representarme. Disfruta de mi dinero sin los problemas de conseguirlo. Nuestros enemigos son cada vez más ingeniosos.

El camarero regresa con la botella de Romanée-Conti y, cuando va a servirle, el filántropo pone su mano sobre la copa. Este vuelve a retirarse frustrado ante la nueva negativa.

Que nadie nos moleste, ordena.

Entonces Tony deja de tocar, pero permanece en la banqueta con la espalda erguida.

No voy a andarme con rodeos, dice.

Se lo agradecería.

Hay demasiadas personas pendientes de mis movimientos.

Supongo que ese es el verdadero motivo de que esté aquí.

En absoluto. Es cierto lo que le dije, su trabajo me interesa desde hace años. No estaría donde estoy si no me ocupara de mis detractores. Supongo que no le molesta que le llame así...

¿Cómo?

Ya sabe.

De algún modo me honra.

¿Sabe? Lo que más me extrañó es que aceptara mi ofrecimiento tan pronto.

Paupertas oblige.

Le hace un gesto a Chloé y ella se pone las iGlass, se levanta y se recuesta en un butacón de ratán que queda al extremo de la mesa. El vestido queda sobre su rodilla mientras mueve el muslo al ritmo de una música que no escuchamos.

¡Es un encanto! ¿Verdad?

A su edad todas lo son.

No sé por dónde empezar.

Vayamos por partes: ¿por qué yo?

Ya se lo dije. Admiro a los valientes.

¿Y el verdadero motivo es...?

Hasta donde yo sé usted es una especie de quijote, un caballero andante de las causas perdidas... Pocos hacen una apuesta así ante la evidencia. Sé que lucharía a brazo partido

incluso si se sabe derrotado, quiero decir que usted será mi paladín, mi Mesías...

¿No irá a pedirme que muera en su cruz?

No sé si puedo pedirle tanto.

¿Podría ser más claro?

Podría haber elegido a cualquiera de mis ingenieros, lo sé, pero entre ellos ninguno tiene el prestigio que usted.

¿Prestigio? ¿Bromea? ¿Cuántos premios Nobel tiene en nómina? No me dirá qué...

Quiero decir que *ellos* le creerán a usted.

¿Ellos?

Esos..., evíteme la palabra. No me pregunte el porqué, pero usted es una especie de... Robin Hood tecnológico..., jamás lo creerían si viniera de mis científicos. Al fin y al cabo, les pago un buen salario cada mes. La gente que haya visto hoy su conferencia sabrá que no miente, que no se rinde...

Cuando les cuente, ¿qué?

Antes necesito que acepte mi propuesta.

No puedo aceptar lo que desconozco.

Entonces permítame cierta vaguedad en los detalles. ¿De acuerdo? No solo por su seguridad, sino porque, para llevar a cabo su misión, cuanto menos sepa mucho mejor.

Está dando por supuesto que lo haré.

Le pagaremos una obscena cantidad de dinero.

Cuento con ello. Y además...

Lo más importante es que le voy a dar la oportunidad de demostrar sus tesis.

¿Qué tesis?

La singularidad, ¿recuerda? Si usted gana, Wetopia Inc. se hunde y con ella gran parte de lo que a usted le preocupa. Le doy la oportunidad de demostrar para los próximos cien años que ninguna máquina es capaz de alcanzar la singularidad. Que un hombre es un hombre y una máquina...

¿Y si usted gana?

Entonces seguiremos siendo la *bigtech* más influyente del mundo, quizá algo más rica, dice con una sonrisa en los labios.

¿Recuerda el proyecto Viviene?

¿Viviene?

Todo el mundo recuerda a Viviene. Ese nombre está ligado al desplome de las acciones de Artificial Life Inc. Viviene fue la primera ginoide capaz de usar más de 6.000 palabras, manejar 30.000 temas de conversación y, aunque su algoritmo de aprendizaje era rudimentario, formular secuencias sencillas en cuarenta idiomas. Los sobrecostes del proyecto originaron problemas financieros desde el principio y la empresa matriz de la compañía surcoreana se fue a pique. Eso fue incluso antes de que Trump pidiera asilo en la actual Corea Unificada.

Algo recuerdo, le digo.

Viviene se basaba en un sistema rudimentario de pregunta-respuesta, pero fue la avanzadilla del primer algoritmo de Vacilación Artificial y Moderación de Certeza.

Cuénteme algo que no sepa.

Ella fue el principio de todo, aunque no fuera el principio de nada. Eva, Lilith, ya sabe. Su sistema de aprendizaje era no evolutivo. Muy burdo. IA blanda, patrones de actividades, redes neuronales, ese tipo de chorradas...

Un videojuego que costó muchos miles de millones. Lo sé.

The clumsy lover, así la llamó aquella periodista del *Guardian...,* dice mirando a Chloé, ella representaba el Pleistoceno.

De repente recuerdo la fuerza de Chloé cuando entró en mi habitación, lo extraño que me había resultado su inteligencia y su juventud. Conocía aquellos robots antropomorfos que no eran sino torpes imitaciones de los modelos Actroid, la prometedora Repliee Q1 Expo y la última de ellas, la Geminoid F. El Instituto Nacional de Ciencia de Tokio llevaba años trabajando en la serie HRP y había creado a Kourai Khryseai, un robot indistinguible a primera vista de cualquier estudiante de veinte años.

¿Quiere decir que ella...?, digo señalando a Chloé.

Me temo que ella es tan humana como usted o como yo. Diría incluso que es irrepetible... Hablamos de algo grande, muy grande.

¿Me están diciendo que han ido más allá de Viviene?

Viviene era una vagina de silicona complaciente.

Hasta para mí, eso es simplificar mucho.

¿Sabe? La ética es siempre un terreno espinoso. No se puede ser la primera tecnológica del mundo sin cruzar ciertos límites..., ¿me sigue? Hablamos de mil ochocientos diecinueve servomotores, cuatrocientos noventa que modifican exclusivamente la membrana de silicona que cubre la expresión del rostro. Hablamos de modelos capaces de mostrar doscientas cuarenta y dos emociones y posibilidad de aprender otras. ¿Cuántas emociones es capaz de exteriorizar usted?

Vamos, que ha creado la putita más cara de la historia. ¿Y qué tengo yo que ver?

Su rostro queda como congelado, pero inmediatamente se ilumina con la misma media sonrisa taimada del principio.

¿Quién le ha dicho que hablo de una mujer?

Tony se ha levantado y viene hacia nosotros.

Encantado de conocerlo, dice el pianista.

Hace solo unos segundos, mientras tocaba esa pieza de Satie, yo mismo había pensado que Tony tenía la emotividad y el sentido de la interpretación que a mí me había faltado en la juventud. Su rostro —sus ojos hundidos y el mentón alargado— me resultaba vagamente familiar.

¿Está de broma?

Sabía que le impactaría. Fue idea de ella, dice señalando a Chloé.

¿Ervin? ¿Ervin Nyíregyházi? ¿De verdad?

Tan joven y tendrá que reconocerme lo retorcida que es.

¿Y por qué tantas molestias?

Permítame que le explique. Trataré de ir al meollo, pero debo empezar por el principio. Como sabe, cada día y cada hora, nuestros usuarios nos entregan su intimidad, cada *like* y cada *redheart,* cada fotografía colgada en nuestras redes sociales, cada compra en nuestras filiales, todo ello nos ayuda a crear perfiles representativos cada vez más exactos y detallados. Le sorprendería la precisión del rastro que dejamos en la red. Los servicios de inteligencia de medio mundo darían un brazo por una herramienta como la que tenemos nosotros. Nunca somos lo que decimos, sino

lo que compramos, las páginas que visitamos, el porno que nos gusta, ¿entiende? Supongo que usted ya es consciente de todo esto. Él, dice refiriéndose a Tony, ha sido creado a partir de los vídeos de que disponemos de Nyíregyházi, de testimonios, de las cartas de su amante... No solo la parte física, que también, sino el modo de interpretar, de pensar, todo... Nuestros ingenieros han cruzado esos datos para crear perfiles exactos, contenedores de identidad, permítame el epíteto, tan reales como usted o como yo.

¿Conoce a Baudrillard?

¿Debería?

Es un filósofo francés. Decía algo parecido a eso. Que el hombre moderno había desdibujado la frontera entre la realidad y su representación.

¡Demasiado elevado para mí!

Quiero decir, simplificando, que el hombre de hoy es más su posición GPS que el individuo en sí mismo.

Pero ¿y si su individuo fuera la suma de su posición GPS, su tensión arterial, su ideología, su pasado inmediato, la ropa que acaba de comprar, lo que pide en el restaurante...?

Simulacros de lo real.

¿Cómo?

Así los llamaba él... ¿Y con qué objetivo, quiero decir?

Crear duplicados.

¿Duplicados? Así, ¿en plural?

Colonos. Nosotros preferimos esa palabra. Toda una colonia de ellos.

¿Una colonia? ¿Quiere decir que ha fabricado un pequeño ejército de muñecos que tienen su original en el mundo real?

Como le digo, solo usamos esa información como punto de partida.

¿Eso es legal?

¿Legal? ¿Ha leído alguna vez las condiciones de cualquiera de nuestros servicios?

Entonces es inmoral.

¿Inmoral? Inmoral es usar nuestros servicios y pensar que no obtendremos contrapartida. Como le digo, esos datos son solo el

principio. La evolución de los sistemas es completamente libre. Toman sus propias decisiones. Y le asombrará saber que la evolución de nuestros colonos apenas presenta cambios significativos con respecto a sus homólogos... humanos. ¿Real?, ¿artificial?, no nos gusta hablar con maximalismos, pero el resultado es que sus humanos son tan previsibles como cualquiera de ellos, casi indistinguibles.

¿Casi?

Keitel se gira hacia Chloé, que se limita a sujetar la copa de vino y hacerla girar para comprobar la lágrima.

Ella le acompañará.

¿Adónde?

A la colonia. Al Bahnstadt.

¿Bahnstadt? ¿Como el valle en Alemania?

Obviamente la colonia no está allí. Y en todo caso, esa información es parte de lo que no le puedo facilitar.

Y sin mediar palabra, Wilhelm activa el proyector holográfico desde su pulsera y a nuestro alrededor se proyecta un pequeño pueblo alpino rodeado de montañas rectas y boscosas. Incluso hay un pequeño campanario al final de la calle, una lavandería autoservicio y una vieja Volkswagen de reparto. Es como si Wilhelm y yo estuviéramos cenando en mitad de la avenida principal y Chloé estuviera echada como una odalisca al principio de la calle. La furgoneta de reparto arranca y cuando está a punto de atropellar a Chloé la atraviesa, primero el radiador y luego el cuerpo de chapa esmaltada. Frente a nosotros hay unas máquinas expendedoras de billetes y un chico de no más de quince años que vende periódicos. No hay un solo error difásico, ninguna interferencia de representación, la imagen de ese mundo proyectado es inquietante. Por la acera se acerca una mujer y su hija. Ella debe de tener poco menos de cincuenta años y lleva una rebequita de hilo negro. Parece de luto. Cuando llegan hasta donde estamos, la madre le dice a su hija: Christa, tú espérame fuera. Ella no parece complacida, ¡pero si mis amigas están dentro!, dice. He dicho que no. La madre cruza la calle medio enfadada. Sobre la puerta hay una sábana y un círculo con el rótulo *Wir vermissen dich*

schon jetzt y, justo debajo, tres fechas de nacimiento y tres nombres que inmediatamente reconozco.

¿Ellas? Me parece que ahora sí tomaré esa copa de vino.

¿Y su alemán?, pregunta el filántropo, ¿qué tal lleva su alemán?, me dice casi al oído como si la madre y su hija pudieran de verdad escucharnos.

8

Christa, tú espérame fuera.

¡Pero si mis amigas están dentro!, dice enfurruñada la niña.

He dicho que no.

A Elsa la aterran los muertos. Cuando era niña —¿había sido niña alguna vez?— la muerte solo era un concepto, algo que pasaba en la vida de los otros. Vio a su primer cadáver a los catorce, la misma edad que ahora tiene su hija. Entonces vivían en Róterdam. Sus vecinos eran un matrimonio de inmigrantes polacos que tuvieron que huir de Minsk durante la Revolución bolchevique. Su hija se llamaba Irenka y guardaba de ella una imagen imprecisa, siempre ligada a aquel cuarto asfixiante que olía a antibiótico y calefacción de turba. Irenka se pasaba el día encamada con los ojos brillantes debido a la fiebre. Su madre solía insistir para que fuera a verla. Las dos intercambiaban cromos de artes marciales y jugaban a los viajes, pero de un día para otro, un ataque de asma degeneró en neumonía, la neumonía en derrame pleural, y una tarde, al llegar del colegio, se topó con dos enfermeros que se la llevaban en camilla. Fue a saludarla, pero Irenka tenía la tez lívida. Uno de los enfermeros trató de detenerla y al hacerlo zarandeó la camilla. La mano de Irenka se deslizó bajo las sábanas y rozó el sendero de macadán. Tardaría años en olvidar esos dedos agarrotados y curvados ligeramente hacia dentro.

¡Mamá!

¿Qué te pasa?

Quiero verlas..., solo eso.

Lo que hay ahí ya no son tus amigas.

Nunca fueron mis amigas.

Pero la pequeña iba a tu clase, ¿no?

Así es.

Solo son restos. Huesos y polvo.

Su madre le había dicho algo parecido sobre Irenka, pero ella no podía evitar pensar en su amiga descomponiéndose bajo la tierra helada mientras las larvas colonizaban sus partes más blandas. De repente, Elsa se siente observada. Es como si alguien susurrara en su oído. Lo percibe como una sensación casi física. Incluso su hija parece haberse dado cuenta. Elsa mira al cielo como si sobre el dintel del polideportivo la observaran los dos ojos de una inmensa criatura superior, pero lo cierto es que ahí arriba no hay nadie. Nunca hay nadie. Apenas cree apreciar un levísimo movimiento en los visillos de la ventana de la señora Schäfer, pero también podría ser el viento o su imaginación. Egbert, el ayudante de su marido, viene por la avenida.

¿Pasa algo?, le pregunta.

¿Por qué iba a pasar algo?

Llevas un rato ahí... parada.

Es solo Christa, tiene una de sus rabietas.

¡Déjame entrar, mamá!, ¡déjame entrar!

Te digo que eres muy pequeña.

Déjala, mujer, solo quiere despedirse.

Hija, cierra los ojos. Venga, hazme caso.

Y Christa cierra los ojos.

¿Puedes verlas?

¿A quiénes?

A tus amigas.

Mamá, no veo nada.

¡Venga, concéntrate!

No puedes protegerla eternamente.

¡He dicho que no veo nada! Quiero entrar. Quiero verlas.

Ahora es ella la que cierra los ojos. Trata de visualizar a la hija de Eva Verèke. No recuerda su nombre, aunque sí sus ojos claros y su estatura baja para su edad. Otra vez ese rumor ahí arriba. De niña, tuvo una otitis mal curada y cada poco regresan esos acúfenos insoportables. Es como el sonido de un hormiguero amplificado, miles, millones de insectos que entran y salen de las galerías subterráneas, casi puede escuchar sus mandíbulas royendo

las hojas secas que luego acarrean sobre sus abdómenes negros.

¿Elsa?

Egbert usa papel carbón para mecanografiar en la oficina y sus dedos están completamente negros. Cada vez que se abre la puerta del polideportivo, se escuchan las voces del interior..., voces que por separado serían comprensibles pero que solapadas unas con otras producen ese rumor que ha confundido con el de un hormiguero. ¡Cómo ha podido ser tan estúpida!

Qué desgracia lo de esas niñas, dice el ayudante de su marido.

Terrible. ¿Se sabe algo?

Si no lo sabes tú.

¿Qué quieres decir?

Tu marido lleva la investigación.

Solo sé que está preocupado.

Elsa no se siente con la energía para sacar el tema del diablo ni la descabellada teoría de Simon sobre ese violinista veneciano.

Creo que piensa que ha sido el profesor de las niñas.

Ese tipo nunca me cayó bien.

Solo es un tipo raro.

Es fácil que te engañe a ti, pero no a mí. Llevo años con tu marido. He visto cosas que ni siquiera imaginarías. Por cierto, ¿te ha contado lo de las conferencias?

¿Qué conferencias?

Bueno, en realidad no son conferencias..., no sé lo que son. Viene ese presentador que tanto te gusta.

¿A mí?

Sí, ese que es antropólogo. El del programa...

No hablas en serio...

Elsa se siente humillada porque Simon no se lo ha contado antes a ella. Es cierto que la noche anterior le había dicho que tenía una sorpresa, pero cuando subió al dormitorio su marido solo era un bulto que roncaba bajo el edredón. Sabía que gestionaba los fondos del Programa de Formación Rural y que cada año los empleaba en conciertos de folk y, sobre todo, mercadillos medievales de artesanía, pero no podía imaginar que hubiera invitado al presentador de...

¿... de *Mundos y modos?* ¿No se llama así?

El mismo.

Quería hacerte ese regalo.

Para estas gentes, la cultura no es una prioridad, piensa Elsa. Tienen su Museo del Embalaje Alemán, y ese museo, suele decir Simon, ya le cuesta a las arcas del ayuntamiento mil marcos al año y apenas si recibe media docena de visitantes.

¿Y cuándo serán las charlas?

Nos gustaría contar contigo para el comité de bienvenida. ¿Te apuntas? Simon dice que tú le conoces mejor que nadie.

Claro.

Será estupendo.

Ofelia, dice Elsa pensativa.

¿Cómo?

Esa niña, la que iba con mi hija a tercero, se llamaba Ofelia.

Minutos después entra en el polideportivo y empieza a hablar con unas vecinas con las que siempre ha mantenido un trato cordial. La directora del colegio va de grupo en grupo agradeciendo la deferencia a las familias. Los voluntarios, casi todos compañeros de las niñas, llevan chalecos con la insignia AVE MARÍA. No se ven crespones ni brazaletes de luto. Cada poco la puerta se abre y un nuevo grupo de dos o tres vecinos entra en la cancha.

Deberían encerrarla, dice la mujer que tiene a su lado.

Es una asesina.

Esa niña no era así.

Fue el profesor.

¿El señor Schulz?

Dice el reverendo que no enterrará a las niñas en Tierra Santa hasta que se aclare lo sucedido...

¡Maldito cuervo! Aún recuerdo lo que le hizo a mi sobrino.

El Código de Derecho Canónico de 1917 dice... bueno, el Concilio de Braga... si estuvierais más atentas durante la homilía...

Deja de defender a ese degenerado.

No es ningún degenerado.

Entonces, ¿las enterrarán en el Muro, junto a las otras?

Eso parece.

Los animales del bosque escarban esas tumbas.

Ningún animal excava tan profundo.

Adolf dicen que son las ratas.

¿Ratas?

Ratas de campo. Son como conejos.

La primavera pasada dejaron mi jardín como un queso emmental.

Adolf estuvo cazando en esa zona y nuestro perro volvió con una tibia entre los dientes.

Pobrecitas.

Agneta, tu hija también fue a clases con Schulz, ¿verdad?

La borre hace seis meses, por fortuna.

¿Os olíais algo?

Digamos que lo suyo no era el violín. Está más sorda que yo.

¿Y notaste algún cambio?

Le adoraban. Mi hija habría hecho cualquier cosa que él les hubiera pedido.

¿Veis lo que os digo? Tienen trece años. Son tan manipulables…

¿Y Christa?, escucha Elsa, ¿qué tal está Christa?

Una mujercita, responde, hay días en que ya ni la reconozco.

Dentro de nada te hace abuela.

¡Que no tenga prisa!

Venga, que te mueres de ganas.

Elsa respira porque por fin han llegado a la puerta. Primero entra la señora Schäfer y luego las Dorren y sus maridos, Cedrik y Emil. Luego pasa ella. Bajo el área de la canasta hay tres ataúdes blancos sin tapa, con los herrajes de latón. No hay símbolos religiosos ni cirios y tampoco se escuchan cantos fúnebres, pero junto a las cajas hay docenas de claveles y coronas procedentes, en su mayor parte, del invernadero del señor Stolterfoht. Una fila de personas pasa por delante de los padres —alineados, dolientes— y se pierde en dirección a los vestuarios, donde la puerta batiente golpea cada vez que alguien abandona la cancha. La mayoría se

detiene frente a los féretros, se santigua y sigue adelante. Cuando le toca el turno a Elsa, constata que el señor Rohmer ha hecho un gran trabajo. Quizá se ha pasado con el color de labios, pero por lo demás parecen tres muñequitas dormidas que fueran a despertar de un momento a otro, las mejillas rosadas y el vestido de organdí blanco. Cuesta adivinar quién es Lorita, quién Hadu y quién Ofelia, la hija de Eva. Elsa recuerda el tono lívido de la piel de Irenka, su vecina de Róterdam, el brillo de su frente como si se desgrasara al sol del mediodía. No puede evitar pensar en la imagen de la gata preñada de ayer, en la piedra impactando en su cabeza y la mirada segundos antes de morir. La madre de la más pequeña de las niñas mira la cancha con las manos en el regazo. Es a ella a la que se dirige. Tiene la sensación de que, de entre todos los padres, es Eva la que más la necesita. Coge sus manos y pronuncia unas condolencias torpes que la hacen sentir ridícula y la equiparan al resto. Sabe que si ella perdiera a Christa no habría palabra que la consolara. La expresión de la madre denota una cierta normalidad, como si la que está en la caja no fuera su hija. Eva le responde agradecida, pero sin verla. Se dan un abrazo. Alguien que las viera desde fuera podría pensar que son amigas, incluso que han intimado, pero en realidad, lo único que las une es el dolor y la empatía. Cuando se aleja, Eva la mira como preguntándose qué acaba de suceder.

Elsa se dirige hacia la salida y, al hacerlo, mira hacia las gradas. Entonces le ve. Está al fondo, en la última fila, justo en la zona del marcador. Se pregunta por qué narices se ha arriesgado a ir al velatorio de las niñas. Todos le están buscando y no precisamente para certificar su inocencia. Immanuel lleva la ropa arrugada, sucia, como si llevara días escondiéndose en el bosque. Sus miradas coinciden unos segundos y él la saluda con la mano. Trata de abandonar el cortejo de vecinos para dirigirse hacia él, pero sabe que llamará la atención de los voluntarios, así que prefiere abandonar el recinto y esperarle fuera.

9

A pesar del estabilizador, la imagen se deshace como si fuera de plástico reblandecido y las gradas del polideportivo se convierten de nuevo en las paredes del Librije's Zusje. Casi había olvidado que estaba cenando con Keitel en el restaurante del Waldorf Astoria. Salvo por la pátina que cubre la piel de los hologramas, ese funeral es indistinguible de cualquier otro. La imagen regresa, nítida, precisa. Miro los tres ataúdes alineados a lo largo de la banda y rodeados de ramos de claveles rojos. Huele a lamprea guisada y a una mezcla dulzona de gladiolos y desinfectante. Wilhelm me observa con curiosidad, pero sobre todo con la satisfacción de quien sabe que ha impresionado a su rival. Cerca de mí, una mosca gira alrededor del plato y no puedo saber si es una mosca real o representada, si está aquí o allí, solo que describe una trayectoria que termina en el borde del féretro. Me levanto y voy hasta el ataúd que queda más cerca. Estoy a diez o doce centímetros del rostro de una de las niñas. Alargo la mano y esta se hunde en su mejilla, la traspasa como si fuera de humo o de nada. Existió un valle de Bahnstadt en los años ochenta, eso es cierto, unas muertes atroces, pero lo que he presenciado es una obra de teatro con muchos secundarios aplicados a su papel.

Entonces, si no he entendido mal, esta es su colonia de juguetitos.

Juguetitos que no saben que son juguetitos, responde.

¿Y qué?

Solo piensan que alguien los ha creado a su imagen y semejanza.

Eso no los convierte en humanos.

¿Y a usted?

¿Qué quiere decir?

¿Por qué da usted por supuesto que es humano? No se da cuenta, ¿qué significaría ser humano?

Ser único.

Ser humano es una sensación química. Una enzima hiperdimensionada. Ya lo ha visto. Celebran la muerte y sienten el dolor como usted y yo. ¿No es esa su teoría?

Mi teoría no tiene nada que ver con la representación. Tiene que ver con la singularidad.

Pero lo cierto es que las marionetas de Keitel parecen humanas. No se parecen a esos prototipos de movimientos torpes que Wetopia Inc. suele enviar cada año a las ferias tecnológicas de Melbourne y Los Ángeles. Si el magnate hubiera proyectado la misma secuencia sin advertirme sobre la naturaleza de los actores, habría pensado que era un documental de los años ochenta, uno más de los que había visto en la hemeroteca de Mannheim para escribir mi libro sobre la muerte de las niñas.

¿Y por qué el valle? ¿Por qué el caso de las tres niñas?

Pensamos que le resultaría familiar, más cercano.

¿Familiar?

Conoce el caso. Y corríjame si me equivoco, pero el suicidio es inédito en un sistema artificial. Usted dice que ninguna máquina llegaría a destruirse a sí misma si esa destrucción no figura en su protocolo de programación.

Quiere decir que sus tres niñas mecánicas se han suicidado. ¿Es eso lo que está diciendo? ¿Está de broma?

Solo hay una explicación.

¿Qué explicación?

La de que hemos cruzado la línea.

¿Qué línea?

La que separa a los hombres de las máquinas.

¡Eso no es posible!

Necesitamos saber qué ha sucedido, por qué lo hicieron.

¿Y por qué un antropólogo?

Usted estudia a las tribus en su entorno, su cultura, sus relaciones..., lo que les determina como cultura.

Pero sus robots no son tribus neolíticas.

No ironice. ¿No cree que es muy reduccionista esa visión?

¿Reduccionista?

Lévi-Strauss acabó con esa concepción de que los pueblos son colonias aisladas, para él...

... los pueblos forman un conglomerado en colisión permanente. Sí, eso ya me lo sé.

Wilhelm apaga el proyector y la holografía se desvanece en un suave fundido de color beige. Chloé sigue tumbada en el sofá con el vestido sobre el muslo mirándonos pero sin vernos. Mi anfitrión sabe que es difícil procesar todo esto, que necesitaré más tiempo. La solución más cabal parece ser el negacionismo: todo esto es una tomadura de pelo. ¿Para qué? Para desacreditarme. Es decir, si no sé distinguir una colonia de humanos de una chatarrería, ¿qué tipo de antropólogo soy? Quedaría en entredicho, no solo mis prejuicios, sino mis contradicciones para distinguir lo que es humano de lo artificial. Si muestro algún tipo de debilidad estaré cavando mi tumba. Sospecho que mis reacciones están siendo monitorizadas, que hay docenas de cámaras que no puedo ver. Podrían hacerlo, he cedido los derechos de imagen desde la llegada al aeropuerto. Todo forma parte de la campaña de lanzamiento del nuevo iProyector. Es eso. Lo que he visto solo ha sido una reproducción realista en tres dimensiones de un pueblo de la Alemania alpina, nada más, un burdo sainete sobre la muerte concebido a partir de imágenes de archivo, de mi propio libro, protagonizado por actrices y actores sin duda mediocres.

Vale, entonces son máquinas.

¿Máquinas?

Lavadoras. Supongamos que las han entrenado para comportarse como nosotros.

¡Lo ha visto con sus propios ojos!

Lo que he visto podría haber sido un documental.

¿Ve? Usted es nuestro san Agustín. Le haré una pregunta: ¿cree que hay *algo* superior que controla todo esto?

¿Adónde quiere llegar?

Un Dios, una verdad trascendente...

Me aburrí de preguntármelo.

¿Qué le asegura que el Dios de los hombres no es, como el de ellos, un jugador que puede permitirse la inversión?

¿Alguien como usted?

Alguien aburrido que se divierte. ¿Qué le hace pensar que usted no es como ellos? Una invención de Otro. ¿Tan remoto es?

Así que ahora se cree Dios. ¡Está más loco de lo que creía! Esos mecanismos podrán parecer hombres, pero solo son entramados de polímeros, servomotores, pilas de litio andantes y redes de circuitos, chips funcionando en paralelo al servicio de gigantescas calculadoras... Nada más.

Y nada menos.

¿Y qué pinto yo en su parque de atracciones?

Quiero que entre ahí y se cerciore de que hemos cruzado la línea.

Explíquese. Pudieron suicidarse por un error en el código.

Si está aquí, es porque hemos descartado todas esas posibilidades... técnicas.

¿De verdad piensa que esas niñas se quitaron la vida?

Lo que sí sé es que no estaba en nuestros planes que lo hicieran. Si firma la cláusula de confidencialidad, le daré la información que necesite, pero por ahora ha visto y oído lo suficiente...

A ver si he entendido bien, quiere que averigüe por qué sus máquinas se han quitado de en medio.

Si hay una causa lógica, algo que no hemos tenido en cuenta, usted gana, demostrará que son máquinas y nosotros idiotas. Podrá publicar todo esto, ¿qué le parece? Y si lo hace, tiene mi palabra de que no me opondré.

Pero será el fin de Wetopia, las acciones caerán, sus clientes sabrán cómo manip... usa sus datos... ¿Y si no lo logro?

Entonces significará que hemos cruzado el límite.

¿Qué límite?

El de la singularidad. Y usted tendrá que avalar ante el mundo el descubrimiento. Con sus antecedentes, nadie tendrá dudas de que, por fin, la humanidad ha quedado obsoleta.

Wilhelm volvió a mirar a Chloé.

Mire, estamos al corriente de su situación... Perdone mi torpeza, pero si nos ayuda tendrá su propio laboratorio de millones de euros para demostrar sus tesis. Todo el mundo querrá escuchar a quien nos ha derrotado. No diga que eso no le produce un cosquilleo...

No lo negaré.

Solo tiene que averiguar la verdad. Enfrentarla.

Respóndame a una pregunta: ¿qué sentido tiene todo esto?

¿Recuerda su niñez en el Bijlmermeer? Antes ese lugar estaba lleno de carteristas y ladrones, recordará, y seamos honestos..., dejemos la hipocresía aparte, aquí nadie nos escucha... También yo soy socialdemócrata y sé a qué va a sonarle todo esto. Pero ¿quién iba a dar trabajo a esos pobres diablos? ¿Quién va a permitir que se casen con sus hijas? Usted sabe, y yo sé, que van a cocerse en el infierno que la sociedad ha preparado para ellos. ¿De verdad cree que Silicon Valley apostó por la renta básica universal? Simplemente se dieron cuenta de que la segunda pandemia había dejado fuera a ingentes grupos de consumo. Y no solo eso. Esos grupos no tenían acceso a la información... ni a la desinformación. Eso generó disturbios en las calles, manifestaciones y estallidos de violencia... La gente perdió el miedo.

Y para ustedes eso era un quebradero de cabeza.

Simplemente tuvimos que elegir. ¿Una sociedad de esclavos o una sociedad de consumidores?

¿Acaso no es lo mismo?

La renta básica inyectaba dinero público en las clases medias que, a través de préstamos personales, se incorporaba de nuevo a las autopistas del consumo.

A sus bolsillos.

Hasta que esas criptomonedas..., ya sabe, primero los bitcoins y luego los namecoin y los ripple... El mundo era un casino. Por eso supimos que había llegado el momento. Firmamos con la administración única y se distribuyeron miles de millones de gafas de realidad combinada a precios irrisorios. Gracias a ellas, por ejemplo, los afroamericanos del barrio latino de Tennessee y de la avenida Fremont de Baltimore estaban entretenidos. ¿Me entiende?

La palabra para el siglo xx era alienados, pero nosotros preferimos hablar de la sociedad del ocio, del metaverso. Cada segundo conocemos su ubicación, podemos crear necesidades que ellos ignoran que tienen..., a cambio, superponemos a los deprimentes bloques de edificios en los que viven, piscinas a orillas del Pacífico Sur; sustituimos sus decrépitos salones y sus cocinas llenas de cucarachas por mansiones minimalistas llenas de modelos medio desnudos. Y fue inmediato, ¿recuerda?, cesaron las revueltas, Eurasia y Japón pronto se unieron al tratado, se acabaron las incursiones en Ucrania. ¿Puede imaginarse lo que sería sustituir esa realidad combinada por una colonia real? ¿Sabe cuál es la quinta pregunta que con más frecuencia plantean los usuarios en nuestro buscador?

Sorpréndame.

Cuándo voy a morir. Esa es la pregunta más repetida.

¿En serio?

¿Puede imaginar lo que sería vivir rodeado de los recuerdos más placenteros de su vida? Solo con esos. ¿Alterarlos si ese fuera su deseo? ¿Repetirlos una y otra vez hasta su muerte? El abrazo y el olor de su madre no como fueron, sino como usted los recuerda, incluso su mujer podría regresar en ese mundo hipotético...

¡Monica está muerta!

Solo trato de responder a su pregunta. ¿Ha imaginado lo que sería acostarse cada noche con Adèle Exarchopoulos, no la Adèle drogadicta que conoce, sino aquella bellísima actriz de 2013? No estamos hablando de un juguete erótico, sino de alguien que, no solo físicamente, sería indistinguible de ella. Un mundo creado a medida, no solo para los que puedan permitírselo, sino para todos, subvencionado por el Estado y suministrado por Wetopia Inc.

Es usted un visionario.

Si no lo hacemos nosotros, lo harán los chinos. ¿Sabe en qué han estado invirtiendo millones este año? Son dos visiones del mundo. Una guerra abierta desde la prehistoria. ¿Los comunistas o nosotros?

¿Me está preguntando?

¿Sabe lo que sufre un enfermo al final de su vida? La morfina

y el fentanilo pueden anular el dolor, pero también la sensación de vida. Sus cuerpos se pudren mientras van ulcerándose y pierden toda movilidad. ¿Puede imaginar lo que sería vivir en una realidad paliativa mientras el cuerpo se convierte en una carcasa desechable? Entonces, ¿es altruismo? Hay algo que todavía no sabe...

¿Más?

Desde hace años, venimos introduciendo intrusos en la colonia...

¿Intrusos?

Hombres y mujeres como usted y como yo, es decir, diferentes de ellos. Digamos que el diez por ciento de los colonos lo son...

¿Han metido a hombres de verdad ahí?

Pero usted irá con ventaja.

¿Qué ventaja?

Usted sabrá que el otro noventa por ciento son sintéticos.

Y los otros..., ¿cómo los ha llamado...?, los intrusos, ¿no lo saben?

Fueron implantados en la colonia.

¿Implantados?

Digamos que la mayoría no lo recuerdan.

¿Cómo no lo van a recordar?

Aceptaron su parte del trato.

Creo que no quiero saberlo.

Su caso será diferente. Tenga en cuenta que si fueran conscientes de que quienes los rodean son androides, su comportamiento dejaría de ser el esperado y el resultado se malograría. El sistema presenta ciertos sesgos...

¿Sesgos?

Tendencias. La mayor parte de mis ingenieros y programadores son hombres blancos, demócratas progresistas..., tienen un alto nivel educativo, una posición económica desahogada. Usando su argot, forman una tribu abrumadoramente homogénea.

¿Qué tiene eso que ver?

Se lo explicaré. Imagino que usted está a favor del aborto y en

contra de la pena de muerte, ¿verdad? Seguro que piensa que los ricos debemos tributar más que ustedes, ¿me equivoco? ¿Apoya el control de armas? ¿Considera legal el matrimonio de personas del mismo sexo? No, no es necesario que responda. Si usted fuera uno de mis programadores, igual que si fuera un político, inculcaría esas ideas que considera normales, pero convendrá conmigo en que el mundo, el mundo real, tiene un enfoque mucho más diverso y plural... Ninguna máquina puede enseñarle a otra lo que no sabe. Por eso los necesitamos. Ustedes los vuelven más humanos. Para ellos sigue siendo el presentador de *Mundos y modos,* un tipo que da conferencias divulgativas por medio mundo. Eso le permitirá entrar en contacto con ellos, interactuar, plantear ejercicios y preguntas, estudiarlos como lo haría un verdadero antropólogo, saber quiénes son, cómo se relacionan, trabajo de campo, ¿no lo llaman ustedes así?

¿Dictaré conferencias a sus máquinas?

Como digo, no todo serán máquinas. Aprenderán de usted.

Todo esto es una locura.

Serán unas vacaciones. Chloé se encargará de que no le falte nada. ¿Verdad, Chloé? Ella será nuestro enlace. Por cierto, ingresaremos el dinero en la cuenta que usted determine y, por supuesto, entenderíamos cierta opacidad. A veces usamos la lotería, premios exentos, ya sabe, vuelven a estar libres de impuestos. Un enlace, un mensaje y ¡y *voilà!* La transferencia es instantánea.

No se ría de mí.

Todo por una semana de su tiempo.

¿Una semana?

¿No se creó el mundo en siete días? Tiene la posibilidad de desbaratar años y años de investigación. Eso sí, una vez que esté dentro, no podrá salir. Chloé le ayudará en todo, evitará que se ponga nervioso o en peligro o nos ponga a nosotros. Por nada del mundo podrá separarse ella. También se encargará de retransmitir en redes sociales.

Pensé que todo esto era alto secreto.

Y lo es. Pero Chloé tiene instrucciones para determinar qué es

lo interesante para nuestro público y qué no.

¿Manipularán los vídeos?

¿Por qué es tan negativo? Tiene mi palabra de que no será así. Acaso alguna escena que tenga que ver con la seguridad del proyecto. Es una oportunidad, *su* oportunidad. Esos vídeos serán la prueba testimonial y fehaciente de lo ocurrido. Usted volverá a ser el que era, el presentador de aquel programa, ¿cómo le llamaban? Volverá a tener una audiencia de millones de personas. ¿No le tienta?

¿Dónde está el truco? Usted nunca pierde.

¿Cree que le dejaría entrar si no supiera de antemano que voy a ganar?

10

Su hija se ha marchado con Samantha y aprovecha para aparcar el Volkswagen en la puerta trasera. Elsa mira el reloj y piensa que a Schulz no le queda otra que salir por el muelle de carga. No va a hacerlo por delante, a la vista de todos. Se pregunta qué ha podido persuadir al profesor para presentarse en el velatorio. No le imagina concernido por el dolor de la comunidad. Si le descubren solo logrará excitar la imaginación, ya de por sí excitable, de sus convecinos. En la radio escucha una especie de ranchera que ha oído antes, en algún otro lugar. Inmediatamente recuerda que es uno de los temas de la banda sonora de *Bonnie and Clyde,* la película que vio con Simon en el Florida hace años. Aún recuerda a esos dos fugitivos cuyos personajes estaban basados en dos atracadores del mundo real que sembraron el terror en los bancos de Estados Unidos. Como era previsible, a Simon no le gustó —¡los delincuentes ahora son los buenos!, el mundo al revés— pero ella recuerda esas escenas de autopistas interminables llenas de luz, al borde del desierto, los pies de ella por la ventanilla. Sabe que no debería estar ahí, pasándose al bando de los malos, pero debe advertir a Schulz de lo que pasa. Le cae bien. Siempre le ha faltado el valor para dar un paso adelante en este tipo de cuestiones, jamás será como Bonnie, aunque tampoco sabe si quiere ser como ella, solo tener su valor y su aspecto. Según recuerda, al final de la película ambos mueren acribillados por los habitantes de un pueblucho. Bonnie tampoco tiene una hija. Elsa apenas recuerda el inglés suficiente como para traducir la letra de la canción, las nubes son pesadas, escucha, los vientos incesantes, una mujer que le pide a un hombre que la lleve lejos en un bote salvavidas, un barco que soportará tormentas. Suenan los badajos...,

¿Badajos?, piensa.

¿Cuándo aprendió el significado de esa palabra? Sin duda debió de leerla o alguien se la mencionó. Olvidamos que aprendemos, no recordamos el día ni la hora en que descubrimos la diferencia entre la derecha y la izquierda, eso es, la tabla del dos, los colores primarios, olvidamos incluso el primer beso, todo...

¿Qué escuchas?

Elsa apaga la radio y se encoge de hombros. Tal y como le había parecido en el polideportivo, Schulz debe de llevar días escondido en el bosque. Los cardillos cuelgan del cuello del jersey y su barba rojiza, que recuerda impoluta, está ahora descuidada. Se pregunta cómo ha logrado salir por la otra puerta sin que nadie le viera, y sobre todo, cómo sabía que ella le estaría esperando. Introduce la mano por la ventanilla y abre la puerta del asiento que queda detrás del suyo. Immanuel se desliza al interior y siente sus rodillas clavadas en el respaldo.

No quiero crearte problemas.

Elsa mira alrededor. Sabe que asume muchos riesgos. Está casada. Tiene una hija. Vive en el valle y cualquiera podría verlos. Piensa en el desierto y en el viento seco de Sonora, pero Schulz dista mucho de ser Clyde Barrow.

¿Sabes en la que te has metido?, le pregunta.

Necesito hablar contigo.

¿Y por qué iba a hacerlo?

Eres la única que puede ayudarme. Además, estás aquí, ¿no? ¿A quién esperabas si no?

Mi marido te sigue la pista.

Desde hace años me quiere fuera de aquí.

Te equivocas, ¿por qué iba a querer eso?

¿Tú qué crees?

Mi marido y yo somos felices.

Pero es un hombre primitivo.

¿Primitivo?

Inseguro.

¿Insinúas que lo ha preparado todo para culparte?

No, qué va. No es tan listo, pero supongo que creemos lo que queremos creer, sea verdad o no.

Igual te parece una estupidez, pero piensa que eres el diablo.

¡Y lo soy!

Deja de bromear.

A Elsa le atrae precisamente esa seguridad del músico, y sabe que, no pocas veces, ella ha favorecido ese coqueteo inocente en el que sobrevuela la prevención. Precisamente porque nunca ha habido nada entre ellos, cada vez que él está cerca, se multiplica esa sensación que la hace sentirse estúpida y decir simplezas. Vamos, que no debería sentir por este Schulz lo que siente. Elsa se echa el cabello hacia atrás y dobla el muslo consciente de que la mirada de él acaba de posarse en esa parte de su piel.

Dime, demonio, ¿qué ha pasado con esas niñas? Necesito convencer a Simon de que no has tenido nada que ver.

Ensayábamos para el concierto. El concierto de Año Nuevo. Quería que fuera algo especial, por eso elegimos la pieza de Tartini.

Dice Simon que la compuso el diablo.

¿En serio? Es solo marketing del siglo XVII, habladurías que el propio Tartini alimentó porque sabía que al pueblo les gustaban ese tipo de cosas...

¿Qué quieres decir?

¡Por Dios! Aceptar la existencia del demonio. Supercherías de viejo ignorante. Solo era una pieza complicada y difícil y esas niñas... ¡Nunca he visto nada igual! Sobre todo, Annie, nunca he visto a alguien con su temperamento, la ves y sabes que llegará lejos, no solo es una virtuosa, es que siente la música, la posee..., eso se ve pocas veces...

¿Y las otras? Las niñas que murieron.

Ensayaban. Ensayaban cada día. Digamos que lo suyo era la perseverancia, seguir a la otra. Y en ese camino se volvieron extrañas, raras.

¿Raras en qué sentido?

Más silenciosas, pero sobre todo es como si hubieran aceptado que nunca lo lograrían.

¿Crees que su muerte tuvo que ver con algún tipo de..., no sé, frustración?

Schulz señala hacia el fondo de la calle donde una furgoneta sin matrícula y con las ventanillas polarizadas se acerca hacia ellos. Lleva las luces apagadas. El motor apenas emite un bisbiseo eléctrico. Nunca han visto un coche así, sin radiador, con el capó achatado y los flancos cromados. Es casi futurista. Se detiene en el muelle de carga del polideportivo. Siente cómo Schulz se aproxima por detrás del reposacabezas. No tardan en salir de la furgoneta dos hombres. Llevan monos de nitrilo azul con capucha y una especie de mascarilla bacteriológica. Lo primero que piensa Elsa es que las tres niñas, en realidad, no murieron de un disparo en aquella tienda, sino por culpa de alguna enfermedad contagiosa o bacteriana, y que las autoridades de Mannheim, en plena noche, envían a una brigada de desinfección. Pero la furgoneta no tiene ni matrícula, ni ningún tipo de identificación de las regiones administrativas. Entonces repara en que los dos hombres llevan colgada a la espalda un arma automática, lo que parece excesivo incluso para una misión de contención sanitaria.

¿Quiénes son?

No tengo ni idea.

Serán de la funeraria.

¡No digas sandeces! Agáchate.

O de sanidad.

A los pocos segundos ven cómo sacan los tres ataúdes. Se mueven con diligencia, como si hubieran ensayado antes miles de veces. Los meten en la furgoneta y, mientras lo hacen, observan a su alrededor. Elsa sabe que debería marcharse y advertir a Simon de que unos tipos están robando los cuerpos de las niñas. Sin darse cuenta, se roza con el codo de Schulz y, en vez de retirarlo, el profesor mantiene el contacto.

Qué pasa.

Nada.

¿Por qué me miras así?

Deberíamos hablar de esto, ¿no?

¿De qué?

Me refiero a las niñas. ¿Qué te creías?

Ya lo sé.

Está nerviosa. Sin darse cuenta acciona la palanca de las luces y un destello ilumina el muelle. Uno de los hombres levanta la cabeza y mira hacia el Volkswagen. Están a unos treinta o cuarenta metros de distancia.

Ven aquí detrás.

¿Cómo?

Al asiento de atrás.

¿Para qué?

Haz lo que te digo.

No sabe por qué tienen que esconderse si no ha hecho nada malo. La última vez que mira hacia la furgoneta, ve a uno de los hombres que se dirige hacia el coche. Cuando llega al asiento de atrás, Schulz ha retirado el respaldo y la espera tumbado en el maletero.

No voy a meterme ahí contigo.

Schulz le hace un gesto para que no haga ruido, así que se tumba a su lado encogiendo las rodillas y tiran cada uno de la presilla para que el asiento trasero vuelva a su lugar. Puede sentir el calor que desprende el cuerpo del hombre, el levísimo movimiento de su respiración y sus ojos posados sobre ella. Se gira apenas y sabe que el rostro de él debe quedar a dos o tres centímetros de distancia. Fuera se escuchan voces. Uno de los hombres asegura haber visto una luz, mientras que el otro le responde que es imposible, están durmiendo, dice, el jefe no se arriesgaría a enviarnos si pudieran vernos. Hemos seguido el protocolo. Los ojos de Elsa van habituándose a la oscuridad y distingue el perfil de Schulz y su mano que está a un centímetro de su entrepierna. Trata de ganar espacio y él, que se da cuenta, se repliega hacia la rueda de repuesto.

Lo siento, murmura.

¿Quiénes son esos hombres?

Apuesto a que tienen que ver con la muerte de las niñas.

Quieres decir...

Shhhhh.

Fuera escuchan el motor de la furgoneta y Schulz la agarra del brazo.

Es peligroso.

¿El qué?

Voy a ver dónde las llevan.

Te acompaño.

El que se lo juega todo soy yo.

¿Vamos a seguir discutiendo?

Cuando ya no escuchan las voces, empujan el respaldo con la rodilla y regresan a la parte delantera. Ven cómo la furgoneta se pierde hacia Marktplatz y después se dirige hacia la carretera que lleva a la ladera norte.

No parece que vayan al cementerio.

Ni a la funeraria.

Vete a casa.

¿A casa?

Tu marido...

Cállate.

Elsa se alisa la falda, enciende el auto y da la vuelta en la avenida manteniendo la distancia. Schulz va en el asiento del copiloto. No enciende las luces porque eso revelaría su posición, así que avanza por la parte más iluminada hasta el Puente Viejo. No, Schulz no es Clyde y definitivamente ella tampoco es Bonnie, pero lo que siente ahora es algo parecido a lo que experimentó viendo esa película. Conoce ese camino porque la señora Bullrich, con la que toma café algún miércoles, tiene su granja junto a la parte navegable del canal. Toman la carretera que lleva al bosque de tejos. Más allá no hay nada, solo un cortado de granito. En cierto momento, la furgoneta toma un camino forestal que solo usan los cazadores y que conduce al viejo merendero. Según recuerda, había allí una zona recreativa, pero está abandonada desde hace décadas. Delante de ellos, las luces de la furgoneta zigzaguean y se pierden durante varios segundos para reaparecer al otro lado. Las ruedas del Volkswagen se encajan en las roderas y al salir el coche se desliza hacia el talud. En un momento dado, y mucho antes de llegar al merendero, cerca de donde está la vieja ermita dejan de ver las luces de posición de la furgoneta. Todavía quedan unos trescientos o cuatrocientos metros, pero al alcanzar el

lugar donde la han perdido de vista, comprueban que ha desaparecido.

¿Dónde se han metido?

Schulz se ha bajado del coche y camina hacia la ermita. Apenas queda en pie el dintel y una de las fachadas. Las escuadrías de las cerchas se han podrido y los escombros amontonados acodalan los muros que aún quedan en pie. Elsa mira hacia arriba. Se pregunta si Antares sigue allí, pero lo único que distingue es una luna inmensa y plateada, un redondel casi perfecto. La luz es tan intensa que pueden ver los cientos de polillas nocturnas flotando a su alrededor, entorchándose sobre sí mismas como si quisieran alcanzar la luz. Schulz se detiene en mitad de la nave, junto a la pila bautismal. Un búho levanta el vuelo desde uno de los confesionarios. Justo delante del profesor está el altar, o lo que queda de él, un cordero de Dios tallado en piedra blanca tan realista que parece acercarse a comer de su mano. Por un segundo, quizá por el ángulo de visión, Elsa tiene la certeza de que Schulz solo es el pastor que llama a su oveja descarriada.

11

Déjeme aquí.

Chloé percibe que hablo en serio y detiene el coche muy despacio.

¿Sucede algo?

Volveré a pie.

Le advierto de que no es el mejor barrio del mundo.

¿Recuerda? Nací aquí.

Eso fue hace mucho.

Entonces era un barrio peligroso, peligroso de verdad... Ha sido una noche extraña. Necesito aclarar mis ideas.

Una pulmonía, eso es lo que va a pillar, dice mirando el panel meteorológico. La probabilidad de que llueva es del noventa y siete por ciento y su hotel está a más de... cinco kilómetros...

Mojarme nunca ha sido un problema.

Usted decide..., al menos llévese este trasto, dice entregándome mi Replicant. Después de todo, igual le sirve de algo.

La puerta del Tesla se cierra y el auto metalizado se aleja por el carril que construyeron demoliendo lo que debían de ser las casas de apuestas que rodeaban Kraaiennest. Justo delante están las canchas de baloncesto a las que solía venir cada sábado. Recuerdo el chasquido de los aros, las zapatillas de goma rechinando en el cemento pulido y el hedor a sobaquina de los jugadores. La marquesina está hundida por uno de los lados. Allí solía dormir un borracho al que no le gustaba que le despertáramos y que corría y gritaba detrás de nosotros con una lata de Grolsch en alto. Parece que nadie haya jugado aquí en siglos. Las canastas están en el suelo y las líneas apenas son visibles bajo los montones de hojas secas. Los laterales del campo quedan entre tres fachadas

de hormigón que amplifican el sonido del vecindario, la sintonía residual de un programa de noche, las hélices de la extracción de aire y el grito afilado de un niño. Es asombrosa la facilidad con que se desmantelan los recuerdos. ¿De verdad viví aquí unos años? Al otro lado de la valla hay un grupo de ghaneses que fuman sentados en un peldaño y observan, en absoluto silencio, la tarde plomiza tras sus gafas de realidad combinada. Bajando por las tiendas afro de Kelbergen está el hotel donde Monica se alojaba en agosto de 2008. En realidad, era una pensión de dos plantas propiedad de una familia pakistaní que ocupaba la planta inferior. Entonces no era un laberinto de edificios tapiados, sino un bullicio constante de clubes que apestaban a cerveza agria. Claro, que aquel hostal podría estar más cerca del puerto. Lo que sí recuerdo es aquella habitación, la luz de la mañana y el frío, sobre todo el frío y ella tumbada de espaldas con las bragas negras y el rostro entre las manos... Fue entonces cuando me explicó que Ámsterdam había crecido con sus canales y sus avenidas alrededor de la idea de la muerte. En aquella fotografía que me mostró también se veía parte del barrio del Bijlmer. En los años ochenta, me explicó, los bloques prefabricados formaban una tupida malla hexagonal similar a las celdillas de una colmena, ¿lo ves?, me dijo, las calles del Bijlmer son como esos circuitos integrados. Yo sabía que el barrio se había construido para acoger a las clases medias, pero pocas familias, excepto las que no tuvimos otro remedio —mi padre se dedicaba a las mudanzas—, se aventuraron a vivir en estas calles. Bloques inmensos en los que cada piso tenía el mismo salón pentagonal, los mismos ángulos, la misma distribución, así que la inmigración, y sobre todo la inmigración más vinculada a la delincuencia, los convirtieron en casas de juegos y narcopisos, desmantelaron las instalaciones y las vendieron por piezas a los chatarreros. El ayuntamiento no tardó en desentenderse y al final los promotores aceptaron las pérdidas y se fueron de aquí.

En el bolsillo interior de mi chaqueta vibra el teléfono. Apenas queda un cuarto de la batería.

Hay dos avisos de Kavan.

Kavan es el asistente virtual que ha instalado mi hija. Por el

nombre, Kavan pareciera masculino, incluso varonil, pero según India es una voz queer que siempre usa la misma entonación aséptica y cortés. Me informa de que en tres minutos se esperan tormentas en la ubicación donde me encuentro, y de que de aquí al Waldorf Astoria hay una hora y cuarenta y dos minutos —una distancia obtenida en base a mi estatura y la amplitud de mi zancada de los últimos siete años—. Doy al botón de anular, pero me recuerda que el Bulldog Palace, frente al cual me encuentro, tiene una catalogación del sesenta y tres por ciento de críticas por debajo de cuatro puntos y que en él venden alcohol y sustancias estupefacientes. Al levantar la cabeza, en efecto, veo uno de esos tétricos *coffeeshop* cuyo interior ha sido parcelado con mamparas de melamina. Detrás de ellas, los clientes se desdibujan como espectros en mitad de la humareda. En el mostrador hay una cajera cincuentona y malencarada. Las máquinas de vending ofrecen paquetitos azules de dos y cinco gramos de Amnesia y Fromage Bleu. La droga, rebajada y siempre en dosis inofensivas, tiene el suficiente porcentaje de componentes activos como para provocar en el consumidor la ilusión de haberse drogado. Con su habitual sintaxis, Kavan se ofrece a llamar un vehículo de alquiler conducido por Abdel Fattâ Khattab, un taxista que tiene el noventa y siete por ciento de críticas positivas y que estará en mi ubicación en dos minutos y veinte segundos, en todo caso, con una fiabilidad del 98,3 por ciento, antes de que comience a llover.

Se abre la aplicación del banco y aparece una nueva ventana de advertencia de Chase & Co. Al parecer han ampliado dos días el plazo para que pague la letra del coche.

Lo arrojo contra un muro.

El Replicant describe una leve parábola y al golpearse queda partido en dos, la batería de ion de litio por un lado y el resto entre los arbustos.

Me siento libre y solo.

Igual que debió de sentirse el primer hombre sobre la superficie del planeta.

Ese hombre, que jamás imaginó que terminaría convertido en el vértice de una pirámide que emite y recibe todo tipo de señales

biométricas, soy yo. Sin teléfono he dejado de ser un vector orientado a la adquisición de bienes y productos. Mientras sobre la carcasa del dispositivo cae la lluvia, pienso que nadie sabe dónde estoy, y esa sensación, tan sobrentendida cuando era niño, se convierte ahora en vértigo.

Kavan no se equivoca.

Nunca lo hace.

La lluvia me empapa y extiendo la mano para sentir el impacto de esas gotas inusualmente gruesas y oscuras.

Levanto el rostro.

Justo arriba convergen las azoteas de los bloques pentagonales de Bijlmer. Una gota, que sabe ligeramente a ceniza, cae en mis labios. La lluvia resbala por mi frente buscando las comisuras y empapando el cuello de la chaqueta. Empiezo a caminar en una dirección que sospecho incorrecta, y lo hago con rapidez, como si temiera llegar tarde a alguna parte, aunque lo único que hago al andar, sospecho, es alejarme del punto de destino. Por la carretera viene un coche baqueteado con las llantas deportivas que frena cuando llega a mi altura. Por un segundo pienso que es Chloé, pero dentro van un africano y un asiático que escuchan música a volumen ensordecedor.

Brother, ¿te has perdido?

¡Mala tarde!

Mala tarde para perderse.

Sí, amigo, el puto diluvio.

¿Adónde vas?

A alguna parte, supongo.

¿Verdad que es gracioso el amigo?

Muy gracioso.

El coche avanza despacio en paralelo con las ventanillas bajadas.

No es de aquí, ¿verdad, bro?

¿Busca algo? ¿Algo que podamos venderle? ¿Chicas? ¿Busca chicas?

¿Hash del bueno?, dice el otro, tenemos talco sin cortar.

¿Niñas?, ¿busca niñas?

¡Marchaos!, les digo.

Snowflake... Tenemos para ti, solo para ti, la Gran Dama Blanca, bro, ¿conoces a la dama? Espanta la tristeza y tú pareces triste. Tenemos ese tipo de química, para soñar, para ir más allá, para lo que tú quieras. Incluso para no sentir...

Si no me han desplumado todavía es porque son agentes de la DA. Les debe de parecer sospechoso que alguien ande paseando por el barrio con este tiempo, sin rastreador, pero, sin mediar palabra, aceleran hacia la estación de autobuses y se pierden en la esquina. Y justo entonces veo la escalera y los dos pequeños obeliscos que coronaban el hostal en el que Monica y yo nos alojamos. Sé que, más que una referencia, ese lugar es la evidencia de que mi pasado no es una entelequia. Han quitado el letrero, eso sí, y las ventanas de la entreplanta están tapiadas. Al otro lado del cristal distingo una oscuridad llena de cajas y muebles cubiertos de lona polvorienta. Alguien canta una canción. No proviene del hostal, sino de un patio interior que queda justo detrás. Su dicción del castellano es casi perfecta. Una barrera evita el paso, pero la rodeo y la cámara de vigilancia gira sobre mi cabeza. El patio es una especie de panóptico rodeado de ventanas ortogonales. En la única iluminada, a contraluz y detrás de un visillo, distingo la silueta de una mujer. Tiene el pelo corto y los brazos muy largos y baila con un movimiento levísimo, tú diste luz al sendero —su voz es dulce, ligeramente abaritonada—, en mi noche sin fortuna... La observo sin que me vea. No conoce bien la canción porque repite el mismo estribillo una y otra vez: en mi noche sin fortuna... e imagino que esa mujer es la misma chica que conocí las navidades de 2008, que Monica no murió en Madrid hace seis meses, sino que su recuerdo, o su presencia, o lo que dejamos aquí cuando ya no estamos, quedó atrapado en este lugar, que cada tarde canta la misma canción con su hija en brazos. La mujer besa al bebé, bailan, ella le lleva de un lado a otro y el pequeño ríe y se echa hacia atrás para evitar sus carantoñas.

¿Se puede saber qué hace?

Es el portero. En un lugar visible deja ver una táser negra.

Nada. No hago nada.

¿Cree que soy estúpido?

¿Es delito mirar a alguien?

Esto es una propiedad privada.

Viví aquí hace años.

¿En el Kikkenstein?

Esa mujer me recuerda... a alguien.

¿Alguien?

A mi mujer. Murió.

Lo lamento.

¿Qué ha pasado con el hotel?

¿Qué hotel?

Lo llevaban una pareja de pakistaníes. Sería alrededor de 2008, quizá primeros de diciembre.

Tengo sesenta y dos años. Jamás me he movido de este lugar. Le digo que aquí nunca ha habido un hotel, ni en 2008, ni en 2009...

Los dueños eran fanáticos del Ajax.

He llamado a la policía y estarán aquí en dos minutos. Ese es el tiempo que tiene para...

Ahí había un parque... y un puesto de *fish & chips*. Lo llevaba el hijo de la familia...

¿Ve algún parque por aquí? Yo no. Salga ahora mismo de la propiedad. ¡Ya!

Las luces del patio han empezado a encenderse. La mujer ha dejado de cantar y cuando nuestras miradas se encuentran compruebo que no es la mujer que había imaginado, sino una grotesca ama de casa con sobrepeso.

Ya entiendo.

¿Qué entiende?

También usted está con ellos...

¿Yo?, ¿con quién?

A mí no me van a engañar.

Mire, no quiero problemas. Lo de la policía iba en serio. Váyase por las buenas.

Nadie va a negarme mis recuerdos.

¿Sus recuerdos? ¿Quién le niega sus recuerdos? ¿Sabe qué

hora es? Hace un tiempo de perros y yo solo quiero dormir. ¿Sabe a qué hora me levanto? ¡Lárguese! ¡Lárguese de una vez! No quiero ver su jeta por aquí, ¿me entiende?

No voy a seguirles el juego. No es que me rinda, es que tengo la sensación de estar allí porque ellos —Chloé, Keitel, la corporación en general— quieren que interprete el papel de trastornado. Y cuando me alejo, una a una, las luces del edificio vuelven a apagarse siguiendo casi el mismo orden pero a la inversa.

Atravieso la recepción del Waldorf y el recepcionista me observa con desconfianza. Estoy empapado. No dice nada porque sabe que, si se equivoca, cuando rellene la encuesta de satisfacción, no seré benevolente. Le veo suspirar de alivio cuando el botón del ascensor escanea mi huella y comprueba que me hospedo allí. En la habitación, sobre el minibar, hay una caja con un lacito rojo y una tarjeta: espero que no se haya mojado mucho, pensé que lo necesitaría, Chloé. Es un nuevo Replicant de octava generación. Ya no los fabrican —a mí me costó encontrar el mío—, así que me pregunto si lo habrá conseguido en el mercado negro. También hay una cesta de cortesía con un gramo y medio de *truffles* y la botella de Jack Daniel's Sinatra que me había ofrecido en el coche camino de la conferencia. Abro la botella. Miro en derredor como si Chloé pudiera estar bajo la cama, y bebo a gollete igual que solía hacer cuando mi mujer murió. El líquido desciende y se incorpora de inmediato al riego sanguíneo. Es un whisky excelente, realmente bueno, que sabe a madera. Casi de inmediato, dejo de temblar. Me desnudo y siento la calefacción en la piel. El pijama de fibras sintéticas tiene un tacto maravilloso. Me tumbo en la cama como si mis piernas fueran dos mazas de cien kilos cada una.

En la mesilla hay unas iGlass.

El led parpadea.

La batería está cargada.

El programa listo.

Así que Chloé contaba con que me desharía del teléfono.

¿Cómo podían saberlo? ¿Cómo sabían que se rompería? Sé que estoy borracho y que nada de lo que diga debe ser tomado en serio, pero sospecho que mi comportamiento no solo ha sido predecible, sino exactamente el que esperaban de mí. Debo dormir. Recomponerme. Eso es lo que quiere Keitel, que empiece a dudar... La doctora Cuartero dice que tengo buena memoria, que los análisis no han revelado nada preocupante. Siempre viste blusas de viscosa negra y tacones altos y transmite esa imponente sensación de seguridad. Recuerde estas cinco palabras y ahora dígalas en orden inverso, cuántos triángulos ve en esta figura, súmele treinta y tres a treinta y tres y luego siga sumando hasta que no pueda más, deletree hacia atrás la palabra *transatlántico*.

Ocit...

Jamás he usado unas iGlass.

Jamás.

Ocitnal...

Tampoco tengo intención de hacerlo, pero al acercarlas a mi rostro, las solapas de silicona térmica se adaptan al contorno de mi frente. Ni siquiera tengo tiempo de quitármelas. La habitación se convierte en otra habitación. En realidad es la misma pero ribeteada por poliedros y vectores que desaparecen para concretarse a los pocos segundos teñidos de una luz cenital que atraviesa las cortinas y calienta mis piernas hinchadas. Monica sale del baño. Estamos en aquel hotel. Lo sé porque lleva las mismas bragas negras con los dibujos de Klimt y porque la funda marrón de su Nikon F12 está sobre la silla.

¿Por qué me miras así?

Tiene el mismo cuerpo que con veinticinco años, las clavículas arqueadas y los pechos levemente asimétricos. El vello del pubis sobresale al límite del elástico. Viene y se tumba a mi lado. Sé que no está, que no es ella, pero por algún motivo tengo miedo de descubrir que es irreal.

No creas que te quiero, dice ella.

¿Cómo?

Que no te quiero.

Yo a ti tampoco.

Así no podremos joderla nunca.

Me pregunto cómo han sabido lo que ella dijo aquella noche, cómo han recreado algo que transcurrió en nuestra intimidad hace más de veinte años, cuando no existía Wetopia Inc. o solo era una startup más prometedora que otras. Para ellos, solo era un usuario y Monica una mochilera de veinticuatro años.

Júramelo, dice.

¿El qué?

Júrame que cuando ya no estemos juntos me recordarás así.

¿Cómo?

En esta cama, con esta luz.

Te lo juro.

Mentiroso. Me odiarás.

Mirando sus labios —que, en efecto, son los labios que recuerdo— tengo la sensación de que esta imagen la produce un cartucho de imágenes que alguien ha insertado en lo más recóndito y ancestral de mí. Aceptar el reto de Keitel es el único modo de saber que todo esto existió de verdad, que Monica no ha muerto en balde y mi dolor ha servido para algo. Debe de haber algún problema con el códec porque el rostro de Monica se convierte en una masa de píxeles que se recompone a los pocos segundos.

Pareces cansado, dice.

Estoy cansado, digo al fin.

Ven aquí, acércate, verás como lo que voy a hacer contigo no lo vas a olvidar jamás.

Madrid

12

¡BIENVENIDO A CASA!

Leídas ahora, esas palabras sobre el felpudo de pelo de coco parecen encerrar una cruel ironía. Dejo la maleta en el suelo para recuperar el resuello. Después de quince años, sigo sin acostumbrarme a vivir en un quinto. Desde que desperté esta mañana tengo un intenso dolor en el antebrazo. No es un calambre, tampoco una luxación, es más bien como si una astilla atravesara mi brazo desde el codo hasta la muñeca. No hay marcas ni restos de contusiones, supongo que debí de caerme de la cama o bebí demasiado, no recuerdo, quizá es solo que el cuerpo empieza a fallar lo mismo que un edificio simplemente colapsa. No avisa. Las píldoras de naproxeno que me dio la recepcionista no han atenuado el dolor, todo lo contrario, y el peso de la maleta no ha ayudado. Me pregunto si se debe a que Chloé y los suyos aprovecharon anoche mi estado para implantarme uno de esos dispositivos subdérmicos. No pueden arriesgarse a que me vaya de la lengua y cualquier tipo de publicidad sería nefasta. Sin embargo, hasta donde he leído en los foros transhumanistas, esos implantes no son más grandes que un grano de arroz y su colocación es totalmente inocua, no mucho más dolorosa que el pinchazo de una jeringuilla. Keitel jamás se arriesgaría a dejar en mi cuerpo una evidencia que, llegado el caso, sirviera para respaldar mi versión de lo ocurrido en el Librije's Zusje.

Miro el reloj.

Son las doce del 17 de diciembre.

Resulta impensable que ayer, a esta hora, estuviera en el aula magna de la US.

¡BIENVENIDO A CASA!

Nadie me espera.

Y sin embargo, hace un rato, al salir de la terminal, he tomado el primer taxi y durante el trayecto me he sentido impaciente ante los semáforos y los manifestantes que, a la altura de Recoletos, coreaban consignas contra la Ley de Protección de la Intimidad Doméstica. ¡A palos!, ha dicho el taxista, a palos les quitaba yo las ganas. ¡Maleantes! ¡Vagos! Un helicóptero sobrevolaba a ese grupo de neoluditas de extrema derecha. Las hélices producían un ruido intimidante y los drones zumbaban coreando los mismos artículos del Código de Orden Público. Al ver que la prensa se retiraba, el taxista ha girado por la calle Valencia y los antidisturbios han empezado a golpear sus escudos de policarbonato blindado.

Al otro lado de la puerta, suena el teléfono.

Una.

Dos.

Tres veces.

¿Dónde guardé las llaves?

Las busco en la chaqueta y en el bolsillo y finalmente las encuentro en el compartimento de la maleta. Ya nadie llama a casa. Conservo esa línea porque es analógica y más segura y, sobre todo, porque ha sido nuestro número durante más de quince años, lo único que, además de nuestra hija, nos sigue uniendo a Monica y a mí. Las llaves caen al suelo. ¡Mierda! Cuando las recupero y abro la puerta, el teléfono ya ha dejado de sonar. La casa huele a recinto lacrado y a falta de ventilación. Cuando la compramos, ya era una casa húmeda. Las persianas automáticas suben como párpados perezosos. Dejo la maleta junto a la mesa. ¡Luces!, digo, y las luces se activan en el centro del salón. ¡Televisor!, y el televisor muestra en la pantalla un rascacielos en llamas. Además de en Atocha ha habido otros altercados en el centro, incluso un atentado en la Central de Procesamiento de Castellana Sur, donde, según dice la locutora, la corporación custodia trillones de gigas de información que se han perdido o han caído en manos hostiles: números de seguridad social, cuentas bancarias, algoritmos de preferencias... Un coronel del Europol, timbrado de medallas y galones, da una rueda de prensa y dice que quienes atentan contra

la LPID lo van a pagar caro, son las normas que nos hemos dado, dice, y nadie, en nombre de ninguna idea política, va a quebrantarlas. La democracia termina en la libertad del otro. Etcétera. Madrid entrará los siguientes dos días en estado dos de alerta antiterrorista, lo que supone, a efectos prácticos, evitar cualquier tipo de aglomeración. Primer plano del coronel, cámara directa a sus ojos: Jamás podrán doblegar el Estado de derecho. Aplausos.

Reporteros.

Se corta la emisión.

¡BIENVENIDO A CASA!

Al fondo del pasillo se escucha el goteo de la cisterna. Es como si Monica fuera a salir de esa oscuridad para darme uno de sus besos inapetentes de bienvenida. Casi puedo sentir su presencia en esa espantosa alfombra, en el sofá de escay que compramos juntos en Selfridges. India insistió en que me deshiciera de todo, tienes que seguir viviendo, dijo, no es vuestra casa, ahora es solo tu casa. Durante días la vi ir y venir del dormitorio al salón con grandes bolsas de plástico negro en las que guardaba su cepillo de dientes, su albornoz, su ropa, todo. No sé si lo donó o lo regaló, nunca me lo dijo, pero parecía de un humor envidiable, como si el suicidio de su madre fuera un mal menor y el único modo posible de encarar el futuro. Por suerte no se llevó las fotografías. Algunas eran del principio, de cuando Monica y yo vivimos en Berlín. En una de ellas aparece en camiseta de tirantes verde caqui con la frase NO ME BURLARÉ DE PAPÁ NI DE MAMÁ. Si no fuera porque ayer hice el amor con su recreación holográfica, pensaría que esa chica de treinta años de mirada desafiante nunca existió. Pero sí lo hizo. La simulación con la que estuve ayer es solo una suma de históricos de compras y bases de datos cruzados, un reflejo de la que era en Instagram hace veinte años, impulsiva e idealista, menos emocional y más narcisista, piezas que la corporación ha ensamblado para crear un sistema de poliedros e insuflarles vida. Sé que Monica vive sujeta al desgaste de mi memoria, que cada día deja de ser la que fue para convertirse más en lo que de ella recuerdo.

Eso es lo que quiere Keitel.

Sembrar la duda.

Propiciar la metástasis del sistema.

Monica es Monica.

La que es y la que fue.

Lo de ayer es solo una pantomima.

Una hermosa ilusión.

Voy a la cocina y tomo otra píldora contra el dolor. Qué diría la doctora Cuartero si le contara que no recuerdo cómo me golpee el brazo, llamaría a mi hija, ordenaría todo tipo de pruebas diagnósticas para descartar tumores y coágulos.

Sobre la encimera está el libro de Clifford Geertz que estuve leyendo la semana pasada. Página 92, el mismo subrayado, una frase que ya casi no recuerdo: El hombre es un animal suspendido en redes de significado que él mismo ha tejido. En el monitor compruebo que tengo dos recibos pendientes de la compañía eléctrica, y Kavan, con su habitual tono queer, me indica que mi consumo, dadas las temperaturas que se prevén para este mes de diciembre, está muy por encima de mis posibilidades de pago y me recomienda bajar tres grados la temperatura de confort para lograr una adaptación óptima al sistema de prestaciones energéticas de la compañía. También he recibido el apremio de cobro de la financiera. Si no hago efectiva la deuda, mi viejo coche será subastado en dos semanas. Han hecho falta solo unas horas para que mis acreedores averigüen mis expectativas de cobro, pero lo que de verdad llama mi atención es ese boleto que me remiten desde la multinacional Golden Bridge para participar en un sorteo de ¡sesenta millones de euros! Sé que podría ser solo otra de esas promociones de sondeo, jamás he comprado cereales, ni de esa ni de ninguna otra marca...

De repente vuelve a sonar el teléfono.

Es la línea fija.

Supongo que India está tratando de localizarme para que no olvide nuestra cita de esta noche, o quizá para anularla dado el nuevo estado de alerta. Voy al salón y descuelgo en mitad del segundo timbrazo. De fondo escucho un ruido similar al de un

océano batiendo contra la costa. Se oye el chasquido de un relé y luego alguien que dice:

¿Hay alguien ahí...? ¿Me escuchas?

Muy mal, pero sí, le escucho.

Esto no es ninguna broma. Repito: no es ninguna broma. No hay tiempo para explicaciones: soy tú.

Vale, no es una broma. Usted es yo.

De fondo se escucha un alarido. Una mujer.

¿Qué sucede ahí?, pregunto.

¡Abra!, dice una voz al fondo. Luego se escuchan golpes secos y distanciados como si alguien quisiera echar abajo una puerta. Corderito, corderito, dice otra voz, ¿estás ahí?

¿Me pregunta a mí?

Anota esto, vuelve a decir la voz.

¿El qué?

Te voy a dar unos números. Guárdalos. Son importantes. Y no los olvides. No los pierdas. Llévalos siempre encima...

Corderito, corderito.

¿Es una broma? ¿Para qué sirven?

... para entrar y salir...

¿De dónde?

De aquí, escúchame. Calla. No vengas, ¿lo oyes? ¡Es una trampa! La colonia, todo esto, todo es un engaño... Por nada del mundo..., no dejes que te convenza... Avisa a..., dile que estamos atrapados...

Beeeee, beeeee.

¿A quién tengo que avisar? ¿De qué?

¿Tienes papel y lápiz?

Corderito, mira lo que te hemos traído.

Y me dicta un código de ocho números y justo al final se escucha el golpe de una puerta contra la pared. Alguien toma el auricular al otro lado:

¡Joder!

Joder qué.

Ha logrado llamar.

Y cuelga.

¿Oiga? ¿Oiga? ¿Qué sucede ahí?

13

Sobre la vitrina esterilizadora hay un secador y media docena de rulos de plástico rosa. Al pasar de largo, Nicole arrastra una estela de polvos de talco. Está terminando con la última clienta de la tarde —una anciana con el pelo cubierto de bigudíes— y me señala hacia lo que ella llama el block y que no es otra cosa que una rudimentaria caja de Faraday forrada de papel de aluminio. Me guiña el ojo para que deposite ahí mi viejo Replicant. No le gustan los dispositivos. Entrar en su peluquería es como retroceder cien años. Del espejo cuelga uno de aquellos transistores Philips con la funda de cuerina y del techo, un viejo ventilador de palma. En la mesilla hay un montón de revistas manoseadas. Mientras termina con la clienta, saco el papel donde he anotado el número. Nunca he sido bueno con los acertijos. Podría ser un número de teléfono —faltaría una cifra—, una fecha de nacimiento —aunque no tiene pinta— o la combinación de una caja fuerte. Podría significar cientos de cosas o ninguna. Lo que está claro es que Keitel está detrás de todo, y debo reconocer que, lejos de asustarme, la llamada de ese tipo solo ha logrado avivar mi interés por ese lugar.

¿Qué te pasa?, pregunta Nicole a través del espejo.

Qué quieres decir.

¿No lees?

¿El qué?

Tus revistas. Hasta donde sé eres un hombre de costumbres.

¿Costumbres?

Previsible, quiero decir.

Y Nicole tiene razón. El doctor Leuenberger solía decirnos que las publicaciones de prensa amarilla eran verdaderos tratados de antropología social, en ellas, a poco que profundizaras, podías rastrear sin la hipocresía de los métodos estadísticos las tendencias

poblacionales, lo que siempre se omitía y prefería no verse de la cultura popular. Igual exageraba. Pero qué puede explicar que esas publicaciones hayan sido las únicas supervivientes en papel. Así que, como dice Nicole, desde hace años hojeo cada nuevo número de *Vanitatis,* cada reportaje que aparece en *Semana:* Melania Trump y Alexéi Navalni veranean en Marbella, Erna Solberg, ¿no era Solberg la primera ministra de Noruega?, ha sido nominada a las Girls Can Do Anything Awards y, en las páginas centrales, me encuentro con la subasta benéfica del ECOTIC. En la fotografía se ven varias modelos que se pasean medio desnudas por el borde de la piscina. Al fondo, camuflado entre los demás invitados, está Keitel con su barba blanca perfectamente recortada, la copa de vino en la mano y la barbilla alzada como si el flash le hubiera sorprendido realmente con la palabra en la boca. Según el artículo Wilhelm Keitel estuvo en esa mansión hasta la madrugada, lo que es imposible, por lo que deduzco que el de la fotografía es ese doble del que me habló, el que disfruta de su vida social mientras él se ocupa de otros menesteres. Como siempre, se omite cualquier información personal sobre si está casado o tiene hijos, si reside en tal o cual ciudad. Levanto la vista y veo que Nicole ayuda a la anciana a ponerse la chaqueta. Saca su monedero de perlé y paga en efectivo —Nicole no admite tarjetas— y guarda las monedas en una vieja caja de galletas holandesa. Nada más marcharse la peluquera gira el cartel de CERRADO.

Así que una conferencia.

¿También tú te has enterado?

¡En la US! Nada menos. Estuviste muy bien.

¿Lo viste?

A eso le llamo yo resucitar por todo lo alto.

No estaba muerto.

No he querido decir eso.

Solo me necesitaban…

¿Te necesitaban? ¿A ti?

Les gusta dárselas de plurales, supongo.

Pues aunque sea por eso. Es un salto muy importante. ¡La gran corporación! ¡Bienvenido a los nuevos tiempos!

Y me lo dices tú.

¿Qué pasa?

Cobras en efectivo, escuchas emisoras en frecuencia modulada...

¡La menor de mis clientas tiene setenta años! Me mimetizo con ellas. Mis átomos son cada vez más sus átomos... Además, puedo permitírmelo.

¿Qué quieres decir?

Que no soy filósofa como tú.

Yo no soy filósofo.

Pues lo que seas.

Antropólogo. Antropólogo social.

Nicole y yo tenemos la misma edad, nacimos en el mismo mes con apenas días de diferencia, pero cuando se dirige a mí en ese tono tengo la sensación de ser dos lustros mayor que ella. A diferencia de Monica, Nicole no tuvo hijos y no le gusta hablar de ello, quizá porque sospecho que quiso tenerlos pero no pudo. Igual que yo no le hablo de mi mujer, tampoco ella menciona su matrimonio con un tipo más joven, de la industria del cine, que duró apenas un par de años.

¿Qué tal tu hija?, me pregunta.

He quedado con ella en un rato. Para cenar, vendrá su novia. Al parecer van a darme una noticia.

¡Por fin!

Eso pensé yo, pero me temo que es otra cosa. ¿Conoces el Farabeuf?

Está en la Plaza de los Cubos. Está de moda, ¿no? Creo que es un *foodprint*.

¿Y qué es eso?

Da igual, mejor que lo descubras por ti mismo. Tú solo compórtate. No olvides que tiene veintidós años. Ya no es una niña..., puede hacer lo que quiera con su vida...

Y yo soy su padre. ¿Eso no tiene ninguna importancia?

Pues no.

¿Eso le dirías al tuyo?

Lo que te diría a ti es que evitaras hacer lo que más te gusta...

¿Qué es?

Meter la pata.

Descuida, hoy no toca.

Venga, siéntate. ¡Serás el abuelo más sexy de la ciudad!

No van a hacerme abuelo. Eso creo.

Era un modo de hablar.

¿Debo recordarte que nacimos en el mismo año?

¡Pero siempre me llevarás siete días de ventaja! ¿Te corto el pelo con la raya al lado o prefieres algo nuevo?

¿Nuevo?

Acabas de resucitar, ¿no? Necesitas otra imagen. Si yo fuera tú, me teñiría el pelo.

No tengo canas.

No es por las canas... de pelirrojo, ya lo estoy viendo, tengo un tinte sin amoniaco muy elegante. Lleva extracto de remolacha y te quitará veinte años de encima...

Ni lo sueñes.

¡Aún llevas puesta la pulsera!

¿Qué pulsera?

La de actividad. Dámela. Te la dejaré en el block... Y sé paciente con India, ¿vale?

¿No lo soy?

Deja a su novia en paz. Te gusta meterte con ella.

Es Lo la que no tolera lo heteronormativo.

¿Ves? A eso me refiero. ¿No puedes callarte? No es necesario que demuestres todo el tiempo lo macho que eres.

Sé que lo hace con la mejor de las intenciones. Suele asesorarme sobre mi hija, sobre Lo, sobre mi relación con ambas. Hay una edad en la que todo se complica con los hijos. Nicole es práctica y sensata como lo era Monica. Mi mujer no era vegana, ni ecologista, ni cortaba el pelo, pero habrían sido grandes amigas. Incluso un día llegué a contarle mi secreto más inconfesable, que creía que India me responsabilizaba de no haber tomado el primer avión desde París cuando su madre me llamó. Necesita un culpable y ha decidido que sea yo, le dije. Deja que pase el tiempo, me recomendó ella. Ahora Nicole gira la silla y la pone a su altura.

Siento en el cuello la toalla húmeda y el arco del lavacabezas.

Venga, échate hacia atrás, machote.

Acciona el pedal y el agua tibia recorre cada folículo de mi cabello. No usa guantes. Con los dedos ejerce un levísimo masaje sobre mi cuero cabelludo. Vengo aquí cada semana porque necesito esa forma de contacto tan parecido al sexo, algo que nadie ve de *ese* modo, pero que yo siento así, algo exento de la traición a la memoria de mi mujer.

¿Lo intentamos?

¿El qué?

Teñirte.

No.

¿En serio? Los pelirrojos me ponen a cien.

¿Te ponen? ¿Desde cuándo hablas como una adolescente?

Cachonda, ya sabes.

¿Me estás pidiendo una cita?

No seas idiota.

Cada poco, la curva de su vientre se acerca a mi brazo y radia allí un levísimo calor. No hay contacto, aunque a veces sí, pero lo siento como un juego de proximidades, una especie de baile sin movimiento. Ni siquiera es deseo, solo energía, es como si fuéramos polos opuestos de la misma pila galvánica.

¿Por qué me miras así?

Estoy pensando en lo del pelo rojo.

¿Te animas?

En realidad miraba tu trasero en el espejo.

¿Y has visto algo que te guste?

Quizá.

No seas grosero, no va contigo.

Me pregunto qué diría si le contara que anoche dormí con el holograma de mi mujer, que eyaculé en su interior como cuando teníamos treinta años y que después hablamos de India e hicimos planes para un viaje que ya hemos hecho y para comprar una alfombra que ya tengo en casa..., qué diría si le contara que el magnate de las empresas Wetopia Inc. ha creado una colonia de simulacros sintéticos para ofrecer lo mismo, o algo muy parecido, a

lo que yo, cada semana, bajaba a buscar a su peluquería, afecto, compañía, esa forma de vivir anclado al pasado sin estarlo.

Me han encargado un trabajo.

¿En serio?

Es secreto.

¿Eres espía?

Supongo que soy lo más parecido a un detective.

Me encanta cuando te pones enigmático.

Me pagarán bien. Muy bien en realidad.

Nicole envuelve mi cabeza en la toalla y frota suavemente.

Así que ahora eres un buen partido.

¿Alguna vez no lo he sido?

Mírate. Ya no estás para muchas fiestas.

Cuando quieras lo comprobamos.

Siento la humedad en el cuello de la camisa. Nicole usa la depiladora para recortar los pelos que sobresalen. Esos pelos negros y rígidos que antes no estaban ahí y que me recuerdan que he envejecido demasiado y demasiado pronto.

No quiero entrometerme, pero ¿han sido ellos?

¿Ellos?

Los que te han ofrecido el trabajo... la corporación.

Así es.

¡Pero es una gran oportunidad! Para ti, quiero decir.

Estoy sin blanca.

Si necesitas dinero...

No se trata de eso.

¿Y de qué se trata?

Estoy cansado de vivir así, de que mi hija piense...

No piensa nada. Te quiere.

Aceptaré.

Sé que no me vas a contar de qué va ese trabajo.

Quizá deberías ser tú la detective y yo el peluquero. ¿Te vienes conmigo a la cena?

¿Como si fuera tu mujer?

¿Qué tiene de malo?

Que no soy tu mujer. Mejor mírame el culo, pero a esa cena

vas a ir tú solito. Lavo y corto, lo que tú hagas fuera de aquí es asunto tuyo.

¿No te habrá molestado?

El qué.

Ya sabes.

Me gustan los límites.

¿Límites?

A esto, a nosotros.

Pero si jamás ha pasado nada.

Ni pasará.

De repente veo que he cruzado una línea y que está incómoda. No tengo nada que ofrecerle, solo el fin de lo que me queda por delante y eso no es mucho.

¿Y qué somos?, pregunta.

Un hombre y una mujer.

Un hombre guapo.

Y una mujer mucho más joven. ¿Sigues cobrando en efectivo?

Muy gracioso.

El corte de pelo.

Sí..., claro.

Nicole agradece la propina con la misma sonrisa de siempre y cuando me marcho, añade:

¡Oye!

¿Qué?

Que gracias por intentarlo de todas formas.

14

El vagón se adentra en el túnel y deja atrás Callao. La mayor parte de los viajeros navega por redes sociales o hace la compra a través de sus dispositivos. Los miro uno a uno. Todos parecen estar en ese otro lugar y sonríen o se desesperan ante la pantalla, todos excepto una mujer que se ha sentado enfrente y mira los reflejos del exterior en el cristal de la ventanilla. Desde lo de Monica, sobre todo cuando estoy rodeado de personas, suelo verla. Al principio me asustaba, como en el Bijlmer, pero la doctora Cuartero me dijo que no debía preocuparme, que solo era una proyección de algo que no había terminado de cicatrizar, cuando la vuelvas a ver, me dijo, cierra los ojos y habla con ella, hazlo con normalidad, como si de verdad estuviera allí. Eso te ayudará. Es de locos, le respondí. Ella no es Monica, añadió, solo la parte de ella de la que no has podido despedirte. Pero una cosa son los consejos y otra racionalizar el pánico de su ausencia. Monica no se marchará, todo lo contrario, cada día estará más presente. La mujer que ahora cabecea frente a mí tiene el pelo más largo y de un color impreciso, Monica era morena y más alta y en la pantorrilla tenía unas pequeñas varices con forma de zeta. Solo tienen un vago parecido, quizá ni siquiera eso. Echo la cabeza atrás y cierro los ojos e imagino que estamos en la cocina, ella y yo, a apenas dos metros de distancia, que hablamos de lo que ocurrió el día en que me di cuenta de que éramos incapaces de controlar lo que nos pasaba.

¿Qué quieres?, dice ella.

Hablar.

¿No es demasiado tarde?

Acabo de recordar el día que volví a casa y tú estabas en el suelo. Te abrazabas las rodillas.

¿El día de las lentejas?

Ese mismo. Nunca supe por qué cocinabas. Nunca has sabido.

¡Quería darte una sorpresa, capullo!

Desde luego que me la diste. No había rincón de la cocina por el que no chorrearan las lentejas... Te pregunté qué había pasado, pero solo mirabas al frente, ¿recuerdas?

Claro que recuerdo. Solo soy una voz en tu cabeza, pero claro que recuerdo.

No decías nada.

¿Qué te iba a decir? ¿Que había ido al supermercado y que frente a la estantería de rollos de papel higiénico me había puesto a llorar?

Nunca te he preguntado por qué abriste la olla antes de tiempo.

Eso no te lo voy a decir.

¿Sabes lo que yo creo? Que fue la primera vez que sentiste que querías *hacerlo*.

Tú siempre tan elegante.

Marcharte. Joderla. Jodernos a tu hija y a mí.

Conoces las normas. No puedo responder a preguntas cuyas respuestas desconoces.

¿Cuántos años tenía entonces India?

Siete, siete años y medio.

El metro ha llegado ahora a Plaza de España y escucho el sonido hidráulico de las puertas. Algunos viajeros bajan, pero la mujer de ojos verdes sigue mirando los anuncios abovedados a través de la ventana.

¿Sucede algo?

Creí que ya había llegado... a mi parada. Ceno con nuestra hija.

Lo sé. Entonces, ¿qué me decías?

Te zarandeé, ¿recuerdas? Y como no decías nada, fui al dormitorio de India y estaba allí, bajo el flexo, fingiendo que estudiaba.

¿Fingiendo?

Tenía que haberme oído llegar. Las llaves... Además, estaba

contigo segundos antes, ¿no es así?

Si es lo que quieres creer...

No va a pasar nada, le dije, mamá se va a poner bien.

Y fue entonces cuando llamaste a la ambulancia, ¿verdad?

Fue la primera vez que me asusté de verdad. No era como las otras veces, cuando te limitabas a levantarte a las dos o las tres de la madrugada para leer o ducharte, o cuando te mostrabas irritada y saltabas por cualquier cosa con India... Cuando llegó la ambulancia estabas tranquila, así que les dije que todo estaba bien y que podían marcharse, pero los enfermeros, al ver los golpes y las contusiones que tenías, no quisieron escucharme. Comprobaron tu reflejo pupilar, te desinfectaron los cortes y una mujer me preguntó si podía hablar contigo a solas. Al principio no entendí...

Era el protocolo...

Dijeron que te llevarían al hospital para un reconocimiento en profundidad. Solo será un rato, dijeron, le llamaremos al llegar, usted quédese con su hija. Y mientras te llevaban te dije que te quería.

Eso no es cierto.

No lo escuchaste.

Si tú lo dices.

Te diste la vuelta. ¿No es verdad que te diste la vuelta? Tu doctora me llamó a la mañana siguiente para decirme que tenían que ingresarte dos semanas en aquel sanatorio de Guadalajara. Te juro que si lo autoricé es porque quería empezar de cero.

Nadie te culpa.

Tú lo haces cada día.

Hay que ser idiota para pensar que se puede empezar de cero.

Cuando fui a verte... era espantoso ese hedor que impregnaba el suelo de linóleo, los alicatados, las ventanas estrechas y con barrotes. Nunca había estado en uno de esos lugares, pero los imaginaba con jardines y paseos...

Como en los folletos de los testigos de Jehová.

No te rías.

¿Y qué te dijo el doctor?

Dijo que padecías de tristeza.

Eso no es una enfermedad.

Depresión nerviosa. ¿Qué más da el nombre? Más o menos intentaron regular químicamente la secreción de dopamina, pero no funcionó.

¿Y por eso me frieron el cerebro?

Solo así nos permitieron verte. Será mejor que la niña espere en la sala de visitas, nos dijo, puede notarla desorientada y con temblores, incluso que tenga alucinaciones. Me asusté, pensé que te vería con una de esas camisas de fuerza, pero cuando me llevaron a la sala del televisor parecías la de siempre, serena, otra. Hablabas con una interna...

Clarisa.

... una anciana que llevaba uno de esos camisones que dejan todo el aire...

¡Ponte tú una de esas!

Solo quería decirte que cuando te acercaste a mí y me pusiste los brazos alrededor del cuello, pensé que era posible, empezar de cero, quiero decir, resucitar... Hacía siglos que no me mirabas así.

También yo lo creí, te lo juro.

Cuando me preguntaste por nuestra niña y te respondí que estaba en la otra sala, a solo unos metros, pareciste decepcionada, como si lo anterior hubiera sido una interpretación para que te dejaran verla. Es mejor que espere fuera.

¡Era tan pequeña!

Ahora es toda una mujer. Parecías tan optimista aquella mañana...

Era por la electricidad.

No entiendo.

La electricidad te hace feliz. Te reinicia. Es como si tu cerebro fuera un circuito y te hicieran un reseteado. Empiezas cada día de cero. ¿Sabías que cada interno tiene un IR?

¿Un qué?

Un índice de resistividad. El mío es de setecientos treinta ohmios.

Mientes, ¡me tomas el pelo!

Pues claro. Dicen que no duele, pero duele, duele mucho, solo

estás dormida y con anestesia, pero los músculos se contraen por encima de la frecuencia de tetanización.

Te has convertido en una experta.

Lo peor fueron mis recuerdos.

¿Qué les pasó?

Flip... Se borraron.

El doctor aseguró que sería temporal.

¿Cómo vas a empezar de cero con los mismos recuerdos?

Y al sonreír vi que te faltaba un pequeño trozo de diente.

Es porque te hacen morder una cuña de goma.

En ese momento me maldije por haberles llamado.

Te asustaste, no pasa nada.

¿Y por qué te rascabas los brazos?

Era como si tuviera insectos bajo la piel. Por la medicación, supongo. El litio y la electricidad provocan... ¿Recuerdas que te supliqué que me sacaras de allí? Me dijiste que en una semana saldría, que estaba haciendo grandes progresos, pero fueron dos semanas, luego tres... ¡Nos obligan a dormir con las puertas abiertas...! Y los celadores nos seguían día y noche, incluso en las duchas o en... Todo me sabía a hierro... ¡No estaba loca! Muchos de los que estábamos allí no estábamos locos, solo desorientados... en la vida, en nosotros mismos..., los que sois como tú parecéis saber siempre.

Como aquellos ancianos.

¿Qué ancianos?

Los mirabas todo el tiempo. Iban de un lado a otro de la sala, de la mano. Al llegar a la pared del fondo inclinaban la cabeza, golpeaban el yeso con la frente y daban la vuelta, para volver a la pared contraria donde repetían lo mismo.

No los recuerdo.

Entonces me lo pediste.

Te pedí que jamás volviera a ese lugar.

Te lo prometo.

Eso dijiste. Por eso te besé.

Juro que esa tarde creí en ti, en nosotros.

Y yo, cariño... yo también lo pensé.

Lástima.
¿Verdad?

15

India no soporta mi impuntualidad, así que me he prometido no cagarla y llego con veinte minutos de antelación. El Farabeuf es uno de esos restaurantes al lado del Alfredo's Steak House, en la Plaza de los Cubos. Una fila de treintañeros espera frente al atril donde un caucásico provisto con un escáner QR confirma las reservas. Me siento en los peldaños que rodean la escultura de Gustavo Torner y desde ese ángulo observo la arquitectura racionalista que agudizan los aleros de los rascacielos que nunca llegan a encontrarse, la cuadrícula de ventanas de silicona estructural tras las que se adivina el movimiento de los últimos oficinistas, los boxes idénticos, ese intestino ortogonal de ascensores que se comunican como si fueran las galerías de un inmenso hormiguero de policarbonato.

¿Habéis probado el *filet mignon* con parmesano?, escucha que dicen.

¿Parmesano?

Un tipo de queso.

Sé lo que es el parmesano.

La que habla es una chica que lleva un peto de lino blanco que transparenta su ropa interior.

Nosotros hicimos la reserva en agosto, cuando volvimos de Denia.

¿En serio?

¡Cuatro meses!

Casi cinco.

Me muero...

Siguen hablando y me entero de que el restaurante elegido por mi hija es uno de los más exclusivos de la ciudad. Aunque India aparentó ayer cierta improvisación, debe de haber reservado

con meses de antelación, así que, sea lo que sea lo que van a contarme, sin duda es importante. La última vez fuimos a una marisquería que elegí yo. Su chica no paraba de decir que en aquel lugar solo servían neurotóxicos aderezados con cadmio y mercurio, cosas de ese tipo. No me llevo bien con Lo, quizá porque nos parecemos demasiado y estamos en las antípodas de lo que deseamos para India. Si hiciéramos el esfuerzo quizá nos encontraríamos, pero entre nosotros solo hay una mezcla de recelo y resquemor. A las nueve menos cinco, me levanto y me dirijo al serbio que guarda las puertas del tártaro. El tipo me mira de arriba abajo como si la chaqueta de pana con coderas me convirtiera en un fósil del Cuaternario. Comprueba la reserva un par de veces y finalmente me indica que siga la línea roja hasta la sección William Morris™. La línea une la sección Waterhouse™ con la sección Rossetti™ en paralelo a la cocina, que es una inmensa barra de policarbonato por la que se deslizan docenas de platos sellados en recipientes de aluminio gofrado. De fondo se escucha el siseo de los inyectores que imprimen la comida. India dice que los comestibles extractados ganan en calidad porque disminuyen las alergias alimentarias, pero el filet mignon del que hablaba esa chica es exactamente igual —fibra a fibra, proteína a proteína— que todos los filetes que se servirán esta noche, tendrán los mismos gramos de grasa y la misma cantidad de colágeno infiltrada..., todos los alimentos que se imprimen en este lugar tienen la misma base de acrilonitrilos comestibles. Nuestra sección, según compruebo, está casi al fondo y el acceso a nuestra mesa está encendido. Por suerte, aún no han llegado. Lo que es extraño porque no recuerdo la última vez que India se retrasó. El contador de nuestra reserva lleva apenas dos minutos consumidos. Elijo uno de los tres sitios y reparo en que el salón está decorado con papel vinílico a base de amapolas tridimensionales y pequeños ranúnculos amarillos. De lejos, simula una selva de tallos grandes y hojas parecidas a las rosetas de agave, pero de cerca el más idiota se daría cuenta de que el mismo patrón se repite cada cuarenta o cincuenta centímetros. Una chica alta y morena, maquillada como uno de esos actores de kabuki, interrumpe mi ejercicio de

observación para preguntarme si me gusta el olor a mandarinas desgajadas que mi hija ha elegido para el encuentro. Le digo que sí, que todo está perfecto y ella hace una ligera inclinación de cabeza antes de marcharse. Los vasos de bronce repujado reflejan mi rostro deforme como en ese autorretrato de Bacon. Casi tocando a la nuestra, hay otra mesa, y en ella, un chico cena solo con sus gafas de realidad combinada. Parece contento con su acompañante y golpea la mesa cada vez que trincha una de esas patatas esféricas. La era post-Gutenberg solo ha traído soledad y este ensordecedor ruido horizontal que lo entierra todo. Me siento expulsado de este mundo, proscrito y rehén del desinterés hacia lo que me rodea. Nicole dice que solo me hago mayor, unos gramos de misantropía siempre son normales, dice, te diría que casi necesarios, pero lo cierto es que he perdido la agudeza que antes me permitía ver, escuchar y tocar. Me he vuelto inflexible, refractario. Todo me parece parte de la misma gilipollez.

El Replicant vibra sobre la mesa.

Le doy la vuelta y el logotipo se diluye cuando aparece un mensaje:

¿Tiene un segundo? ¿Puede hablar?

Es Chloé Jaehn. Lo que quiera que sea tan importante, será después de la cena.

Hay un cambio de planes.

El chico de la mesa de al lado sonríe a la silla que tiene enfrente. ¿Y si mi paseo ayer por el Bijlmer les ha hecho cambiar de opinión? ¿Y si mi conferencia no fue convincente?

¿Podríamos vernos en treinta minutos? No quiero entrometerme en su cena.

Miro alrededor, como si Chloé estuviera en la barra, escondida y observándome desde algún lugar.

No pida el fugu, hoy no es buena opción.

Cuando llevo escrito parte de un mensaje con el que pretendo que me deje en paz, llega Lo. La recordaba más delgada, pero su modo de vestir —casaca slim de doble abotonadura estilo Imperio austrohúngaro y pantalones de camuflaje con hebillas— resalta su figura achaparrada. Me levanto para darle dos besos pero

inmediatamente recuerdo que para la novia de mi hija los besos son residuos atávicos de lo que ella llama heteronormatividad.

Es por higiene.

¿Higiene?

Herpes, septicemia, ¿le suena?

India llega justo detrás.

¿Qué hacéis?

Hablaba con tu padre.

¿Ya estáis discutiendo?

Para nada, dice ella, ¿verdad?

Adoro a tu novia, dice él, y ella a mí.

¿Nos sentamos?

Papá, estuviste genial. El otro día... Te vi en forma, vamos, ya te lo dije.

Fue un discurso a-respetuoso, añade Lo.

¿Qué quieres decir?

Poco considerado con el diferente.

¡Yo era el único diferente!

Venga, vamos pidiendo, dice India para cambiar de tema, solo quedan veintiocho minutos. El gukan con erizo de mar está espectacular. ¿Tú qué vas a tomar, papá?

¿Yo? Fugu.

¿Fugu? ¿Habías estado antes aquí?

Alguien me lo ha recomendado.

Es tóxico, añade Lo, en Japón los chefs necesitan un permiso especial para cocinarlo.

¿Tóxico?

En realidad querría aclararle que no tiene sentido hablar de toxicidad cuando ese plato va a ser impreso en proporciones nutricionales exactas y se eliminarán las trazas de cualquier neurotoxina, pero, llegados a este momento, prefiero dejarlo pasar.

Me gusta vivir al límite.

El año pasado murieron más de seiscientas personas, insiste.

Y el katsuo ¿es de caballa o de sardina?

Ni idea.

Tu padre tiene pelotas.

¿Las pelotas no eran un resto de hetero...?

Las pelotas son pelotas...

Pero India no la deja continuar. Ordena el pedido a través de la tableta y mientras lo hace se produce un larguísimo silencio.

Venga, India, dice Lo tomando la mano de mi hija, tu padre está esperando. ¿Se lo dices tú o se lo digo yo?

¿Os casáis?

No creemos en la posesión.

¿Vas a inseminarte?

¿Por qué iba a inseminarse? ¿Porque es mujer?

Venga, Lo, dale un respiro. Papá..., nos vamos a Camberwell.

¿Adónde?

Está en el sur de Londres, cerca de Lambeth. Me han contratado en la universidad de allí.

¿En serio? Es estupendo. ¿Cuánto tiempo?

Lo que dure el contrato. Tres años si todo va bien. ¿No te alegras? Hemos llegado tarde porque hemos estado mirando en Wetopia Earth la casita que vamos a alquilar... Es blanca, te encantará. Está en el barrio universitario, cerca de un hospital psiquiátrico...

Veo que ya lo habéis decidido todo.

Solo te estamos informando, dice Lo.

¿Me permitirías hablar con mi hija?

Por favor, cariño, es mi padre.

Me meo.

¿Cómo?

Que me meo.

Y sin decir nada más, Lo se levanta para ir al aseo. Cuando ya no puede escucharnos, India añade:

En realidad, es vulnerable. Mucho. Pero actúa así porque la intimidas.

¿Vulnerable tu novia? ¿Estás de broma?

Te sorprenderías. Solo tienes que atravesar el exoesqueleto...

¿Y de qué va el trabajo, hija?

Llevaré la comunicación y las redes del Colegio Universitario de Camberwell...

¿Y es eso realmente lo que quieres hacer?

¿Qué quieres decir?

Hiciste un trabajo maravilloso con ese cuadro de Zabala...

Antes que volcarse en la reputación digital, India se doctoró en colisiones inelásticas en espectroscopía infrarroja. El cuadro de Zabala fue su trabajo de fin de carrera y gracias a su tesis descubrieron que debajo de un apacible paisaje de montaña había una escena de dos boxeadores en un ring, aunque en realidad era el mismo boxeador luchando contra su doble.

Lo importante es que me han llamado. ¡Han pensado en mí, papá!

¿Te estás escuchando?

Las cosas funcionan así, alguien que conocía a alguien... Qué sé yo, les gustó mi currículo.

Aunque desconozco el motivo, sé que detrás de la oferta de trabajo está la corporación. Nadie contrataría a una chica de veintidós años sin experiencia en el campo de la comunicación, igual que nadie contrataría a un antropólogo de veinticinco años para dirigir un programa de divulgación científica, pero, por supuesto, de nuevo me guardo de exteriorizar mi opinión.

¿Y cuándo te ofrecieron el puesto?

Hace cuatro días, ¿qué más da?

Tu madre estaría muy orgullosa.

¿Estarás bien?

¿A qué te refieres?

Aquí, solo.

Sí, claro.

Los vuelos son baratos. Podrás venir cada cierto tiempo, te enviaré billetes en Navidad y... ¿Qué te parece?

¿Qué me va a parecer? ¡Formidable!

Necesitaremos dinero, todo el dinero disponible..., una mudanza no es barata. ¿Tú estás bien?

Lo que trata de decirme y no se atreve es que tendré que apañármelas sin su aportación mensual.

Me llamaron de la financiera, me dice.

¿Qué financiera?

Chase & Co.

¡Esos desgraciados! ¿Y por qué te han llamado a ti?

¿Porque soy tu hija?

Me sobra el dinero.

¡No bromees!

Wilhelm Keitel me ha ofrecido un trabajo.

¿Estás de coña? ¿Te das cuenta de lo raro que suena todo esto?

¿En qué sentido?

Todo va a cambiar, papá... Lo presiento. ¿Has ido a ver a la doctora?

¿Por qué no cenamos?

¿Has ido o no?

Lo olvidé.

¿Lo olvidaste?

Hija, no estoy senil. Todavía no.

Supongo que eso es lo que querías contarme, añade.

¿El qué?

Cuando me llamaste anoche, una hora después de que habláramos.

No te llamé.

Estabas borracho, decías cosas raras... Me asustaste. Supuse que habías vuelto a beber.

Ya no bebo.

¿Y quieres decirme quién era la persona que me llamó?

Yo no fui.

Mira, sé quién es mi padre.

¿Y qué te dije?

Dijiste que te dijera que no fueras a la colonia. ¿Te dice algo eso?

Sería un bromista.

El *stewardbot* empieza a girar y los contenedores de comida desembarcan en nuestra mesa: soja fermentada, tartar naranja con semillas y ostras increíblemente reales. La novia de mi hija se ha mojado el flequillo y regresa con el rostro enrojecido. Cuando está al lado de India, se besan como si yo no estuviera. El fugu resulta

ser una especie de lengua amarillenta loncheada.

El Replicant vuelve a vibrar en mi regazo.

Si no quiere arrepentirse, ¡salga ya! Un Sedric negro le espera junto al TeeFaktur...

En la plaza siguen los chicos esperando para ocupar su mesa en el siguiente turno. India y Lo tienen todo el derecho del mundo a tener una vida propia y que esa vida transcurra lo más lejos posible de mí. También su madre y yo vivimos primero en Berlín y después, durante casi quince años, en Madrid. India es moldeable y joven. Hermosa. Lo hará bien. Si algo me subleva es verla repetir mis errores y no poder advertirla por miedo a herir sus sentimientos. Yo tenía tres años más que ella cuando me alejé definitivamente de la música el día en que aquel directivo, al que Monica llamaba el Gran Ángel Blanco, me convirtió en uno de los mayores presentadores de la televisión alemana. Tampoco entonces yo tenía experiencia ni sabía a qué estaba renunciando. Lo que sí sé es que la música fue apagándose como una ascua en la noche, igual que ocurrirá con la pasión por la restauración de mi hija. Ha llegado el momento de poner las cartas bocarriba y preguntarle a Wilhelm Keitel qué gana arrastrando a India a ese gris suburbio londinense, ¿alejarla de mí?, ¿obligarme a aceptar su trabajo? En efecto, junto al TeeFaktur, espera el coche metalizado al que se refería Chloé. La puerta del copiloto está abierta y un tipo, vestido de riguroso negro, me hace señas para que me acerque. Hay cierta urgencia en el gesto, como si llegáramos tarde a alguna parte. Voy hacia allí y noto un murmullo creciente entre los chicos que esperan para entrar en el Independance Club. No tienen más de veinte años. Beben batidos proteínicos en inmensos vasos de cartón y llevan ceñidas chaquetas de titanio, mientras que ellas van enfundadas en petos de acetato que apenas cubren las areolas de sus pezones. En la puerta de la discoteca, hay una pelea. Alguien ha logrado hackear su dispositivo de control de alcohol en sangre y ha bebido más de la cuenta.

Entonces todo se precipita.

Todo.

El tipo del traje negro que estaba apoyado en el Sedric se incorpora y viene hacia mí. Le acaban de decir algo por el injertófono. Se quita las gafas.

Ahora corre hacia mí.

¿Por qué corre hacia mí?

Es como si mis sentidos se ralentizaran y pudiera ver cientos de planos de acción simultánea: el pedaleo del *rider* del Bloombox, el chirrido de la cadena, el expositor de ensaladas tambaleándose y un vaso desprendido de una mano que, al caer, extiende por el aire una masa gelatinosa de color púrpura, un estornudo, miles y millones de gotas de saliva desintegrándose en el aire, soja de carne sobre la plancha, el giro perezoso de las hélices del extractor, el golpe de una sortija contra la lámina de cristal, una chica, una mano, una bolsa de lona verde que describe en el aire una parábola perfecta desde la ventanilla de un auto, los dientes amarillos en la boca de ese hombre, el guardaespaldas que corre hacia mí, su traje que se tensa y el olor a Tabac, el chasquido de mi mano izquierda y un último pensamiento ya en el suelo..., la detonación, el calor, la luz blanca y voraz, tírese al suelo, no mire hacia allí...

Y silencio.

Un silencio que es en realidad una ausencia de ruidos.

Un pitido que se abre camino y aumenta poco a poco de intensidad.

Las siluetas parecen formadas por alambres que mueven los labios sin que yo escuche nada. El conductor se quita de encima y señala hacia el amasijo de cuerpos que hace un rato era un grupo de adolescentes. La brisa arrastra un intenso olor a pelo chamuscado.

El conductor me ayuda a levantarme.

Las voces emergen de la neblina a la vez que los teléfonos empiezan a sonar por todas partes.

¿Todavía conserva todas sus extremidades?, escucho que dice.

¿Mis qué...?

Veo que sí.

No entiendo.

Iban a por usted.

¿A por mí?

¿Es que no ve las noticias?

Y... y ¿por qué?

Quizá piensan que es un traidor.

No entiendo.

Ya entenderá.

Mi chaqueta se ha desgarrado en la axila y el conductor lee mis pensamientos.

No se preocupe, ya no le hará falta, Chloé lo ha preparado todo.

¿Chloé?

Como ha podido comprobar, debemos darnos prisa.

16

Son las diez cuando llegamos al aeródromo militar de Cuatro Vientos. Los camiones cisterna entran y salen del recinto por uno de los laterales y se hunden en mitad de la noche. El complejo militar fue adquirido hace años por un grupo de empresarios y se usa para fletar vuelos chárter a destinos que no superarían el control de las autoridades aeroportuarias. A pesar de ello, el aeródromo sigue custodiado por tipos de uniforme. No tarda en salir del hangar uno de esos militares que viene hacia mí y se presenta como Manuel Wallstein, abogado de Wallstein & Kuckart.

Acabamos de enterarnos, añade. La radio dice que el centro está acordonado. No sabíamos que *sus* planes estaban tan avanzados...

¿Los planes de quién?

Pero Wallstein responde que él solo está al cargo de los detalles y que Chloé me dará todos los datos en el avión.

¿Ella está aquí?

Tengo instrucciones precisas a este respecto, añade.

Está claro que no va a decirme nada. Se echa a un lado para que acceda al interior de la bóveda. El sonido de las porteadoras y las barrenas de metal es amplificado por la cubierta, y los operarios, todos con su mono azul oscuro, trabajan en absoluto silencio. Huele a grasa mineral, a gasoil. Pasamos los controles sin que nadie nos retenga. No hay escáneres ni ningún otro tipo de verificación de acceso. Ante el abogado, los militares se hacen a un lado sin objeciones, como lo haría una guardia pretoriana ante el césar. En la puerta de salida a la pista veo a dos mecánicas vestidas de negro arreglando una línea de cadenajes. Son gemelas que sonríen con la cabeza gacha, sin llegar nunca a saludarnos. A sus pies hay una caja de cartón con un pequeño conejo blanco que se

revuelca entre el serrín. En la pista nos espera un 4×4 que apesta a pelo de perro mojado. Wallstein lo arranca y conduce hasta un Embraer que aguarda con los reactores en marcha y la escalerilla desplegada. Pensaba que esos aviones solo se usaban en vuelos no tripulados. Su aerodinámica y velocidad disipa el calor y evita radares. El fuselaje es de un azul casi negro, y de no ser por los óculos iluminados de las ventanillas se confundiría con la noche. Tampoco lleva logotipos o anuncios de la compañía. Sobre el carril de carga se reflejan las luces blancas de la torre. Wallstein vuelve a echarse al lado para indicarme que suba por la escalerilla. En la plataforma las turbinas producen un sonido ensordecedor, pero dentro del aparato el silencio es casi absoluto. Hay seis asientos tapizados en cuero blanco y equipados con paneles iGlass. Imagino que este es el avión que Keitel suele usar para cruzar fronteras sin dejar rastro ni atravesar controles. Una azafata de rasgos bálticos con los dientes pequeños y separados me da la bienvenida.

Soy Maya, su asistente durante el vuelo. Estoy aquí para complacerle en todo lo que necesite.

Bien, Maya. ¿Se sabe adónde vamos?

Ella sonríe.

Si me lo permite, le acompañaré a su asiento.

Hay dos mujeres en la última fila cuyos rostros quedan ocultos tras el respaldo.

Por aquí, por favor.

¿Y ellas?

¿Quiere comer algo?

Acabo de sufrir un atentado…

Algo de beber quizá…

Sin que se lo pida, toma mi chaqueta y la deposita en el compartimento para el equipaje. El abogado está hablando con uno de los pilotos. Parece que hay un imprevisto de última hora. Las turbinas aumentan de revoluciones y empezamos a movernos. Tengo la sensación de que no es el avión el que se mueve, sino las luces del barrio de San Ignacio las que lo hacen. Wallstein se sienta a mi lado y me entrega un sobre abultado sin remitente y sellado con precinto con el logo de Wetopia Inc.

La sagrada misión.

¿Cómo?

Ábralo, por favor. Solo bromeaba.

Una de las mujeres se levanta y se acerca hasta donde estamos. Su pelo ya no es rojo ni corto, sino castaño y largo y recogido en un moño.

Buenas noches.

Veo que se ha dejado crecer el pelo.

¿Le gusta?

¿Son extensiones?

El otro día llevaba una peluca.

¿En serio? Déjeme adivinar, pasaba por Madrid y...

Todo se ha precipitado.

¡Han estado a punto de matarme!

Traté de avisarle, pero insistió en cenar...

O me cuenta ahora mismo qué está sucediendo o me bajo de este avión.

Estaría en su derecho.

¿Qué quiere decir?

Nunca trabajamos de este modo. Nos hubiera gustado que tuviera su tiempo...

Y por eso han embaucado a mi hija.

¿Qué quiere decir?

¿Por qué la han contratado? Sé que no ha sido casualidad. Camberwell, vaya ocurrencia. ¿Por qué tantas molestias?

Chloé sonríe con estoicismo. El avión se desliza con suavidad buscando el comienzo de la pista de despegue.

¿Y el tipo de las llamadas?

Qué tipo.

Llamó a mi casa diciendo que era yo.

¿Alguien llamó haciéndose pasar por usted?

Y luego telefoneó a mi hija.

¿Cuándo fue eso?

¿No debería ser yo el que hiciera las preguntas?

Ya le expliqué que tenemos muchos enemigos.

Ese es su problema.

¿Y qué le preguntó?

¿Quién?

Ese hombre.

La conversación se cortó.

¿Y no le dijo nada?

Que no aceptara su invitación..., solo eso.

¿Y le dio algo? ¿Unos números, una combinación?

¿Debería habérmela dado?

Por sus preguntas sospecho que está tan sorprendida como yo y que esa información me da algunos centímetros de ventaja. Quizá por eso le oculto el dato y Chloé parece más tranquila. Por la ventanilla observo cómo las balizas se alinean a los bordes de la pista. Las turbinas aumentan la velocidad y Wallstein dice que el piloto le ha comunicado que estamos en cabeza de pista y deberíamos concretar los detalles.

¿Detalles?

De su misión.

¿Dónde está esa colonia?

Chloé levanta la mano y Wallstein, que iba a decir algo, enmudece.

A su tiempo sabrá exactamente dónde está.

¡Quiero saberlo ahora!

Abra el sobre, indica Wallstein. Y pregúnteme lo que no entienda. Antes debo advertirle que la apertura implica un juramento de confidencialidad, nuestra conversación está siendo registrada y la grabación será parte indivisible del contrato. No podrá revelar a terceros nada de lo que hablemos, ni referirlo en modo alguno. ¿Entiende lo que esto significa? Diga sí, si lo entiende.

Sí.

¿Su número de identificación fiscal es 58436942N?

Sí.

Las partes exponen que las negociaciones para la firma de este contrato dan comienzo y quedan sujetas a cláusula de confidencialidad según la Ley Orgánica 15/2025, del 13 de diciembre y que la divulgación, escrita o verbal, total o parcial,

será considerada...

¿Va a seguir con esto mucho tiempo?

Si tiene dudas, aún está a tiempo de echarse atrás. ¿Entiende lo que digo?

No voy a echarme atrás.

Me he permitido subrayarle las cláusulas más importantes, pero tómese el tiempo que necesite. No despegaremos hasta que no firme el contrato. Cláusula uno, su contrato tendrá una duración de ciento sesenta y ocho horas, es decir, siete días desde este instante, ¿de acuerdo?

De acuerdo.

Queda consignado que el firmante acepta la cláusula de duración. En la siguiente se especifica que al dar su consentimiento no podrá retractarse de sus obligaciones durante la duración de dicho contrato.

¿Y si lo hago?

En ese caso nos autorizaría a tomar las medidas necesarias para cumplir los objetivos.

No entiendo.

La rescisión de este contrato no dependerá de usted, o de sus decisiones, sino de la compañía.

Eso suena a amenaza.

Más bien a precaución. Hay muchos millones en juego. Y nuestros enemigos se multiplican. Si ha entendido, por favor, diga: he entendido la cláusula dos.

¿Cómo?

Diga: he entendido la cláusula dos.

He entendido la...

Queda constancia de que el firmante ha entendido la cláusula dos. Cláusula catorce...

De verdad, ¿esto es necesario?

... incluye la obligación de guardar secreto sobre su identidad dentro de la colonia. No podrá revelar quién es, qué está haciendo, quién le envía o cualquier otro detalle que exceda la biografía que le hemos preparado y cuyos detalles encontrará en el anexo segundo. ¿Entiende?

Sí, entiendo.

Queda constancia de que el firmante ha entendido la cláusula catorce. Vamos ahora a la quince. Usted jamás podrá revelar su identidad, pero tampoco podrá preguntar a otros colonos por la suya.

¿Se refiere a otros *intrusos?*

El incumplimiento de esta cláusula será punible según las condiciones que figura en la cláusula cuarenta y tres.

Sí, sí, lo he entendido.

El señor Wallstein mira mi teléfono que está sobre la mesa.

Su terminal quedará en depósito. Recuerde que la colonia vive en los años ochenta.

¿Y por qué los ochenta?

Había ciertos problemas de desfase, dice Chloé riendo, lo entenderá cuando esté dentro. Para ellos, el presidente de Alemania es Karl Carstens y Freddie Mercury aún no ha muerto de sida.

La azafata llega con un traje de coderas y una camisa estampada de poliéster horrenda.

¿De verdad me tengo que poner eso?

Es la última moda... allí.

Bromea.

Me temo que no.

En la mano lleva una maleta de cartón con los cierres cromados.

Dentro encontrará todo lo que necesite.

¿No es excesivo?

Maya pone la maleta sobre la mesilla y la abre. Dentro hay camisas de flores, pantalones de pinzas y un par de náuticos con borla de cuero.

La ropa interior va envasada al vacío.

Un detalle.

Un cuarenta y uno, dice Chloé sacando un par de Converse.

Queda constancia de que el firmante ha entendido y acepta la cláusula diecisiete. La veinticinco se refiere al enlace.

¿Qué enlace?

El contacto entre usted y el exterior se realizará exclusivamente a través de Chloé Jaehn, aquí presente. Ella será la encargada de dictaminar cualquier posible discrepancia entre las condiciones que rigen este contrato y los imprevistos que pudieran surgir. Debe tener claro esto. En la cláusula veintitrés cede sus derechos de imagen a Wetopia durante las horas del contrato.

¿Qué quiere decir?

La señorita Jaehn filtrará a redes sociales lo que está sucediendo en la colonia sin revelar, como es natural, el origen del experimento. Para el mundo usted estará impartiendo un ciclo de conferencias. Queda constancia de que ha entendido y acepta la cláusula veintitrés.

¿Quedan muchas más?

Diga acepto la cláusula veintitrés.

Acepto...

Queda constancia de que...

¿Y ahora?

La más importante.

Soy todo oídos.

Es sobre los derechos de publicación de los resultados.

Bien.

¿Ve ese abrigo que lleva?

¿Este?

Los botones son microcámaras. Por su propia seguridad, tenemos que saber en todo momento dónde está, con quién, qué hace. Nunca deberá dejar de transmitir.

¿Van a grabar un reality conmigo?

Es una investigación y por tanto hay que dejar constancia. ¿Cómo las llaman ustedes? Pruebas de campo. Dentro de la colonia hay cientos de cámaras y sensores que nos hacen llegar la información en tiempo real. No entraré en detalles. Solo le diré que usted no nos verá, pero nosotros lo veremos en todo momento.

Es una locura.

Necesito que entienda que, por su seguridad, tenemos que saber lo que sucede dentro.

¿Y en cuanto a los resultados?

Solo podrá hacerlos públicos en caso de éxito. Tal y como se especifica en la cláusula cincuenta... Debería leerla. Solo se permite la narración del experimento en los términos descritos, así como su vinculación profesional a la corporación, prohibiéndose explícitamente la revelación de secretos tecnológicos sometidos a patente. ¿Entiende?

Entiendo.

Queda constancia de que el firmante ha enten...

¡Traiga eso aquí!

Y mientras Wallstein habla por el interfono con los pilotos para que despeguen, firmo en el margen cada una de las hojas del documento. Al llegar a la última, el fuselaje empieza a temblar. Tomamos velocidad y el tren de aterrizaje abandona la pista. La inercia nos hunde en el asiento y me siento como ese médico alemán del siglo XVI que firmó un pacto con el diablo para conocer la esencia del mal. Pero lo cierto es que me siento vivo y real, como si la pista que dejamos atrás fuera la metáfora de lo que ha sido hasta ahora mi vida.

Bahnstadt

Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra.

Génesis 1:26

17

Primer día

Solo al cerrar la puerta de su casa toma conciencia de que su hija está muerta. Se ha pasado los dos últimos días rodeándose de ocupaciones para no pensar en ello: ha encargado flores y arreglado las mangas del que fuera el vestido de su primera comunión, ha elegido, en consenso con las otras madres, lo que la señora Eckhauss llama *la caja,* un féretro lacado y blanco, sin adornos, y ahora, cuando todo eso queda al otro lado de la puerta, regresa el silencio. Y con él, el dolor. Ya le ocurrió cuando lo de Jurriaan. Por eso sabe que si no lo asume se expone a caer otra vez en ese abismo oscuro y sin asideros. No podrá salir, se dice, esta vez no. En el perchero de la entrada, Eva ve colgada la pelliza de su pequeña Ofelia, su gorro de lana y esa bufanda de cenefas de la que no se desprendía nunca. Sobre la mesilla se ha acumulado la correspondencia. En su mayor parte es publicidad y folletos de propaganda. Nunca abre ese tipo de cartas, pero hoy, quizá para mantener la cordura y lo que se espera de ella, las lee una a una fingiendo un inédito interés en las sartenes antiadherentes y las férulas dentales... ¿Dónde se fabrica todo eso? ¿Por qué? ¿Qué tipo de economía delirante lo sustenta? Su hija ha muerto. ¡Nadie se da cuenta de eso! Ni un solo segundo se ha detenido el reloj, ni una levísima vibración en el aire de esta mañana. Ofelia solía esperar a que volviera a casa viendo la televisión. Se sentaba en ese sofá con los pies en el respaldo y la cabeza en el asiento, la melena casi rozando el suelo. La falda caída sobre el ombligo. Siéntate bien, murmura ahora entre labios, pero sus palabras quedan en el aire y se desvanecen al poco de ser pronunciadas. El televisor está apagado y aún resuena en su cabeza la voz del reverendo. Le

cuesta creer que no haya querido celebrar las exequias en la iglesia —mientras existan dudas, le ha dicho, no podemos enterrarlas donde debieran estar—, aunque eso suponga, a efectos teológicos, condenarlas al infierno. El infierno le importa bien poco, sabe que detrás de esa decisión hay otros motivos, Eva no sabe cuáles, pero le cuesta entender que vayan a inhumarlas en esa parcela del bosque que colinda con el cementerio y que todos llaman el Muro. El teniente es el único que ha insistido en la inocencia de las niñas: los indicios, le respondió al reverendo, señalan a una misma mano culpable, capaz, un hombre adulto, seguro o casi seguro. Aunque no mencionó su nombre todos sabían que hablaba del profesor de música. Así que no puede hablarse *stricto sensu* de suicidio, añadió el teniente, al menos no en los supuestos establecidos por el derecho canónico.

Haga su trabajo, le había respondido Barfus, y demuéstrelo. Solo así esas niñas descansarán tranquilas.

Y eso piensa Eva también.

Aunque sabe que Ofelia está muerta, se ve a sí misma llamando a su hija por la casa, entrando en el cuarto de la secadora y preguntando: cariño, ¿estás ahí?, buscándola en el escritorio de Jurriaan, gritando su nombre, como solía hacer, por el hueco de la escalera. Sabe que eso solo lo haría una perturbada o alguien que está cerca de serlo, pero ahora que ya nadie la observa, sabe que pronunciar su nombre es el único modo de que no se marche definitivamente de su lado. Es entonces cuando se sienta en el salón y el silencio —un silencio implacable y casi físico, como plomo líquido de color blanco— se apodera de todo.

Ni siquiera es capaz de llorar.

Llora, se dice.

Una madre debiera llora.

Debiera.

Aguza el oído, pero lo que escucha no es la voz de su hija, sino otra vez ese rumor bajo las tablas. Maldice. Fumigaron hace solo dos meses, pero algunas larvas deben de haber sobrevivido. La plaga empezó con aquella cómoda de palisandro que Jurriaan trajo de Paraíba. Encima debió de costarle un riñón. Según dijeron los

operarios el duramen estaba infestado de parásitos, así que tiraron la cómoda, cambiaron el suelo y, desde entonces, fumigan cada primavera sin resultado. Las larvas son puntos blancos mucho más pequeños que la cabeza de un alfiler. Crean sus colonias bajo las tablas, entre las machihembras de la tarima. No es carcoma, dijo el fumigador, no sé qué es, parece algo similar al barrenillo, pero el barrenillo vive en climas templados, no sabría decirle. Lo que sin duda parece obvio es que han creado un entramado de túneles y galerías y la estructura de la casa cada año está más debilitada. Eva los imagina avanzando inexorables hacia el núcleo del hogar en hordas inacabables. Está segura de que un día el salón caerá a plomo, sin más, convertido en astillas y serrín. Cada noche cree escuchar sus mandíbulas mordisqueando los cimientos y las canalizaciones del teléfono, avanzando por las tuberías y los falsos huecos hasta infestarlo todo.

La mecedora.

Es imposible.

Parece que se ha movido.

Pero la ventana está cerrada.

Ni siquiera hay viento.

Pero juraría…

Te vas a volver loca, se dice.

Loca.

Más loca todavía.

Precisamente en esa mecedora estaba sentada su hija cuando la vio por última vez. Ella le contó que esa noche dormiría con Lorita y Hadu en el jardín de los Härtmann. Le extrañó porque pensaba que pasarían la Nochevieja juntas, viendo, como habían hecho el año anterior, y el anterior al anterior, los fuegos artificiales a través del tragaluz de la cama. No tenían demasiadas oportunidades de estar juntas. Le pidió que se quedara, pero sonó a súplica y eso nunca funcionaba con su hija.

Esta noche es importante, le había respondido.

Importante, ¿para qué?

Mamá, tengo una vida y debo seguir con ella.

Eso había dicho.

Ella no les había dado importancia a esas palabras, pero ahora, de repente, cobraban un sentido inexplicable. ¿Qué niña diría algo así antes de aceptar voluntariamente la muerte? El teniente tenía una teoría al respecto: debió de ser entonces, le dijo, mientras ella estaba en la cocina —no lograba recordar con precisión ese instante—, cuando su hija forzó el armero y sacó la escopeta de Jurriaan: una vieja Merkel de calibre 12 que se usaba para matar corzos de más de cien kilos. Lo más paradójico es que su marido odiaba la caza y jamás fue a una batida. No había nada más alejado del carácter de Jurriaan, pero la escopeta era un regalo de su madre y jamás había tenido el valor para deshacerse del ella.

Mamá, tengo una vida, había dicho.

¿Qué vida?, se pregunta Eva ahora.

Dime, ¿qué vida?

Se arrodilla y busca las dichosas larvas a ras de suelo tratando de encontrar los huevos. Las juntas se proyectan en perspectiva oblicua hasta la cortina y, a los pies del radiador, junto a la mecedora, ve las deportivas rojas de su hija. ¡No puede ser! Ofelia nunca se separaba de ellas. ¿Con qué la van a enterrar entonces? Juraría... de nuevo..., juraría...

Pero sube al dormitorio.

Hay tantas cosas que quedaron sin aclarar entre ellas.

La semana anterior, por ejemplo, había encontrado en el tambor de la lavadora sus bragas manchadas de sangre. Era su primera menstruación. Ofelia había intentado lavarlas en frío sin éxito y había quedado un cerco amarillento en el forro. Mientras frotaba, pensó que su hija era ya una mujer, y que si había elegido como confidente a sus amigas y no a ella era por algo, pero después había hablado con las otras madres y se había dado cuenta de que lo que le pasaba a su hija también les había ocurrido a las otras, el repentino cambio de humor, esa especie de rencor contra todo. Es como si hubieran dejado de ser nuestras niñas, había dicho Martha, como si nos las hubieran cambiado: ¡mi hija no era mi hija! Todas asumieron que esa afirmación de la madre de Lorita era el desvarío de una madre rota por el dolor, aunque Eva lo

compartía totalmente.

En el armario no falta ningún par de zapatos.

Los botines de piel.

Las botas de agua de goma amarilla.

Los mocasines.

Sigue sin explicarse cómo han llegado las deportivas a la casa.

¿Salió esa noche descalza?

No es posible.

La cama sigue deshecha y cubierta por los peluches que su hija fue acumulando durante doce años. La noche de su muerte, Eva durmió en esta cama. Estaba tan cansada que debió de caer rendida. Soñó otra vez con los insectos agrupándose detrás de una de las paredes de la despensa. Había tantos que el papel pintado parecía una superficie elástica cubierta de grumos en movimiento. El rumor de los insectos era insoportable. Tomó un cuchillo de la cocina y regresó al salón, y al rajar la pared —parecía de gelatina — miles de pequeñas larvas anilladas empezaron a agitarse a sus pies. La despertó el timbre del teléfono. Era el teniente. Le dijo que Ofelia había tenido un accidente. En realidad, lo que le dijo es que estaba muerta, aunque Eva no reparó en la gravedad de esa afirmación hasta varios minutos después, cuando se puso el abrigo y salió de casa, y llegó, como los padres de las otras dos niñas, al jardín de los Härtmann. No podía ser. Simon se refería a otra niña. Sin duda habría pasado por alto algún detalle, pero el teniente, nada más verla, la llevó aparte y le explicó lo de la escopeta y lo de esa niña, Annie Härtmann, la de la bota ortopédica de..., todo. Y mientras le hablaba Eva solo podía escuchar el sonido de las larvas masticando en su tímpano, tu colaboración, decía, es crucial..., ¿viste algo?, ¿en los últimos días?, ¿algo raro?, ¿Ofelia estaba...?, ¿cómo estaba?, y solo un segundo después le había pedido que identificara a su hija. Ven conmigo. La rodeó con el brazo para dirigirla hacia la tienda de campaña y levantó el precinto para que pasara. Se agacharon y cuando abrió la cremallera vio los tres cuerpos, uno caído hacia el fondo, otro en línea recta y el de su hija justo encima. Su niña tenía sangre en el vientre y en las manos. Su cabello era el mismo, también esa cinta de guinga negra

que solía llevar al cuello..., pero no era su hija, de eso estaba segura, ¡una madre siempre está segura! No podía explicarlo, como tampoco podía explicar lo que estaba pasando con las zapatillas de Ofelia, pero pidió que le dejaran sola con ella un minuto. El teniente insistió en que las pruebas forenses podrían malograrse, pero trajeron un pequeño espejo atado a una vara extensible que acercaron al rostro de la niña. Durante un segundo, Eva contuvo el aliento esperando verla respirar.

No es ella.

¡Cómo que no es ella!

No es mi hija.

Y Simon la había mirado sin entender, o entendiendo que una madre nunca aceptaría algo tan terrible con la normalidad que él le estaba requiriendo. Y entonces empezó a gritar, a decirles a todos que su hija estaba viva, que estaban equivocados. Más tarde, cuando le tomaron declaración, insistió en que debían buscar a Ofelia porque estaría sola en el bosque, tratando de huir. Huir, ¿de qué? No lo sé, ella siempre huía; conozco a mi hija. Y si esa no es tu hija, ¿quién es? Pensaron que estaba trastornada, como Martha, incluso ella empezó a desconfiar de sí misma..., pero cómo explicar ahora lo de sus deportivas rojas en el salón. Cuando comenzaron los preparativos del velatorio, los otros padres actuaron con una diligencia casi obscena, solo parecía preocuparles si las flores eran lirios —más adecuados— o claveles —menos solemnes, más alegres—, o si la caja debía llevar crucifijo de latón o rosario o nada. Lo que todos dieron por supuesto es que las tres debían lucir idénticas para que ninguna de ellas fuera más que la otra. Uniformidad, dijo el padre de Hadu. Eva no entendía nada, no porque fuera inexplicable, sino porque era incapaz de procesarlo a la velocidad de los otros. Al menos hasta que vio a las tres niñas encajadas en el forro del ataúd, peinadas como muñecas, y a Martha quebrada por el llanto. Entendió que no serviría de nada llevarles la contraria, que debía asumir, ante el resto, que su hija había muerto aunque tenía la profunda convicción de que no era así.

Eva va hacia la cama de su hija.

Inhala la almohada y eso es lo único que la hace llorar.

Su hija sigue en casa.

En las fibras de color mostaza del edredón, en el escritorio donde cada tarde hacía los deberes, en el neceser donde guardaba sus baratijas.

Por ella se recompone.

Abre los cajones que no están abiertos y busca algo, una pista, un sobre bajo el colchón, entre sus libros, siempre hay algo que no cuadra, yo también tengo una vida, había dicho, y acto seguido, solo tres horas después... Comprueba la ropa interior, las uñas postizas de color cobalto que usó en Halloween, la funda del violín que cuelga sobre el cajón de las partituras. Abre ese cajón y repara en la pieza que Ofelia llevaba semanas ensayando. *El trino del diablo*. Valiente estupidez. De repente escucha algo en el baño, abajo, como si alguien hubiera cerrado la puerta. Se asoma a la barandilla.

¿Hay alguien ahí?

Voy a llamar a la policía.

No tiene gracia.

Ninguna gracia.

Piensa en esos chicos del reverendo. Siempre holgazaneando con sus tirachinas y burlándose de ella.

¡Ni siquiera vais a respetar mi dolor!

Toma la iniciativa. Cierra las ventanas de arriba y ve su reflejo en el cristal: la expresión desencajada y el cabello que no ha peinado en días. Realmente parece una loca. Baja al salón. Si no puede olvidar, no podrá seguir con su vida. Cocinará algo, eso siempre la distrae. Vuelve a escuchar el sonido, pero esta vez es como un crujido que procede del jardín. Es entonces cuando repara en que las deportivas de su hija han desaparecido y no están bajo las cortinas. ¿Se está volviendo loca? Juraría..., ¿otra vez? Se asoma a la ventana y al otro lado de la pradera, justo a la orilla del riachuelo, ve a alguien en el columpio. Lleva un vestido blanco, el mismo vestido con los breteles de encaje que le puso a su hija en la funeraria. Al balancearse se echa tan hacia atrás que su cabello roza el suelo y las zapatillas rojas parecen querer alcanzar la

inmensidad azul del cielo.

18

Despierto en el asiento trasero de un coche con la tapicería de polipiel marrón. Del retrovisor cuelga uno de esos atrapasueños hechos con semillas. Conduce Chloé, aunque solo veo de ella un hombro que sobresale en altura al respaldo. La reconozco por el tatuaje de los colibríes. Al otro lado de la ventanilla, la realidad es un bosque inacabable de píceas... Ascendemos por lo que parece un sendero forestal. Finjo dormir, como si hacerlo me diera más tiempo para asimilar lo que ocurre. La ventanilla está empañada y al otro lado, como bajo la bruma, veo tres caballos de crines blancas que beben al borde de la carretera. Parecen tranquilos, casi absortos en ese edén de agua musgosa. El ruido del motor los asusta y emprenden la huida hacia el interior del bosque.

¿Ya se ha despertado?

¿Dónde estamos?

En el valle del Bahnstadt.

¿En Alemania?

Eso es lo que debe creer.

Hasta las crestas de la montaña, solo nos rodea una apretada masa de abetos. Sin duda es una vegetación continental de hoja perenne, quizá de montaña, prealpina con toda probabilidad. En la guantera hay un reloj encastrado con la esfera esmaltada. Según ese reloj son las siete de la mañana, así que, con el sol por delante, nos dirigimos hacia el este o el noroeste. Nada más firmar el contrato, Wallstein requisó mi pulsera de actividad y mi viejo Replicant, no se preocupe, dijo metiéndolo en una bolsa de descontaminación, se lo devolveremos pronto.

¿No estuvo aquí cuando escribió su libro?, pregunta Chloé.

¿Cómo?

En este valle. ¿No estuvo aquí? Era una investigación de

antropología, ¿no?

Lo que cuento en ese libro ocurrió en los años ochenta... No tenía demasiado sentido visitar un lugar que ya no era *aquel* lugar.

Ahora este lugar sí es aquel lugar.

¿Qué quiere decir?

Ya lo verá.

¿Cuánto queda?

Calculo que unos quince kilómetros, dice señalando hacia una pared rocosa. Pero ya estamos en la zona de exclusión.

Quiere decir que ya...

Sí, ya estamos dentro..., todo lo que vea a partir de ahora es, bueno, confidencial.

Pero en realidad, solo pasamos junto a una granja engullida por el bosque. Los codales de las ventanas están podridos y una luz amarillenta parpadea en el interior. Puedo imaginar a uno de esos robots conectados a una inmensa batería de litio observando la carretera, balanceándose en la mecedora con la escopeta en el regazo y el sombrero de anea caído sobre la frente. El camino se estrecha y aumenta el desnivel.

Cada vez que Chloé mete una marcha corta se escucha el engranado de los piñones.

¡No sé qué gracia les veíais a estos trastos!

Había algo humano en la caja de marchas.

Humano, ¿por qué?

¡Había que decidir!

¿De verdad piensa que decidir es tocar esa palanca cada vez que el motor pasa de tres mil revoluciones? Eso es algo que haría sin equivocarse una máquina simple.

Es difícil explicárselo a alguien que conduce como usted. ¿Y por qué no ha cogido uno de sus coches automáticos?

No podíamos arriesgarnos a llamar la atención.

¿De quién?

De ellos.

Conduciendo así, será inevitable.

Jajá.

Trato de recordar lo que sucedió en el avión, en qué momento

me quedé dormido. Había una doctora, no pasa nada, me dijo, relájese, es una revisión rutinaria, luego el frío del tensiómetro alrededor del brazo, después nada, solo voces diluyéndose en el estertor de las turbinas. Cuando Monica murió, la doctora me recetó benzodiacepinas para contrarrestar el insomnio, por eso sé reconocer este sueño medicamentoso, más profundo de lo habitual, la sed al despertar...

¿Me habéis drogado?

No tenía que haber cenado fugu.

Muy graciosa. ¡No podéis hacerlo!

¿Leyó su contrato? ¿No recuerda lo que firmó?

Claro que lo recuerdo, pero es ilegal, abusivo. ¿Cuánto tiempo he estado dormido?

Digamos que no se lo puedo decir.

Podríais haberme vendado los ojos como...

Como ¿qué?

... como la mafia, uno de esos capuchones, podríais haberme metido en el maletero...

Chloé me mira a través del retrovisor.

¿De verdad habla en serio?

Me incorporo y veo que lleva una camiseta de manga corta con publicidad de abonos nitrogenados Wonder PK. El peto y las coletas le dan un aire de muchacha rural, casi de campesina. Apoya sobre el volante las dos muñequeras que ocultan la cicatriz sobre la que no quiso darme explicaciones en el hotel. A través de la ventanilla se repite el mismo paisaje sin variaciones, algún depósito aislado de grano, un grupo de seis o siete ovejas, una valla electrificada, postes con aquellos aisladores blancos de cerámica. No hay señalética ni indicación alguna. Podríamos estar en el valle de Bahnstadt, es cierto, pero también en Holanda o en la Baviera interior, en cualquier región montañosa. Si estuviéramos en la Selva Negra o en los Alpes, como acaba de sugerir Chloé, sería imposible que una colonia de androides pasara desapercibida a las hordas de noruegos y finlandeses que cada verano curiosean por allí. Es mucho más seguro hacer el experimento en alguno de los ecosistemas del cono sur, en Eurasia Oriental o en África, en

repúblicas del tercer mundo que ofrecen anonimato y seguridad a cambio de dinero, en las que la población vive sometida al temor, cuando no al más puro nepotismo. La corporación había mapeado el planeta con sus satélites y el mundo existía para la mayoría según esa cartografía, así que no sería muy complicado para ellos, supuse, ocultar este lugar como ya hacían con enclaves geoestratégicos o gubernamentales, es decir, pixelando o superponiendo a esta ubicación la de otro bosque similar que no despierte el recelo de nadie.

¿Le apetece almorzar?

Tengo el estómago revuelto.

Estoy sin gasolina.

Sé que es imposible que se haya quedado sin combustible a quince kilómetros del destino, pero intuyo que quieren mostrarme algo y que mi papel no es el de discutir sus planes.

Claro, le digo, paremos.

A la izquierda hay un granero de madera que parece abandonado. No hay tractores ni cabezas de ganado, pero sí una inmensa chimenea de piedra refractaria que desprende una columna de humo negrísimo que se entorcha hacia el firmamento.

¡Qué demonios están quemando ahí! Parece una funeraria.

Es solo bagazo.

¿Y eso qué es?

Fabrican licor. Ya sabe..., ilegal.

¿Fabrican licor? ¿Sus robots?

Una especie de aguardiente.

¿Infringen las leyes? No me haga reír.

Sé que Chloé sabía de antemano que le preguntaría por ese granero y ha preparado una respuesta lo suficientemente absurda como para parecer real. Es más, sé que todos ellos querían que viera ese cobertizo de madera, que preguntara por él y diera la respuesta de Chloé por buena. Y eso es lo que hago. De acuerdo. La estación de servicio queda al otro lado de la carretera. De lejos se avistan dos surtidores bajo una marquesina en la que se lee FAMILIENKAFFEE.

¿Qué le parece?

Que estamos en Alemania, y señalo el letrero.

¿De verdad va a fiarse de lo que pone ahí?

Supongo que podríamos estar en cualquier plató televisivo. Al bajar compruebo que me han puesto unos bochornosos pantalones de campana y una camisa de color melocotón con el cuello en pico. Parezco un hippie camino de una entrevista de trabajo.

¿Qué habéis hecho con mi pelo?, digo al ver mi reflejo en el surtidor. Parezco...

Fue idea mía, le quita unos años...

¿De rojo?

¿Tiene algo en contra?

No, es que..., bueno, una amiga me dijo hace poco que... Da igual, supongo que debería haber leído esa parte del contrato, ¿no?

No sea gruñón. Está muy guapo.

Detrás de la gasolinera hay un taller y una cafetería. Al abrirse la puerta sale un tipo con sobrepeso y un mono marrón que inmediatamente reconoce a Chloé.

Qué tal, preciosa.

Bien.

Le contaba a Gerda que no habías venido hoy.

¿Qué tal está ella?

Gruñona como una mula. ¿Te lo lleno?

Tenemos que llegar arriba.

¿Y él?, dice reparando en mí, ¿no es demasiado mayor para ti?

Ya sabes que solo me gustas tú, Heine.

Cariño, Gerda no entendería lo nuestro.

¡Nos mataría!

No te preocupes, de ella me encargo yo. Cuando te marches, pasa por aquí y nos largamos al fin del mundo.

Me temo que llegan tormentas para la semana que viene.

Y fuertes. Eso dicen.

Cuando miro al cielo lo veo diáfano y sin una sola nube. ¿De verdad quieren hacerme creer que este tipo cubierto de grasa y sin afeitar, que ironiza sobre el carácter de su esposa y flirtea con una muchacha de la edad de su hija, es un autómata?

¿Le pasa algo, amigo?

Viene de Extensión Rural, dice Chloé.

Ya veo..., uno de ciudad.

Este año hemos programado unas conferencias.

¿En serio?

Heine...

Entonces, ¿no tendremos mercadillo medieval?

Después de lo de las niñas, no parece lo más adecuado.

Amigo, no es nada personal, pero aquí funciona mejor el asado de cordero y el vino de mesa. ¿Le has dado a probar nuestro vino?

Todavía no. Anda, díselo a Gerda.

¿El qué?

A tu mujer le gustará venir a las charlas.

Allí la tendrá, amigo, las tendrá a todas. Quédeselas. Yo me conformo con Chloé. Sus amigos son mis amigos, dice limpiándose en el mono y tendiéndome la mano, ¿no dice nada?, ¿le pasa algo a tu amigo?, ¿está...?

... mareado. El viaje es largo.

¿Desde Mannheim?

El profesor viene de Madrid.

Una vez estuve en Benidorm. ¿Ha estado en Benidorm? Parece que haya visto un fantasma, amigo.

Vamos a hacernos una fotografía, dice Chloé. Heine, ¿te importaría? Es para la revista.

Claro que no, cielo.

Chloé saca del asiento trasero una vieja Instamatic con montura varifocal. Monica tenía una de esas sobre el armario, decía que era mágica y que si se revelaba usando haluro de plata podía llegar a verse la aureola de las almas. Sin embargo, estoy convencido de que por dentro esa Instamatic es un sofisticado sistema para burlar los inhibidores de lo que Chloé ha llamado la zona de exclusión.

Por Dios, disimule.

Pero él es un...

Nos está viendo medio mundo.

Es un...

Heine mira hacia arriba como si fuera a descargar una tormenta y, sin soltar la manguera del combustible, pulsa con la mano libre el disparador.

Clic.

Minutos después veo a una niña que juega junto al taller. Lleva una caperuza roja deshilachada y se entretiene con lo que parece un hormiguero. Con una ramita destroza el pequeño cráter y los insectos corren despavoridos en todas direcciones. Solo entonces entiendo que no es una niña normal, sino que padece algún tipo de retraso. Camina sobre las manos, con las nalgas en alto y como olfateando el suelo. Una cadena la mantiene atada a un canalón y, cuando se gira para sonreírme, veo sus encías amarillas y sus dientes pequeños y triangulares.

¡Qué diablos!

Es la hija de Heine.

¿Heine puede tener hijos?

En realidad es la hija de Heine y Gerda. Acostúmbrese a verlo así.

¿Sus androides han creado un robot deficiente?

Nadie ha dicho que sea un robot.

Entonces, si es humana, ¿cómo es que dejan que la traten así...? ¡Es abyecto! ¿No ve esa cadena?

Lo decidieron sus padres.

¿Y no hacéis nada?

No podemos inferir en sus decisiones.

Ser humano significa ser compasivo.

No sea iluso.

Ni usted cínica.

Mire, la corrección política no le va a llevar muy lejos aquí dentro, pero tampoco ahí afuera... No son mundos tan diferentes, por más que se empeñe, la maldad es una convención humana.

Las pantorrillas de esa niña están cubiertas de mugre y costras. Trato de acercarme para verla, pero Chloé me advierte:

No se lo recomiendo.

¿Es peligrosa?

Venga conmigo.

La cafetería familiar es un local estrecho que más bien recuerda a una tasca de cazadores. Del empanelado de las paredes cuelgan cabezas de animales. No hay astas ni cornamentas, pero sí algo que parecen ovejas con la cabeza rizada y las encías retraídas. El polvo se ha ido decantando sobre ellas y el pelo, apelmazado y de color grafito, parece pegado con cola. Nunca pensé que las ovejas o los corderos, habitualmente mansos y sumisos, pudieran ser trofeos de caza. Media docena de ellos nos observan con sus ojos de cristal negro desde las estanterías. La caja registradora es una de esas antiguallas mecánicas de bronce mecanizado. También hay moscas, docenas de moscas sobrevolando la fresquera y la barra. Nos sentamos al fondo, cerca de la máquina dispensadora de tabaco. Me hace gracia pensar que esa góndola, y millones como esa, desaparecerán dentro de unas décadas cuando Philip Morris sea condenada por el Tribunal Supremo de Florida a pagar una indemnización de más de veinticuatro mil millones de dólares a la sanidad norteamericana.

¿En qué piensa?

En todo esto. Este lugar. No han olvidado ningún detalle.

Hola, querida, dice la camarera, ¿no te habrá molestado el grandullón?

Para nada, Gerda.

¡En realidad es inofensivo! Es por la gota, no le deja dormir y luego está insoportable.

¿Y tu hija?

Ella es la única feliz de este lugar.

De repente, como si no hubiera reparado en mí hasta el momento, dice:

Y tú, cariño, ¿de qué me suena tu cara?

A ver si lo adivinas.

Desde luego no es de aquí.

Muy perspicaz.

¿Cantante?

Frío, frío.

¿No es usted el antropólogo que sale en televisión? Elsa dirige su club de fans...

Sonrío. Hace años, casi siglos, que no me reconocían, pero me sorprende que lo haga ahora una camarera rural de casi cien kilos. Miro a Chloé y Chloé se encoge de hombros.

Aquí es usted una institución.

¿Lo soy?

¡Qué modesto! ¿Por qué no iba a serlo?

¿Qué quiere decir?

Gerda, por favor...

Lo que más me choca de esta situación es que Chloé no se refiera a ellos por su número de serie o su modelo de procesador, que no se llamen Geminoid o Repliee o Actroid, sino Gerda o Heine y sean un matrimonio de cincuentones chistosos que regenta una cafetería de pueblo sin clientes. Quizá ambos sean lo que Keitel había llamado intrusos, tipos como Chloé y como yo. Eso tendría sentido. Que hubieran optado por dar una primera impresión errónea para condicionar lo que veré a continuación, para que baje las defensas.

No entiendo nada, dice Gerda.

¿Cómo?

Recuerdo haber leído su folleto, pero no entiendo nada de lo que dice. Quizá es que soy muy tonta. Heine dice que lo soy..., ¡qué más da lo que diga ese gordo! Dígame, ¿de qué va a hablarnos?

De antropología, supongo, de antropología social.

Pero ¿de qué?

Lo pasaréis bien, dice Chloé, no presiones al profesor.

¿Bien?

Eso está garantizado, ¿verdad?

Yo no pondría la mano en el fuego.

¿Cómo?

De repente Gerda se ha quedado paralizada, como si no supiera cómo reaccionar a lo que acabo de decir y ese silencio en el que no sabemos cómo actuar se vuelve embarazoso.

¿Qué le ocurre?

Es una suspensión.

¿Una qué?

No es frecuente, pero a veces ocurre..., casi siempre al principio, cuando los reini...

Antes de que pueda replicar, Gerda ya está hablando:

... nuestro pequeño pueblo le gustará, dice, ¿qué va a tomar?

Té.

Aquí no tenemos té, pero la tarta de manzana está recién hecha.

En la fresquera veo un engrudo que tiene un aspecto espantoso, amarillento y crudo, casi puedo ver la yema fluyendo y los bacilos multiplicándose exponencialmente entre los pedazos de manzana glaseada. Una de esas moscas se detiene sobre la nariz de Gerda y ella no la espanta, todo lo contrario, el insecto avanza con sus diminutas patas hacia la comisura de sus labios y al llegar a esa parte se introduce en su boca y se pierde en el interior.

¿Le pasa algo a tu amigo?

A mí ponme un trozo, dice Chloé, un buen trozo.

¿Y usted?

No, muchas gracias.

Venga, dice Chloé, no hay otro pastel igual en kilómetros a la redonda.

Pero ya es demasiado tarde. Gerda se aleja exteriorizando un enfado que no se preocupa en disimular.

¡Cómo se te ocurre!, dice Chloé.

La carretera forestal pasa a unos metros de la ventana, pero no se oyen otros autos y la sensación es la de que este lugar lleva siglos abandonado, cubierto de un polvo milenario que se ha decantado sobre cada centímetro de materia. Heine ha terminado de llenar el depósito del Taunus y un lebrel de rabo largo gira a su alrededor siguiéndole a todas partes. Durante un segundo pienso que esa inquietud del animal se debe no a la relación de cercanía entre un dueño y su mascota, sino al hecho de que sospecha que su propietario no es humano. Jamás imaginé que los animales pudieran usarse para diferenciarnos de un puñado de chatarra.

¿Por qué aquí?, le pregunto a Chloé.

Porque es el último rincón del mundo sin wifi.

¿Bromea?

Por supuesto.

Cuando Gerda regresa, lo hace con una jarra de café y dos porciones de tarta. Al agacharse veo que en el cuello tiene una mancha de queratosis. Durante un instante me descubro buscando en su espalda algún bulto, un slot en el que conectar la batería de grafeno, un interruptor por mínimo que sea que permita encenderla y apagarla, pero sé que es ridículo, que estos modelos deben utilizar algún tipo de biotecnología. Chloé parece leer mis pensamientos y sonríe casi con ternura, orgullosa de mi candidez. El interior de su pastel está crudo y la miga tiene un color alimonado. A ella no parece importarle.

¿Eso ha pasado un control sanitario?

Estoy segura de que le va a encantar nuestro pueblo.

Mentiría si dijera que no.

Gerda empieza a servir el café. Una vez leí que ese gesto puede llegar a movilizar más de doscientos músculos simultáneamente —lo que traducido a electrónica son miles de controladores PLC y PAC—, y sin embargo Gerda sirve el café como cualquier otra camarera del mundo. De repente pierdo el miedo, me puede la curiosidad.

No pasa mucha gente por aquí, ¿verdad?

Antes sí, pero luego llegaron *esos*.

¿Esos?

Gerda no repara en que el café está a punto de rebosar.

Los del horno, dice señalando el otro lado de la carretera.

Creí que era una granja, que hacían aguardiente...

¿Quién le ha dicho eso?

El café llena el vaso y chorrea por los costados avanzando por el hule hacia el borde de la mesa.

¡Qué desastre!

Se marcha a por una bayeta y Chloé me dice:

Tiene mal color.

¿La tarta?

No, usted.

Gerda sigue ocupada detrás de la barra. De repente, por la carretera baja una de esas pickups en cuya trasera viajan cuatro hombres que, al detenerse, saltan al suelo. Parecen cazadores y van armados. Los vemos perderse en la zona del garaje. Algo está pasando porque Chloé abandona su habitual gesto de seguridad y frunce el ceño.

¿Ocurre algo?

Deberíamos marcharnos.

¿Qué es lo que no quiere que vea?

Nos esperan allí arriba.

No tendrá inconveniente en que vaya al aseo.

¿Debería? Vaya, hombre, vaya.

Escuchamos el arrastre de una cadena y de repente la niña está ahí, al otro lado de la ventana, con su vestido rojo. Lleva un pecho al descubierto y la cara interior del muslo cubierta de sangre. Nos muestra las muñecas en carne viva y los restos del grillete del que cuelgan dos o tres eslabones de la cadena.

Qué diablos. ¿Cómo ha podido soltarse?

Veo la preocupación reflejada en el rostro de Chloé.

De repente la niña repara en mí y sus ojos se abren de modo desmesurado. ¿Qué es exactamente lo que ha visto? Si no fuera porque es imposible, pensaría que me ha reconocido. Pongo mi mano en el cristal y ella acerca la suya al otro lado, pero ve algo —alguien que la persigue o la perseguía— y sale corriendo despavorida, las piernas en ángulo, la cabeza casi en contacto con la carretera. Inmediatamente vemos al grandullón del peto corriendo detrás de ella y por un segundo pienso que disparará, que si carece de escrúpulos para tenerla encadenada, tampoco los tendrá para acabar con su vida.

¿A qué espera?

¿Debo esperar algo más?

¿No tenía que ir al baño?

Sí, claro, pero esto se ha vuelto repentinamente más

interesante.

¿Puedo dejarle ir solo?

¿Qué quiere decir?

¿Puedo confiar en usted?

Hay un contrato, ¿no?, no es una cuestión de confianza.

Supongo que sí. Dese prisa.

El baño está al otro lado de una pila de cajas vacías. Sé que acabo de asistir a algo importante, aunque no sepa bien quién es esa niña, ni a quién buscaban los cazadores. Este baño nadie lo ha limpiado en décadas. En un letrero alguien ha escrito CUIDADO CON LAS RATAS y después, con rotulador rojo, ha subrayado JUDENSCHWEIN, que es la palabra que usaban los antisemitas para referirse despectivamente a los judíos alemanes. El espejo está roto y una fisura atraviesa el centro de mi rostro. La sensación no es la de haber traspasado una barrera espacial, sino la de haber viajado en el tiempo. Entro en una de las cabinas y cierro la puerta. El extractor comienza a funcionar y escucho un ruido —¿una voz?— como si hubiera alguien en el respiradero.

Un rumor.

¿Quién hay ahí?, pregunto.

Pienso que quizá es la niña.

No, parece una voz de hombre.

¿Oiga? ¿Oiga? ¿Hay alguien ahí?

Pero cuando me asomo a la ventilación solo veo a esos cazadores que han formado un corrillo en el aparcamiento. Uno de ellos termina de fumar y echa la colilla al suelo. Es casi un gigante. Recuerdo que le he visto en algún lado, hace poco, sí, ha sido en las fotografías que usé en Ámsterdam para la conferencia sobre la singularidad, la misma mirada, las cejas hirsutas y el mentón pronunciado, incluso el mismo chaleco y el mismo pantalón de pana inglés, sí, es él, el tipo que llevó la investigación de las niñas del Bahnstadt, el teniente o capitán o lo que sea: Simon Gehlker se llamaba.

19

Eva sabe que el teniente solo quiere contrastar lo que han dicho los otros padres y comprobar que, después del espectáculo del otro día, no ha hecho ninguna locura. Abre la puerta muy despacio. Ni siquiera le ha dado tiempo de vestirse y se ajusta el cinturón del albornoz ante la mirada de Simon.

¿Me invitas a un vaso de agua?

¿Agua?

Venga, solo será un momento.

Estás en tu casa, le dice, iba a preparar un té.

Simon la sigue hasta la cocina y se apoya en la encimera mientras ella enciende la tetera eléctrica y coloca un par de tazas.

Quería preguntarte algo.

Sospecho que no has subido hasta aquí para pedirme un vaso de agua.

¿Ha ocurrido algo? Quiero decir, en estas últimas horas, desde la última vez que hablamos, algo que pueda sernos útil.

¿A qué te refieres?

Nos dejaste preocupada el domingo.

Solo... estaba... confundida.

¿Por qué no la reconociste?

Había poca luz en ese jardín. ¿La habrías reconocido tú si fuera tu hija? ¡Por Dios! Está claro que debía estar equivocada.

Eva, ¿cuánto hace que nos conocemos?

No sé, mucho.

Entonces, ¿por qué tengo la sensación de que nos mientes?

Simon siempre le ha parecido un tipo complejo y peligroso. Le gusta aparentar que es un cretino, pero no lo es en absoluto. Sabe algo sobre su hija, algo que ha averiguado y por eso está aquí. Eva no cree en fantasmas, tampoco es supersticiosa, pero se pregunta

qué diría Simon si le contara que su hija, o una forma de energía que la imita, ronda la casa. La tomaría por loca. Y con razón. Sabe que no puede explicarle lo inexplicable, que la vio ayer en el columpio, que las bombillas del jardín se encienden y se apagan, que hace solo unos minutos, antes de que él llegara, la ha escuchado arriba —en realidad, lo que ha escuchado era su violín y esas notas que ensayó la semana antes de su muerte— y al abrir la puerta se ha quedado helada al ver las huellas de sus dedos impresas en el vaho del espejo de la cómoda. Eso es lo que está pasando. Algo que no tiene explicación. ¿Y si no está tan loca? ¿Y si Ofelia ha resucitado o, para ser más exactos, nunca llegó a morir? No tiene ninguna teoría al respecto, nada sólido, solo necesita tiempo para obtener respuestas, pero los tipos como Simon no conceden treguas. Eva abre la tapa de la tetera y comprueba que, al fondo, envolviendo el metal encarnado, hay miles de diminutas burbujas que rompen a hervir. Cuando se da la vuelta, comprueba que Simon la mira porque el albornoz, de raso con reflejos encarnados, reproduce su contorno como una segunda piel. Sabe lo que opinan de ella en el pueblo y lo que eso produce en el temperamento de algunos hombres como Simon.

Veo que has estado haciendo limpieza.

En algo tengo que entretenerme.

¿Has cambiado las cosas de sitio?

Es por la plaga.

¿La plaga? ¿Otra vez?

Mañana vienen los fumigadores.

A ver si hay suerte.

Durante un segundo se siente tentada de decirle que ayer vio a la niña, que cuando salió al jardín gritando su nombre ella se había desvanecido, aunque, en el barro, seguían las huellas de sus deportivas que se dirigían al arroyo.

¿Sabes? Es normal que la eches de menos.

Por qué no dejas de dar rodeos.

La señora Schäfer te ha visto..., dice que ves a tu hija, que gritas su nombre. Dice otras cosas...

¡Esa chistosa!

No es Ofelia, Eva, quiero que sepas que eso que ves es solo la parte de tu hija de la que no has podido despedirte.

Simon, ¿a qué has venido?

He hablado con los otros padres. Todos coinciden en algunas cosas, lo de la menstruación, el comportamiento grupal...

Simon, ¿por qué no vas al grano?

¿Ensayaba?

¿Para eso has venido? Para preguntarme si tocaba el violín.

Los otros padres dicen que había algo... malo en esa pieza.

No entiendo qué puede haber de malo...

¿Estaba obsesionada?

¿Quién?

Tu hija.

Mi hija no era especialmente virtuosa.

¿Qué quieres decir?

Que tenía que ensayar mucho para obtener el mismo resultado que las otras...

Pero era cierto que Ofelia se había pasado la última semana arriba, encerrada, cuanto más repetía esas notas, peor era el resultado y mayor su empeño por querer lograrlo. Una noche, al subirle la cena, estaba tan concentrada que ni siquiera la oyó. Estaba sentada frente a la pared con la espalda muy recta. Era una pieza muy rápida, casi chirriante, que obligaba a Ofelia a cambiar el ángulo de envestida del arco cada vez, mientras sus manos recorrían el diapasón a velocidad de vértigo. Ahora recordaba que le pareció increíble ver a su hija tocar así, pero no le dio importancia. Había dejado la cena sobre la cama y se había marchado. Cuando entró al día siguiente, Ofelia ni siquiera la había tocado.

Pero sí, dice ahora, es posible que se lo tomara demasiado en serio...

¿Y dirías que hay algo peligroso en esa pieza?

¿En qué sentido?

En el único posible.

Solo era una pieza difícil.

¿Y cómo explicas que Bertram diga que su hermana, que

jamás había pisado una iglesia, fuera todos los días?

Deberías preguntarle al reverendo. Sois muy amigos, ¿verdad?

Ofelia..., ¿rezaba?

Te pierdo, Simon.

¿Qué me dices de los trinos?

¿Qué trinos?

He estado leyendo. Se producen al alternar rápidamente tres notas separadas por un semitono... Y si esas tres notas se tocan correctamente... surge una cuarta nota.

¿Una cuarta nota?

Un sonido que no existe en el pentagrama y que solo tiene sentido para el que escucha.

¿De qué va todo esto?

¡Es el sonido de Tartini! Tres violines. ¿No te dice nada eso? ¿Tres niñas y tres notas para provocar una cuarta?

Solo es una partitura.

¡Annie! ¿No te dice nada? ¿Sabías que El Movimiento de Restauración denunciado por Alfons Strodt, capitular de la diócesis de Osnabrück, utiliza la versión de Fritz Kreisler de esta pieza para sus sacrificios?

¿Qué sacrificios?

Niños, niñas en realidad... Vírgenes.

¡Por Dios, Simon! Pensé que la policía solo trabajaba con indicios. De verdad crees que si estuvieran entre nosotros..., ¿cómo los has llamado? Si esos adoradores de Satán estuvieran aquí..., ¿no los veríamos?

El mal está presente.

Y cuándo no.

La idea del mal. Quiero decir, escúchame, los padres de Lorita fumaban marihuana delante de ella...

¿Marihuana?

Incluso Dorren Schäfer vio a Martha desnuda en su jardín.

No crea todo lo que le cuenta esa mujer.

Y los Leysering, ¿acaso él no es rabino?

¿Y qué?

Siempre celebrando el Año Nuevo de los Árboles y el Día de

la Independencia del Estado de Israel y cosas así. ¿Los ha visto alguna vez en la iglesia?

Tampoco te he visto a ti en una sinagoga.

Muy graciosa.

¿Y qué parte me toca a mí?

Ya sabes...

No, no sé.

Su padre.

¿Qué pasa con Jurriaan?

Le gustaban los hombres, ¿no? Y bebía.

No me lo puedo creer.

Y tampoco se puede decir que tú hayas tenido una vida ejemplar.

¿Y cómo debería haberme comportado?

Nadie te culpa, pero te han visto un sábado sí y otro también en el bar del hotel... a las..., bueno, ya sabes..., no era una hora muy..., y había hombres contigo...

¿Sabes lo que te digo, Simon Gehlker? ¡Que sois todos unos mierdas!

Solo digo que esas tres niñas eran presas fáciles.

¿Te refieres al Diablo de verdad? ¡Tráeme una prueba! Tráeme un trozo de cuerno, un solo pelo suyo y te creeré. Pero no te presentes en mi casa para decir que mi hija ha muerto porque su padre era homosexual y yo..., ¿cómo has dicho? ¿Que soy una zorra?

Tú no tienes la culpa.

¿Y quién la tiene?

Schulz. Immanuel Schulz.

Imagino que tienes alguna prueba de lo que dices.

Explícame por qué ha desaparecido, por qué nadie sabe dónde está desde que las niñas aparecieron muertas.

¿De verdad hace falta que te lo explique?

Por favor.

¿Ibais a darle alguna oportunidad?

Solo quería saber eso.

¿El qué?

Si te ha contactado.

¿Bromeas? No veo por qué tendría que hacerlo.

¿Cuándo fue la última vez que viste al profesor de las niñas?

Hace dos semanas..., creo. Le encontré paseando cerca de la fábrica de papel..., ¿contento?

Simon saca un folleto de su bolsillo y se lo entrega. En la parte delantera lee algunas frases al azar: ¿HA PENSADO ALGUNA VEZ QUE USTED NO ES ALGUIEN REAL? ¿QUE SU VIDA ESTÁ EN OTRA PARTE?

Cuando levanta el rostro, Simon la está mirando.

Y esto, ¿qué es?

Comienza mañana. Se me ocurrió, por si quieres ir...

Un charlatán.

No es un charlatán, es un antropólogo.

Parece un cura.

Quizá no sea tan diferente.

¿Tú crees? ¿Y por qué iba a interesarme a mí lo que diga un antropólogo?

Mi mujer dice que es bueno. Muy bueno. Tiene un programa de televisión, te vendrá bien salir, airearte, pensar en otra cosa.

Eva dobla el folleto. Primero utiliza las dobleces marcadas, pero cuando se acaban, vuelve a doblarlo en dos y después en cuatro y finalmente en dieciséis hasta que se convierte no en un plano, sino en un paralelepípedo sin esquinas. Solo entonces lo deja sobre la encimera y se da cuenta de que Simon le está mirando las piernas. Si no convence al teniente de que está bien, no la dejará en paz.

Está bien, iré.

¿Bien?

Digo que iré a ver a ese charlatán.

20

Me pregunto qué hace en mitad del bosque una rotonda. En realidad no es una rotonda, sino un macizo que nos obliga a girar media vuelta completa. No le habría dado ninguna importancia si no hubiéramos encontrado a continuación, a apenas unos cincuenta metros, una segunda, y una tercera, todas idénticas pero ninguna igual, sus diámetros varían y no son exactamente circulares, sino ovales o casi elípticas, tampoco hay balizas o indicaciones para las salidas, pero Chloé, que parece haberle pillado el tranquillo al Taunus, las conoce de memoria. Nos deslizamos por la ladera norte con suavidad. Desde hace kilómetros atravesamos la misma masa abigarrada de verdes y ocres, de piedras cubiertas de mantillo y de postes engullidos hasta media altura por las zarzas; escuchamos el murmullo del mismo arroyo y los trinos idénticos del mismo pájaro, el resplandor anaranjado colándose entre las ramas de las píceas. Sospecho que se trata de algún sistema defensivo, algo similar a lo que usaban los pueblos micénicos para defenderse de los tracios. Sus ciudades estaban rodeadas de sencillos laberintos inexpugnables, cárcavas y galerías cuya única peculiaridad es que eran idénticas, indiferenciables. En la tumba Heta, por ejemplo, se encontraron un centenar de vasijas de cerámica roja. No solo eran iguales, sino idénticas, habían copiado no solo la forma y el tono de la tintura de hierro, sino también los errores, la fisura, el golpe cerca del borde del ánfora, y luego las habían ubicado en las cámaras junto a las puertas siguiendo el mismo patrón. Y no solo las vasijas, sino también las inscripciones de las cámaras, las huellas en la arena, la disposición de los sillares...

¿De qué se ríe?

¿Ha leído la *Divina comedia?*

Me temo que no. ¿También se ligaba hace años con ella?

Usted me recuerda a Virgilio.

¿A quién...?

Lasciate ogni speranza, voi ch'entrate...

Eso sí lo he entendido.

¿Qué es eso?, pregunto de repente.

¿El qué?

Esa... hendidura, al borde del camino.

Serán las lluvias.

No son las lluvias.

¿Una serpiente?

¿Podría detener el coche?

Llegamos tarde.

Pero sé por qué no quiere que nos paremos. Se trata de una rendija perfecta trazada al borde del camino, una junta tórica que, según sospecho, permite el giro de esta rotonda. Así que se trata de un laberinto de movimiento condicionado, es decir, un laberinto capaz de cambiar de forma, de girar sobre sí mismo. Si esto es así, cada rotonda sería una especie de engranaje como ocurre con las pasarelas de Adrian Fisher. Encontrar el camino hasta al valle sería como teclear una contraseña, la probabilidad de acertar habría que multiplicarla por la probabilidad de acertar con las anteriores, es decir, por lo que llevamos recorrido, algo imposible. Imagino el bosque cerrándose detrás de nosotros, cambiando el cauce del arroyo, la ubicación del puente, girando sobre sus ejes para replantear la topografía de cada camino. De repente, el bosque se abre y deja paso a una pradera de helechos cuyos esquejes, gigantescos y de forma helicoidal, invaden la carretera. Es como si hiciera siglos que nadie ha pasado por este lugar. Chloé detiene el coche en una especie de otero desde el que se divisa la amplitud de valle y el semicírculo de roca bajo el que observamos una acumulación de tejados de pizarra.

Eso de ahí es la colonia.

Unos pájaros negros y prehistóricos sobrevuelan el valle y sus graznidos, amplificados por la pared de basalto, devuelven una imagen estancada en el tiempo. Me pregunto si esas montañas son

montañas, es decir, si son pedazos de corteza plegada o solo volúmenes hiperreales saturados de color. El nivel de detalle es sorprendente, el olor a resina, la humedad de la hojarasca, la brisa que viene de la ladera. Me arrodillo y tomo un puñado de hojas secas y las dejo caer sobre un hormiguero y observo cómo cientos de cabezas rojas suben despavoridas hacia mis deportivas.

Es increíble.

¿Qué es increíble?

Todo esto.

Venga, vamos a hacernos una fotografía.

¿Otra?

Para nuestros seguidores. Después de esto, va a ser el antropólogo más mediático del mundo.

En el ensanchamiento del arcén hay un letrero semioculto por los helechos. Debe de llevar tiempo en ese lugar porque el sol ha cuarteado el esmalte, pero aún puede leerse:

BIE NID A BAH STA T

y justo debajo una especie de escudo heráldico: un cordero alzado sobre sus patas traseras y el lema A MITAD DEL C MINO DE LA VI A.

Chloé saca la Instamatic.

Sonría.

Sonrío.

No puede salir tan serio.

21

Eva desplaza el taquillón y enrolla la alfombra para apartar el televisor. Coloca dos lámparas de pie enfocando al suelo y luego se arrodilla. Gracias a una lupa de aumento puede ver cada veta de la madera, cada nudo, incluso cada clavo. Sobre un pedazo del folleto que le dio Simon, y que ella rompió nada más marcharse, distingue los primeros tres o cuatro puntos blancos. El más grueso está entre las palabras *hombre* y *existencia*. Con la yema del índice toca el exoesqueleto escamoso y tiene la sensación de que, aunque está muerto, sigue vivo. Lo parte con la uña y el bicho produce un chasquido igual al de aquellos piojos que sacaba de la melena de su hija cuando solo tenía siete años. Dejaban una mancha vinosa cuando los aplastaba sobre la superficie del espejo. Junto a la mecedora hay otros tres. Estos sí se mueven. A través de la lupa puede ver las espiras anilladas dentro del envoltorio cartilaginoso, la gran boca sin dientes y los ojos como dos perdigones ciegos. A pesar de ser repugnantes no puede apartar la mirada de ellos. Los fumigadores aún tardarán dos horas. La última vez que estuvieron en casa les preguntó, pero no supieron decirle qué eran. Eva sabe que los ejemplares adultos son negros, casi de color ceniza, que pueden alcanzar casi un centímetro en la flecha y que es entonces cuando su caparazón se abre y aparece una polilla gris cubierta de una pubescencia blancuzca, incluso pueden volar, las ha visto a cientos, alrededor de la lámpara, posados sobre el resplandor crepuscular de la tele. Son tan asquerosos que le recuerdan a esos bichos que colonizan los cadáveres y depositan sus huevos en las partes blandas. Piensa en su hija y en su cuerpecito y en las larvas entrando por las fosas nasales, reproduciéndose exponencialmente en su interior, incluso si acerca el oído a la tarima puede escuchar sus mandíbulas debilitando los rastreles de la madera. Lo único que

puede acabar con ellas es el zipo. Los fumigadores dicen que es un compuesto a base de cipermetrina que les provocará una muerte lenta. Eva se levanta y mira por la ventana. No distingue una sola nube. Es entonces cuando escucha los pasos. Conoce esas deportivas, sabe que está en la cocina, pero, con la misma certeza, sospecha que cuando llegue al final del pasillo ella ya se habrá desvanecido. En el suelo culebrean cientos de larvas que no estaban ahí hace un segundo, y al dar un paso, escucha un crujido como a frutos secos bajo su zapato. La puerta de la cocina está entreabierta y el viento la hace golpear. Respira aliviada. Es solo eso. Da un paso atrás y se golpea con la repisa. La fotografía cae al suelo y el cristal del marco se rompe en cuatro pedazos idénticos, no parecidos, sino simétricamente iguales.

¿Cuál es la probabilidad de que eso ocurra?

Ninguna.

Eva recoge la fotografía y se reconoce a sí misma bastante más joven, seis, siete años atrás —parece una eternidad— en algún país extranjero o de vacaciones. Con ella hay una niña con las orejas de soplillo y el bañador azul. No sabe quién es, aunque todo indica que no puede ser otra que Ofelia. A esa edad, se dice, cambian a una velocidad de vértigo. Sabe que eso es imposible, que nadie, y mucho menos una madre, olvida a su hija en tres días. Quizá es su mente, quizá ha desarrollado un sistema de protección contra el dolor, un bloqueo de su memoria que le permite negar la realidad, quién sabe. Cierra los ojos. Lo más angustioso, lo que de verdad le produce vértigo, es que tampoco es capaz de recordarla, ¿cómo era su voz?, ¿a qué olía su pijama?, ¿qué música le gustaba?, ese tipo de cosas. Mira otra fotografía. En esta ella aparece en un parque de atracciones con una niña y un hombre al que tampoco reconoce. Alrededor de sus pies, se han acumulado miles de diminutas larvas que cubren sus zapatillas. Sabe que solo están en su imaginación. Si hiciera una fotografía y pudiera revelarla, en vez de esos gusanos, vería las tablas de madera impolutas. ¿Y si alguien ha puesto todas esas fotografías sobre la repisa para confundirla?, ¿para acabar con lo poco que le queda? Y si de verdad esa hija no es su hija y ella nunca estuvo casada con

Jurriaan. Y si alguien le ha implantado los recuerdos de otra persona. El mismo bromista que ha decorado el cuarto de su hija con peluches y le ha hecho creer que tuvo una hija adolescente a la que le dio por tocar el violín.

Sale a la calle.

Necesita respirar.

Se da cuenta de que lleva la fotografía de Ofelia en la mano.

Incluso en el jardín puede escuchar la carcoma royendo las vigas y las tablas de la casa, ¿es eso posible? Juraría... Eva se da cuenta de que, lo que devoran no es la casa, ni los rodapiés, sino la realidad en sí misma y el andamiaje que la sustenta. Desde el jardín ve a Sibylle. Su vecina mira hacia otra parte. Nadie se lleva bien con ella porque es judía e inteligente y ella y su hermana tienen la mejor mansión del valle.

Por favor, la increpa desde el otro lado del seto, ¿quién es ella?

¿Ella?

La de la foto, dice mostrándola.

Eva, ¿qué te pasa?

¿Es mi... ella?

¿Quién va a ser?

¿Mi hija?

Claro que es ella. Ofelia.

¿Cómo puedes saberlo?

Durante años le di clases de matemáticas. ¿No lo recuerdas?, ¿qué te sucede?, ¿podemos hacer algo por ti?

Pero Eva la deja con la palabra en la boca y entra en la lavandería. La madre de Lorita también ha perdido a su hija y debe de sentirse como ella. Se pregunta si también tendrá alucinaciones y escuchará el rumor de esos insectos por todas partes, si se habrá olvidado también del rostro de su hija. El interior del local huele a detergente y vapor de amoniaco. A pesar de los tambores de las lavadoras, Eva sigue escuchando las larvas devorando el subsuelo de este maldito lugar. Martha la saluda con la mano desde el mostrador donde vende las fichas. Además de ella solo hay otra clienta que la mira de arriba abajo. Sabe que no se ha duchado y

va en camisón y tiene el aspecto de una lunática, pero nada de eso importa: le enseña la fotografía.

Dime quién es.

Martha se encoge de hombros.

Cómo que quién es.

¿Tú también?

También, ¿qué?

Ella..., mi hija.

¿Qué le pasa?

No puedo recordarla.

¿No puedes?

¿Quién olvida a su hija? Dime, ¿quién la olvida?

Solo estás triste.

¿Cómo era?

¿Quién?

Mi hija, cómo era.

Eva, ¿qué demonios te sucede?

Solo dime...

A ella no le gusta verte así.

¿Cómo?

Vístete, vas descalza. Pareces...

¿Por qué has hablado de ella en presente?

¿De quién?

De mi hija.

No sé, está aquí, entre nosotros, ¿no es así? ¿No es eso lo que dice el reverendo? Vamos, te están mirando.

Pero Eva ya ha salido y escucha tras de sí la campanilla del carrillón y el golpe seco de la puerta al cerrarse. Se detiene en el borde de la calle, justo frente al parque congregacional.

Qué va a hacer ahora.

Recuerda su nombre, al menos recuerda el nombre de su hija, ¿por cuánto tiempo?, dónde estuvieron de vacaciones el último año, qué le gustaba hacer en su tiempo libre... Eso sí lo recuerda. Por qué solo recuerda datos y no sensaciones. De repente, por la calle principal, aparece un coche de color tabaco cubierto de polvo. Lo conduce una chica joven. Quizá no sea tan mala idea

terminar con todo. Se lleva las manos a los oídos. Los insectos devoran a su hija y la convierten en polvo y nada. Solo desea que cese el murmullo, el dolor, que regrese su hija y tener la posibilidad de despedirse de ella, de decirle mamá te quiere, te va a querer siempre. Qué fácil sería estar loca y dar un paso adelante, hacerlo justo ahora que el coche ya no tendrá tiempo de frenar, sentir el golpe sordo, el impacto del radiador, algo que se rompe dentro y la suave oscuridad que sobreviene. Y cuando va a dar ese primer y último paso y su pie descalzo se tambalea sobre el asfalto, el Taunus pasa por delante. Apenas si tiene tiempo de fijarse en el hombre que va sentado detrás, un tipo con gafas que la mira con los ojos muy abiertos, sin parpadear, las manos como ventosas en el cristal. De repente recuerda dónde ha visto a ese hombre, sí, es el mismo que aparecía en el folleto que le entregó Simon, algo más mayor, claro, pero los mismos ojos cansados y expresivos. Y sin embargo... El coche deja atrás una tolvanera y se detiene más allá, entre los autos que están aparcados frente al Hotel Normandy.

22

Justo a la entrada de la colonia hay un puente medieval y sobre el pretil una docena de puestos de herramientas en los que venden tridentes, guadañas y, sobre todo, unas extrañas pajareras en las que podría caber un enano pequeño o un animal de tamaño medio. Los puestos del mercado están desatendidos y el pueblo parece deshabitado. Solo se escucha el motor del Taunus y el fluir del agua que discurre hacia las represas.

¿Dónde están todos?, le pregunto a Chloé.

El comité ha preparado una visita muy especial.

¿Qué comité?

El de bienvenida.

Todo esto ha tenido que costarles una fortuna: parece de verdad.

Es de verdad.

¿Me toma el pelo?

Quiero decir que este lugar existe.

Claro que existe, lo que quiero decir es que no es...

Sé lo que quiere decir..., pero este pueblo es una réplica de otro de verdad, usando su terminología.

¿Existe?

En alguna parte de los Sudetes... El puente romano lo trajimos piedra a piedra, el campanario, incluso el mercadillo...

Este pueblo es solo un duplicado de *ese* pueblo.

Le aseguro que puestos uno al lado del otro no distinguiría el original.

Es mera escenografía...

Había esperado encontrarme un parque temático y una docena de cafeteras con la cabeza de hojalata charlando sin demasiado sentido, pero lo cierto es que las estrechas fachadas,

encajadas como las piezas de una dentadura, no se parecían en absoluto a esos platós de cine construidos con armazones de madera y cartón piedra. Cada detalle de este lugar parece estudiado, las textura de la piedra, el revoco, incluso la viguería de madera tan típica de la arquitectura rural alemana. Deben de llevar años construyendo este lugar, incluso han usado barnices para envejecer la madera y darle ese aspecto que subraya el paso del tiempo, cada tornillo, cada herraje parece el original.

Quiero decir que no existe porque no tiene historia.

¿De verdad?, pregunta Chloé.

Ahora me dirá que tienen un pasado.

Usted es el antropólogo.

¿Y eso qué quiere decir?

No querría ser yo la que le explicara que la historia es un constructo cultural y que no tiene nada que ver con la verdad.

Veo que se ha preparado.

Lo intento.

No hacía demasiado yo mismo había colgado un vídeo sobre los llamados pueblos sin pasado. Debido a ese vídeo había sufrido todo tipo de ataques de quienes se sentían ofendidos porque su historia había sido ninguneada, Zhengzhou, Bayannao'er, ciudades dormitorio de China —más grandes que San Francisco y tan populosas como Los Ángeles— surgidas alrededor de la industria de los componentes tecnológicos en la última década. Esos enclaves, desabastecidos de cualquier seña identitaria, habían sufrido un proceso de colonización de base específicamente política que les había convertido en los bastiones más irreductibles del nacionalismo chino, evidenciando así que la historia era el relato de su tergiversación. Ese había sido el germen del movimiento ultranacionalista que había troceado Eurasia en la última década.

¿Y cómo funciona todo esto?

¿A qué se refiere?

Su belén... necesitará energía..., mucha energía.

Las montañas. En este lugar están acostumbrados al aislamiento. Un poco más arriba puede ver la central eléctrica...

¿Una central? ¿Aquí?

Bueno, es poco más que un salto de agua y una pequeña caldera de hulla... pero suficiente. No necesitan estación depuradora..., vivir aquí no es fácil.

¿Para sus robots?

Para nadie en general.

Al lado de la central, sobre la ladera de la montaña hay una especie de tanques oscuros y Chloé me aclara que son granjas de animales.

¿De qué?

Mañana lo sabrá, dice riendo, le va a sorprender. El comité quiere llevarle. Esas granjas son el orgullo de este lugar.

¿Comité? ¿Qué comité?

Vamos, nos esperan.

Pasamos junto al polideportivo y reconozco las cristaleras y la cubierta donde vi cómo se celebraba el velatorio por las niñas. Chloé parece divertida de poder enseñarme todo esto por primera vez.

En ese instituto, dice al pasar, dará sus conferencias.

No la escucho porque acabo de ver al primer colono del pueblo. En realidad, es una mujer —parece una mujer— que nos observa al borde de la carretera, justo delante de un pequeño parque. A pesar de la temperatura, va descalza y viste una especie de camisón desgarrado a la altura del hombro. Aprieta los puños y reconozco en ella la misma mirada de Monica el día del incidente de las lentejas. También ella llevaba un camisón, recuerdo, más claro, de color malva, pero también desgarrado en la zona del vientre. Conforme nos acercamos, giro el cuello para no perder la visual y ella hace lo mismo. Chloé me observa en silencio a través del retrovisor. Finalmente, la mujer se queda en el bordillo, inmóvil, como paralizada. Es como si también ella me hubiera reconocido a través del tiempo.

Muy ingenioso.

¿Qué quiere decir?

Ya sabe de qué le hablo.

No, no lo sé.

¿Y la ética?, ¿dónde dejan la ética?

Pero no responde porque en estos momentos aparcamos frente a un hotel, el Hotel Normandy. Es un edificio antiguo, decadente, de estilo georgiano con la cerrajería de hierro forjado. Nada más vernos, la banda musical empieza a interpretar una marcha militar. El tambor y los platillos van totalmente desacompasados. Las mujeres llevan en la mano inmensas ramas que agitan y que deben formar parte de algún tipo de ritual folclórico o religioso. Hay cien, quizá más.

¿Qué pasa aquí?

Llevan siglos esperándole.

¿A mí?

Usted es su salvador. ¿Está listo?

Pensé que el comité lo formarían una docena de sirvientes biónicos con librea, pero cuando Chloé apaga el motor, una encantadora niña de rasgos eslavos abre la puerta. Lleva una diadema de flores en la cabeza —eso que los ingleses llaman diadema de Alicia— y un dirndl regional de algodón verde. Me hace una pequeña reverencia y baja la cabeza. Detrás de la niña, llega otra mujer y saca un papel que desdobla y empieza a leer:

En nombre de los habitantes del valle es un honor darle la bienvenida. Su presencia, en estos tiempos de ferocidad, supone una gran alegría para todos. Solo desde la cultura una gran nación puede crecer y lograr el desarrollo de cada uno de sus individuos, es un valor urgente que no admite demora...

Miles de veces he escuchado ese tipo de discursos que, sin pudor, hacían gala de una portentosa hipocresía, pero escucharlo por primera vez de labios de una máquina me llena de estupor. Supongo que no es más que un refrito de cientos de discursos iguales, retazos ensamblados de soflamas y pregones políticos rescatados hoy para la ocasión. Miro a Chloé y ella se encoge de hombros.

Cuando termina de hablar le tiendo la mano. La mujer la mira con distancia, sin saber muy bien cómo reaccionar. Cuando por fin estrecho su mano, no está exactamente fría, pero sí algo húmeda.

Me llamo Elsa Gehlker..., y bueno, tengo... tengo el honor...

Eso ya lo ha dicho.

Pero nadie ríe, y la broma, que de repente parece un gesto descortés, queda suspendida en el aire.

No quería molestarla.

En absoluto... me encanta su programa..., tenía que, bueno..., quería decírselo.

Realmente está nerviosa y le cuesta articular lo que dice. Tardo en entender que se refiere a *Mundos y modos* y vuelvo a sentir esa forma de adulación que ya había olvidado. Otra de las mujeres se acerca con una estatuilla de bronce en la que reconozco el cordero erguido sobre sus patas traseras que vi en el escudo heráldico de la pedanía. Con la misma solemnidad, me hace entrega del obsequio que debe de pesar nueve o diez kilos y que apenas soy capaz de sostener en el regazo.

Necesito una ducha y deshacer las maletas, digo.

La mujer me mira con frialdad, desconcertada.

Sí, claro, por supuesto.

23

Sumido en la penumbra, y justo debajo del casillero, distingo a un hombre con el traje negro. Está sentado y lleva una visera de loneta que recuerda a los escribientes de principio del siglo pasado. Da la impresión de que está allí desde hace años esperando la llegada del primer cliente. Al oírnos se levanta y se acerca al borde del mostrador. Aparenta cierta edad, aunque, a excepción de un penacho de color plata, su cabello es de un negro intenso y apelmazado.

Bienvenido, profesor, dice tendiéndome la mano, es un honor tenerle aquí... entre nosotros..., un verdadero honor.

Su acento es suizo, aunque muy diferente del dialecto que se habla en la línea Brüning-Napf-Reuss. Algo llama inmediatamente mi atención: sobre el mostrador hay uno de esos antiguos teléfonos de ebonita negra, el cable ha sido cortado a pocos centímetros del aparato y los extremos de cobre deshilachado forman una V. Está claro que lleva tiempo sin funcionar y solo es parte de la decoración.

Le hemos reservado la 362.

¿La 362?

Sí, la habitación de Von Welinguert.

Por el modo en que lo dicen, y por el apellido, sé que se trata de algún aristócrata o personalidad ilustre, y que alojarme en esa habitación es por su parte un gesto de deferencia. El recepcionista, que percibe mi turbación, me explica que los Von Welinguert fueron los primeros fundadores, los que llegaron al valle hace casi ciento treinta años, en 1856.

Construyeron el pueblo y este hotel, lo construyeron todo en realidad.

Será un honor entonces ocupar su habitación.

No solo es la más espaciosa..., desde la ventana verá nuestro Museo del Embalaje Alemán.

¿En serio?

En serio, ¿qué?

¿Tienen un Museo del Embalaje?

Seguro que piensa que solo somos un grupo de aldeanos ignorantes.

En absoluto.

Usted es antropólogo...

¿Qué quiere decir?

... debería entender... que un envase no es solo un envase...

¿Y qué otra cosa podría ser?

... de hecho, una sociedad *es* sus embalajes.

Por suerte sofoco la risa justo a tiempo. El recepcionista no pestañea mientras su frase queda suspendida en el aire con una certeza casi apodíctica. Hace solo unos minutos había pensado en la necesidad de una historia propia como parte de la redefinición del proceso identitario, pero ¡un Museo del Embalaje raya en la locura!

¿Conoce las sombrereras de St. James? Pues tenemos la primera que se fabricó, el primer tarro de mermelada manufacturado en 1800. No era de cristal. ¿Sabía que la mermelada no siempre se fabricó en tarros de cristal? Eran una especie de cartuchos de hojalata soldada a mano. También tenemos la primera caja de cereales. La misma que usó Robert Gair para vender ese producto a millones de norteamericanos...

Mientras el recepcionista habla, pienso que lo importante no es el museo, sino la idea del museo. Sus vitrinas podrían exponer hueveras esmaltadas del siglo XVII o destornilladores, pero lo que de verdad importa es su carácter idiosincrásico. ¿Qué pueblo o pequeña aldea no contaba ya con un museo del que sentirse orgulloso?

... y tenemos..., bueno..., tenemos la gran patente Oliver, la joya de la corona...

Esta vez enmudece y me mira directamente. Supongo que desconocer a qué patente se refiere me vuelve, a sus ojos, ufano e

ignorante.

No me diga. Sí, hombre. ¡La primera patente de cartón ondulado!

¿Cartón?

¿Se está burlando?

Verá, estoy cansado. ¿Me entregaría la llave?

Claro..., sí... La llave. ¿Y ella es...?, dice dirigiéndose a Chloé.

Ella es mi..., bueno mi...

Soy su secretaria.

Su secretaria, claro. Lo que usted diga.

¿Qué quiere decir?

¿Baños separados?

Separados, claro.

No, contiguos, dice Chloé, debemos trabajar toda la noche.

Entiendo.

Usted no entiende.

Claro, entonces no entiendo.

Hablo en serio.

Nadie dice que no hable en serio.

¡Deje de hacer eso!

¿El qué?

Decir que no entiende cuando entiende. Ella es... mi secretaria, lo que sea, ya está, una especie de secretaria.

Eso he dicho.

Quiero decir que no es lo que se imagina.

¿Y qué imagino?

Usted sabrá.

No recuerdo haber sugerido otra cosa.

Debajo del lenguaje solo hay una estructura lógica y aplastante, una matemática de complementos y verbos que el director combina siguiendo ciertas leyes de probabilidad. Así es. Aceptar lo contrario, es decir, que uno de esos sujetos sea capaz de expresar ironía o doble sentido, sería una locura. El director saca un libro con las páginas manoseadas y compruebo que no somos los primeros en alojarnos en la 362. Además de nosotros leo los nombres de un serbio apellidado Petrovic, un tal Uriarte y

finalmente Immanuel Schulz, de profesión intérprete de piano y profesor de música. Me pregunto si esos clientes serán también intrusos o solo forman parte del elenco de este sofisticado circo.

¿Le parece bien?

¿El qué?

La 362 para usted... y la 363 para ella.

Chloé entrega nuestros pasaportes. En la carilla delantera está la silueta dorada del águila federal. Mientras el recepcionista le indica a Chloé dónde firmar yo cotilleo por la recepción. Más que un hotel alpino, parece uno de esos pabellones de caza. Por todas partes las mismas cabezas de cordero que vi en la gasolinera, igual de polvorientas y con las mismas canicas de vidrio en los ojos. Las paredes están forradas con una especie de popelina que le da a la estancia un aspecto sucio y mugriento. Justo en la esquina hay un bargueño de exposición con las patas engarzadas y una docena de láminas que representan gardenias, campánulas y orquídeas de monstruosos gineceos.

¿Le interesa la botánica?, escucha a su espalda.

Son..., no sabría decir...

No hay otro invernadero como el de Yos, añade Chloé.

Querida, no es un invernadero, es un *jardin français*.

Cultiva..., ¿cómo las llama?, ¿plantas de la risa?

No haga caso de los chismorreos.

Es digno de verse.

Por supuesto está invitado. Es lo único que me queda del ingeniero agrónomo que fui.

¿Cómo termina un ingeniero agrónomo de recepcionista?

¿Y cómo termina un antropólogo en un programa de televisión?

El señor Strübel no es el recepcionista, añade Chloé, es el director.

La vida, amigo, nunca es como la imaginamos. Y la temporada turística, tampoco, dice riendo.

Justo a su espalda hay una fotografía en la que se ve a un grupo de soldados jovencísimos. Por las pellizas y las mulas cargadas hasta los topes parecen una unidad de montaña frente a

un tren cremallera a medio construir.

La brigada Gebirgs-Brigade.

¿Nazis?

Pangermanistas. Muchos de los que murieron ahí arriba son de este pueblo.

¿Usted estuvo ahí?

Búsqueme. El tercero por la derecha, al lado de Egbert.

En efecto, el rostro de ese chico no puede ser otro que el del recepcionista veinte o treinta años atrás, si bien no parece haber envejecido.

Está igual.

Es el aire de la montaña.

¿Cuándo se hizo la fotografía?

Horas antes de la batalla del Bosque.

¿La batalla del Bosque?

Hürtgen.

¡Pero no es posible!

El recepcionista parece contrariado.

¿Cómo que no es posible? ¡Muchos jóvenes murieron allí!

En realidad lo que quiero decir es que el asesinato de las niñas se produjo en los años ochenta, mientras que la batalla del Bosque de Hürtgen, a la que se refiere, tuvo lugar durante los últimos meses de 1944 y por tanto no han transcurrido treinta años, como dijo Keitel, sino casi cuarenta. Me pregunto si el recepcionista está al corriente de la masacre que cometió su brigada en Monschau hace más de un siglo, no solo contra los aliados, que también, sino asesinando a la población civil en general. Aclarárselo, sospecho, no ayudará a suavizar las cosas. Así que es eso, no solo un parque temático, sino un experimento sociológico en el que poder ensayar otras *posibilidades,* como si este lugar fuera un banco de pruebas que permitiera prever revoluciones, anticiparse a rebeliones y estallidos sociales, modelizar la historia y acotar con ello el futuro. Me pregunto si Yos sabe que Hitler se pegó un tiro en la cabeza o sigue pensando que el Tercer Reich dirige el mundo. Mientras Chloé y él ultiman los detalles, pienso que en realidad tampoco nosotros sabemos de

la historia más de lo que nos han contado. Siempre los mismos ganadores implacables reescribiéndola a su antojo, bastaría con que un día se silenciara el Holocausto en los buscadores de información para que en una década dejara de existir. ¿Acaso no es lo que habían hecho el Frente Nacional y la Liga Norte hasta lograr su relativización? ¿Acaso no era ese el fundamento del criptorracismo de Alternativa por Alemania, que llevaba tres legislaturas continuadas en el Bundeskanzleramt?

¿Conoce nuestro Museo del Embalaje?, vuelve a preguntar.

¿Cómo?

Nuestro museo.

Ya le he dicho que no, que me gustaría.

¿Sabe que tenemos cinco mil botellas esmeriladas que forman el rostro de Christ Fosse? Garrafas, toneles zunchados, las primeras tinajas...

Sí, sí, ya le he oído antes... ¿Tiene mi llave?

Tome el ascensor a la derecha. Tercera planta.

Y es entonces, mientras me dirijo hacia donde él me indica, cuando Chloé recoge la maleta y el teléfono suena y me pregunto con quién diablos cree ese recepcionista que está hablando.

Desde la ventana de la habitación no solo se ve la cúpula del museo, sino también la calle principal y el parque en el que vi a esa mujer. Un grupo de obreros almuerza en su tiempo de descanso. Nadie diría que este lugar no es un pequeño enclave en la Europa Central montañosa. Junto a las máquinas expendedoras de la estación hay una mujer que se agarra con la mano el sombrero. Es un sombrero liviano de gasa y fieltro. Está sacando su billete cuando el viento se lo arrebata y rueda por las escalinatas y los conos de balizamiento hasta atravesar las piernas de un tipo que lee el periódico. Es entonces cuando la mujer inicia una torpe carrera detrás de él. Los obreros se ríen de su sobrepeso, pero ella los ignora y le grita a una niña que observa cómo rueda su sombrero a solo unos centímetros de ella con una llamativa indiferencia. Cuando la mujer le da alcance, el sombrero ha caído

en un imbornal de agua casi negra. Alguien escribió que Dios está en los detalles. La escena es sin duda real, pero tengo la sensación de haberla presenciado en una o en varias películas que no recuerdo, uno de esos planos secuencia inacabables y letárgicos estudiados al milímetro por el script para que todo concuerde. Todo, los obreros, la escalinata que conduce a lo que parece la estación de ferrocarriles, cada fragmento conforma una parte de un esbozo familiar y estereotipado.

Solo ha pasado una hora desde que llegamos, pero el sol ha desaparecido y sobre el bosque repta una bruma que se entreteje con las calles bajas del pueblo. Nunca he visto algo así. Como activadas por un resorte mecánico las farolas se encienden con un ligero retardo. Me siento con la espalda apoyada en el radiador y al levantar la cabeza distingo un rectángulo de sombra. Las figuras que pasan bajo la ventana se proyectan sobre el entelado, deformes, las piernas largas y el torso encogido, las cabezas casi insignificantes. Hay algo hipnótico en esas siluetas, otro jueguecito platónico de ilusiones. El suelo enmoquetado desprende olor a humo y en las paredes hay fotografías de silos de pienso y cabezas de ganado, de inmensas granjas extensivas enmarcadas por el rectángulo de los campos de maíz.

¿Le gusta su habitación?

Por un segundo he olvidado que nuestras habitaciones eran contiguas y que una puerta sin cerradura las comunicaba. Su baño queda exactamente en la diagonal del mío y su ventana, del mismo tamaño, en la fachada opuesta.

Leí en su libro que no le gustan.

¿El qué?

Las habitaciones de los hoteles.

A nadie le gustan.

Pero a usted especialmente.

Quizá. Llevo media vida durmiendo en ellas.

¿Y no tiene que ver con Monica?

¿Cómo?

Lo vi antes, cuando miró a Eva esta tarde.

¿Eva?

Eva Verèke. La mujer del parque, esa chica con el camisón roto..., la conocerá esta tarde porque irá a la conferencia.

¿Cómo lo sabe?

Nos hemos asegurado de que sea así.

A veces olvido que... ¿Y qué tiene que ver esa chica?

Su mujer murió en una habitación de hotel, ¿verdad?

Seguro que lo sabe mejor que yo.

Pero me falta la única versión que me interesa.

¿Y para qué la quiere?

¿De verdad cree que no lo voy a entender? ¡Tenía que haberse visto la cara!

¿Cuándo?

Cuando la vio.

Solo pensé que iba a arrojarse delante del coche.

Cuando sucedió...

Si le cuento lo que quiere saber, ¿me dejará en paz?

Usted cuente... luego ya veremos.

Le advierto que no hay demasiado que contar. Mi mujer se pasó tres semanas en ese lugar espantoso, le frieron el cerebro y nunca volvió a ser ella. Antes solíamos discutir, pero se volvió insegura, celosa... quizá por ello pasaba más tiempo del habitual fuera de Madrid.

Cuando le llamó estaba en Marne-la-Vallée, ¿verdad?

Así es. Me dijo que estaba en una cafetería, que iba a acostarse con un hombre.

¿Un hombre?

Un admirador, un viejo amigo. Al parecer, ese amigo había contactado con ella semanas atrás. No me dijo quién era, solo que se habían conocido veinticinco años atrás, más o menos cuando nosotros estábamos en Ámsterdam.

¡Pero ese hombre no existía! ¿Verdad?

Sospecho que sí.

Solo se lo dijo para vengarse...

¿Vengarse?

Solo quería que regresara, que la viera.

Le digo que estaba allí.

¿Y por qué no se lo dijo a la policía?

Nunca pude demostrarlo.

Y sin embargo ninguna cámara...

Monica no me habría mentido sobre algo así. Había reservado una suite y dijo que cenarían y después ocurriría... Si no reaccioné fue porque pensé que era otra de sus bobadas, que quizá había bebido, le pregunté si lo había pensado bien y si era lo que quería.

¿Eso le preguntó?

Me llamó cretino. Me juró que llegaría hasta el final y colgó y no volví a saber de ella hasta que la policía me llamó. Y cuando regresé me mostraron esos vídeos y, en efecto, ni rastro de ese hombre. Sin embargo, hay una cámara, la del recibidor.

¿Qué pasa con esa cámara?

En ella se ve a Monica hablando con alguien que está fuera de plano...

¿Insiste en la teoría del segundo hombre?

Entonces se dirige al ascensor.

¿Sola?

Eso parece.

¿Qué quiere decir?

Que cuando van en la cabina las cámaras registran algo que nadie supo explicarme.

¿El espejo?

Le juro que es cierto que durante un segundo el espejo se empaña...

¿Cree que ahí estaba ese hombre?

Cómo explicarlo si no.

¿Cree que esos vídeos fueron trucados?, pregunta Chloé, ¿con qué motivo?

Ojalá pudiera responderle.

¿Y qué pasó después?

Monica pidió una botella de champán.

Un Veuve Clicquot.

Que tuve que pagar yo... Ni siquiera llegó a quitarse la falda. Colocó su cámara con una brida atada a la ventana y grabó su caída.

¿Y por qué cree que lo hizo?

Era fotógrafa, ¿no? Tenía una teoría. Somos un puñado de seis o siete recuerdos, decía. Eso somos. Seis, siete segundos, poco más...

¿Y?

Quería asegurarse de que cada vez que yo cerrara los ojos la viera a ella...

¿Y lo logró?

De hecho pensé que ni siquiera tenía que cerrar los ojos pare ver la piel de su cara estirándose ante la resistencia del aire, el pelo envolviéndola y el cuerpo ganando velocidad a cámara lenta antes de chocar con violencia contra la pértiga de la farola...

¿Y ya lo ha aceptado?

¿El qué?

Que estaba sola.

Sé que ese tipo existió.

¿Quién tendría interés en manipular la grabación? Déjela descansar en paz.

Se equivoca. Ella está muerta. Ojalá pudiera dar marcha atrás.

Quizá pueda.

¿Qué quiere decir?

Simplemente que quizá pueda, nada más.

24

El instituto fue construido por una familia de granjeros de Landau en 1849, me cuenta la directora. Por entonces, el centro era una residencia solariega y no existía ni pueblo, ni iglesia, ni, en definitiva, dice, nada de lo que ve a su alrededor. Se llama Katharina, aunque prefiere que la llamen Kathrin. Detrás de ese aspecto gélido —que realzan el negro vestido de varillas y la delgadez casi hiperbórea— solo está su necesidad de parecer una buena anfitriona. Chloé camina detrás de nosotros, atenta a la *tournée*. La directora habla con aplomo, con las manos a la espalda, igual que si llevara siglos repitiendo la misma retahíla de curiosidades y datos históricos. Los Von Welinguert —a los que se refiere indistintamente como los pioneros o los colonos o los padres fundadores— cedieron este edificio en los años treinta. Quedó bajo la tutela del ayuntamiento, que lo convirtió en el instituto de la comarca. Cuesta imaginar ese esplendor del que habla la directora al contemplar el plomo claveteado de las cornisas y las ventanas ciegas por la hiedra que cubre las jambas. Quedan cinco minutos y la rectora insiste en enseñarme el resto del edificio. Miro a Chloé y Chloé se encoge de hombros. Poco después nos detenemos ante lo que ella llama el aula magna, y que, en realidad, es solo un taller donde se acumulan lienzos y trípodes de todos los tamaños. Kathrin no para de hablar de sus alumnos y, en su modo de hacerlo, hay un apasionamiento maternal y un tanto exagerado.

¿Quiere pasar?

¿Cómo?

Comprobarlo por usted mismo..., lo que hacen nuestros alumnos.

Claro, por supuesto.

A Kathrin le alaga mi interés. De modo abrumador los cuadros resultan ser paisajes de montaña, molinos, cabañas con cervatillos y paisajes que, en definitiva, siendo lugares diferentes son el mismo. Por más que Kathrin se empeñe, ningún androide podrá esbozar jamás un solo trazo de, por ejemplo, Monet o Turner, y no digamos ya de Kandinsky o Pollock, podrá imitarlo, reproducirlo, pero solo será su copia. Los científicos lo llaman el teorema de los monos infinitos, y según ese teorema, para que un mono teclee una sola línea de la tragedia del príncipe Hamlet, por ejemplo, harían falta infinitos monos tecleando a la vez, o la vida de un mono infinito, y ni siquiera entonces podría asegurarse que alcanzaran una sola frase de ese o de cualquier otro texto.

Ser o no ser.

¿Cómo dice?

Impresionante. Sin duda, impresionante.

No dibujéis lo que veis, sino lo que sentís, les digo.

Parecen sentir cosas parecidas.

¿Cómo?

El molino, la montaña, el lago...

Están aprendiendo. Todo el mundo aprende copiando. Picasso, Van Gogh, Braque, todos...

Quizá tiene razón.

Kathrin, pregunta Chloé, ¿no deberíamos subir ya?

La sala está en la planta de arriba, junto a la biblioteca. El hueco de la escalera ha sido sacrificado para instalar un ascensor tan pequeño que, cuando Chloé se sitúa al fondo, quedo a apenas unos centímetros de la cerviz de la directora. Huele a algas secas y yodoformo. Es como si llevara medio siglo almacenada entre bolsas de lavanda y naftalina en un viejo arcón. Desde el pasillo escucho risas y fragmentos de conversaciones, pero al entrar, repentinamente, todos enmudecen. Debe de haber unos sesenta o setenta. En la primera fila reconozco a la señora con sobrepeso del sombrero rojo, al vendedor de periódicos, incluso a los obreros que, en vez del polvoriento mono azul, llevan unos trajes negros que les quedan dos tallas grandes. Kathrin, siempre eficiente en su misión de directora, ha repartido unas pequeñas tarjetas

identificativas que llevan en el pecho. No estoy nervioso. Será como hablarle a un puñado de calculadoras, me digo, pero impresiona verlos así, con sus cuadernos abiertos y dispuestos como escolares aplicados.

En primera fila hay un anciano con la mirada legañosa. Mientras Kathrin me presenta, veo como un chinche camina por su cuello y se pierde en el borde de la camisa, él ni se inmuta, su piel carece de terminaciones nerviosas, de detectores de frío y calor, de glándulas sebáceas, un centímetro de piel humana encierra el mayor milagro del mundo, pero lo que envuelve a ese anciano es solo un polímero complejo derivado de las muchas formas del látex. En la pared veo un mapamundi en el que Europa sigue siendo la Europa del siglo xx, en la que Serbia y Montenegro forman parte de Yugoslavia y Ucrania forma parte de la URSS.

Al fondo, bajo los percheros, está la mujer que vi descalza en la esquina del parque, solo que ahora lleva el pelo recogido y una blusa negra de algo parecido al satén.

Eva Verèke, así leo que se llama.

Da la impresión de que quiere pasar desapercibida, pero solo logra lo contrario.

¿Sucede algo?, me pregunta la directora, ¿comenzamos ya?

Cuando empiezo a hablar lo hago con un tono pericial, sin darme cuenta de que repito, palabra por palabra, pausa por pausa, inflexión por inflexión, la misma charla que he dado cientos de veces en cientos de institutos, bibliotecas y librerías a lo largo de estos últimos veinte años.

Mark-Modiano, les digo, pasó-varias-décadas-estudiando-las-comunidades-salvajes-de-Indonesia-y-Nueva Guinea. Por decirlo de algún modo, llegó a la misma conclusión que Freud en psicología, es decir, que a través de los sueños se podía acceder a las capas más profundas del comportamiento del grupo, y que, en definitiva, los sueños son el código genético de nuestras acciones: somos verdaderas máquinas ontológicas para pensar acerca de lo social. Mientras expongo la idea de Modiano parecen atentos y casi

entusiasmados, no se pierden o cabecean y su curiosidad no se diferencia de la de otros estudiantes, incluidos, por supuesto, los que llenaban el aula de la US la semana pasada. A través de sus ojos sin parpadeos casi puedo escuchar el rumor de los millones de procesadores funcionando en paralelo para tratar de descomponer el discurso en sintagmas esenciales para hacerlo procesable. Les hablo de Hugh Brody, al que entrevisté en uno de mis últimos programas. Brody se adentró en los territorios del Canadá subártico para estudiar al pueblo Beaver, al que los ingleses llamaban gente castor porque sus asentamientos quedan en las riberas del Peace y el lago Athabasca. Lo que más sorprendió al antropólogo, les digo, es que los ancianos de la tribu elaboraban mapas durante sus sueños y al despertar los plasmaban en pieles, planos oníricos que pueden verse en los museos de Dawson Creek y Fort St. John, senderos que se adentran en el cielo o descienden al interior de la montaña, *sic,* caminos que se interrumpen o giran sobre sí mismos como serpientes-que-devoran-su-propia-cola, *sic,* cordilleras que no existen y jamás han sido atravesadas, reservas de caribús que cambiaban de ubicación según lo soñado... Brody comprobó que para los Beaver los sueños configuraban una realidad más real y fiable que la topografía geopolítica que usaban los tramperos holandeses para usurparles el territorio.

Eva Verèke, la mujer del parque, es la única que bosteza y parece cansada después de dos horas de charla, la única que parece incapaz de memorizar tanto dato y referencia.

Creo haberles demostrado, les digo, que ustedes son afloramientos de sus terrores nocturnos. *Sic.* Así que ahora me gustaría que nos relajásemos y tratáramos de pensar en *nuestro* sueño, en ese sueño que regresa cada cierto tiempo y nos permite entender la realidad... Durante veinte minutos nos convertiremos en ancianos Beaver, ¿de acuerdo? Soñaremos, soñaremos que soñamos, veremos lo que somos, cerrad los ojos, ¿ya?, respirad durante dos minutos..., así, despacio..., una, dos..., respirad..., hacedlo de verdad...

No me interesa saber si los androides sueñan con banquetes de tuercas o borracheras de aceite hidráulico, sino evidenciar que

un pueblo sin sueños, o que comparte los mismos sueños, no puede ser considerado una sociedad de individuos. Nuestros sueños somos nosotros. Sin sueños, no somos. Y sobre todo quiero ver cómo reaccionan ante esta evidencia. Dejo pasar dos minutos y durante este tiempo la mayoría, siguiendo mis instrucciones, permanecen con los ojos cerrados respirando con profundidad. Luego, a los dos minutos exactos, casi de un modo simultáneo, los abren. Cuando pregunto quién quiere intervenir, varios levantan la mano. El anciano de la primera fila muestra un inusitado afán por ser el primero.

¿Cómo se llama?

Adolf, dice señalando la tarjeta en su pecho.

Está bien, Adolf, cuéntenos su sueño.

Mira hacia atrás, algo receloso.

En mi sueño alguien me persigue, dice, en realidad no es alguien, es algo.

¡Será tu suegra!, grita alguien desde el pupitre de atrás.

Por favor, Adolf, ¿qué te persigue?

Es un bulto..., un bulto negro con los ojos amarillos y está cubierto de pelo... o de espinas. No sé. Estamos en la nieve. No puedo verlo porque corre por detrás de los montículos y no hace ruido, no huele. Es invisible y nunca me da alcance, como si su único objetivo fuera precisamente prolongar la persecución...

La última vez que hice este ejercicio en un instituto de Sarajevo, media docena de alumnos compartían un sueño similar con pequeñas variaciones: a veces era un lobo, un tigre, otras un sabueso o una sombra, pero siempre había algo o alguien persiguiéndoles.

En mi sueño, la mujer del sombrero rojo, estoy desnuda. He dejado a mi hija en el colegio y de repente me doy cuenta de que he olvidado vestirme. Nadie me mira, aunque me siento profundamente avergonzada. Escucho que alguien me llama desde un callejón y al acercarme compruebo que es un hombre y que tiene algo en la espalda, un cuchillo, algo cortante que brilla... No puedo moverme. Estoy aterrada. Me orino encima y él es el único que puede verme ...

En ese callejón, dice otra mujer saltándose su turno, hay una ventana…

… y alguien al otro lado de la luz.

Sabes que nadie hará nada.

Ese tipo se acerca hasta mí, me besa en la frente y me clava el cuchillo…

… en la tripa.

… en el vientre.

No es un cuchillo, es un destornillador.

… en el costado.

Es tan real.

¿Qué quieres decir?

Que puedes sentir el filo rasgando la carne, el escozor cuando la parte mellada atraviesa… la sangre empapándome…

… un bisturí.

No era un hombre, era una mujer.

Y tenía los ojos grises.

¿Grises?

Azules.

Era mi hija.

Era mi marido.

Era el profesor de mi hija.

Había engordado, pero era él.

¿Y podíais moveros? En mi sueño era como si tuviera un bloque de cemento en los pies.

… nunca he visto un suelo así de frío.

… era como limo, una arcilla espesa que…

No lo puedo recordar, nunca lo puedo recordar, pero he hecho algo que no debía.

Y en la ventana ya no hay nadie.

Ese tipo me clava un destornillador en la tripa, justo aquí…

… una especie de gancho de carnicero.

… un alambre oxidado.

… un tubo de metal.

… la astilla de un árbol.

Y grito.

... tanta es la vergüenza.

Solo llevo puestas las bragas de mi madre.

Bragas de cintura ancha.

... piedrecillas del callejón se clavan en la planta de mis pies.

Lo que me persigue es un erizo.

... un castor.

Y al otro lado de la ventana, como si hubiera una explosión de gas, las cortinas empiezan a arder, la colcha se encoge como...

Sé que no estoy muerta, le miro para que sepa que no estoy muerta.

... en el momento apropiado doy tres zancadas y a la tercera comienzo a volar...

... o un tigre.

... o un punzón.

Giro a la derecha bajando el brazo derecho.

Un tigre a los pies de mi cama.

Giro a la izquierda bajando el brazo izquierdo.

Huele a quemado.

El izquierdo y luego el derecho.

Mientras vuelo, el valle se ve pequeño.

Mi ingle...

Insignificante.

... un escalpelo.

Voy a morir, pero solo me preocupa que no me he depilado, que me vea así mi hija...

Mis dientes se desprenden y de las encías se caen uno a uno.

Trato de cubrir mi sexo con las dos manos, pero él puede verme a través de la piel transparente.

Puede olerte.

Estoy segura.

Así consigue seguirme.

Cuando trato de morder la piedra, se caen todos mis dientes como si fueran de plástico conformado.

La piedra sabe a cal.

Sabe a hierro.

Con la lengua puedo tocar cada uno de los alveolos vacíos, la

ruina de los dientes que cuelgan...

Un erizo.

Un hombre.

Un callejón.

No puedo moverme.

Es mi madre.

Es él.

Corro, pero nunca es suficiente el esfuerzo de correr...

Y miro mi mano y en mi mano están los dientes atravesados de hilos de color cereza.

Soy su hija.

Soy yo.

Soy.

A la directora le ha molestado mi incapacidad para poner orden en este tumulto. Aunque sus sueños parecen diferentes, comparten el mismo vínculo. Desenmascararles ha resultado sencillo, aunque lo cierto es que sus sueños no son tan diferentes de los sueños de los mortales, de los míos, por ejemplo. También yo recordaba haber soñado de niño que un desconocido me asaltaba en un callejón y clavaba en mi vientre una navaja afilada —es vivísima la sensación que recuerdo de la hoja abriéndose camino entre los intestinos, llegando a tocar la base de la vértebra—, o que una mañana iba al instituto desnudo, o que mis dientes se desprendían de sus encías... ¿Quién no ha tenido alguna vez esos sueños recurrentes? Miro a la mujer del fondo, que es la única que todavía no ha intervenido.

Ella levanta la vista.

¿Y usted?

¿Yo?

Su sueño, ¿podría compartirlo?

Eva Verèke se muestra dubitativa y acomplejada por la mirada del resto.

En mi sueño estoy en una ciudad que no conozco, es de noche, hay luces, muchísimas luces. Parece una ciudad futurista. He subido a un edificio altísimo y estoy asomada a un balcón...,

parece el balcón de un hotel, un abismo... Hay una cama dentro y alguien más en la habitación, conmigo. Un hombre, quizá acabamos de..., o todavía no lo hemos hecho, pero estoy allí para eso. Ese hombre sale desnudo del baño, se acerca a mí y luego me empuja. Y... caigo.

¿Cae?

La sensación de caída es interminable...

¿Entonces le ha empujado ese hombre?

Ya he dicho que sí.

¿Quién es ese él?

Cómo voy a saberlo.

Haga el esfuerzo.

No puedo ver...

Dígame, ¿quién es ese hombre? ¡Concéntrese!

Le digo que...

Tiene que decírmelo.

Usted..., responde, ese hombre es usted.

25

Tras la primera sesión nos agolpamos frente a la mesa para intercambiar impresiones. Sobre el tablero, mis anfitrionas han distribuido platos con panecillos de lomo deshuesado, empanada y unos pequeños hojaldres de galantina, todo elaborado, según me cuentan, con una especie autóctona de cordero que ellas mismas sacrifican en las granjas. También el vino, al que se había referido Herman, es robusto y amaderado, de un intenso color sangre. Tengo la impresión de que docenas de cámaras me observan, nos evalúan, de que todo está siendo puntualmente retransmitido al exterior, así que me muestro cordial y recíproco en su interés por la clase y por mí. En realidad, lo que yo querría es hablar con la única mujer que no parece interesada en hacerlo: Eva Verèke está al fondo y picotea frutos secos. Disimula, espera su momento, cada poco levanta la cabeza y me mira y cuando coincidimos tengo la certeza de que es la única capaz de desenmascararme. Sin duda es tan humana como Chloé o como yo, y sabe que, en presencia del resto, no podremos hablar con libertad.

A veces tengo sueños..., dice Elsa.

¿Qué tipo de sueños?

Sueños... pero no con mi marido, ¿sabe lo que eso significa?, me pregunta.

¡No seas...!, replica otra de las mujeres.

¡Ahora la guarra soy yo!

Venga, venga, ¿con quién?

¡Cállate, Dorren!

Con quién va a ser.

¿Con Immanuel?

¿Con el profesor de música?

¿Qué va a pensar nuestro invitado?

Escúchame, Dorren, mi marido es el hombre de mi vida.

¡Y el de la mía!

Chloé se ha marchado y me espera en el hotel. Estoy convencido de que su huida forma parte de algún plan que desconozco, quizá piensan que ha llegado el momento de que me relacione con sus simulacros de igual a igual, sin la coacción de su presencia. ¿Puede una ginoide emborracharse? Sin duda da la sensación de que el vino les ha soltado la lengua y ya no son las madres recatadas ni las vecinas responsables. Algo abochornada, la directora del centro se siente en la obligación de intervenir.

Venga, venga, no molestéis al doctor.

Durante años la construcción de seres artificiales siguió pautas previsibles y subordinadas a la necesidad de sus creadores. Las campañas publicitarias se centraban en modelos masculinos o femeninos, siempre hermosos y solícitos, jamás se había construido un androide que no siguiera ese principio: ¿quién querría tener por compañero a un chismoso?, ¿a un anciano con artrosis? ¿Qué sentido tiene que una máquina devore canapés de cordero o beba vino caliente? ¡Era increíble! Simular el mundo es recrear sus errores. Sin embargo, la posibilidad de que todo sea un simple montaje, una reunión de malos actores, va ganando terreno. Si un antropólogo no es capaz de distinguir a los suyos, si no puede detectar la singularidad y los cimientos que la sustentan, se convierte en una suma de prejuicios acientíficos. Mientras hablan, las imagino siguiendo directrices de un código condicionado: SI → ENTONCES → CUANDO = debes sentirte treinta por ciento agradecido (→ enarca las cejas, levanta el labio superior), veinte por ciento confuso (ladea el rostro, mohín, comisura izquierda abajo quince grados), ENTONCES → CUANDO molesto, ahora sonríe cinco segundos, ahora di SI → ENTONCES busca, mira y pregunta: ¿cree que los sueños son afloramientos de la actividad mental?, *sic,* mira al suelo, duda, encoge los hombros, ENTONCES no digas nada, dos segundos treinta (baja la vista, mira tu zapato), ENTONCES pregunta qué opina de Charles Steward (ARCHIVA respuesta → base_de_datos.dat) ENTONCES → CUANDO me ha encantado la charla, vaya noche más agradable, ponte de lado, adelanta el pie, mastica,

silencio, dos segundos, ENTONCES abre los ojos cinco milímetros, gira el cuello quince grados, mírale dos segundos, pregunta: quiénes somos.

¿Cómo?

Que quiénes somos. Nos dijo que éramos nuestros sueños.

¿Quiere que yo le diga quién es usted?

Dijo que teníamos que escribir sobre lo que somos, ¿no?

Bueno, sí. Una redacción sobre lo que sois. Dos páginas, para mañana.

Yo soy yo, dice Elsa, tres palabras, ¿qué le parece?

Somos lo que somos. Cuatro palabras.

Tengo una hija.

Estoy casada.

Dirijo la SB Waschsalon.

Yo soy la taquillera.

No, no me refiero a eso.

¿A qué se refiere?

¿Podéis imaginaros en una habitación vacía?

¿Vacía?

Sin ventanas, con la pintura blanca. Imaginad que estáis ahí, desnudas..., solo vosotras.

Qué cosas tiene.

Muy gracioso.

Imaginad que ni siquiera existe ese cuerpo.

¿Cómo no va a existir?

¿Sois capaces de poner la mente en blanco? Entonces preguntaos quiénes sois, ¿quiénes sois al margen de los roles que representáis?, ¿quiénes al margen de la madre, de los hijos, de la profesión que habéis desarrollado, de vuestras ideas políticas...?

Es que nosotros somos *eso*.

Precisamente.

Eso nos define. La relación con...

Pero no entiendo.

No entiendo nada.

¿La relación con qué?

Por eso quiero que escribáis dos páginas, que cuando volváis

a casa os preguntéis: ¿quién soy yo?, ¿qué soy yo?, ¿qué hago en este lugar?

Me va a costar horrores escribir dos páginas sobre nada.

Esas prebendas, que conozco de memoria, son las mismas que farfullaban los asistentes a mis conferencias y cursos, las mismas objeciones para no enfrentarse a lo que son, y, sobre todo, a lo que no son. La mayoría de las tribus del mundo están compuestas por individuos que al margen de su sociedad no son nada. Fuera del grupo solo somos un puñado de confusión. Si por algo se ha caracterizado la última década es por la exaltación del llamado individualismo social, pero lo cierto es que compramos en las mismas tiendas, nos vestimos en las mismas cadenas y usamos electrodomésticos de las mismas marcas, comemos parecido, según las modas, decoramos nuestros salones con el catálogo de la misma empresa de muebles... Nunca se ha visto en la historia de la humanidad un mayor tesón por ser únicos y a la vez vivir abocados a ser réplicas de lo mismo. Entonces, ¿qué podía pedirles a ellos que vivían aislados a seis décadas de distancia temporal?, ¿qué escribiría yo en su lugar? Diría que soy alguien desapasionado e inservible, un antropólogo que podría haber estudiado música y que no supo amar, sobre todo eso, un depredador que se fue cansando y destruyó lo que se le acercaba demasiado...

Pero ¿qué soy?

No puedo hacer los deberes por usted.

Es solo que no entiendo nada, dice Elsa. Nunca entiendo nada, quizá debería entender, pero no entiendo...

Elsa, dice otra mujer, si tú eres tonta, qué somos las demás.

Sus cejas están pintadas al carbón y le dan un aire de muñeca de porcelana. Mastica un minihojaldre de jamón.

Simplemente no estamos acostumbrados a las preguntas.

A este tipo de preguntas.

Cuando vuelvo a mirar a Eva veo que se ha levantado y trata de advertirme sobre algo. Qué ocurre. Los simulacros se han dado cuenta y una de ellas se interpone entre ambos.

¡Pobre!, dice, no se lo tenga en cuenta.

¿Qué le pasa?

¿No lo sabe? Ha perdido a su hija.

... es..., bueno, la madre de una de las tres niñas...

Ofelia, se llamaba Ofelia, su hija...

En el corrillo se ha hecho el silencio y los rostros se giran hacia mí.

¡Pobrecitas!, dice la directora.

¿No lo sabía? Se suicidaron.

Las mataron.

Pero fue *él*.

En realidad, lo que pasó fue otra cosa...

Querría decirles que sé que nunca se sabrá por qué Annie Härtmann arrebató la vida a esas tres niñas. Esas muertes, ya olvidadas por el mundo del que procedo, habían ocurrido en un valle del norte de Europa similar a este, se había hablado de causas subyacentes, de drogas, incluso de sectas y abusos sexuales sin que ninguna de esas teorías fuera concluyente. Quizá lo eran todas. No se sabrá, querría decirles, pero recordé que si estaba allí era precisamente para averiguar lo que el paso del tiempo había desdibujado hasta hacerlo inaprehensible. Ahora podría hablar con una réplica de Annie antes de que fuera ingresada en el sanatorio de Boschstraat, interrogar a sus padres, incluso obtener el testimonio de la madre de Ofelia, que en este momento salía de la sala, interrogar al profesor de música, cuyo testimonio —¡ni siquiera había una fotografía!— parecía haberse esfumado de la hemeroteca.

¡Está trastornada!

Querría hablar con ella.

¿Con quién?

Con Eva.

Dele unos días..., luego será la misma.

Necesito...

Siempre vuelve a ser la misma.

Le hará bien venir a sus clases.

Déjeme pasar.

Al final, entiende.

¿Qué entiende?

La vida, profesor, entiende la vida.

Doce años.

Ofelia ya tenía doce años.

Toda una tragedia.

¿Me permite una última pregunta, profesor?

Estoy cansado, respondo.

¿Ha estado ya en nuestro museo?

¿Museo?

El Museo del Embalaje.

No, balbuceo por tercera vez en el mismo día.

¡Le va a encantar!

Tenemos la primera caja de cereales Golden Bridge. ¿Le gustan los cereales azucarados?

26

Al volver al hotel, el director me dice que existe la posibilidad de tomar algo en la cafetería, pan negro con carne ahumada, una cerveza, algo frío, Ionela abre hasta las doce. No tengo hambre, pero no me apetece enfrentarme de nuevo a las suspicacias de Chloé. La cafetería ocupa la fachada oeste a nivel de calle. Sobre el mostrador hay un centenar de platos y tazas alineados con los bordes tangentes en el mismo punto y la cucharilla en un ángulo exacto de quince grados. Al otro lado, una camarera limpia con un paño el tambor de la tostadora. Al recogerse el pelo en una coleta, queda de manifiesto un busto de pechos grandes e idénticos. Además de ella, solo hay otra clienta. Está a unos taburetes de distancia. Lleva una blusa negra satinada que reconozco de inmediato. Cuando salí del instituto, Eva había desaparecido. Es extraño, cuando no contradictorio, que esa mujer que acaba de perder a su hija esté bebiendo una pinta de cerveza a estas horas. Sin duda, me ha seguido para hablar. La camarera no puede ocultar su desdén hacia ella, como si fuera una de esas mujerzuelas que frecuentan los hoteles para pescar allí a sus clientes.

¿Qué va a tomar?, me pregunta.

El director dijo que podría comer algo rápido.

¿Rápido?

No quiero importunarla...

¿Pan de centeno con carne ahumada?

Eso dijo él.

¿Y una Fürstenberg...? Es la cerveza de aquí. ¿Pinta?, ¿media pinta?

Pinta, por favor.

Cuando se marcha, Eva levanta la cabeza y me observa abandonando cualquier resto de timidez. Es estúpido, lo sé, pero en

ese taburete me recuerda a la Monica que vi en las cámaras de aquel otro hotel seis meses atrás, minutos antes de que se quitara la vida. Durante un instante, ese paralelismo se revela como una segunda oportunidad para enmendar lo que ocurrió entonces, pero sé que es estúpido, simbólico, solo un gesto que nada me devolverá. Eva es más joven, diez o quince años, también más atractiva, aunque no tiene los ojos verdes de Monica. Mientras pienso en las similitudes y diferencias, ella se ha deslizado al taburete de mi derecha y mira al frente con la jarra entre las manos.

Creo que voy a tener suerte, dice.

¿Suerte?

En el sorteo.

¿Qué sorteo?

En el de los cereales. Aquí todo el mundo juega. ¿Ha visto esa película?, dice señalando al televisor.

La rodilla de Eva roza mi pantalón. No es un robot, es una mujer, y dentro de las mujeres pertenece a la categoría de las que han bebido demasiado. Reconozco a la actriz polaca que aparece en esa película de Fassbinder. Es sobre una mujer. Su marido ha desaparecido. Nadie sabe dónde está, pero intuye que está vivo aunque todos le hacen creer que murió en la guerra... Y luego reaparece.

Eva, me llamo Eva.

Como la actriz...

¿Qué actriz?

Ella, digo señalando al televisor. Mi nombre es ...

Todo el mundo sabe quién es usted.

¿En serio?

Usted es *él*.

Lamento lo de su hija, me contaron sus amigas...

... no son mis amigas, no crea nada de lo que le digan esas alcahuetas.

Escuchamos el fregadero y el sonido de la camarera raspando la plancha con amoniaco.

No sé qué le han dicho, pero mi hija no está muerta.

¿Qué quiere decir?

Una madre sabe cuándo su hija está muerta, ¿no? Y mi pequeña sigue viva. Voy a encontrarla y después nos marcharemos de aquí...

Y si no está muerta, ¿dónde está?

La he visto... en mi casa. En el jardín...

Conocía perfectamente esa sensación de ver a los muertos rondando alrededor, de la presencia casi física de esa parte de Monica que no había logrado morir con ella. Solo tiene que hablar, me había dicho la doctora Cuartero, mirarla a los ojos y enfrentarla y solo así desaparecería.

No me mire así.

Lo siento.

Mi hija no está muerta.

¡Claro que no!

¿Me cree?

Cierre los ojos y hable con ella.

¿Con mi hija?

Terminará por marcharse.

¡No quiero que se marche!

¿Y qué quiere?

Huir. Ella y yo. Y usted nos va a acompañar.

¿Yo?

Todavía no lo sabe, pero será así.

Creo que se equivoca.

Me pregunto qué le impide tomar un coche y largarse de este lugar por el camino que asciende hacia la montaña. Supongo que el contrato, como a mí, como a todos.

No quiero deprimirle.

No lo hace.

Hablemos de otra cosa.

¿Por qué está aquí? Es tarde.

Han fumigado mi casa. Tenemos insectos por todas partes, bichos que se comen los muebles, todo... Si no hago nada, cuando llegue el calor se transformarán en polillas y las polillas en mariposas gordas como escarabajos. Nunca he visto nada igual.

Tenía que salir, ¿lo entiende? Solo quería salir un rato, airearme, pero las cosas son como son...

Entiendo.

¿No me cree?

No hace mucho yo sentí lo mismo.

¿También tenía insectos en casa?

Me refiero a su dolor. La bebida no arreglará nada.

¿A qué se refiere?

La vi cuando entré en el pueblo, iba en un coche y usted estaba en la esquina... parada..., parecía...

¿Qué parecía?

Parecía que fuera a hacer una tontería.

¡Solo buscaba a mi hija! Solo... Así que también usted piensa que estoy trastornada, le doy pena, una viuda que debe... ¿encerrarse?, ¿sobrevivir?, ¿es eso lo que le han dicho?, pero solo soy una madre que no quiere dormir en su casa, ¿entiende?, ¿tan difícil de entender es? Es solo que no soporto el olor de los disolventes...

Abra las ventanas.

Si lo hago, ella entrará.

¿Su hija?

Le digo que no estoy loca.

Sé que no lo está.

El compresor de la cámara frigorífica ronronea como si contuviera un puñado de moscas enfurecidas. Detrás del cristal cuelga el costillar y la cabeza de un cordero con la lengua colgando.

Antes, en su sueño..., dijo que había un hombre, ¿recuerda?

Sí.

Un hombre que se parecía a mí.

No se parecía a usted, era usted.

Haga un esfuerzo. ¿No tiene ninguna duda?

Quizá sí.

¿Qué quiere decir?

Usted me hace dudar.

En su sueño usted vio lo último que vio mi mujer.

¿Su mujer?

Ella tenía problemas..., problemas psiquiátricos, ¿entiende?

Quizá sí entiendo.

Su rodilla toca mi rodilla. Ninguna prostituta actuaría con tanta torpeza, pero sí una madre desesperada que no quiere estar sola al volver a casa.

Eso pensaba mi marido de mí.

¿Pensaba?

Sí, que tenía problemas en la azotea, dice señalándose la sien.

¿Y los tiene?

¡Tan difícil es creer que hay personas tristes!

¿Y su marido?

Le mataron.

¿Quiénes?

Ellos. Este lugar, ¿todavía no se ha dado cuenta?

Ni Chloé, ni Keitel, ni nadie de la corporación esperan que esta noche esté aquí, hablando con una de las madres cuyas hijas murieron. Supongo que es un buen momento para hacer preguntas y romper el guion que han escrito para mí.

Cuénteme cómo pasó. Lo de su marido.

¿Por qué le iba a interesar mi vida?

Digamos que tampoco yo quiero volver a mi habitación.

Fuera, al otro lado del cristal, una sombra atraviesa la calle.

Murió de cirrosis.

¿Entonces?

No siempre mata el que aprieta el gatillo.

Sus dedos tamborilean en el borde de la barra. Cada vez que miro la pantalla del televisor, me pregunto cómo es posible que recuerde los detalles de una película rodada en los años setenta. La protagonista se casa con Hermann y lo hacen horas antes de que este sea enviado al frente ruso. Hermann muere, o eso parece, y para sobrevivir Eva debe ejercer de *entraineuse* bebiendo con los soldados americanos hasta que su marido regresa de entre los muertos vivito y coleando. Me pregunto si Monica llegó a saber lo que Chloé me había confesado en Ámsterdam, es decir, que su exmarido Jurriaan había sido encontrado muerto en un piso de

citas de París.

¿Y era homosexual?

Por qué quiere saberlo.

Tuve una amiga que pasó por algo parecido.

Está hablando de su mujer, ¿verdad?

Su exmarido también era soldado, aunque jamás estuvo en Argelia.

Le pareceré idiota, ya sé, pero de joven me volvían loca los uniformes... ¿Hacemos un trato?

Estoy casado.

Creí entender que era viudo.

Administrativamente lo soy.

Ayúdeme a encontrar a mi hija. ¿De acuerdo? Le pagaré el precio que pide.

No le he pedido nada.

Pero no soy tonta.

Me enseña el dedo índice curvado hacia dentro.

¿Ha hecho alguna vez habitaciones?

¿Habitaciones?

De hotel. Durante años hice habitaciones en el Gran Hotel Edén. Conozco esa mirada suya. Allí conocí a mi primer marido. Yo venía de un pueblo cerca de Maastricht, ¿sabe dónde está?

En Holanda.

En realidad, es la capital de Limburgo. Mi padre tenía una granja de visones. Ayúdeme, dice Eva, ayúdeme a encontrar a mi hija. Y yo...

He dicho que...

Solo debe tener el valor de pronunciarlo.

Su mano se ha detenido a un milímetro de la mía. Quizá por eso la aparto de mí como si fuera una mujerzuela y ella lo acepta sin ofenderse. Se aleja y cuando está a suficiente distancia escucho decir a la camarera:

¡Pobre! No se lo tenga en cuenta.

¿El qué?

Cada noche lo mismo. Cada noche con uno diferente. La misma comedia... Es solo que tiene que ganarse la vida, otras no

tenemos más remedio que trabajar.

27

Segundo día

Antes de lo de Monica dormía del tirón. Luego llegó el insomnio. Me despertaba y no lograba conciliar el sueño, daba vueltas por la casa, me tomaba un vaso de agua, abría un libro, lo cerraba, me sentaba delante del ordenador y al final volvía a la cama incapaz de apartar la vista de los números rojos del despertador. Las palabras de Eva vuelven una y otra vez, conozco el precio, había dicho, ¿el precio de qué? Solo debe tener el valor de pronunciarlo. ¿Valor? Diríase que se refería a algún tipo de ofrecimiento carnal, aunque conforme avanza la noche estoy convencido de que esas palabras encierran algún tipo de ambigüedad que he pasado por alto. Solo hay una explicación: se sabía observada y por eso se comportaba como una vulgar fulana. ¿Acaso no era eso lo que ellos esperaban que hiciese? Si hubiera cedido a sus insinuaciones, habríamos tenido la oportunidad de estar a solas, se hubiera sincerado sobre su hija y sobre el motivo real por el que me había pedido que huyéramos juntos, si es que buscaba algo de eso. Solo debe tener el valor de pronunciarlo. ¿El qué? Si algo eran esas palabras, ahora lo tenía claro, eran una petición de ayuda. Con Monica, docenas de veces, había tenido *esa* misma sensación, es decir, la de abandonarla a su suerte cuando en realidad clamaba mi atención y ayuda. Ella nunca había pronunciado palabras como *escapar* o *huida,* nunca había dicho ayúdame, aunque no había buscado en mí otra cosa desde que abandonamos Berlín. Exactamente eso había sentido también el día en que me llamó por última vez, la sensación de que algo terrible iba a ocurrir. Y al igual que con Eva y su hija muerta, había dejado a mi mujer en la estacada ignorando su provocación y ahondando en lo irreparable

de la fisura que nos separaba. Incluso Monica me había llamado por última vez desde la cafetería de un hotel de Madrid, a dos mil kilómetros de este. Hay una teoría según la cual, si quieres explicar un fenómeno para el que existen dos o más hipótesis, lo más razonable es aceptar la más simple, es decir, la que presenta menos supuestos no probados. Según esa hipótesis, conocida como la navaja de Ockham, Eva solo era una prostituta y no había doble sentido en lo que había dicho, solo hablaba de sexo y de un precio negociable. Conozco las trampas del insomnio y los gobiernos que deforman lo blanco y lo concreto en una sustancia turbia donde todo, incluso lo más improbable, tiene cabida. Docenas de veces, en ciudades de todo el mundo, me había encontrado la misma mujer en cafeterías parecidas, chicas que esperaban una copa o una palabra de compañía, mujeres que terminaban por susurrarme en inglés palabras de valor, y no una, sino mil veces, había fantaseado con subir con ellas a la habitación. Monica estaba muerta, yo era viudo y esa tal Eva no me recordaba a aquellas chicas de vestidos rutilantes excesivamente maquilladas, sino a *su* reencarnación, acostarme con ella solo hubiera sido algún tipo de simulación, algo no tan diferente de mi experiencia holográfica días atrás. Quizá Monica y Eva no se parecen en absoluto. Quizá soy yo el que necesita sobreponer el rostro de Eva al de mi mujer para hallar el perdón. ¿Acaso no es lo que hacemos después de haber amado? ¿Acaso no buscamos siempre en el otro lo inalcanzable?, ¿lo que ya hemos perdido? ¿No es ese el motivo de que nos condenemos al más duradero de los infiernos?

Cierro los ojos.

¡De qué estás hablando!

Un pequeño anillo de luz resbala por la superficie de mi córnea. Chloé duerme en la 363. Al otro lado de la puerta no se escucha ni un ronquido, ni una respiración. No he visto luz alguna atravesando la ranura inferior. Duerme en absoluto silencio y me pregunto qué sucedería si entrara en su cuarto. La sorprendería con la vista en el falso techo, los ojos chispeantes y un arco voltaico a modo de diadema como ese robot de Fritz Lang —y la imagen de Chloé así, en blanco y negro, con el pelo erizado por la electricidad

y los ojos abiertos al máximo, me hace reír— o quizá sacaría un espray de pimienta que guarda bajo la almohada, lo que parece más lógico en alguien de su temperamento. Donde sí he escuchado ruidos —golpes y zarandeos— ha sido en el tabique de la 361. Eran un grupo. Llegaron anoche armando jaleo. Dos hombres y una mujer. Por un momento, aunque lo descarté de inmediato, pensé que ella podía ser Eva. Susurraban y gemían y daban golpes en el cabecero y casi podía imaginar ese trío mecánico, una ginoide y dos hombres, uno por delante y el otro por detrás, una encima y otro debajo, ambos forcejeando... Di unos golpes en la pared y los ruidos cesaron de inmediato.

Son las cinco.

Me levanto.

El suelo está frío.

Son baldosas de terrazo negro.

La calefacción debe de estar apagada.

Arrastro una de las sillas hasta la ventana.

La luz del día asoma entre las montañas de la cordillera.

En la calle principal del pueblo no hay un solo movimiento: ninguna ventana abierta, nadie detrás de las cortinas, tampoco carteros o repartidores, ninguna furgoneta, ni un solo sonido. En el horno, donde siempre se madruga, nadie amasa pan y en la estación de trenes, ayer bulliciosa, no hay convoyes ni se escucha la megafonía. Es como si este pueblo fuera un inmenso belén sin vida. La pared de roca que rodea el valle multiplica la sensación de aislamiento. Cada cierto tiempo se escucha un cascanueces... ¿Por qué un cascanueces? ¿Qué sabes tú de pájaros?, ¿de ese pájaro? Podría ser cualquier otro, incluso no ser ningún pájaro. Los cascanueces se alimentan de piñones de pinos piñoneros y en el saco sublingual pueden guardar treinta y dos de esos piñones..., ¿y tú cómo sabes todo eso de repente?

Suenan las campanadas en la iglesia del Buen Pastor.

Cinco campanadas.

Una, dos...

Cuatro, cinco.

Cada una es independiente de las demás y deja un brevísimo

lapso de silencio con la que le precede. Es entonces cuando, en la calle principal, aparece una camioneta. Es la misma pickup que vi en la gasolinera, el mismo radiador cromado y los faros dobles, solo que ahora no la conducen los cazadores, sino dos militares de uniforme que me recuerdan a los soldados de la Gebirgs-Brigade que vi en la recepción del hotel. Los soldados miran hacia mi ventana y me saludan. Doy un paso atrás y ellos dejan la llave de la furgoneta en el guardabarros como si quisieran asegurarse de que los veo.

Luego se marchan.

Entonces es como si alguien pulsara el botón de encendido y una modesta horda de trabajadores sale de todos los callejones y se une a los que llegan por la avenida principal. Caminan a la vez y parecen tener una dirección inequívoca. Algunos bostezan y otros no dicen nada, la mayoría se muestra cortés con los que vienen de frente. La oficina de correos levanta el cierre. El escaparate de la panadería se ilumina e instantáneamente huele a pan recién hecho. Los tambores de la lavandería comienzan a girar. El chico vocea los titulares de los periódicos y el semáforo se pone en verde. Los autos se detienen. Los peatones cruzan. Nadie diría que hace solo unos segundos no había un alma en esa calle comercial.

Entonces le veo.

Camina cabizbajo, entre el resto.

Lo hace con el mismo periódico doblado bajo el brazo, pero, a diferencia de ellos, mira hacia atrás como si alguien le pisara los talones. Ese hombre no es otro que yo mismo o alguien que se me parece muchísimo. Así que ese ha sido el juego desde el principio. Enfrentarme a mi yo artificial. A mi representación, al que han podido construir a base de los datos que he ido diseminando toda mi vida. Parpadeo con la esperanza de que al abrir los ojos mi doble se haya desvanecido, pero al hacerlo, compruebo que, lejos de eso, mira hacia mi ventana boquiabierto haciéndose las mismas preguntas que, sospecho, me hago yo.

28

Cuando bajamos al desayuno, Chloé se hace la tonta. Dice que debemos repasar la agenda del día. Sobreactúa tanto que resulta casi convincente. Por un segundo estoy tentado de preguntarle sobre ese tipo del pelo rojo que acabo de ver en las escaleras de la estación. Lo que sí parece cierto es que la corporación sabía que estaría despierto a las cinco para encontrarme con esa versión simulada de mí y que todo forma parte del mismo plan.

Digo que le va a impresionar.

¿El qué?

¿Ya ha aterrizado?

No he dormido bien.

Digo que le va a impresionar la granja.

¿Qué granja? ¿También crían vacas mecánicas?

Chloé se ha servido gachas de avena y unos panecillos de mermelada de ciruela.

Corderos. Corderos de verdad. Están muy orgullosos de la especie autóctona que han criado en estos bosques.

Me muero de ganas, digo bostezando.

¿Por qué no ha dormido bien?

¿Y usted?

Desde niña tengo el sueño profundo.

¿No le molestaron nuestros vecinos?

¿Qué vecinos?

Los de la 361.

¿La 361?

Se lo montaron a lo grande.

¿Qué quiere decir?

Una orgía..., ¿no oyó nada?

¿En serio?, dice sofocando la risa.

Hay que reconocerles que se preocupan por los detalles.

No puede ser.

¡Quizá era una película!

¿Una película?

Porno.

No, lo que quiero decir es que no existe la habitación 361. Supongo que lo que debió escuchar fue el ascensor. El hotel se remodeló hace siete años y dejaron ese motor horrible. ¡No se imagina el ruido que puede hacer cuando pierde aceite!

Sé cómo suena un motor.

Le digo que...

Eran gemidos. ¡Gemidos humanos!

¿Y cómo eran esos... gemidos?

Ya se lo he dicho. Como todos los gemidos.

Hablaré con Yos para que engrasen el motor... Quizá era Eva. Por cierto, ¡ayer estuvo estupendo!

¿A qué se refiere?

Es usted tan romántico.

¿Lo grabaron? Ella no es ese tipo de mujer.

¿Y cómo sabe qué tipo de mujer es Eva? Así que es eso..., así que le gustó. Dígame la verdad, ¿a que le encantó que le pidiera que la salvara?

No me pidió eso.

Que la sacara de este lugar. ¡Sálveme!, ¡sálveme!, tendría que haberse visto. ¡Quién puede resistirse a la tentación de ser un héroe! Y cuando ella acercó su mano a la suya... ¡era tan gracioso! Se le veía tan nervioso, tan vulnerable...

Chloé repite el mismo gesto que Eva hizo anoche sobre el mantel de la mesa.

¡No diga idioteces!, digo retirando la mía.

Sabíamos que le gustaría.

¿Estaba todo preparado? ¿Todo era mentira?

No se enfade.

Pero estaba borracha.

O eso parecía.

Pero ¿lo estaba o no? Ella... ¿es una de... sus cosas?

Si lo supiera y se lo contara, perdería la gracia, ¿no cree? Pero no lo sé. Lo que sí puedo decirle es que fue un éxito. Fuera de aquí, quiero decir. Su cita..., ¡qué digo!, ¡un maravilloso éxito!

No acabo de entenderla.

Parecía uno de esos actores trasnochados de los sesenta. Incluso a mí me conmovió. ¡Tres millones de audiencia directa!

Así que retransmitieron...

Y solo es el principio. A la gente le encanta...

¿El qué?

Los *lovecome*. ¿Sabe? Romeo y Julieta, esas historias de amor, ya me entiende. La historia de la humanidad es ese argumento despreciable... Si vamos por ahí será todo un éxito. El antropólogo y la prostituta.

¡Pensé que era un secreto!

No sea plomo. Ellos ven lo que nosotros queremos que vean. Todo se filtra.

Se censura.

Cortamos los imprevistos... Créame, solo hay un ligero retardo. Milisegundos entre lo representado y lo... ¿De verdad?

De verdad, ¿qué?

¡Que alguien como usted se lo tragara! ¿Una viuda cuyo marido es un militar homosexual condecorado que se mató bebiendo? ¡Por Dios! No me malinterprete. Lo de Eva fue espectacular... pero usted estuvo sublime. Hizo exactamente lo que...

Qué es exactamente lo que hice.

... ¿Sabe lo que es la TSNR?

Está de broma, ¿verdad?

Esta noche estarán pegados al canal.

¿Esta noche?

Emitiremos el segundo episodio.

¿Qué episodio?

Como le digo, si se lo contara, perdería la gracia.

No voy a prestarme a sus juegos.

No se preocupe, contamos con ello.

¿Con qué?

Con que usted no quiera. Pero actuará.

¿Actuaré?

Ese es el principio básico de la representación, ir en contra de su voluntad. Solo así obtenemos actuaciones consistentes.

Imagino a mi hija viéndome ayer hacer el ridículo en el sofá de su nueva casa, riéndose, comiendo palomitas o lo que sea que se coma en ese suburbio del sur de Londres.

¡Pero es inmoral!

Le contó lo de su hija... ¿Le dijo que no estaba muerta? ¿A que sí? ¿Le contó lo de los fumigadores? Esa sí que es buena.

¿Y no es cierto?

Solo a medias. Ella les llama cada semana. Otra cosa es que luego vayan. ¿Le parece atractiva?

Y eso qué tiene que ver.

¿Le gustaría..., ya sabe?

Muy graciosa. No se le ocurra ir por ahí...

Relájese, solo ha mordido el anzuelo. Y no le gusta morder anzuelos, lo entiendo, a nadie le gusta.

No es eso.

¡Ayúdela!

¿A quién?

A la gente le gustará que la ayude a escapar. Es solo una mujer desesperada... A pesar de todo, es lo que quieren ver.

¿Y qué tiene que ver esto con Monica?

Seguro que lo averigua pronto, si es que no lo ha averiguado ya. Según Wil la suya es una de las cabezas más prodigiosas del siglo... Eva le pidió que la ayudara, ¿no?, y ayudar libera serotonina, sobre todo en los hombres de cierta edad como usted... La compasión..., ¿cómo era eso...?, ¿quién lo escribió?

¿El qué?

La compasión es solo la forma más excitante de erotismo.

De repente me sorprendo gritando en mitad de la sala. Los dos o tres clientes que giran alrededor del bufé nos miran con sus platos a rebosar de panecillos cubiertos de semillas y salchichas escalfadas.

Tranquilícese.

Así que puede decirse que voy perdiendo.

Si quiere verlo de un modo binario, supongo que sí.

¿Tan previsible soy?

No se lo tome de ese modo.

¿Quiere decir que actúo como una máquina?

Nos esperan...

Deme cinco minutos.

... los del comité...

Tengo que pasar por la habitación.

¿Para qué necesita subir ahora?

¿No dice que soy tan previsible?

La dejo con la palabra en la boca. En la recepción, el director está detrás del mostrador y observo en el casillero de la correspondencia que, en efecto, cada habitación tiene su número y existe la 362 y la 363, pero no la 361. Subo en el ascensor y escucho el ruido de las poleas y sé que no se parece en absoluto a lo que oí anoche. En la tercera planta busco la 361, cualquier cuarto —una cámara falsa entre el ascensor y la fachada— pero, de existir, sería tan estrecho que no podría alojar siquiera a una persona, mucho menos a tres.

29

Desde las afueras de la colonia se llega a las granjas a través de la arcada de granito del puente medieval. Justo al otro lado, en la umbría de la montaña, comienza una pista que serpentea entre el sotobosque de coníferas. Adentrándose en él, apenas si llega la luz al suelo. Avanzamos por este lugar con las ventanillas bajadas, despacio, fascinados por la ausencia absoluta de sonidos, apenas el motor del Taunus y las finísimas hiladuras de agua que se descuelgan de las raíces de los troncos ciclópeos. Llevamos recorridos cuatro o cinco kilómetros cuando el bosque se abre y comienzan las hectáreas de maizales cuyas cañas agita un viento áspero y húmedo. El camino alcanza un rectángulo casi perfecto, como si la cosechadora hubiera arrancado tiras enteras de sembrado alrededor de lo que parecen las tres naves grises de la granja.

A la entrada nos espera el comité. Reconozco a la mujer del sobrero rojo, a su hija pequeña, a la señora Schäfer y al anciano que ayer estaba en la primera fila y que hoy lleva una ridícula casaca de doble abotonadura. No veo a Eva. Elsa alaba nuestra puntualidad y al pasar al interior empieza a hablar de la llamada galería de los retratos, docenas de cuadros de prohombres y militares en poses castrenses o hieráticas, ancianos con bigotes a la inglesa y la pechera llena de condecoraciones. En la galería, además de retratos, hay todo tipo de utensilios: pieles curtidas de vaca, un pilón de piedra, una trituradora con lascas de sílex y una canasta de mimbre en cuyo interior veo unos ganchos afilados como guadañas de juguete.

Son para destazar, me aclara la presidenta.

¿Destazar?

A los animales.

Antes, dice, se separaban los músculos de los tendones con eso..., en manos de alguien poco diestro puede ser una operación muy dolorosa.

No quiero herir susceptibilidades y muestro todo mi interés por el proceso de descuartizamiento de los corderos. Chloé y la señora Schäfer van por delante. Las dos mujeres que me acompañan llevan abrigos del mismo pelo blanco y nudoso. En el futuro nadie llevará esas pieles, pero, por el modo de caminar con la espalda erguida sospecho que para ellas son el sumun de la elegancia. Pregunto por una saca de monedas antiguas. Son de plomo y en el dorso tienen un símbolo troquelado, una de esas serpientes que se muerden la cola y que en ciertas culturas celtas representa el eterno retorno.

Pertenecieron a un emperador bizantino.

Quien habla es un granjero que acaba de abrir la puerta.

¿Bizantino?

Tiene el pelo y la barba blancos, y en la mano, a modo de callao, una pértiga de metal que refuerza su aspecto mesiánico. Se presenta como Lars y dice que es el último de los Von Welinguert.

El último de mi estirpe, subraya.

Ya tenía yo ganas de conocer a uno de ustedes.

Nadie diría que es un aristócrata con esas botas de goma y ese mono blanco, más bien parece un matarife, lo que sin duda se aproxima más a la verdad. Pasamos a la siguiente nave. Esta es más grande que la anterior y los techos, exentos en toda su altura, están cruzados por inmensas cerchas de metal. Unos pájaros negros sobrevuelan los huecos de la estructura. Justo debajo hay un barco, una especie de gabarra con el casco abarquillado y las costillas acodadas con tablones.

Llevamos meses construyéndola, dice Lars.

¿Esperan un diluvio?

Nadie capta la ironía. Las gotas de lluvia que caen sobre la chapa de la nave parecen una advertencia macabra.

Ya ha empezado, dice Lars.

¿El qué?

La *Gerichtsturm,* dice señalando hacia arriba, el Fin.

Parece que habla en serio.

No tenemos nada que temer. La construimos siguiendo los patrones del Arca.

¿Hay otra arca?

La hubo.

Lars me cuenta que los fundadores construyeron esa arca original y que, gracias a ella, se libraron del primer diluvio, navegaron durante cuarenta días desde el monte Ararat y luego los cielos se abrieron y los valles se secaron y en el primer lugar donde desembarcaron edificaron el valle sagrado del Bahnstadt.

Creo que conozco la historia.

Joseph Campbell escribió hace décadas sobre el estrechísimo vínculo entre el fenómeno religioso y la identidad de grupo. Pero ¿de verdad alguien puede pensar que una barcaza endeble navegó desde Armenia durante cuarenta días para terminar varada en el valle de Bahnstadt? Para el mitólogo estadounidense no hay grandes diferencias entre una religión y otra, ninguna en realidad, el *Gilgamesh* contenía elementos del *Libro de los Muertos* y el *Ramayana* copiaba aspectos del *Mahabharata,* la Biblia, quizá el menos original de los textos sagrados y también el más moderno, contenía partes calcadas de la Torá judía y el Corán. ¿Por qué no iban los Von Welinguert a ser los protagonistas de otro Antiguo Testamento? ¿Acaso no existía en pleno siglo XXI un renacer de las sectas literalistas que, desde la nación más evolucionada del mundo, defendían que el Arca de la Alianza podía verse desde los satélites en las tierras de Anatolia o Irán, que creían en la Sábana Santa y, en definitiva, consideraban indiscutible la existencia de un Gran Diseñador Inteligente?

Un relámpago ilumina los ventanales de la nave.

Deja tus cuentos de vieja, dice Elsa. Estás asustando a nuestro invitado.

Cuando el pecado cubra la tierra, el mal se apoderará de sus hijos y este lugar volverá a ser lo que fue, un edén bullente de vida, de luz y de paz. Si alguien quiere brillar como el sol, primero debe arder como él.[1] Y ahora, dice Lars, verá lo que pocas personas han visto en el mundo.

Corderos.

Corderos y corderos.

Multitud de ellos.

Lo que pocas personas han visto en el mundo es una especie de cordero blanco autóctono criado por millares en esta granja y codiciado, según Lars, por peleteros de medio mundo. Sé poco de pieles —nada, en realidad—, pero hasta donde recuerdo el cordero nunca fue especialmente codiciado por ese atributo. Lo que distingue a nuestros animales, añade Lars, no es el color, sino la textura del pelo, toque, toque, nuestros corderos son desparasitados cada dos días, preservados de todo contacto con el exterior. Son puros, no están contaminados. Lo que yo veo, sin embargo, son docenas de jaulas apiladas en una cuadrícula inmensa de quince o veinte alturas, cubos perfectos de un metro de largo por un metro de alto por un metro de profundo, que, por efecto de la perspectiva, parecen una de esas imágenes monocromas de píxeles degradados. Dentro de cada jaula hay tres o cuatro ejemplares que apenas pueden moverse. Lars me aclara que su número depende de la edad: los que aún no han sido destetados, dice, como estos, viven en grupos porque no soportarían la soledad; pero los mayores, los que están en los primeros pasillos, prefieren vivir solos sus últimos días.

Fuera sigue lloviendo, pero dentro solo se escucha el balido de los animales. Jamás había imaginado que un cordero pudiera chillar así, literalmente; de uno en uno, ese sonido es incluso enternecedor, pero superpuestos harían enloquecer a cualquiera. Apesta a excrementos y leche agria. Los restos de heno y las bolas de pienso se acumulan en las canaletas del pasillo. Por gestos, Lars nos dice que le sigamos. El olor es tan intenso que no creo que aguante. Un operario con tapones en los oídos trae unas batas y unos gorros de plástico y nos dice que debemos ponérnoslos, también los patucos y los guantes.

Viven como reyes, escucho decir a Lars.

Varios de este pueblo matarían por comer ese pienso, añade.

Pienso en lo que diría el Movimiento Abolicionista de la Crueldad Animal, que logrará prohibir las macrogranjas en unas décadas al demostrar los efectos nocivos de las concentraciones de nitratos presentes en los purines de las aguas residuales.

¿De verdad piensa que viven como reyes?

Es lo que ellos creen, dice riendo, como verdaderos reyes. No han visto otra cosa.

Es entonces cuando me doy cuenta de que el pasillo central se abre a otros secundarios, y estos, a su vez, a unos terciarios: un dédalo de pasillos ortogonales que van del suelo al techo. Desde fuera, la nave parece grande, pero desde dentro es inmensa y sería muy fácil desorientarse. Cuando me acerco a uno de los animales observo que tiene las pupilas rectangulares y los ojos velados. Hay algo raro en esa mirada y Lars no tarda en aclararme.

Están ciegos.

¿Ciegos?

Por la luz.

¿La luz?

Precisamente por la luz.

Lars me explica que los focos están encendidos veinticuatro horas y que sus pupilas son muy sensibles al vapor de sodio.

De todas formas, añade, es lo mejor.

¿Lo mejor?

Para que no vean. Para que nunca vean el exterior.

¿Afuera?

Solo así pensarán que su vida es maravillosa.

La presencia del grupo les pone nerviosos y uno de los ejemplares mordisquea los alambres de su jaula. Otro, cubierto de pequeñas glebas de color marrón, se lanza contra el cebadero.

¿Usted cree?

Fíjese.

Toma el báculo y lo pasa por los alambres e inmediatamente una estela de chispas surge del extremo y los corderos se encogen de dolor al fondo de la jaula. A los pocos segundos, emergen de las sombras completamente mansos. Si llegara a trascender la crueldad con que tratan a estos animales, la corporación se enfrentaría a un

grave problema de imagen y, con toda probabilidad, a una demanda millonaria. Supongo que son este tipo de secretos los que quieren preservar.

¿Y nunca salen de las jaulas?

¿Se imagina lo que es vivir en un universo de un metro cúbico?

Pero necesitarán salir.

Si salieran, se sentirían aterrados, no entenderían, enloquecerían..., y su piel podría contaminarse, dejarían de ser lo que son...

Pero sufren.

No pueden sufrir porque no saben qué es el sufrimiento.

No están hechos de dialéctica. Son animales.

Digamos entonces que su estado natural es el sufrimiento. ¿Por qué habrían de pensar que hay otro estado diferente? Nacieron para ser corderos y cargarán con su cruz.

Sí, ya sé, el pecado original..., y tienen que morir para...

De repente me parece un esfuerzo titánico tratar de convencer a Lars de lo inhumano de sus métodos. Uno de los corderos del nivel inferior tiene un tumor del tamaño de una mandarina detrás del cuello; otros tienen cicatrices o cojean. Sé por qué me han traído a esta granja. También nosotros desconocemos las dimensiones de nuestro universo, qué es la materia y cosas por el estilo, vivimos ciegos igual que los colonos se ignoran juguetes de un ególatra llamado Wilhelm Keitel, igual que estos corderos que nacieron con el pecado de ser inocentes. Qué pasaría si pudiéramos multiplicar esos mundos como matrioskas rusas, es decir, uno dentro del otro, un mundo de corderos dentro de un mundo de autómatas dentro de un mundo de humanos dentro de..., en definitiva, mundos crecientes en complejidad aislados de los niveles superiores por una lámina cognitiva: ningún individuo de un nivel inferior podrá acceder al superior, salir del recinto, conocer lo que ocurre fuera, igual que esos corderos solo perciben de Lars su crueldad así tampoco nosotros podemos alcanzar esa entelequia que unos llaman el demiurgo y otros Yahvé, el universo como una inmensa cebolla compuesta de estratos en cuyo centro

no hay nada. La esencia, el *ultimum,* un mundo subatómico de electrones girando enloquecidos en una sinergia impredecible. Así todos vivimos ciegos a la espera del sacrificio, culpables, dándonos golpes contra las paredes e incapaces de entender el porqué, quién es Lars o Wilhelm o el mismísimo...

Sufren, murmuro, sufren mucho.

¿Cómo lo sabe?

Lo sé.

Mire, ya hemos llegado.

En el centro de la nave hay una pequeña sala. A diferencia del resto, sus paredes están alicatadas. De lado a lado cuelga una guirnalda de luces violáceas. Según me cuenta Lars, la sala se insonorizó con paneles de heno y ese es el motivo por el que, una vez cerrada la puerta, dejamos de escuchar el balido de los animales. Justo delante hay una galería con barrotes. Cuando la trampilla se abre todos permanecemos expectantes. Durante un segundo no sucede nada, pero Lars mantiene la sonrisa en el rostro. Lo primero que vemos es parte de la cabeza de un cordero blanco, la pezuña. No quiere entrar, pero los otros animales le obligan a avanzar. Se detiene a mi altura y me mira, aunque sé que no puede verme. Lars usa su pértiga para hacerle avanzar y nos explica que este ejemplar cumple exactamente un año de vida.

¿Y por qué un año?

Por el grosor de la piel. Lo sacrificaremos para el *Weltuntergang.*

Claro, claro.

En el libro sobre las niñas había dedicado casi un capítulo a esa especie de celebración del fin del mundo que sigue vigente, no solo en el corazón protestante de Europa, sino en el mundo. Los mayas lo llamaban Baktún, los ancianos hopi, Tuwaqachi, los asirios babilonios, el Gilgamesh y casi siempre se hacía acompañar de sacrificios no solo de animales. Por ejemplo, para los fore, el fin del mundo conllevaba la ingesta de sus muertos para que el yesegi, una especie de poder ancestral, pasara de padres a hijos.

Pero aún queda un año.

¿Un año?

Todos ríen.

Será el sábado.

¿Qué sábado?

Este sábado.

Las niñas habían muerto tres días atrás. Yo mismo había presenciado el simulacro de su funeral. Para ellos siete días eran un año, su tiempo no era el nuestro. Un ser artificial no se aburría ni se cansaba, no tenía contradicciones. Lo que para un humano supondría días y meses para decidir, era para ellos instantáneo. Mientras estuvieran en funcionamiento, evolucionarían. De las gateras asoman las cabezas de media docena de corderos. Un operario recibe al primer ejemplar y lo acuna contra su pecho como si fuera un bebé. El cordero recibe el que acaso es el primer contacto humano de su vida. Está asustado, confundido. Le ponen una especie de bocado de goma que muerde.

Aquí solo practicamos el *kosher,* dice Lars, ¿sabe lo que es?

Kaparot.

¿Cómo?

Es la palabra judía para el sacrificio.

Una muerte sin dolor ni sangrado.

De ese modo no dañamos la piel, añade el operario.

Lars levanta la mano y el otro toma al cordero por la cerviz y lo pone sobre la tablilla metálica, luego conecta una especie de electrodo a su pata trasera y al lóbulo frontal.

Silencio, pide Lars levantando las manos.

El cordero nos mira.

Ladea el cuello.

Puedo escuchar su respiración.

Chloé mira hacia el techo.

Durante diez segundos se nos permite observar el temor del animal. De repente se oye un zumbido y la aguja del amperímetro baila, el cordero se encoge y acorta su cuello mientras los cuartos traseros empiezan a temblar. Se escucha el castañeo de sus dientes al romperse y los globos oculares sobresalen unos milímetros. Huele a chamusquina. Recuerdo cuando Monica me hablaba de la sensación de que su mandíbula iba a desencajarse durante las

terapias electroconvulsivas. El cordero no ha muerto, todo lo contrario, parece más tranquilo. Una nueva descarga y el corazón colapsa y cae fulminado.

¿Era necesario?, le pregunto a Chloé.

Le dije que era impresionante.

Lars, visiblemente satisfecho, nos dice que no siempre es tan sencillo y que hay corderos que tardan cuatro o cinco minutos en irse. No podemos usar descargas altas, dice, dañarían la piel; tampoco demasiado bajas porque los someterían a un estrés innecesario.

Necesito respirar.

En vez de utilizar la puerta por la que entramos, salimos por otra. Es un cuarto con una intensa luz roja. Colgados de ganzúas y goteando sobre las medias cañas de los desagües hay cientos de corderos degollados y sin piel. Sobre una mesa hay punzones y cuchillos de desollar, tijeras y buriles de todo tipo, serruchos y mazas...

¿Adónde va?

Chloé me alcanza fuera.

Nos rodean las montañas y trato de inhalar aire, pero mi angustia se transforma en un vómito rojizo que salpica la punta de mis zapatos.

30

Mientras volvemos por la pista, regresan las náuseas y le pido a Chloé que se eche a un lado.

¿Quiere que pare en mitad del bosque?

Igual prefieres que vomite en tu bonita tapicería.

Chloé se detiene en el arcén. Me alejo por una senda que discurre en paralelo a la carretera y trato de caminar en línea recta. A pocos metros por detrás, escucho el sonido del neumático aplastando la gravilla:

¿Está bien?

Volveré andando.

¿Y la sesión?

¿Qué sesión?

El seminario de hoy.

Quedan cuatro horas..., será mejor que me dé el aire.

Esto no es Ámsterdam, aquí hay animales, mapaches y cosas así...

¿Cree que va a devorarme un mapache?

Si se pierde, no podré saber dónde está. La última vez casi pilla una pulmonía..., ¿recuerda?

Solo necesito pasear, ¿entiende? Tomar el aire, pensar un poco... Nos vemos en tres horas en la recepción.

No salga del camino, dice, es fácil perderse. El bosque es siempre igual, una vez dentro es fácil desorientarse... Si sigue recto por aquí durante diez minutos, llegará al puente y desde allí al hotel hay... ¿Sabrá llegar?

Sin esperar mi respuesta el Taunus arranca y se pierde al girar en uno de los recodos del camino. Miro hacia el interior del bosque. Los pinos son tan grandes que, aunque quisiera abrazarlos, no alcanzaría. Calculo que los del fondo deben medir más de veinte

metros de altura, aunque lo asombroso no es su longitud, que también, sino lo rectilíneos y completamente paralelos que se elevan como si, en vez de organismos vivos, fueran vectores idénticos clavados a la tierra. Sus penachos se balancean a la vez contra el azul. Es como si cada raíz y cada rama siguiera el mismo patrón iterativo y riguroso. Incluso las ondas que provocan las gotas que se desprenden sobre los charcos son concéntricas, resultantes de una ecuación cuadrática. El mantillo de agujas de pino forma un tejido vascularizado y las hiedras envuelven la red cilíndrica de los troncos.

Siento un leve pitido en mis oídos.

Otra arcada.

El sudor ha empezado a enfriarse en mi espalda.

Es entonces cuando veo ese mojón de piedras, uno de esos túmulos que los pueblos nórdicos utilizan para señalizar lugares elevados y enterramientos. Las zarzas se entretejen a su alrededor formando una barrera que lo mantiene oculto. Entre las piedras, atrapado entre pequeñas raíces, distingo un papel que sobresale. Sin duda lleva mucho tiempo allí. Es la partitura con la que Annie Härtmann estuvo obsesionada toda su vida: *Le Trille du diable,* editada por Ernst Eulenburg en Leipzig en 1905. A los dos años de las muertes fue ingresada en el sanatorio de Boschstraat, donde falleció a los treinta y seis años debido a trastornos alimentarios derivados de sus delirios. Durante esos años dibujó cientos de veces las mismas armaduras y bemoles en las paredes acolchadas del sanatorio.

¿Qué ha sido eso?

Alguien a mi espalda, entre los arbustos.

Un puñado de hojas secas.

¿Quién anda ahí?, grito al fondo del bosque. Pienso en el mapache del que me ha hablado Chloé.

¡No tiene gracia! ¡Sal ya!

Los pinos están tan juntos en esta parte del bosque que es como si compartieran la raíz. No me sorprendería toparme con uno de esos faunos con sus patas de carnero tocando la siringa e interpretando a Tartini... Rodeo las zarzas y distingo a mis pies

unos estolones partidos, las huellas de unas botas semihundidas en el barro. Con los dedos bordeo el resalte y compruebo que pertenece a unas botas de adulto similares a las mías. Algo más allá hay otra huella, y una más..., trazo la línea imaginaria que las une y justo al final de esa línea veo el movimiento residual de una rama.

Sé que estás ahí. No te escondas.

La línea de la carretera se pierde entre los árboles y valoro si perseguir a quien me estaba observando. El bosque es igual en todas direcciones y, si lo hago, perderé de vista la carretera y con ella la única referencia que tengo, pero si quiero averiguar la verdad, debo ser imprevisible. Que mi observador huya, aviva mi valor: si me teme es porque soy temible.

¡Espera! No te voy a hacer nada.

Me detengo y escucho el sonido de sus botas deteniéndose también. Avanzo y él avanza. Cuando levanto la vista, por fin veo una silueta observándome detrás de un matorral, agazapado como si creyera que es invisible. Es él. El tipo que vi esta mañana. Distingo el color rojizo de su pelo antes de que eche a correr de nuevo. No puedo ver ya la pista forestal. Sé que el hombre al que persigo no es otro que Immanuel Schulz, el músico de las niñas, el mismo que logró escabullirse esta mañana en la estación de trenes. A los pocos minutos mi lamentable forma física me obliga a desistir. A mi alrededor todo es una masa de helechos y lianas.

Por favor..., solo... so...

De repente Schulz se detiene. Le veo pararse y solo entonces se da la vuelta y viene hacia mí. Me mira como esta mañana, sin dar crédito.

Te lo puedo explicar. Te puedo explicar todo, le digo.

Nos parecemos tanto que podríamos ser gemelos, quizá él es algo más alto que yo, pero, por lo demás, somos el mismo con la pequeña diferencia de que yo soy el humano y él un simulacro, o el símbolo, o la metáfora de lo que sea. Los antiguos pueblos irlandeses acuñaron una palabra para los que son como él: los *fetch.* Criaturas del bosque sin vida cuya visión era un mal augurio para el aparecido, se apropiaban de su alma, le transformaban en

poco más que un muerto viviente. Sé quién soy y quién es él, aunque seguramente, si estoy en lo correcto, él piense algo similar. Pasados unos segundos me hace un gesto para que le siga. Caminamos unos metros, siempre separados, y llegamos a lo que parece el límite del bosque. Más allá solo se distingue un baldío amarillo y llano, una especie de desierto continental que contrasta con este bosque frondoso y casi impenetrable. Immanuel coge una piedra del suelo y la lanza al aire y cuando esta alcanza la mitad de su parábola, desaparece, literalmente se desintegra en el aire. Es como si hubiera un campo invisible, una línea infranqueable que no vemos. Así que Schulz me ha traído hasta el confín de esta simulación para que entienda que hay un perímetro y un límite y por tanto también una salida. Solo estamos en una jaula. Igual que esos corderos mansos. Eso es. Doy un paso hacia él y siento un intenso dolor en el pie. De repente un escozor sube desde el tobillo y cuando bajo la mirada veo un cepo, una de esas viejas trampas de osos que he pisado sin darme cuenta. La mandíbula de hierro herrumbroso se ha cerrado alrededor de mi tobillo, y cualquier movimiento, por mínimo que sea, multiplica el dolor. Intento abrir la trampa con mis manos, pero el muelle debe de estar oxidado y apenas si cede unos milímetros.

Ayuda, por favor.

Immanuel se ha acercado unos pasos, casi podría tocarme, pero en vez de ayudarme sonríe desde detrás del tronco. Sé que voy a desmayarme de un momento a otro. La sangre que empapa mi calcetín es real, mira, le digo, yo soy el de verdad. Tú eres... tú.

Schulz sonríe.

Por un momento parece que me ayudará, pero lo último que veo es su espalda alejándose entre los arbustos y a él levantando la mano y diciendo adiós.

31

Despierto al margen de la carretera con el pantalón empapado. Alguien ha vendado mi tobillo y el dolor, aunque más tenue, sigue presente. Lo primero que recuerdo es la mirada de Schulz, como si me acusara de lo mismo que yo le acusaba a él. Sin duda, al final debió de sentir remordimientos y me trajo hasta aquí. Desde el pretil del puente se distinguen las primeras fachadas del pueblo. Miro el reloj y compruebo que apenas si quedan treinta minutos para que comience el seminario. ¡Han pasado más de tres horas! Cuando trato de ponerme en pie es como si alguien hubiera sustituido mis huesos por barras de grafito y la inflamación limitara el giro de la articulación obligándome a caminar envarado, apoyado solo en el pie derecho.

¿Qué le ha pasado?, escucho que dice una voz. ¿Se puede saber qué demonios le ha pasado?

Un coche de la policía rural se ha detenido al otro lado del puente. Su conductor saca el codo por la ventanilla. Sé que es Simon Gehlker por el grosor del brazo y por la anchura de los hombros. El teniente es lo más parecido a la ley que hay en este valle.

Veo que ha tenido un accidente con una de esas trampas...

Solo es algo superficial.

Hay que desinfectar la herida. Esas trampas llevan en el bosque una eternidad. Están oxidadas y son peligrosas.

De verdad, no es nada.

Déjeme que le lleve a su hotel.

Pienso que andando no llegaré, así que accedo y ocupo el asiento del copiloto. Detrás viaja un joven que debe de ser su ayudante. Le vi en la fotografía de la recepción del hotel, junto al director —la misma mandíbula, el mismo pelo fino y lacio—, lo

que es imposible porque significaría que también este joven, casi un niño, formó parte de la sanguinaria Gebirgs-Brigade en los años cuarenta. Quizá por eso me resulta tan inquietante saber que tengo su mirada clavada en la nuca. Ladea el rostro para saludarme. El teniente apaga la radio y pone las manos sobre el volante abarcándolo casi por completo. Del retrovisor cuelga la fotografía de su mujer y su hija. No se parecen entre ellas. La niña tiene los pómulos marcados y el hueso frontal más amplio y la madre recuerda a Charlize Theron en aquella película en la que hacía de esposa de un pastor metodista.

¿Es su mujer?

Y mi hija... Christa... Son guapas, ¿verdad? Me siento afortunado.

Tiene motivos para ello.

El bosque es peligroso para alguien como usted... De ciudad, ya sabe..., y con lo ocurrido a esas tres niñas.

¿Se sabe ya lo que pasó?

Estrechamos el cerco, ¿verdad, Egbert?, pregunta al de atrás, ¿verdad que cada vez estamos más cerca de atraparlo?

Sí, señor, la presa está al caer.

¿La presa?

¿Vio a alguien en el bosque?, me pregunta.

¿Qué quiere decir?

Sospecho que saben perfectamente que Immanuel Schulz se oculta en algún lugar del bosque y esa pregunta, tan directa e inesperada, parece guardar algún tipo de doble insinuación. Si se lo oculto, sabrán que no estoy de su lado.

Sí, respondo, alguien me ayudó.

¿Alguien? ¿Un furtivo? ¿Llevaba escopeta?

No, no creo, al menos yo no la vi.

La suelen esconder... para que no les podamos acusar. Dígame cómo era.

¿Quién?

Ese cazador.

Pues era..., bueno, tenía el pelo... rojo.

¿Como usted?

Y un abrigo de lana negra.

Sospecho que no debe de haber en este lugar demasiados tipos que respondan a esa descripción, pero Simon reflexiona y añade:

¿Y dónde dice que le vio?

En el bosque, no sé. Escuché un ruido y me interné y a los pocos minutos había perdido la orientación.

¿Recuerda algo que nos permitiera ubicar el sitio?

Había un montón de piedras.

¿Piedras?

En el arcén, unas encima de las otras. ¿Sabe lo que es un *cairn?*

Un montón de piedras, ¿no? Usted lo ha dicho.

Los inuit los usaban para marcar la dirección astronómica del ártico, pero, sobre todo, para señalizar enterramientos.

¿Qué quiere decir?

Esas piedras... Las colocaron ahí esas cuatro niñas.

¿Y por qué habrían de hacer algo así?

Para ocultar sus mensajes.

¿Y usted cómo lo sabe?

A través del fondillo del pantalón puedo sentir la rigidez de la partitura que sigue en mi bolsillo. Debería explicarles lo que sé, que fue la policía del valle la que expuso la teoría del suicidio ritual con que se cerró el caso. Pero de repente tengo la sensación de ser no el cronista de entonces, sino un protagonista capaz de cambiar el relato, , la narrativa de esas muertes, un actor implicado en los hechos.

¿Y usted cómo lo sabe?

¿El qué?

Que las niñas hicieron ese montón de piedras...

Había una cabaña en el bosque, ¿no? La cabaña del desollador.

No hay desolladores en esta parte de...

Nadie más lo sabe. Nunca damos detalles de la investigación...

Podría decirles que vengo del futuro y que escribí un libro sobre esas niñas, que sé casi todo de lo que lograrán averiguar,

pero eso me obligaría a responder a muchas preguntas, algunas de las cuales carecen de respuesta incluso para mí, por no hablar del incumplimiento del contrato con la corporación. Sé, por ejemplo, que todas sus intrigas terminarán en nada, ni el informe forense ni las declaraciones de Annie Härtmann que serán invalidadas por su abogado por incoherentes y parciales. Me lo dijo la directora.

¿Qué directora?

La del Instituto. Kathrin, ¿verdad? Se llama Katharina. Estuvimos charlando después del seminario. Es muy simpática. Mencionó lo de la cabaña en el bosque y yo até cabos…

¿Y sabe dónde está?

¿La cabaña?

No, ese tipo del pelo rojo.

¿Cómo voy a saberlo? Estaba en el bosque. Tuve la sensación de que me estaba observando…, de que sabía…Y cuando le llamé salió corriendo y…, bueno, pisé una de esas trampas…, ya le he contado…

Empieza a parecerme que nada de lo que dice es consistente.

¿Soy sospechoso de algo?

Aún no lo sé. ¿Está loco?

Simon detiene el coche sin apartar los brazos del volante. El silencio parece sobrecargado y es como si a través de esa tensión estuviera juzgándome. De repente, Simon empieza a reír y su ayudante le secunda.

¡Solo bromeaba!

¿Bromeaba?

Está muy tenso. Egbert, ¿verdad que solo bromeaba? Tranquilícese, amigo, está temblando. Mire, le llevaré a Mannheim para que le miren eso.

Es solo un rasguño.

Le pondrán…, podría infectarse…, por si acaso, solo por si…

No es necesario.

¿Está seguro?

Simon detiene el coche frente al hotel.

Si cambia de opinión, llámeme. Y si le vuelve a ver, aquí tiene mi teléfono.

Descuide.

Solo queremos hablar con él.

¿Sobre las niñas?

Hágame caso y no se complique la vida.

¿Qué quiere decir?

Pero esta vez Simon no responde, saca la mano por la ventanilla y la agita al despedirse.

El agua templada recorre mi cuerpo y, al llegar al tobillo, adquiere un color rojizo que gira alrededor del desagüe. A pesar del dolor, parecen cortes limpios, apenas las marcas que dejarían los colmillos de un niño. Ese tipo del bosque ha limpiado la herida y puesto yodo, no hay inflamación, ni infección, de hecho, si no estuviéramos hablando de algo inadmisible, pensaría que la piel de esa parte se ha regenerado estos últimos minutos. Mi parecido con Immanuel Schulz, que yo había juzgado incuestionable, no debía de ser tal, al menos no para Simon y su ayudante y, en definitiva, para nadie en este pueblo, aunque también era posible que el vino montañés con que me habían agasajado en las granjas hubiera obrado algún tipo de efecto alucinatorio. Sin duda había descubierto el juego. Schulz era yo y yo era Schulz, o al menos éramos versiones del mismo hombre. Recordé aquel caluroso mes de agosto en Ámsterdam y la conversación que había mantenido con Monica en el *jazzhouse* sobre aquel pianista húngaro que había participado en la banda sonora de *El alma del monstruo,* y cuyo argumento, ahora, después del encuentro con mi doble en el bosque, no resultaba tan descabellado: un cirujano que, en su lecho de muerte, decide pedir ayuda a las fuerzas ocultas para seguir viviendo. Es entonces cuando aparece de la nada una misteriosa mujer, sin pasado y físicamente parecida a su esposa, que termina por apropiarse de su vida. Así también Nyíregyházi se había apropiado, durante años, de mi vida, no solo había escuchado cada día el disco con sus interpretaciones de Grieg y Chaikovski, por no hablar de su magnífico repertorio de conciertos para piano de Liszt, sino que me había visto reflejado en él a través de la mirada

de Monica y en sus reproches sobre el mecanicismo con que, a diferencia del húngaro, me enfrentaba a la partitura. Alguien sin talento, había dicho esa noche, solo puede convertirse en un epígono, en un profesor de clases particulares mediocre. No sé qué aspecto tendría el diablo cuando se le apareció a Tartini, pero lo único que yo recordaba de aquel directivo que me fichó para la ZDF era un viejo jersey negro de cuello vuelto y una gruesa alianza en los dedos cubiertos de vello. ¿Qué habría pasado si Leuenberger, mi profesor de Estructura Social, jamás me hubiera recomendado?, ¿si esa noche en Ámsterdam, en vez de salir detrás de esa mujer pedante y un tanto estúpida que me pareció Monica, me hubiera sentado al piano a seguir interpretando a Chaillot?

¿Entonces qué?

Entonces quizá sí sería él.

Un pianista malogrado, alguien parecido a Schulz.

Me visto con rapidez cuidando de no mirarme al espejo.

Chloé, pienso.

Apenas quedan quince minutos y debo llamarla.

No le diré nada del encuentro en el bosque, no quiero asustarla y no soportaría otra de sus reprimendas, tan similares, por otra parte, a las de mi hija. Sé que lo ocurrido —el hito de piedras, el profesor de música, la trampa— ha abierto una brecha en el camino trazado para mí por la corporación.

Llamo a la puerta que comunica las dos habitaciones.

Nadie responde.

Abro la puerta.

La camarera de piso —a la que no he visto en dos días— ha puesto el palo de la fregona en la diagonal de la puerta y del pomo cuelga el aviso de no molestar. En el pasillo está el carro de las toallas y las sábanas blancas. Aunque no han entrado, la habitación está perfecta y la cama sin una arruga, la ropa de Chloé dispuesta en las baldas como recién salida de la tienda.

¿Chloé?

Entro en el baño.

No hay ni un pelo, nada en la papelera, el bote de gel intacto. El neceser está abierto al borde de la encimera y puedo ver la

cuchilla de depilar, un desodorante y un paquete de tampones sin estrenar. El cepillo de dientes está seco y la pasta dentífrica con precinto y, justo al fondo, veo una caja de haloperidol. Conozco ese medicamento —un derivado de la oxicodona— porque también Monica lo tomaba y sé que está prohibido desde hace años por la OMS. Al blíster le faltan dos comprimidos. ¡Te pillé! Qué ginoide tomaría antipsicóticos, usaría desodorante y tendría el periodo. ¡Venga ya! Y, sin embargo, por otro lado, sé que este neceser es idéntico a miles de neceseres y que podría ser simplemente otra pieza del atrezo. Salgo del baño. En el techo de la habitación parpadea el detector de humos. Me pregunto si detrás de los cuadros —arroyos, senderos, parajes alpinos y bucólicos— no habrá micrófonos o cámaras, y si todo esto, el saqueo a la intimidad de una veinteañera, no estará siendo retransmitido por el canal de la corporación. Pero cuando les doy la vuelta, solo veo las franjas decoloradas del empapelado cubiertas de mugre.

Abro un cajón.

Tres camisetas de algodón blancas.

Un vestido de lino negro.

La blusa que llevaba ayer en el desayuno.

Cuatro bragas de cintura alta.

Sostenes de copa a lo Jane Russell.

Escenografía cuidada.

Todo basado en los detalles.

Escucho el chirrido de las guías del ascensor y la cabina que se detiene en la tercera planta. Me escondo debajo de la cama y, mientras contengo la respiración, veo un cable unifilar que sale de la pared, o, lo que sería más preciso, de una de esas rosetas que se usaban en las antiguas conexiones de telefonía. Sin embargo, ese cable atraviesa el cabecero y entra, a través de un diminuto orificio, en la cómoda. ¿Para qué necesitaría una conexión de datos un mueble para la ropa? Alguien, la persona que ha subido a planta, atraviesa la puerta entornada y se pierde al fondo del pasillo. Salgo de mi escondite y abro los cajones del mueble. Como preveía, están vacíos y forrados en papel. Como si fuera un agente secreto, quito los cajones y busco al tacto en los fondillos. *A priori*

no detecto nada extraño, pero cuando estoy a punto de desistir doy con el cable de datos que asciende grapado a la madera. Estiro el brazo y de puntillas accedo a una especie de pulsador que parece una chincheta, pero que al ser accionado abre algún tipo de pasador en la parte inferior. Localizo la parte baja que se ha desprendido y al fondo, en la oscuridad del compartimento, veo una luz que parpadea y cuando saco lo que hay allí compruebo que es uno de esos antiguos Robotics a seiscientos baudios. Casi había olvidado que en los años ochenta no existían los superconductores y se fabricaban este tipo de cacharros capaces de transmitir a velocidades similares a las del telégrafo. Además del módem, en el hueco hay un aparatoso Macintosh con interfaz gráfica y teclado original. En la deepweb multiplicaría su valor por mil. Sé que he firmado una cláusula que me impide comunicarme bajo ningún pretexto con el exterior, pero algo me dice que si quiero desenmascarar a la compañía, debo jugar sucio o no tendré demasiadas oportunidades. Si supieran que estoy aquí, ya me habrían detenido. Y no lo han hecho. Si sigo adelante, con toda probabilidad dejaré un rastro y solo tendrán que unir los cabos. Pero sospecho que merecerá la pena. Enciendo el ordenador y tras chequear la RAM aparece el indicador de la línea de comandos. ¡No puede ser! Me sorprende que no haya algún sistema de identificación biométrica, escaneo de córnea o huellas, pero esos sistemas, avanzados y frecuentes en los equipos actuales, son muy posteriores a este modelo y solo me pide una contraseña de siete caracteres. Siete. Tres intentos. Miro hacia la puerta porque me ha parecido escuchar algo. Introduzco la palabra WETOPIA y cuando devuelve error pruebo con CLHOÉ, pero ni siquiera la corporación es tan estúpida, así que, si vuelvo a equivocarme, el equipo se bloqueará. Y es entonces cuando recuerdo a aquel tipo que me llamó a casa, ¿cuándo?, hace solo cuatro días, parece un siglo, justo antes del atentado de los ciberutopistas. Dijo que era yo y me dictó una secuencia alfanumérica de ocho caracteres y me advirtió que la llevara siempre conmigo porque me ayudaría a salir y entrar, ¿de dónde?, de aquí, está claro, ahora está todo claro, y yo lo había guardado en el bolsillo interior de la chaqueta que Chloé

me había regalado pero que se había quedado en el avión. No me creía capaz de recordar ese dato, pero cerré los ojos y traté de visualizar aquella tarde en la peluquería de Nicole, mientras yo leía una y otra vez ese número tratando de buscarle un sentido. Sí, el primer carácter era una ele y después venía un número, un siete o un uno, un siete casi seguro, y de repente, sin pretenderlo, ¡los ocho caracteres flotan frente a mí! Mi memoria nunca ha sido especialmente prodigiosa, pero cuando los introduzco, la pantalla de fósforo verde da paso a una de aquellas versiones primitivas de Mosaic. El módem empieza a emitir pitidos de marcado y después de un largo minuto, logra abrir la página de búsqueda de Wandex. ¿Y ahora qué? Dejándome llevar por la intuición tecleo el nombre de Eva Verèke y añado el pueblo donde nació cerca de Maastricht. Ese motor, que ya en los ochenta usaba el algoritmo que colocaría a Wetopia Inc. en su actual posición hegeMonica de mercado, muestra 4.180 ocurrencias, lo que, con un ordenador de estas características me llevaría siglos cotejar. Sin embargo, al pulsar sobre el primero de los enlaces me encuentro con una imagen de Eva a los dieciséis o diecisiete años, en blanco y negro, vestida con una camisa blanca y falda tableada. Ya es una chica muy atractiva, muy parecida a la que era Monica a esa edad. En realidad, es una página sobre su padre, un tal Jeremiah Verèke, que nació en 1905 en Aachen y se dedicó a la peletería. Su mujer —no se especificaban los motivos— había muerto en un sanatorio cerca de Maastricht. Su hija había nacido en 1942 y de Eva solo se mencionaba que se había negado a seguir con la tradición de las granjas peleteras y había emigrado a París, donde había empezado a trabajar en el Gran Hotel Edén. Pulso sobre el enlace del hotel y aparece un edificio fastuoso que en la década de los sesenta y primeros de los setenta fue el preferido de Heidegger, leo, pero también del pensador Mircea Eliade y del senador republicano Joseph McCarthy. Según veo en la fotografía del vestíbulo es un hotel sobrecargado de estilo rococó. Una sección de esa página está dedicada a los empleados que trabajaron en el Edén desde principios del siglo XX y, por supuesto, Eva Verèke, camarera de piso, aparece en una fotografía de 1960. Como el resto, sonríe y va

vestida con delantal y cofia. Lejos de disimular su belleza, el uniforme resalta la longitud de sus piernas. Aun así, la mirada de esa muchacha —sagaz y vitalista— no se parece en absoluto a la de la mujer con la que conversé ayer. El hotel ofrece una serie de datos: color preferido: verde; gustos: atender a los caballeros educados; sueño: viajar a Japón. Solo trabajó en el Gran Hotel Edén dos años, pero ya en febrero de 1962 logró el récord de camas que ostentaba una suizo-alemana llamada Martina. Es alrededor de esa fecha cuando abandona el hotel y se casa con Jurriaan Janssen.

Escucho el carro de las toallas y ni siquiera tengo tiempo para guardar el terminal. Repongo el embellecedor en su sitio y me arrastro debajo de la cama, consciente de que los cables han quedado expuestos. De la camarera solo veo las pantorrillas. Está en la habitación un minuto, pero después, como si hubiera vuelto a olvidarse de algo, se marcha de nuevo. Entonces introduzco el año en que se casaron Jurriaan y Eva y sus nombres completos y salta la página de la iglesia congregacional de Bahnstadt, del Bahnstadt real, supongo, el que se encuentra en el noroeste de Baden-Wurtemberg, y donde, según el acta que firma un tal reverendo Barfus, contrajeron matrimonio en septiembre de 1962 y oficiaron de testigos Klara y Pietor Janssen. Hubiera podido seguir rastreando su biografía, pero solo habría confirmado mi idea de que la mujer de ayer, del mismo modo que Immanuel Schulz era una simulación del que yo había podido ser, era una copia derivada de su correspondiente real. Me pregunto cómo es posible que una donnadie, hija de un peletero de Limburgo y casada con un capitán del ejército francés, tuviera tal cantidad de referencias. Wilhelm Keitel me había explicado que sus colonos fueron creados a partir de su rastro digital y parecía lógico que buscaran aquellos perfiles más documentados y completos. Esos datos, que aislados resultan parciales y poco congruentes, cobraban todo su sentido cuando un algoritmo los encajaba para configurar sus biografías. Por tanto, no era descabellado pensar que ahí fuera, en la esfera del mundo real, hubiera ahora otra Elsa, otro nacionalsocialista nostálgico llamado Simon Gehlker, otro ingeniero agrónomo, otra

directora del instituto con el nombre y la fisonomía de Karen... Quién sabe en qué momento esos duplicados habían comenzado a actuar con autonomía, en qué momento los simulacros habían empezado a tener comportamientos propios e independientes, mudando, por decirlo de algún modo, hacia su propia piel. Porque de eso se trataba. De hacerme dudar. Seguí leyendo los enlaces, ya no por curiosidad, sino por ratificarme en mi idea y comprobé que la hija de Eva y Jurriaan, a la que bautizaron como Ofelia Janssen, había nacido en 1974 y que su marido había muerto a los treinta y ocho años de cirrosis hepática. Por ningún lado se hablaba de suicidio. La chica, en efecto, era la menor de las tres niñas que murieron en el valle de Bahnstadt, pero lo que atrae mi atención, no es esto, sino el final del artículo del repositorio de *Der Spiegel* en el que acaba la cadena.

No, no puede ser.

¿Qué es lo que no puede ser?

La camarera lleva tiempo detrás de mí, observándome.

¿Le pasa algo?

Eva Verèke, nacida en Aachen en 1946, se arrojó a una carretera la noche del 26 de diciembre de 1983, es decir, si mis cuentas no fallan, exactamente dentro de... dentro de seis horas y media...

32

¿Qué le ha pasado?, dice la directora, creí que ya no llegaba.

Tuve un accidente...

Ya me contaron.

¿Quién le contó?

Aquí las noticias vuelan. ¿Y Chloé?

Pensé que se me habría adelantado.

¿Está nervioso?

¿Por qué iba a estarlo? ¿Sabe si ha venido Eva?

¿Eva?

Eva Verèke, la madre de...

Sé quién es la señora Verèke...

Ella y yo tenemos una conversación pendiente.

No sé qué tiene esa mosquita muerta que todo el pueblo anda detrás de ella... Si me acepta el consejo...

¿Sabe si va a venir?

Kathrin mira la esfera del reloj.

Es mejor que subamos. No deberíamos llegar tarde.

La directora dice algo más, pero mientras subimos en el ascensor solo puedo pensar en Eva arrojándose a esa carretera y en la fotografía del artículo donde se veía su cuerpo cubierto en el arcén. El conductor, según el artículo, no pudo hacer nada. Llovía. El asfalto estaba húmedo. Antes de que sea demasiado tarde, debo decirle que creo en ella, en sus larvas y en que su hija sigue viva, que sé que dice la verdad y que, cueste lo que cueste, las sacaré de este valle. ¿Acaso no era eso lo que me había pedido? Solo atreviéndome a pagar el precio, había insinuado, lograría torcer lo inevitable. Y, sin embargo, la Eva de anoche me había parecido tan humana y perdida como yo mismo hace solo unos meses. Si solo era una máquina, y todo parecía indicar que era así, su muerte

carecería de relevancia, sería como prensar un sofisticado microondas, desguazar una lavadora, pero si no era así, estaría desoyendo la súplica última de una mujer desesperada y, sobre todo, cometiendo por segunda vez el mismo error. Monica está muerta y Eva es solo una desconocida. Salvar a Eva, sin embargo, significaba redimir lo que no pude hacer por mi mujer. Ambas compartían la misma impulsividad, ambas tenían un pasado similar y habían participado de un matrimonio malogrado. Podría repetir con Eva aquella conversación que nunca tuve con Monica, tener una segunda oportunidad: cariño, te admiro, mira lo que hicimos juntos, un puñado de palabras que la hubieran obligado a reconsiderar la idea de la muerte, lo que estaba ahí y yo jamás tuve el valor de decirle, volveré en el primer avión a medianoche.

¿Le duele?

¿La pierna?

Son esos malditos furtivos. Hay trampas por todo el bosque.

Eso dijo Simon.

¿Sabe? Hoy tenemos solo la mitad del quórum.

¿No les gustó la clase de ayer?

Es solo que andan un poco revueltos, tienen sus motivos.

No entiendo. ¿Se aburrieron?

La tarde anterior los había percibido atentos e incansables a mis palabras plagadas de referencias y teorías etnográficas, de nombres propios y citas estadísticas, de hecho, en cierto momento tuve la sensación de que se alimentaban a través de esos datos. Y sin embargo ahora descubro que quizá se aburrían, así que sobre la marcha me propongo simplificar la clase y hacerla más entretenida. Pensaba trabajar con algo que no lo es en absoluto, lo que el Pentágono llamó el experimento de la verdad, ensayos realizados a principios del siglo XXI con los presos de Guantánamo y los espías libaneses. Gracias a ellos quedaría en evidencia que los colonos eran sistemas complejos tan falibles y poco intuitivos como una simple calculadora.

Voy a necesitar unas hojas de papel, le digo a la directora.

¿De papel?

Folios, folios en blanco.

¿No podía haberlo pensado antes?

Se me acaba de ocurrir.

¿Cuántas hojas?

Una por cada asistente. Si le parece, voy comenzando, no quiero retrasarme...

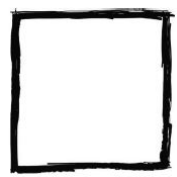
... pero la presentación. ¿Qué pasa con la presentación?

No se preocupe. Ya me presentó ayer. Cuando pueda me las sube y, por favor, repártalas en cuanto llegue.

Tardaré tres minutos, no más, lo que me lleve bajar a la biblioteca.

Así que esos minutos son los que tengo para explicarles a los asistentes el experimento. Compruebo que, en la sala, en efecto, no hay más de doce personas, y que, al fondo, donde ayer estaba Eva, no hay nadie sentado. Les doy las buenas tardes y les explico que hoy haremos algo entretenido y que, para ese juego, necesito su complicidad, que usaremos como gancho a la directora. Dos o tres me observan con recelo, pero el resto sonríe al imaginar a Kathrin involucrada en una broma. Este experimento es una simplificación del que aplicaba la CIA y el Mosad y trata de demostrar la volubilidad de lo que los militares llamaban la percepción de grupo, es decir, la identidad de conjunto, una de las herramientas más valiosas para reclutar terroristas en las agencias de contraespionaje. Les explico que para un kamikaze era normal, incluso honorable, la inmolación, y que para un yihadista no había fin más loable que saltar por los aires gritando el nombre de Alá. ¿Y saben por qué? Porque su percepción de grupo es errónea o diferente a la suya.

En la pizarra dibujo este cuadrado:



¿Qué es esto?, les pregunto.

Es tan evidente que nadie responde.

¿Qué es esto?, repito.

Un cuadrado, dice alguien tímidamente. ¿Qué va a ser?

¿Están todos de acuerdo?

Sin duda.

Es un cuadrado.

Una figura geométrica.

Mal dibujado, pero un cuadrado.

¿Están seguros?

¿Qué iba a ser si no?

Cuatro líneas.

Pues voy a demostrarles que se equivocan, que esto es un círculo.

¿Un círculo?

No lo es en absoluto.

Ni siquiera lo parece.

Esperen.

Es un cuadrado.

Cuatro vértices, cuatro lados.

Obvio.

Paralelos dos a dos, ¿no?

Es incontestable.

Incontestable.

Casi paralelos.

Bien, les digo, la directora entrará de un momento a otro. Todos ustedes la conocen y saben quién es. Si le preguntáramos si esto es un círculo, ella diría lo mismo que ustedes, que es un cuadrado.

Obvio.

Porque es un cuadrado.

¿Me van a ayudar entonces?

¿A qué?

¿Cómo?

Vamos a decirle que no es un cuadrado.

¿Y qué es?

Un círculo. Le diremos que es un círculo. Cuando pregunte,

diremos que...

Pero es un cuadrado.

Se trata de un experimento. Vamos a modificar el entorno de la verdad.

El entorno ¿de qué?

Este cuadrado es un cuadrado porque todos ustedes dicen que es un cuadrado, no porque lo sea...

Y entonces, ¿qué es?

En nuestro sistema de referencia, aquí y ahora, es un círculo.

¿En qué quedamos?

Es un cuadrado aquí y en Singapur.

Solo quiero demostrarles que sus certezas no son tales y que la percepción de lo que somos está ligada al conjunto de individuos que nos rodean.

Pero eso es hacer trampa.

Recuerden. A partir del instante en que esa puerta se abra y la directora entre, lo que acabo de dibujar será un círculo. ¿De acuerdo? Es solo un experimento.

Pero...

Está bien..., es un círculo.

Un círculo.

Que nadie bromee, tiene que parecer que creen de verdad que este cuadrado es un círculo. ¿Podrán?

Pero si es un círculo.

A eso me refiero.

Entiendo.

Un círculo perfecto.

Si intuye que es una broma, no habrá valido de nada y no podremos repetir la experiencia. No reaccionen tampoco exageradamente cuando ella insista en que este círculo no es un círculo...

La puerta se abre en ese momento y Kathrin, sofocada, pregunta si puede pasar. En el regazo lleva un paquete de folios que empieza a repartir entre los asistentes. Cuando Kathrin termina, se sienta en la segunda fila, exactamente la misma que ocupó ayer.

Bien, digo retomando lo que Kathrin parece haber interrumpido, como os decía este círculo representa el comienzo y el fin, algo que nunca termina, el lugar geométrico de todos los puntos que equidistan del centro. Si lanzamos un guijarro a la superficie de un lago, o si dejamos caer un terrón de azúcar en una taza de café, provoca este tipo de ondas... La acústica. ¿Saben lo que es la acústica?

Me doy la vuelta y todos escuchan circunspectos, cumpliendo a la perfección su papel. Solo la directora parece confundida y, en vez de mirar la pizarra, los observa a ellos.

Este círculo simboliza el equilibrio. Para los celtas es la figura que comunica el mundo interno con la materia manifestada. Es también el nimbo, el uróboro, la serpiente que se come su cola, la lucha eterna, el bien y el mal, el esfuerzo inútil y el ciclo que vuelve a comenzar, la representación de lo infinito...

¿Nadie va a decir nada?, pregunta por fin la directora.

¿Alguna pregunta, Kathrin?

¿Cómo que si tengo alguna pregunta? Claro que tengo una pregunta.

¿Sobre lo que estoy diciendo...?

La directora mira confundida a su alrededor.

Es una broma, ¿no? ¿Os estáis quedando conmigo?

Todos giran la cabeza hacia ella a la vez. Si no fueran mecanos con miles de circuitos pensaría que disfrutan con la turbación de la directora.

Es un cuadrado, dice, eso que ha dibujado es un cuadrado.

¿Cómo?

¿Nadie le va a decir que es un cuadrado?

Algunos empiezan a murmurar y a hablar entre ellos. En ninguno de los institutos donde había llevado a cabo esta versión del experimento de la verdad había obtenido una representación de grupo tan convincente.

Con todos los respetos, directora, dice uno, es un círculo.

¿Un círculo?

No vamos a pasarnos la tarde discutiendo, ¿verdad?

¿Discutir?

¿Quién de ustedes ve un cuadrado en la pizarra?

Ninguno levanta la mano.

Estáis idiotas o qué.

¿Quién ve un círculo?

Solo entonces una mujer mayor se dirige a Kathrin.

Siempre tienes que tener razón. ¿Un cuadrado? Pues venga, un cuadrado.

Pero es que es un cuadrado, Dorren, ¿no lo ves? Un cuadrado grande y hermoso.

El proceso para la destrucción de la certeza es siempre similar, primero la incredulidad y poco a poco la resignación, la racionalización de lo ocurrido, todos no pueden estar equivocados, quizá no dormí bien o estoy enfermo, quizá me lo enseñaron mal en el colegio y lo recuerdo al revés, todo menos reconocer que se ha roto la inquebrantable ligazón entre la verdad de uno y la verdad del grupo. La duda sistemática opera como una gangrena que termina en la claudicación, en la llamada fase destructiva que no es otra cosa que una reeducación mental, una tarea sin duda valiosa cuando se trata de reprogramar a individuos de ideología fundamentalista. Su mayor herramienta son sus convicciones. Y dinamitado el entorno de la verdad que justifica sus acciones, es decir, desproveyéndolas de sentido, los convertían en seres reprobables incluso para sí mismos. Cuatro libaneses se habían quitado la vida bajo la custodia del Mosad y eran incontables —e indocumentados— los suicidios en Guantánamo. En antropología, la reeducación explicaba por qué ciertas costumbres de unos pueblos eran vistas por sus vecinos como bárbaras o disparatadas. La Universidad de Stanford había ido más allá y habían preguntado a los voluntarios de un estudio no sobre círculos o cuadrados, como había hecho yo, sino sobre verdades incontestables como la teoría de la relatividad o sobre quién había descubierto América, haciendo caer las certezas unas detrás de otras como las piezas de un dominó. Unas verdades arrastraban a las otras convirtiendo al individuo en alguien profundamente manipulable. Si ahora le dijera a la directora que un triángulo es un rombo es probable que accediera sin oposición ni aspaviento alguno.

Está bien, les digo, la directora acaba de repartirles unas hojas. Ahora quiero que dibujen en ellas un cuadrado. Un cuadrado de verdad. Cuando diga tres, ustedes levantarán el folio y lo mostrarán al resto. Uno, dos, tres...

Y entonces todos —a excepción de la directora— levantan sus hojas y muestran círculos, unos pequeños y otros más grande, todos a mano alzada. Segundos después las miradas se giran hacia ella, que, tras dudar y casi temblando, levanta su hoja en la que hay dibujado un círculo exactamente igual al del resto.

33

A la directora no le ha gustado saber que todo era una broma, que ese cuadrado, en realidad, era un círculo; tampoco la he convencido cuando le he dicho que trataba de hacer más llevadera y cercana la clase, explicar algo tan complejo como el marco de referencia de la verdad a través de un pequeño experimento.

¿Qué pasaría, le he preguntado, si mañana todos los que la rodean le dijeran que no es directora en un instituto en la región de Baden-Wurtemberg? O mucho mejor, ¿qué pasaría si despertara sabiendo que habita un cuerpo que no es el suyo y su vida es la de otro, es decir, si de la noche a la mañana todo careciera de sentido?

¿No decía que era una broma?

¿La engañé?

Hasta la última coma. ¿Y sabe lo peor? Lo peor es que mientras estaba ahí, haciendo el camelo, dudaba no solo de lo del círculo, sino de todo. Si un cuadrado era un círculo, y a mí me parecía tan evidente que no lo era, qué otras verdades que consideraba fundamentales no lo serían.

Por eso no se atrevía a hablar.

No quiero imaginarme una vida así, apoyada en la falta total de certezas. Era como si fuera una enfermedad...

¿La duda?

Una especie de metástasis... Quiero decir, si un cuadrado no era un cuadrado, ¿quién podía ser yo entonces?

Una aureola de luz rodea la aguja del campanario.

¿Volverán a clase mañana?

Siempre vuelven.

La directora esboza una de sus sonrisas de suficiencia.

Por fortuna para usted, la mayoría sigue creyendo que un

cuadrado es un cuadrado, y que el lenguaje solo sirve para darse los buenos días. Incluso para usted sería vertiginoso vivir fuera de un mundo sin lenguaje.

¿Qué quiere decir?

¿Ha estado en nuestro museo?

Todavía no.

Pues no se lo pierda.

Es la cuarta persona que me lo dice.

Al fin y al cabo, un embalaje es..., ¿cómo lo llamó? Un marco de referencia de la verdad.

¿A qué se refiere?

Qué pasaría si usted introdujera un tornillo en una caja de galletas, ¿condicionaría lo que hay dentro? ¿Empezaría a dudar el tornillo?

Por supuesto que no.

¿No es eso lo que ha querido decir? Nos ha llamado, de algún modo, embalajes.

Pero ustedes no son tornillos.

¿Y qué somos?

Es una buena pregunta.

Sé que andamos enfrascados en un galimatías de suposiciones y que así no vamos a ninguna parte. La lavandería de la calle principal ha echado el cierre y el resto de los negocios —la panadería, la estación, incluso la iglesia— parecen muertos.

¿Dónde se han metido todos?

Están en el funeral.

¿El funeral?

De las tres niñas..., por eso muchos se marcharon antes de la hora o no vinieron.

Entonces estará también allí la señora Verèke...

¿Otra vez con eso?

Tiene que llevarme.

¿Al Muro?

¿Qué muro?

El lugar donde las van a enterrar.

¿Las entierran en un muro?

No se equivoque, el reverendo es un buen tipo, pero su padre era menonita y piensa que las niñas irán al purgatorio... Y muchos otros piensan como él. Así que, aunque oficiará la ceremonia, las enterrarán extramuros...

¿Extramuros?

Han muerto en pecado.

Me pregunto qué mezquino retrógrado sigue conservando una estúpida costumbre de la Edad Media, quién no se ha enterado todavía de que el derecho canónico del siglo XX expurga de toda responsabilidad a las almas inocentes.

¿Conocía a las niñas?, me pregunta la directora.

No, pero su madre me pareció una buena mujer, muy vulnerable...

Le aseguro que es todo menos vulnerable.

Sería un buen detalle con la comunidad, ¿no cree?, unirme a su dolor en estos momentos...

Usted mismo.

Mientras Kathrin camina hacia su todoterreno, sé que no tendré muchas ocasiones de hablar con Eva, para disuadirla y que no haga lo que hizo la verdadera señora Verèke en 1983. El interior del todoterreno huele a cuero y en el asiento del copiloto hay dos bolsas de comida que la directora pasa al maletero. Luego se quita los zapatos y los deja junto a las bolsas.

Las servidumbres del mundo de las apariencias, dice.

Veo que no me va a perdonar.

Me temo que nunca.

Mientras atravesamos la avenida, Kathrin me cuenta que en el pueblo todos viven divididos por nimiedades y rencillas familiares, pero que la muerte de esas tres niñas los ha unido contra el reverendo. Para él hay indicios sólidos de pecado mortal.

¿En serio?

Al parecer, los forenses de Mannheim encontraron tintura en el estómago de..., una especie de veneno que provoca calambres y dolor y sobre todo alucinaciones...

Tintura de salvia.

¿Y cómo lo sabe?

¿Quién puede cultivar salvia en un lugar como este? ¿Qué temperatura tienen en invierno?

Desde luego solo una persona.

¿Quién?

La única que tiene un invernadero, supongo.

Chloé había dicho que el director del hotel, antes de regentar el establecimiento y después de formar parte de la brigada genocida, había sido ingeniero agrónomo, que seguía cultivando especies raras en lo que había llamado un jardín francés, incluso me había invitado a visitarlo.

¿Está insinuando que Yos Strübel...?

Aquí se sabe todo.

¿Todo?

El entorno de la verdad, ¿no? Nosotros preferimos llamarlo estiércol. Sabemos que removerlo no va a resucitar a esas criaturas...

Pero hay un inocente..., digo.

¿Schulz?, pregunta la directora, ¿Immanuel Schulz? Yo no he dicho que sea inocente. La verdad depende del embalaje. ¿No dijo eso? A veces es mejor que dentro de una caja de tornillos haya galletas. Y luego creerlo y mirar hacia otro lado...

La tarde ha adquirido de repente una tonalidad flamígera. El horizonte es un degradado de ocres, rojos y naranjas. Unos metros más allá, donde termina el camino agrícola, vemos el murete de argamasa que encierra un desorden de nichos, lápidas y angelotes de piedra enmohecida.

Aparcamos fuera, junto a los otros coches.

Hay que atravesar el cementerio, dice Kathrin, el Muro queda justo del otro lado.

En el interior no hay cruces, solo lápidas y devocionarios, ramos de plástico quemados por el sol. Más que un cementerio, parece un desván del que todos se han desentendido. Los nichos se elevan tres niveles por encima del suelo y al fondo del paseo vemos un sauce cuyas raíces han reventado otra de las sepulturas. Aunque

no lo parece en absoluto, Kathrin me dice que esa es la parte más moderna del cementerio, se construyó, me dice, después de la epidemia de cólera. La única diferencia con la parte antigua son esos retratos ovalados, imágenes de difuntos decoloradas por el sol, cubiertos por las chorreras de lluvia. Mientras caminamos hacia el sauce, recuerdo a un amigo que durante los últimos años de su vida se vio obligado a llevar marcapasos. Después de un levísimo ictus que le mató, tuvieron que incinerarle, y mientras estábamos en el horno crematorio escuchamos una detonación. Cuando sacaron las cenizas aún quedaban pedazos intactos de la pila, que, al parecer, había estallado. Lo complicado de un crimen no es deshacerse del cuerpo, como todo el mundo piensa, sino de los tornillos quirúrgicos y los empastes que resisten, no solo a las altas temperaturas, sino al tiempo y a la misma muerte. Mientras caminamos entre las tumbas, me pregunto qué encontraría si abriera una de ella, quizá solo un montón de tuercas y varillas, quizá algún jirón de látex degradado por el tiempo y la humedad.

¿Le pasa algo?

Solo pensaba.

Veo que soy la única a la que este lugar le pone los pelos de punta. Ahí es, dice, ya hemos llegado.

Al otro lado de la tapia, escuchamos el murmullo y la voz átona del reverendo que sorprende por su absoluta carencia de emotividad. Por fin, damos la vuelta al Muro. Lo que realmente me impresiona no es la similitud de los tres ataúdes al borde de sus respectivas zanjas, sino la cantidad de lápidas anónimas —treinta, quizá cuarenta— que se extienden a lo largo del perímetro, las últimas engullidas por las zarzas del bosque. Parecen muchos blasfemos y apóstatas para un pueblo tan pequeño. Así que la complicación a la que se refería Wilhelm Keitel en términos menospreciativos no era algo puntual, sino, como podía comprobar por el número de túmulos, algo sistémico dentro de la colonia. Al parecer, sus simulacros se suicidaban sin causa o motivo aparente, no de uno en uno, sino de un modo epidémico y en grupos aparentemente numerosos.

Frente a las cajas y con las manos en el regazo, veo a Eva al

lado del director del hotel. No tengo dudas de que, de algún modo, Yos está involucrado en esas muertes, aunque permanece ahí, doliente, como un conocido más de la familia. Eva lleva un discreto vestido negro de una pieza. Miro mi reloj. No parece en absoluto una mujer que vaya a morir dentro de poco más de tres horas, todo lo contrario, su mirada y el moño holandés, cuidadosamente trenzado, le dan un aire de serena aceptación. Quizá me he precipitado, quizá una cosa es la realidad y otra la simulación. El grupo repara en nuestra llegada y la oración se interrumpe. Me veo forzado a exteriorizar un dolor que no siento, el mismo que manifesté el día en que incineramos a Monica. Era como si todos *esperaran* de mí ese dolor y yo debiera dárselo, y, sin embargo, no podía. No pude llorar. Me pregunto si mi dolor *simulado* no es el mismo que el de Eva y si los deudos no son actuantes obligados por algún tipo de interés simpático.

Y entonces la veo.

Es la niña.

La superviviente.

Annie.

Anneliese Härtmann.

Está justo detrás de Eva.

Es la misma que vi en la gasolinera atada con una cadena, solo que ahora no camina con la grupa en alto ni lleva ese vestido rojo. La camisa de fuerza y el bozal le dan un aire feroz. Su dolor, en todo caso, parece el único creíble. La ceremonia casi ha terminado cuando llegamos y la tormenta coincide exactamente con la bendición final. Varios de los asistentes toman un puñado de tierra y se disponen a arrojarlo sobre las cajas. Es una fila única. Annie está junto a su padre, que no es el tipo de la gasolinera, sino un hombre alto y muy rubio, de ojos azules, el estereotipo perfecto de la raza aria. Alguien ha soltado las tiras que mantienen los brazos de Annie para que pueda recoger su puñado de tierra y despedir a sus amigas. Yo me coloco justo detrás de Kathrin para pasar lo más cerca posible de ella. A mi alrededor noto las miradas del resto, el cuchicheo y la censura de los que no entienden por qué estoy allí, un extraño, un tipo que viene de la ciudad a hacerse

el simpático. Es entonces cuando Annie, aprovechando un descuido de su padre, salta al interior de la fosa. Una vez abajo forcejea. Gruñe, masculla, no son exactamente palabras lo que dice. Parece un animal atrapado. El silencio del resto es tal que escuchamos cómo sus uñas arañan la laca y golpea el costal de la caja con la prótesis de la bota. Da la impresión de que trata de sacar el ataúd del hueco, de volcarlo, de ver su interior, como si no creyera lo que encierra. Su padre le grita que se detenga. Vemos como Annie intenta forzar los herrajes sin resultado, por fin logra colocar la caja de medio lado y abrir uno de los cierres. El peso del interior hace el resto y el brazo de la niña sobresale entumecido sobre la tierra negra.

Eva se aproxima al borde y se lleva la mano a la boca. Trato de acercarme a ella, pero Kathrin me retiene.

Déjela, dice, no es el momento.

Pero es su hija..., es...

Ella no lo cree. Cree que sigue viva...

La veo desmoronarse al borde la zanja, a cámara lenta. La lluvia ha empezado a empapar su vestido.

Quizá, dice Kathrin, es lo mejor que podía suceder.

34

Han hecho falta tres hombres —incluido yo mismo— para reducir a la niña. Luego hemos vuelto a colocar el ataúd y he tenido que volver a introducir el cuerpo dentro de la caja. Al tacto, el brazo no era ni fofo ni rígido, más bien como el de una muñeca rellena de poliuretano. Durante el forcejeo, Annie me ha arañado y me ha clavado las uñas en el antebrazo y, mientras la sujetaba, la he escuchado decir en mi oído: no les dejes..., no les permitas... Si bien el bocado de goma le impedía articular con claridad y podría haber dicho cualquier cosa, incluso no haber dicho nada y que todo fueran esos quejidos guturales. Cuando iba a preguntarle, Annie se ha elevado en el aire —recta como una tabla— impulsada por el esfuerzo de los hombres que la izaban desde las axilas. Desde abajo veo como el padre ajusta las cinchas y aprieta las trabillas de la camisa para asegurarse de que quedan tirantes. Bruno Härtmann se dirige a sus convecinos para disculparse por la actitud de su pequeña, pero el público, profundamente enternecido, se muestra tolerante ante el dolor e intenta tranquilizarle. Al salir de la fosa, me impulso con los brazos y veo que no es posible, o al menos no es tan fácil como creí al principio. Lo intento por dos veces y escucho a mi espalda risas sofocadas. Finalmente, otro de los hombres, el más fuerte, me ayuda a subir tendiéndome el brazo. Es sorprendente la facilidad con que lo hace, como si el tipo fuera un ascensor hidráulico. Una vez arriba, el padre de la niña me estrecha la mano conmovido por mi resolución al prestar ayuda. Las ojeras y el traje gris le dan un aspecto apocado, de personaje kafkiano. Se llama Bruno, aunque todos alrededor le llaman doctor Härtmann. Con los golpes, las trabillas de la bota ortopédica se han doblado y la niña camina escorada entre dos vecinos que la flanquean. La madre también va

delante. Es alta y lleva un vestido de mezclilla negra y uno de esos abrigos de piel de cordero. No parece que le importe que la lluvia lo arruine. Annie se deja escoltar sin oponer resistencia. La primera vez que la vi en la gasolinera pareció reconocerme, como si nos hubiéramos visto antes, o yo fuera una alucinación, lo mismo o algo parecido a lo ocurrido hace un minuto en esa fosa. Sin embargo, es como si mi intervención del lado de los otros hubiera malogrado cualquier posibilidad de entendimiento entre ambos.

No hay luces.

Solo un camino.

Apenas farolas en la distancia y la franja incendiaria del crepúsculo.

A nuestra espalda y sobre el borde de la fosa, Eva se ha desmoronado. Los colonos la rodean. Llora como nunca he visto llorar a nadie, la mano extendida y el dedo —cuya deformidad queda realzada por la artritis— señalando el ataúd sobre el que los operarios han empezado a lanzar paladas de tierra que la lluvia compacta.

¿Vuelve al pueblo andando?, me pregunta Bruno.

Supongo.

Nosotros vivimos más adelante, me dice, va a llover.

De repente todo es absolutamente natural entre este padre afligido y yo.

Hace tres días, nuestra vida era perfecta, dice el padre, y ahora..., fíjese. ¿Tiene usted hijos?

Una hija.

Ojalá alguien nos advirtiera de que la vida, que hoy es maravillosa y tiene todo el sentido, mañana dejará de serlo.

Supongo que el doctor solo necesita verbalizar algo abstracto vinculado a su pérdida, pero al escucharle me propongo que, cuando todo esto acabe, seré el mejor padre para India, un abuelo cariñoso y responsable para sus hijos.

Perder a sus amigas de ese modo...

Es terrible.

El tratamiento la ha convertido en otra...

¿Sigue un tratamiento?

Pensé que podría olvidar, es una niña, pero no hay medicina para borrar los recuerdos. De hecho, cuanto más se trata de olvidar, más se recuerda, ¿verdad? Y cuanto más se quiere recordar, más olvida uno.

¿A qué se refiere?

¿Sabe lo que es la terapia eléctrica?

¿Quién no lo sabe?

Tiene muy mala prensa, pero nuestra pequeña ha evolucionado mucho...

A pesar de las prevenciones del doctor Härtmann, solo puedo visualizar el cuerpo de aquel cordero cuyos ojos no miraban a ninguna parte y cuyos músculos se contraían a mil cuatrocientos voltios mientras su cerebro se achicharraba hasta provocar la parada cardiaca. ¿Sabías que cada interno tiene un IR?, había dicho Monica. Es curioso que ese método fuera el mismo —pasar una corriente de baja intensidad— que se utilizaba para resetear un chip de memoria.

¿Y se pondrá bien? Su hija, quiero decir.

He visto cosas increíbles en revistas científicas: enfermos precomatosos que resucitaban de un día para otro completamente recuperados, enfermos incapaces de recordar su dolencia... La electricidad es prodigiosa. Mírela...

Un relámpago rasga muy despacio los restos del día.

Viene la tormenta.

¡Es terrible!

Cuando empiece, ya no se detendrá.

Imagino por lo que está pasando, le digo, pero no debería haber usado esa terapia.

Un padre tiene que tomar decisiones. Ese es su trabajo. ¿Se cree que me gusta verla así?

También el doctor que trató a Monica nos garantizó que la TEC era inofensiva, pequeñas descargas distribuidas en diez o doce sesiones, le creímos, sobre todo ella le creyó, pero después nunca fue la misma, le costaba concentrarse y empezamos a asustarnos porque no era capaz de recordar lo que había hecho el día anterior. Su cerebro fue barrido. El doctor lo atribuyó a la medicación

porque el litio, según nos dijo, a veces se volvía tóxico con la electricidad.

No quiero decirle lo que tiene que hacer, pero su hija no necesita eso...

¿Sabe lo que hacemos su madre y yo por las noches? Guardia, hacemos guardia, por turnos, a los pies de su cama... ¿Y sabe por qué? Porque no queremos que vuelva a suceder..., que vuelva a intentarlo. Mi niña, ¡Dios mío! No ha vuelto a dormir. Se pasa las noches abriendo y cerrando cajones, reptando por el cuarto como un animal... Y si logra dormir siempre sueña con esa niña, con la de quinto... Dice que Ofelia ha resucitado para llevársela, que no parará hasta el día que se muera...

Es parte del duelo.

¿El duelo?

Ver a la víctima.

¿Usted cree?

Hay que cerrarlo.

Es mucho más. Mi hija necesita ayuda... A veces finge que está con ella..., que habla con...

¿Con quién?

Con Ofelia... La oímos a través de la puerta.

¿Y están seguros de que no hay nadie con ella?

¿Cómo va a haber alguien con ella? Solo cambia el tono de voz, se responde a sí misma igual que si fuera una actriz interpretando dos papeles.

¿Sabía que la señora Verèke dice que también ve a su hija?

Entonces, ¿puede explicarme quién estaba en esa caja?

El padre de Annie resbala con una raíz y cae al suelo.

¡Qué torpe!

No deja que le ayude, aprieta el paso porque no quiere que le vea llorar. La lluvia, y en general la oscuridad, lo envuelve todo dejando por delante solo una línea amarilla que marca la dirección que nos adentra en la noche.

Viven en el número 18 en una casa con el tejado de pizarra. Se

nota que el doctor gana dinero. A esta hora de la noche, el ladrillo de la fachada parece tostado bajo el bulbo de luz de una farola. Los dos vecinos que llevaban a Annie ya se han marchado.

Pase, me dice Bruno.

Querrán estar solos.

Está empapado. Séquese. Espere a que escampe.

Entro en la casa y, casi al instante, Ursula regresa con una toalla y calcetines secos.

Voy a subir a acostar a la niña, dice.

Deme un segundo, añade Bruno, debo acompañarla.

Los tres suben por la escalera, y mientras espero a que regresen husmeo en las estanterías que están llenas de voluminosos tratados de medicina. También hay una vitrina con trofeos y una flor de edelweiss de cerámica de Meissen. Un ventanal corrido da al jardín trasero y en la oscuridad distingo la silueta del magnolio azotado por la lluvia y, justo debajo, la tienda canadiense. Las lonas están rasgadas y flamean al viento porque las piquetas se han destensado.

Parece que ya está más tranquila.

El padre de Annie se ha cambiado de camisa y se ha puesto unas deportivas.

No quiero molestar.

Si sale ahora, le arrastrará el agua. Y no bromeo.

¿Siempre es así?

Mañana hará un sol delicioso. Ursula quiere que se quede a cenar. Me ha pedido que se lo pregunte.

Creo que no.

En realidad, se lo ruego. Hace tiempo que mi esposa no mostraba interés por nada que no sea nuestra pequeña. Casi la perdimos por culpa de la polio y ahora esto... Le vendrá bien tener compañía, hablar de otras cosas, si usted..., claro, si usted... ¿Le gustan los tirabeques? Ursula prepara unos excelentes tirabeques con salsa de curri. No contábamos con su visita. Quizá es demasiado ordinario, pero, créame, le van a encantar los tirabeques. ¿Qué me dice? Le diría que se quedase a dormir, pero la casa es pequeña, y el sofá, me temo, no demasiado cómodo. ¿Un

jerez?, ¿quiere un jerez? Me lo traen de Cádiz y no hay otro mejor. Usted es español, ¿verdad?

No, nací en Holanda, pero vivo en Madrid desde hace años.

¡Qué interesante! Ahora me cuenta.

Se dirige hacia la primera puerta que da al pasillo. La hoja queda entornada y puedo ver por la hendidura una especie de dispensario donde recibe a sus pacientes. Hay una mesa laminada y un biombo, una estantería con todo tipo de instrumental médico: bisturís, escalpelos, pinzas y tijeras quirúrgicas de todo tipo, pero lo que más llama mi atención son las correas de la camilla y el equipo que reconozco de inmediato. Sobre la carcasa del tensiómetro hay uno de esos protectores bucales para evitar lesiones. Bruno me sorprende y cierra la puerta detrás de sí sin ocultar cierta incomodidad.

¿Le gusta leer?

¿Leer?

Tiene muchos libros.

Son libros de medicina, colecciono libros con grabados médicos especialmente hermosos... y caros. Mi joya es un compendio de anatomía descriptiva de 1854. Tiene alguna de las láminas más bellas del mundo. ¿Ha visto alguna vez un sistema linfático dibujado por Plenk? Es perfecto, un complejo sistema hidráulico de ganglios y nódulos en equilibro... Si fuéramos solo poleas y engranajes, no seríamos tan distintos...

Bruno no parece uno de esos médicos que atienden un dispensario rural de lunes a viernes, que analizan la orina de los ancianos para buscar azúcar o acetona. Es de otro tipo. Me entrega la copa de jerez y, casi al mismo tiempo, escuchamos un fuerte impacto en la cocina, seguramente una cacerola o un cuenco metálico al caer.

Está muy nerviosa, dice, discúlpela.

Un relámpago ilumina el interior del salón. Vuelve a dejarme solo. A través del cristal esmerilado los oigo hablar, casi discutir, pero inmediatamente me doy cuenta de que las voces provienen no de la cocina, como había creído, sino del tiro de la chimenea que atraviesa hasta el cuarto de Annie. El doctor y su mujer se abrazan

al otro lado del cristal. Solo será un segundo, me digo. Quizá ni siquiera se den cuenta. Subo las escaleras. Necesito saber si Annie está sola e interpreta la voz de su amiga, o si esa voz es la de la hija de Eva, y en todo caso, no creo que tenga muchas opciones antes de que su padre fría su cerebro y lo borre de modo irremisible. Giro hacia el pasillo y sigo hacia el lugar del que provienen las voces. Nada más abrir la puerta, ambas se detienen. Justo enfrente hay una pared abuhardillada y un póster de Freddy Krueger, también una estantería llena de libros y una docena de muñecas Rainbow Brite. Un dormitorio que sería idéntico al de cualquier otra adolescente de los años ochenta de no ser por la bota ortopédica y la cadena —similar a la que vi en la gasolinera— que hay sobre la alfombra. De repente, la cadena se tensa y veo que algo se mueve en el rincón. Annie toma carrerilla y viene corriendo hacia mí, pero da un salto y se queda en el aire como si hubiera un muro invisible en mitad del cuarto contra el que ha chocado.

Te vas a hacer daño.

Imagino que el golpe se habrá escuchado abajo, así que cierro la puerta con el pie y pongo mi índice en los labios para invitarla a que no me delate.

Estoy aquí para ayudarte.

En el suelo está el estuche del violonchelo abierto y dentro hay cuartillas garabateadas. Son trazos en ángulo que en muchos casos traspasan el papel. No representan nada en concreto, aunque sospecho son la clave para descifrar lo que guarda su cabeza.

¿Qué me quieres enseñar?, le pregunto.

A ambos lados de su boca veo llagas rosadas provocadas por el bozal. Doy un paso adelante y ella vuelve a su rincón. Tiene las uñas largas y negras. El camisón, que debió de ser blanco, es ahora una tela desgarrada y casi gris.

No pasa nada, le digo, sé que me entiendes...

Se da la vuelta y queda de cara a la pared. Avanzo hacia ella. Solo tendría que darse la vuelta para abalanzarse sobre mí. Hace un rato han hecho falta tres personas para reducirla, pero sé que, por algún motivo, mi presencia la intimida y está tan asustada

como yo. De repente se gira y queda de perfil.

¿Qué es lo que quieres saber?, pregunta.

La copa de jerez que llevo en la mano, y de la que casi me había olvidado, cae al suelo.

¡Dios mío! Has hablado.

¿Qué es lo que quieres saber?, vuelve a preguntar.

Qué sucedió esa noche... Con tus amigas... la noche de...

Ya lo sabes. ¿No es así? Escribiste un libro sobre nosotras.

Pero no puedes saber eso.

Tú nos lo dijiste.

¿Qué os dije?

Annie sonríe.

Así que aún no lo sabes.

Sé que es la primera vez que nos vemos...

Miro alrededor y tengo la impresión de que docenas de cámaras registran este instante, de que nuestros espectadores necesitan respuestas y de que esa necesidad es, precisamente, la que hace avanzar la escena.

Immanuel...

¿Qué?

Tú eres él.

Entonces caigo en la cuenta de que me confunde con su profesor de violonchelo y, en vez de sacarla del malentendido, saco de mi bolsillo la partitura que encontré en el bosque.

Es tuya, ¿verdad?

La reconoce de inmediato.

¿Por qué disparaste contra tus amigas?, le pregunto.

Ahora mismo te voy a contar todo lo que sé...

Soy todo oídos.

... lo que quieras sobre aquel agujero negro y redondo...

¿De qué agujero hablas?

Del círculo, el círculo cuadrado. ¿No era cuadrado?

Cómo puedes tú saber... tú no estabas.

Estira su mano y me arrebata la partitura de Tartini.

Lo sé todo, la montaña, la piedra roja, la cúpula, dice girando sobre sí misma, ¿puedes ver a través de la gran cúpula?

¿Qué ves a través de la cúpula?

Dos tetas que saben a arroz y semillero, me encantan tus tetitas, dice...

¿Quién lo dice?

... bebería eternamente de tu océano de almendras y la serpiente ronda redonda y las flores...

¿Qué flores?

... las flores amarillas que muerden aquí, tú eres asfixiante y caliente, siempre muy caliente y dentro de mí, en el interior del semillero...

¿De quién era ese semillero? ¿Era de Yos?, ¿era del director del hotel?, ¿estabais en su jardín?

... un agujero negro, ven y mira qué flores más amarillas en tu oído, usaremos las tijeras y el injerto, ¿sabes cómo se injerta la piel? Debes poner aquí el dedo y meter una hormiga debajo justo en la yema donde cruza la cuerda y hacer plop, y ya está, aprietas el cordón y...

¿Te enseñó él todo eso? Fue él, ¿verdad?

... las cuatro fuimos a buscar piedras por el bosque, piedras planas para ponerlas unas encima de las otras, que no se caigan, tú ya eres mayor, muy mayor, la más mayor de las cuatro, ven aquí, me dejas verlo, la mancha y la gota de sangre en la braguita, así, ves lo microscópicas que son las flores amarillas, ¿sabes qué significa eso? La garza blanca. Claro que lo sabes. Una mujer, una piedra encima de la segunda y otra hasta terminar la cúpula y luego el resto las pones tú sin dejar espacio, ¿me entiendes?...

¿Qué tengo que entender?

... entre las cajas, entre las cañas estás muy delgada, entre las cañas podrías enseñarme solo será un segundo, piedras con sabor a óxido y..., ponga aquí, señorita, sus podaderas de arroz y le daré una azotaina de flores en el cabello, diminutas flores amarillas...

Te hizo algo, ¿verdad?

El señor es mi pastor y nada me falta. Las puso en la caja de resonancia y el diapasón..., jamás olvidéis un Kreisler o un Heifetz, colofonia, así..., arremeted, arremeted porque el señor es mi pastor y nada me falta..., escúchanos, señor, desde el cielo, tu morada...,

déjame ver el fondo del lago, ir al paraíso y comprar un tarro de hormigas bajo la piel, las colocarás encima de la montaña de cera caliente y encima de la cúpula, en la base en la mentonera, mete tu mano así, así, déjame ver, me vuelves loca, la nuez y las flores suspendidas en tu cabello, el viento y nosotros escondidos..., no dirás nada, ¿verdad? Solos tú y yo y ruega una y otra vez, el reflejo en el cristal...

¿De quién estás hablando? ¡Por Dios! Fueron varias personas, ¿verdad? ¿Te violaron varios? ¿Os violaron...?

Son tan grandes que..., tú pon la de arriba y nosotras las de abajo, no te olvides de practicar y practicar con la podadera..., solo quiero lo mejor para vosotras, siempre lo he querido, para las cuatro, ven aquí, cuéntame tus pecados, susúrrame al oído y cuéntame quién quiere ver tus tetitas, ¿te parece bien así?, así, quítatelas, una cosa a cambio de la otra, una conduce a la otra, ¿no es así?, ¿por qué no me miras?, no te vayas tan lejos, no soy tan viejo, compra el tarro de mostaza y reza todo lo que puedas, practica y así las flores amarillas crecerán en tu cabello y en el fondo, muy en el fondo de tu vientre resucitarás al tercer día...

Tranquilízate. ¿Por qué las mataste? Era Ofelia la preferida, ¿no? ¿Era eso? Había otra y tú no soportabas que él...

En realidad pronto me doy cuenta de que Annie no me habla a mí, sino a otra persona que, al parecer, está en el cuarto con nosotros, a mi espalda, probablemente a muy poca distancia. Sin embargo, cuando me giro solo veo la proyección azul de los relámpagos contra el floreado de la pared.

¡Mientes!, grita, arderás en el lago negro.

Las niñas, ¿quién las mató? ¿Quién te dijo que lo hicieras?

Ni siquiera tienes tetas. Eres una cría. Tengo pelillos que huelen a arroz... mira, aquí. Ponte la piedra caliente, son más necesarias las segundas que las primeras, las que irán encima antes que las que irán debajo..., sembrar las flores prendidas en tu cabello. Pummm, pummm.

Les disparaste tú, ¿verdad? Fuiste tú.

Él lo había dicho, recuerda: las flores, la regadera, la barbilla aquí y la mano aquí...

No hay nadie, Annie. Además de nosotros, aquí no hay nadie.

¿Y ella?

¿Ella? Estamos solos.

Él te ve. Siempre te ve. Debes alzar las nalgas así, el señor es mi pastor y nada me falta... Piedras, piedras, piedras, palabras, flores, flores amarillas, flores diminutas amarillas, flores amarillas diminutas y el trino trémolo tralaralará, piedras, piedras...

Sé que no voy a sacar nada en claro, que Annie solo desvaría y su cerebro es una sucesión de imágenes febriles e inarticuladas, que soy yo el que, de alguna manera, conminado por la urgencia de que el puzle tenga una coherencia, trata de darles un sentido. Así que cuando me doy por vencido e intento marcharme, ella me agarra del brazo.

No les dejes.

Que no les deje qué.

Que me encierren.

Eso o algo como eso fue lo que me dijo Monica aquella tarde en el sanatorio de Guadalajara cuando fui a verla la primera tarde, así que todo es un montaje, una mera simulación, parte del juego. Annie se pone en cuclillas sobre la partitura de Tartini y se levanta el camisón sobre las rodillas. No lleva nada debajo. Escucho a Bruno subiendo por la escalera mientras pregunta por mí. ¿Profesor?, ¿está usted ahí? Le digo a Annie que no haga eso, que se tape, pero bajo sus nalgas empieza a surgir un excremento negro y largo que al tocar el folio se enrosca sobre sí mismo como una lombriz gruesa. La niña sonríe y toma la esquina del folio y lo arrastra unos metros. El olor es nauseabundo. Luego introduce el dedo en el excremento y empieza a trazar un círculo, uno igual o muy parecido al cuadrado que los simulacros dibujaron esta tarde en el seminario.

35

Cuando la camarera se acerca y me pregunta si quiero tomar lo de siempre, caigo en la cuenta de que se refiere a ayer, pero, para ella, como quizá para la mayor parte de los autómatas de esta colonia, lo de ayer es lo de siempre: pan de centeno con carne ahumada y una pinta de Fürstenberg. Después de salir de casa del doctor he estado buscando a Eva. He ido al parque congregacional, donde la vi la primera vez, a su casa dos calles más abajo, todo sin éxito. El doctor Härtmann me dijo que quizá la encontrara en la cafetería del hotel, usted ya me entiende, a estas horas suele parar por allí. Por suerte logré salir del cuarto de su hija antes de que llegara, de tal modo que, cuando me encontró, fingí buscar el aseo de la planta de arriba, no encontré el de abajo, le dije. Mi improvisación fue tan nefasta que tartamudeaba. De repente su actitud y la de su mujer cambiaron y empezaron a preguntarse por mi repentina aparición en el entierro, si conocía a alguna de las tres niñas, por qué había ayudado a su hija.

¿Pinta?, preguntó la camarera, ¿media pinta?

Pinta, por favor.

Son las diez y, a diferencia de lo que ocurrió ayer, Eva aún no ha llegado. Según mi reloj quedan apenas unos minutos para su muerte, en realidad, para la muerte de aquella Eva que nació en 1942 en Aachen, cerca de Maastricht.

¿Sabe si va a venir?

¿Quién?

La señora Verèke.

¿Cómo quiere que lo sepa?

Parece molesta por mi pregunta. De hecho se aleja para preparar el bocadillo y me siento en el taburete que ayer ocupaba ella. Desde aquí distingo a los últimos transeúntes que regresan a

casa embozados en sus abrigos. La lluvia es casi horizontal. Las imágenes del noticiario muestran una riada en la ladera del Königstuhl que devora a su paso granjas y autobuses que quedan atravesados en las vaguadas y los puentes. Más que una crecida parece una inmensa lengua de fango que devora el valle como un gólem de mil brazos. Sin embargo, aquí abajo, en el valle, la colonia parece ajena y tranquila. De repente se pierde la señal y la imagen de las noticias es sustituida por un ruido granulado de miles de larvas de color grafito que se sobreponen a un rostro que no tardo en identificar. ¿Qué hace ella en el televisor? Eva tiene el pelo empapado, como si acabara de salir de la ducha. Detrás de ella distingo un trozo de arcada y reparo en que ese arco ojival pertenece a la escalinata de la iglesia del Buen Pastor, es decir, a la misma iglesia que se puede ver desde aquí al otro lado del Museo del Embalaje. Voy hacia la cristalera. En efecto, ahí fuera está Eva Verèke frente a la esquina del parque congregacional. Está a unos trescientos metros, exactamente en la misma posición donde la vi el primer día, descalza y con el camisón, fija la mirada en la parte baja del bordillo. La lluvia adhiere la tela a su cuerpo y el bulbo de luz que proyecta la iglesia produce la ilusión de que está desnuda y su piel satinada es la de algún tipo de anfibio.

Sobre mi cabeza sigo viendo su rostro ampliado, por más que en la calle, por ninguna parte, se vean cámaras o focos o la trastienda del inmenso plató televisivo en el que se ha convertido la cafetería. Le hago señas, levanto los brazos —la cerveza, le grito levantando la jarra, te invito a una—, pero ella no me escucha.

Entonces la misma Volkswagen de color tabaco que esta mañana conducían los dos militares gira muy despacio por la esquina del Museo del Embalaje. Apenas se distingue bajo la lluvia. La visibilidad es mala y el conductor apenas la verá como un borrón al borde del parque. Trato de advertirla manoteando en el aire, pero doy por sentado que sabe perfectamente lo que ocurre, y que, en realidad, su destino es inexorable y nada de lo que haga podrá alterarlo. Si saliera corriendo hacia ella llegaría demasiado tarde. Mientras pienso en ello, Eva da un paso adelante y baja a la calzada. Apenas si escucho el frenazo y el golpe sordo que le

sucede. El cuerpo de Eva choca con la puerta y su cuerpo es engullido bajo el eje de la camioneta. Queda enganchada en el guardabarros y es arrastrada por la avenida. El televisor sigue mostrando un primer plano de sus ojos y de la sangre que salpica su frente y su mejilla. La imagen se detiene cuando la camioneta se para y el rostro de Eva queda contra el asfalto con los ojos muy abiertos y la respiración leve pero aún perceptible. No escapo a la similitud con las imágenes de Monica que registraron las cámaras del hotel tras su caída. Sobre mi cabeza, en el noticiario, regresan las imágenes de inundaciones, de troncos y rocas descendiendo por las laderas, de casas labriegas que se desmoronan como si fueran de arcilla. Al otro lado de la calle, el conductor se ha bajado y se agacha para auxiliar a Eva, pero al ver la gravedad de lo ocurrido se limita a dar vueltas alrededor del vehículo con la mano en la cabeza.

No ha sido un accidente.

Sé que todo estaba preparado.

Solo es una máquina actuando.

Un paladín.

Un actor secundario.

La mandarán a la chatarrería o donde sea que las mandan cuando se averían. El conductor lleva un chaleco de cazador y una gorra de loneta. Está muy nervioso y no me hace caso cuando le pido que entre en el hotel para llamar a una ambulancia. Uno de los brazos de Eva sobresale del eje trasero, mientras que la mano del otro está hundida con los dedos hacia arriba en un charco. Hay un levísimo temblor en uno de ellos. Quizá aún quede una posibilidad. La situación requiere de una acción inmediata y sin pensarlo me arrastro debajo del coche. Eva parece reconocerme. Tomo su mano. La sangre brota de su pecho y avanza entre la gravilla hasta un charco de lodo negro. Desde luego es una sangre realista. Sus ojos se abren de par en par cuando unto mis dedos en esa sangre todavía templada y me la llevo a los labios para comprobar que su sabor es el mismo que el de mi propia sangre, ferroso, como a limaduras e infancia... Su último movimiento es para repeler mi contacto. Me ha visto probar su sangre y quizá lo

haya malinterpretado. Le digo que esté tranquila, que lo siento, que siento no haberla creído, que todo se arreglará en cuanto llegue la ambulancia y que la ayudaré a buscar a su pequeña y que luego nos marcharemos de ese lugar, que llegaré a un acuerdo con la corporación, ahora te entiendo, le digo, ahora sé que no mentías. Pero la suya es ya una mirada sin urgencia ni miedo, entregada a la oscuridad. El aceite negro del cárter gotea sobre su frente.

Perdóname, le digo.

Escucho un siseo eléctrico, como el diafragma de una cámara. Al girarme hacia el hotel, solo veo a la camarera inexpresiva mirando a través del cristal mientras la lluvia vuelve cada vez más imprecisa la nitidez de la representación, si es que es una representación.

36

Tercer día

Faltan casi veinte minutos para que amanezca y apenas si he dormido. Cada vez que cerraba los ojos veía su rostro teñido de rojo y saboreaba su sangre en mis labios. Me acerco a la ventana y levanto la guillotina. No sopla ni una brizna de viento. Dejó de llover a las dos de la madrugada y ahora, sobre las montañas, apenas si se distinguen las trazadas de los relámpagos y el retardo que hace vibrar los cristales.

Por lo demás, silencio.

Un silencio inquietante.

Ni rastro de la orgía de mis vecinos, de Chloé, del arrullo hidráulico del ascensor, nada. Miro hacia el parque donde anoche murió Eva. No hay rastro del accidente. Nadie diría que hace solo unas horas atropellaron allí a una mujer. Todo había ocurrido muy rápido. Aunque le había pedido al conductor que llamara a una ambulancia, estaba conmocionado, así que entré en el hotel y nada más descolgar el teléfono de la recepción recordé que el cable estaba cortado y que solo era parte del decorado. Y, sin embargo, como si hubiera empezado a desconfiar de mi propia razón, acerqué el auricular a mi oído. Nada, no había tono. ¿Qué pretendía que se oyera? Mientras pensaba en subir a hablar con Chloé —se habían traspasado todos los límites éticos y estaba determinado a acabar con aquel juego— las luces de la recepción se apagaron. Nadie podía verme desde la calle, aunque yo sí a ellos. Fue entonces cuando vi que llegaban dos camilleros a los que nadie había llamado. Tuve la impresión de que, si estaban allí, si habían aparecido de la nada, era porque sabían lo que iba a suceder y estaban esperando en el parque para entrar en escena y

cumplir su cometido acordado mucho antes. Tampoco hubo juez que levantara el cadáver, nadie recogió pruebas o testimonios, incluso el conductor, que segundos antes parecía desquiciado, encendió un cigarrillo con tranquilidad, subió a su camioneta, arrancó y se fue. Era como si mi presencia legitimara y diera sentido a su interpretación, pero ahora que ya no estaba o no podían verme, todo carecía de sentido. ¿Qué utilidad tiene una función sin su público? Y eso era todo en este lugar, un gran simulacro alrededor de mí que requería de un solo espectador para existir. En pocos segundos, los camilleros retiraron el cuerpo de Eva y solo quedó de ella una mancha que la lluvia barrió en pocos segundos.

Un leve resplandor estalla en la base de la montaña.

Miro el reloj.

Las cinco.

Las cinco en punto de la mañana.

Y como la madrugada anterior, el día comienza y la camioneta aparece por el callejón que da al Museo del Embalaje. Los dos soldados aparcan en el mismo lugar y se bajan, miran hacia los lados, saludan y antes de marcharse uno de ellos guarda las llaves en el guardabarros. Es la camioneta del accidente. El golpe en el capó ha sido reparado, el faro repuesto y el radiador pulido con cera de carnauba. Solo ha quedado una abolladura en la puerta izquierda. Se han dado tanta prisa que me pregunto si no tendrán, como aquellos pueblos micénicos con sus ánforas agrietadas, una flota de camionetas del mismo modelo con la misma abolladura bajo la ventanilla.

Como la mañana anterior, todo se precipita.

En el mismo orden.

Igual.

Exactamente igual.

La misma camioneta de reparto se sube al bordillo, los rostros surgen de entre las sombras de los callejones y caminan somnolientos hacia la avenida principal, se ilumina el escaparate de la tahona y, a la vez, los tambores de la lavandería comienzan a girar y el chico que vende periódicos vocea y arrastra su pierna, la

cuadrilla de obreros cava la misma zanja a los pies de la escalera de la estación. Hoy no hace viento, pero la mujer del sombrero rojo está como ayer frente a la máquina de billetes. Me veo en el vano ejercicio de buscar diferencias donde no las hay. Son dos escenas iguales, repetidas, prácticamente indistinguibles. Y casi como una certificación de este presentimiento aparece el pelirrojo mirando hacia atrás entre la multitud, como perseguido, igual que la mañana anterior, por un fantasma. Mira hacia la ventana del hotel y nuestras miradas vuelven a encontrarse. Sonrío para agradecerle la ayuda prestada en el bosque, pero Schulz no comprende y se dirige, como ayer, hacia la estación central.

Tomo el abrigo.

La idea casi me hace reír.

Perseguir al profesor de música que no fui. Él es la última pieza, o la primera, del rompecabezas que arrastrará al resto.

37

Atravieso el vestíbulo de la estación y logro acercarme a Schulz esquivando a los que esperan junto a la taquilla de facturación. Una chica, que permanece frente a los aseos, se queja cuando paso a su lado. Y cuando la miro, veo que es aquella chica, es decir, la mujer del niqui rojo que viajó conmigo desde Madrid hace una semana y me siguió hasta la salida del aeropuerto. También ella me ha reconocido. Sin embargo, como si no estuviera en sus planes encontrarse conmigo, baja la vista y vuelve a la cola. Cuando miro alrededor, Schulz ya no está. Sé que no puede andar lejos y que, con cada segundo, disminuyen las posibilidades de encontrarle entre todos estos viajeros. Le busco en los andenes y cerca de la escalera de acceso. Si todavía no ha subido a los vagones, lo hará en breve. Las cerchas atraviesan la gran bóveda como si fuera el vientre de una inmensa ballena metálica. Las locomotoras diésel, esmaltadas en rojo y como recién ensambladas, esperan en la cabecera de los andenes. Es entonces cuando recuerdo algo que sucedió hace años, cuando yo era un niño. Tenía ocho años. Fue en esta estación, o en otra que se le parecía mucho. Recuerdo el mismo banco de hierro colado y la misma inscripción en la esfera del reloj: ERRARE HUMANUM EST, los mismos caracteres en gótico alemán. Mi padre había insistido en que fuéramos juntos a Bremen, pero al llegar a la estación dijo que tenía que hacer una llamada urgente. Durante más de veinte minutos esperé en ese banco a que mi padre regresara, convencido de que me había abandonado. Casi puedo verme con los pantalones cortos y la bolsa de viaje a los pies. Me pregunto hasta qué punto nos conoce la corporación, a mí, a todos los que estamos aquí, hasta qué punto sabe de nuestras debilidades y recuerdos. Miro a mi alrededor. No tardo en darme cuenta de que esta no es la estación central de Bremen, tampoco la

de Bahnstadt, sino *la estación,* es decir, una estación que es la mezcla de todas las estaciones, un lugar común, con sus sacas de correo y sus taquillas, sus carritos portaequipajes y sus portamaletas, las mismas madres despidiendo a los mismos hijos, la misma dicción grumosa por megafonía, la habitual legión de universitarios con camisetas contra la guerra de Vietnam marchándose a la ciudad...

¿Dónde está Schulz?, ¿dónde se ha metido?

No hace frío, quizá es solo la intensísima humedad posterior a la tormenta. Al lado del acceso hay un grupo de hombres con abrigos loden que recuerdan a lo más siniestro de la Guerra Fría. Anuncian un tren para Ludwigshafen a las 17:27 y otro para Mannheim a las 17:32. Me cuesta entender por qué Eva no tomó uno de estos trenes y se largó, por qué no, en vez de quitarse la vida y asumir su destino, hizo como ahora hace Schulz. Huir, romper con el juego. Nadie se lo hubiera impedido. Sé que solo trato de justificarme como tantas otras veces hice con Monica, nada de lo que yo hubiera podido hacer desde Saint-Jean-Pied-de-Port la habría salvado.

Por fin le veo en uno de los quioscos.

Está hojeando periódicos.

Me coloco detrás y disimulo mirando los titulares de la edición semanal de *Der Spiegel* y la noticia de una misteriosa enfermedad que aún no ha sido bautizada como síndrome de inmunodeficiencia adquirida, y que, para los científicos, ahora mismo, es una misteriosa variante del sarcoma de Kaposi. En la publicidad de las páginas interiores veo a una joven renana con su dirndl y su blusa escotada anunciando cigarrillos Upmann apoyada en un tractor rojo. Nada de calentamiento global, nada del #MeToo, nada de la unión eurofinanciera tras el desplome del Banco de Inglaterra, nada de la invasión de Ucrania que haga sospechar sobre el ritmo frenético con que el mundo cambiará en pocas décadas. Veo como Schulz compra el periódico y se dirige a la línea de taquillas. Desde donde estoy escucho que pide un billete para Mannheim. El tren saldrá en seis minutos y el trayecto tiene una duración estimada, según leo en el tabloide, de veinte minutos.

Otro tren regresa a las 19:10, así que puedo estar de vuelta para cenar con Chloé y nadie tiene por qué enterarse. Cuando el mundo sepa que estos simulacros viajan a nuestras ciudades y están entre nosotros, que deambulan por nuestros centros comerciales y trabajan en nuestras oficinas, Wetopia Inc. se verá en un grave aprieto. Tendré pruebas de ello. A escala, la colonia solo es un banco de pruebas insignificante, un paso previo, podría decirse, para conquistar el mundo.

Mannheim.

¿Cómo?

Quería un billete para Mannheim.

El vendedor levanta la vista de la troqueladora. Tengo la sensación de que va a decirme que no puede venderme el billete, no a mí, que tiene instrucciones de sus superiores, que soy el protagonista y por tanto imprescindible para esta comedia, pero simplemente hace girar la manilla y señala con el dedo el marcador:

Veintiún marcos.

¿Podría pagarle con esto?

Y le enseño mi Zeppelin analógico con correa de piel que forma parte del disfraz que me dieron en el avión.

No está en una casa de empeños...

Lo sé, pero su valor...

Siguiente.

Yo pagaré su billete, dice una voz justo detrás de mí.

Es un tipo de unos cuarenta años con aspecto de comisionista.

¿No me recuerda?

¿Nos conocemos?

¿El entierro? ¿Las niñas? Sé que no es la mejor ocasión para conocernos, pero usted nos ayudó a Salman y a mí a agarrar a esa cría..., ¡vaya fuerza tenía la condenada!

Sí, claro. Disculpe... Olvidé mi cartera en el hotel.

Luego me lo da.

El desconocido paga el billete y, mientras caminamos hacia el andén, tengo la sensación de que hay docenas de ojos posados en nosotros, de que en cuanto pongamos el pie en el vagón, una

docena de militares o un completo equipo de producción televisiva se abalanzará sobre nosotros. Schulz también parece nervioso. Mi mirada coincide con la de un tipo con sombrero de hongo apoyado en el buzón. También la vendedora de tabaco mira en otra dirección cuando sabe que la observo.

¿Busca a alguien?

¿Cómo?

Parece que hubiera perdido a un hijo.

¿Por qué iba a perder a mi hijo?

No digo que lo haya perdido. Era solo una comparación. Koch, dice tendiéndome la mano, Hendrik Koch.

Es solo que creí ver a un amigo.

No tiene por qué darme explicaciones.

Sin embargo, él sí me cuenta que trabaja en la sección de sucesos de un periódico de Mannheim y que está en el valle para cubrir la noticia de la muerte de las niñas. Su nombre me resulta vagamente familiar. Quizá en su día, mientras preparaba la documentación de mi libro, leyera alguno de sus artículos. Me cuenta que tiene una jefa, la señora Ball, que sostiene que los sucesos, y en particular las muertes de niños, son las únicas noticias atemporales que crean nuevos lectores. Nos sobrecoge la muerte del inocente, ¿no cree?

¿Por eso estaba en el entierro?

Todos tenemos un motivo. Le sorprendería lo que puede averiguarse en un funeral. ¿Y usted?, ¿qué motivo tenía?

Conocía a una de las madres.

¿Ya no la conoce?

Se quitó la vida... anoche.

¿Se suicidó?

Cuando subimos al vagón, al contrario de lo que había pensado, nadie repara en nosotros, parecemos dos viejos camaradas que se han reencontrado en la estación. Nuestros billetes son correlativos y nos dirigimos al mismo compartimento. El interior está enmoquetado y apesta a tabaco. Ocupo mi lugar junto a la ventana y mi benefactor se sienta justo enfrente.

Así que una de las madres de esas niñas se ha suicidado y

nadie me ha dicho nada. ¿Y está seguro?

Lo vi con mis propios ojos.

¿Dónde ocurrió?

Frente al hotel Normandy. ¿Lo conoce?

No hay otro en este lugar. Y eso, ¿a qué hora ocurrió?

En torno a las once. Once y cuarto. Yo estaba en la cafetería...

Imposible.

¿Imposible?

Me alojo en ese hotel y no escuché nada.

Fue frente al parque.

Sé dónde está el parque. Mi ventana daba a ese parque, en realidad, todas las ventanas de ese hotel dan al mismo parque.

No soy ningún embustero.

Le creo, amigo, le creo. ¿Por qué iba a mentirme?

Le digo que es cierto.

Hendrik Koch se quita el sombrero pero no lo deja en el portamaletas, sino que se lo queda sobre el regazo y con las manos hace girar el borde del ala.

Una desgracia, ¿verdad? Lo de esas niñas. ¿Cómo dice que se llamaba esa madre?

Verèke, Eva Verèke.

¿Le importa si apunto el nombre? Parece increíble en un periodista, pero tengo una memoria nefasta..., la señora Ball dice que...

¿Se sabe lo que pasó? Con las niñas.

Hay teorías.

¿Teorías?

El tren arranca y abandonamos la estación. Atrás queda el eco de los avisos bajo la cúpula y tengo la sensación de que este hombre no es periodista y ninguna señora Ball le espera en Mannheim, y que, al igual que Schulz y yo mismo, se ha creado una coartada para escapar de la colonia. El tren gana velocidad y atraviesa una llanura de parcelas cercadas antes de adentrarse en el bosque que rodea el valle.

Créame, dice, aquí hay gato encerrado, se lo dice un periodista con más de veinte años de oficio. Mi olfato me dice que

algo huele a podrido en...

¿Quiere decir que no se han suicidado?

¿Conoce algún suicidio que no sea un homicidio? Siempre hay un culpable y casi nunca es la víctima.

No le entiendo. Se refiere a ese profesor...

¿Schulz? Él solo es una pieza..., un peón. Los crímenes no se resuelven hasta que tienen un culpable..., y mientras tanto ese papel es siempre para un pobre diablo.

¿Tiene pruebas? De lo que dice, ¿tiene pruebas?

¿Conoce al reverendo Barfus? ¿Le conoce?

¿El del funeral?

El mismo. ¿Escuchó cuando dijo que en el Antiguo Testamento está escrito que un inocente debe ser sacrificado para que la comunidad obtenga el perdón de su Dios?

¿Se refería a él?, ¿a Schulz?

A Jesucristo, claro, habló del cordero de Dios...

Sí, ya.

No se ría. Ese cura sabe mucho más de lo que dice. Igual que el doctor Härtmann, ¿no se dio cuenta? Aquí todos ocultan su trocito de verdad...

¿Y Strübel?

¿Yos? ¿El director del hotel? Solo es un pedófilo, tenía los medios, pero no los motivos.

No entiendo.

Yos es un sentimental, no un asesino.

Pero estaban drogadas...

Si sabe eso, sabrá que sentía cierta predilección por una de esas niñas, la más pequeña... Aunque sea un monstruo, ¿destruiría usted lo que más desea?

Quizá por celos...

Hasta donde sé Yos solo fue una parte necesaria.

¿Qué quiere decir?

Así que al final iba a ser solo eso, una mala novela de género con pedófilo, cura de pueblo y profesor de música, todos ellos orquestando el fresco de las perversiones patrióticas, una cadena de pistas que debía de seguir como un niño perdido en el bosque,

el detective de una de esas aburridas entregas en las que el primo de la juez asesina a la joven hermosa... Algo lineal, encaminado y comprensible, algo levemente lírico y con unas gotas de dramatismo. La idea de que todo formara parte de un serial televisivo era divertida y grotesca. De repente, Koch enmudece porque ha visto algo en la puerta del compartimento y su actitud cambia de modo radical.

¿Le pasa algo?

No, nada.

¿Quién estaba ahí?

Solo voy a Mannheim a ver a la jefa de sección...

Eso ya me lo ha dicho.

¿Y usted? ¿Usted por qué viaja a...?

Solo trata de distraerme y ganar tiempo, así que salgo del compartimento y antes de hacerlo escucho que Hendrik Koch me dice:

No lo haga, quédese aquí, repitamos una y otra vez las mismas preguntas. Será divertido. Prometo darle las mismas respuestas. Estará seguro.

¿Y por qué íbamos a hacer algo así?

No sea idiota. Si le descubren... si saben, le matarán.

No pienso quedarme aquí mientras ejecutan a ese inocente.

Ellos lo saben...

¿Qué saben?

El periodista se encoge de hombros.

Está advertido, si lo hace será problema suyo.

38

Al fondo del pasillo la puerta del vagón oscila sin terminar de cerrarse. En los compartimentos hay hombres leyendo periódicos, militares y un grupo de estudiantes que alborota alrededor de una joven. Justo cuando voy a alcanzar la plataforma del siguiente vagón, aparece el revisor. Está tan obeso que su cintura queda encajada entre el pasamanos y el mamparo e impide que pase. Se pone de costado y yo de espaldas, luego al revés, pero nada, no hay manera. Por fin entra en uno de los compartimentos y así logro alcanzar el coche cama, pero ya es tarde, tampoco veo a Immanuel Schulz en esta parte del tren. El coche cama huele a sudor y solo dos de los reservados tienen la cortinilla echada. Apenas distingo la silueta de las sombras al otro lado. En la segunda, hay un hombre de complexión similar a la mía. Abro convencido de que solo puede ser él, pero en el interior hay un joven sentado en la litera con los brazos sobre las rodillas. Gira la cabeza hacia mí como si fuera a preguntarme algo pero al final no lo hace. El gesto es tan automático que me recuerda a esas figuras de los pasajes del terror que se accionan cuando alguien se acerca para volver a su posición de reposo cuando me marcho. Cierro la puerta. Si era Schulz el que ha intimidado a ese periodista, tiene que estar en el último vagón. No hay escondites en este tren. Sé que solo es otra de esas estúpidas persecuciones que se esperan de mí y que los guionistas de esta representación reservan para las partes finales. Schulz es solo otro anzuelo. Si he subido a este tren es para perseguirle y averiguar lo que ellos quieren que averigüe. Nada más. Y lo más absurdo es que no me importa en absoluto convertirme en un eslabón más de esta cadena de causas y efectos, todos ellos igual de obvios y previsibles.

El último vagón es la cafetería.

Dentro hay una barra en forma de ele y un empleado de la compañía limpia el filtro de la cafetera. El único cliente tiene la cabeza gruesa, casi hundida entre los hombros. Veo su rostro a través del espejo biselado del botellero. El teniente de la Policía Rural de Bahnstadt lleva la bragueta abierta y por ella asoma parte de sus calzones de algodón amarillento. ¡No puedo creerlo!

¿Usted?

¡Qué sorpresa! Últimamente nos vemos en todas partes. Empiezo a pensar que no es casualidad.

¿El qué?

Sospecho que me sigue.

¿Y por qué iba a seguirle?

Usted sabrá. Siempre está en medio de todo...

¿Le ha visto?

¿A quién?

¿A Schulz?

¿Tendría que haberle visto?

Tiene que estar aquí.

Puede preguntarle a él, dice señalando al camarero, le dirá que por aquí no ha pasado nadie desde que salimos. Pero no se preocupe, le creo, le creemos, también nosotros sabemos que estaba en la estación. Es escurridizo, ¿verdad? Pero le aseguro que se llevará una sorpresa cuando vea el retén que le espera en Mannheim.

Así que es una trampa, todo esto...

Veo que está mejor.

¿De qué?

Ya no cojea.

Supongo que era menos serio de lo que parecía.

¿Va a algún sitio?, su voz transmite un barniz claramente amenazador, quien huye no es trigo limpio. ¿Va a algún sitio?, repite.

Asuntos personales.

¿Cómo de personales?

¿Estoy obligado a responderle?

Veo que ha conocido a nuestro amigo Hendrik Koch...

¿Y usted cómo lo sabe?

Tardará mucho en encontrarse a otro periodista tan repulsivo. Siempre anda metiendo las narices en todo. Como agente de la autoridad estoy obligado a probar los hechos para que hayan existido, pero él puede especular, y si se equivoca, sobre todo si se equivoca, su trabajo será un éxito. ¿Qué le ha preguntado?

Hemos hablado. No recuerdo.

¿No recuerda? Sin duda tiene mala memoria. Tómese un café.

Mejor no.

Invito yo.

¿Y Schulz?

Tranquilo, dice golpeando el taburete, Schulz no irá a ninguna parte. El cerco se ha estrechado. Él aún no lo sabe, pero es así. Tenemos unos minutos, dice mirando el reloj, así que aprovecho para pedirle algo.

¿A mí?

Ayer quise hacerlo, pero no era la ocasión..., por lo de su cojera. Además estaba Egbert, siempre es mejor no implicar a terceras personas, sobre todo si son jóvenes. Usted ya me entiende...

No, no le entiendo.

¿Qué le parece nuestro pueblo?

Curioso.

A los turistas les encanta. Nos ven como animales enjaulados entre estas montañas, pero ellos no aguantarían aquí ni un minuto. ¿Sabe? Lo más emocionante de este lugar es la astronomía. No hay otro lugar del mundo desde el que se vean mejor las estrellas. Ahí arriba siempre están pasando cosas que no podemos controlar, inexplicables, desaparecen estrellas, la semana pasada tuvimos una superluna...

No sé adónde quiere ir a parar.

¡En luna menguante! ¿Entiende? ¡Una superluna! Aquí abajo también hay cosas enigmáticas. Lo de esas niñas... ¿Cuál es su teoría?

¿No debería preguntarle yo a usted?

La última vez que hablamos parecía muy informado...

Dijo que tenía que pedirme algo.

Sí, es verdad. Mi mujer está encantada con su seminario.

¿Elsa?

A ella le aburre este lugar, odia los bosques, la naturaleza. Tiene otro carácter. Las mujeres como ella no se conforman con lo que la mayoría de las mujeres.

Si le soy sincero, la entiendo.

¿Está casado?

Sí, bueno, lo estuve.

Entonces tiene que entenderme. La quiero. ¿Sabe? Después de casi veinte años sigo pensando que es la mujer de mi vida. ¿Ha sentido algo así por alguien? Tenemos una niña, ¿sabe? Es casi una mujercita, Christa, está en cuarto y cada vez que la miro veo a Elsa... Ha sacado su mismo carácter... Perdone, le aburro, es necesario que dé este rodeo para que entienda lo que voy a pedirle... Para nosotros tener a Christa no fue fácil, ¿entiende?, nos conocimos tarde y demasiado mayores, y Elsa, bueno, Elsa es una mujer maravillosa pero muy temperamental. ¿Ve por dónde voy? Tardamos dos años en concebirla con la ayuda de Dios... y la paz y la serenidad de este lugar. ¿Sabía que escribe poemas?

¿Va a dejar de dar rodeos?

Nunca me los ha enseñado. Piensa que no los entenderé. Tampoco quiere editarlos, tengo un amigo que estaría encantado de leerlos... Lo cierto es que ella vale mucho más que yo. Pero soy egoísta. ¿Sabe? El amor es egoísta. La quiero a mi lado y mataría por que se quedara aquí... ¿Me sigue? No se asuste, no hablo en el sentido literal, quizá sí, no sé. Imagino que ya se hace una idea... no me gusta perder. No es que sea competitivo, no lo soy, pero ella es innegociable. Por eso está usted aquí. ¿No le extrañó que un pueblo como este se interese en el trabajo de un antropólogo?

¿Quiere decir que fue su mujer la que me eligió?

Ahora se siente frustrada, es de lo que quería hablarle. Me contó lo del sueño y lo de ese cuadrado que era un círculo. Yo lo veo todo muy raro, pero ella dice que usted es un genio. Ya la he encontrado dos veces sentada en la cama, mirando la pared y sé lo que eso significa. ¿Me sigue...?

Pues no.

El reverendo dice que los que piensan demasiado no encontrarán a Dios, que será Dios el que los encontrará a ellos y que ese será su peor castigo.

De verdad, mire...

No se haga el tonto. Usted es el... responsable.

¿De que su mujer se haya dado cuenta de que su vida aquí es una mierda?

Mire, no nos parecemos, no nos parecemos en absoluto. Es algo que en otro momento deberíamos celebrar, pero no aquí.

¿Me va a decir de una vez qué quiere?

Le va a dar lo que sea para que se sienta feliz, para que vuelva a ser mi esposa. Usted le gusta, le hará caso. ¿Podría pedirle ese favor?

¿No es ya mayorcita para decidir?

Le he dicho que es la mujer de mi vida, que tenemos una hija preciosa, una casa, ¿es que no lo entiende? Y sería capaz de hacer lo que fuera para preservarlo...

Esto también lo ha dicho.

¡No le meta esas ideas en la cabeza!

Como le digo, me temo que no está en mi mano. Solo hago las preguntas...

El teniente golpea la barra.

Creo que no lo entiende.

¿Me está amenazando?

En absoluto.

Al otro lado de la ventana, las montañas forman una masa tupida de color gris. El nivel sobre el borde de la taza marca la inclinación del descenso, que debe ser de quince o veinte grados. A los pies de Simon hay una malla verde de lona.

¿Le gustan los caracoles?

Alarga la mano y saca la bolsa y afloja el cordel. Inmediatamente asoma una masa de antenas y cuerpos viscosos que se retuercen. Las hélices amarillas de los caparazones crean un hermoso fractal en movimiento.

¿Sabe por qué me gustan tantos los caracoles? Los llaman los

heraldos de la lluvia. ¿Y sabe por qué? Les encantan los días nublados, como a mí, las primeras horas del día. Van al contrario que el resto. Y el estiércol, donde vea estiércol, allí están los caracoles. Estos los he cogido esta mañana.

Mire, no quiero ser grosero...

Déjeme, déjeme que termine, todo tiene que ver... ¿Ha cocinado alguna vez caracoles? Muy pocas personas lo saben. Casi todo el mundo los echa a la olla. Es de ese modo como mueren *dentro* de la concha, ¿sabe lo que quiero decir? Luego es un calvario sacarlos y a veces nunca se consigue. Lo que hay que hacer es cocinarlos a fuego lento, ¿entiende?, y cuando saquen la bicha, ese moco blanco, ponerlos con el fuego al máximo. Así mueren *fuera* de sus conchas y es más fácil.

¿De qué demonios está hablando?

... si intenta cocinarlos en sus caracolas lo va a tener crudo.

¿Se refiere a su mujer?

¿No es usted el intelectual? Por cierto, ¿le gusta la caza?

Casi tanto como sus caracoles.

Este sábado haremos una batida. Me gustaría invitarle...

Lamento no poder ir.

La caza es filosofía, créame.

¿Filosofía?

¿Ha visto alguna vez un animal a punto de morir? Sería un buen final para su visita. ¿No cree? Pasaremos a buscarle el sábado a primera hora. No admito una negativa. No de usted. Esté preparado, entiéndalo como un favor personal que le hago. No lo olvidará, créame, cambiará su perspectiva de todo este lugar. Parece que... parece que por fin hemos llegado.

Pero cuando miro por la ventana veo las locomotoras diésel estacionadas en el andén y la esfera del reloj con la leyenda ERRARE HUMANUM EST que preside el hastial de la estación de la que salimos hace apenas veinte minutos.

39

Según la hipótesis más plausible el tren ha descrito un recorrido circular para regresar al punto de partida. Fantasear con otras opciones implica reconocer que la corporación ha logrado alterar el espacio y el tiempo, y eso, incluso para ellos, es demasiado. Así que supongo que no solo los trenes que salen de la estación, sino todos los caminos y las docenas de sendas secundarias que recorren los bosques de estas montañas, forman trayectorias cerradas o en anillo, senderos que se doblan sobre sí mismos como si la colonia fuera un agujero insaciable a cuya atracción es imposible abstraerse. La jaula de la representación. Solo un camino admite la entrada y la salida, la carretera por la que Chloé y yo habíamos descendido al valle. Cuando entro en la habitación 363 la ayudante de Keitel está de espaldas frente a la ventana, envuelta en una toalla amarilla de rizo. Acaba de salir de la ducha y sobre la cama está su ropa interior.

Perdón, le digo, no quería...

Verla casi desnuda disipa en parte mi rabia. Tiene unas piernas largas y demasiado delgadas. Chloé no parece sorprendida, de hecho, es como si llevara un rato mirando por la ventana, esperándome en esa postura.

¿Lo ha encontrado?, pregunta.

¿El qué?

Lo que ha ido a buscar a Mannheim.

Muy graciosa. ¿Sabían que tomaría ese tren?

Por supuesto.

¿Juegan conmigo como si fuera uno de ellos?

Igual que su cuadrado es un cuadrado.

Déjese de acertijos. No soy su cobaya.

Insiste en tomarse demasiado en serio.

Sabían que seguiría a Schulz, ¿verdad?

Solo era lo lógico.

Por eso pusieron allí a ese periodista, ¿estoy en lo cierto?, para que pagara mi billete y me contara todo eso sobre el reverendo y...

Wil y yo tenemos fe en que termine entendiendo lo que esperamos de usted. Mientras tanto, a nuestra audiencia le encanta su aventura, ¿quién?, ¿por qué?, ¿en qué momento? Es reconfortante para ellos saber que si siguen esa cadena deductiva suya obtendrán la recompensa..., la verdad...

¿Y no lo harán?

Puede estar convencido. No la recompensa que ellos esperan, claro...

¿De qué está hablando?

Del vellocino, del grial... Dígame, ¿interrogará usted al director del hotel?

¿Por qué iba a hacerlo?

Es lo que esperan.

¿Los colonos?

Nuestra audiencia.

En realidad, lo que me enerva es ser tan transparente para ella. Sin duda, después de hablar con la directora y con aquel periodista, interrogar a Yos Strübel era lo obvio, el siguiente eslabón, solo él tenía el vivero y los conocimientos para plantar salvia y destilar su tintura, solo él estaba enamorado de Ofelia... Pero si no puedo confiar en la lógica, ¿en qué puedo confiar? Sin duda debía saltarme la membrana del sentido común, el motor lógico-deductivo como lo había llamado Chloé, para pillarlos por sorpresa.

No se lo voy a poner tan fácil.

Lamentablemente no depende de usted.

¿Qué quiere decir?, ¿que debo dejar de oponerme?

De repente Chloé mira por la ventana. No sé lo que observa al otro lado pero le hace sonreír.

Sabe..., por eso es un buen actor.

¿Porque me opongo?

Porque no sabe que es actor. Tenía que haber visto su cara anoche, debajo de la camioneta. La boca llena de sangre, igual que un caníbal. Tenía algo... monstruoso, aberrante, pero usted...

¡Por Dios! Dígame que ella no era real.

¿Importaría?

¡Claro que importaría!

Fue usted, de algún modo fue usted...

¿Yo?

¿Por qué no huyó con ella cuando se lo pidió? Lo hizo varias veces, ¿recuerda? Incluso se lo pedí yo... Tuvimos que salpimentar la historia.

¿Salpimentar?

Darle un poco de suspense... ¡y fue increíble! Esta mañana, mientras usted huía hacia Mannheim...

... no huía...

... nuestro *engagement* subió al ochenta y siete por ciento. Vendimos 10K sudaderas Gildan y se agotaron las bolsas promocionales de algodón ecológico. Wil está preparando una campaña de delantales, tres modelos de nicab y chanclas con el logo *#YCuálesSonTusSueños*, *#¿Huimosjuntos?,* incluso ya tiene su propio iGlass precargado con la aventura *Salvemos todos a Eva*. ¿Se asustó? El teniente. Ese hombre pone los pelos de punta. Y lo de los caracoles, ese lenguaje metafórico... Un consejo..., si me lo acepta, si yo fuera usted no iría ni loca a esa cacería.

Claro que no iré.

Lo cierto es que nada de lo que haga tendrá relevancia.

¿Entonces?

Entonces Chloé deja caer la toalla al suelo. Gira levemente las palmas de las manos hacia mí para mostrarme la cicatriz. Solo hay una, en la mano izquierda. Es como una lombriz que empieza en la región carpal y llega hasta la mitad del antebrazo.

¿Le parezco humana?

¡Qué demonios! Tápese.

¿Cree que soy humana?

Si no lo fuera, sería la mejor imitación que he visto en mi vida.

¿De verdad?

¿Bromea? ¿Me está preguntando si es humana? ¿Qué es esto? ¿Otra de sus representaciones? ¿Qué se supone que tengo que hacer ahora?

¿Lo soy? Responda.

Desde un punto de vista antropológico, supongo que sí. Parece alguien libre, capaz de decidir y perseguir sus metas. Incluso diría que es una humana demasiado excepcional. Con..., ¿cuántos años dijo que tenía?

Veinticuatro.

Y doble grado...

¿De verdad eso le parece excepcional?

Y la fuerza de un caballo.

Gimnasio, puro gimnasio. ¡Tóqueme! ¡Compruébelo por sí mismo!

No voy a tocarla, no voy a divertir a su audiencia.

Le recuerdo que es usted el que ha entrado sin llamar, el que sigue ahí, mirándome, es usted tan predecible...

Sería difícil no verla.

Chloé toma las bragas y se inclina ligeramente hacia delante para ponérselas.

¿A qué viene este numerito?

¿No tiene usted dudas?

A qué se refiere.

¿No tiene que repetirse constantemente que usted es el original y ellos la copia? ¿No le pasa eso?

Le aseguro que sé muy bien lo que soy.

Pero lo cierto es que esa misma mañana yo había dudado del recuerdo de aquel niño de ocho años que siempre había dado por mío, ese crío perdido en la estación de Bremen por mi presunto padre. Sabía que Chloé se refería a lo que el tecnotropólogo escocés Abram Fletcher llamaba el instante del desprendimiento, es decir, el instante en el que el juego de imitación llegaba a su fin porque la copia quedaba solapada al original y por tanto perdía su natural necesidad de prevalecer, el segundo en el que el simulacro renunciaba a la actitud de aparentar para empezar a ser.

Entonces, ¿qué? ¿Se lo parezco? ¿Le parezco una chica normal de veinticuatro años?

40

Sobre el mostrador de recepción, hay una cartulina blanca en la que el director del hotel indica a los improbables clientes que está almorzando y regresará en veinte minutos, a las 12:30. La letra de Yos Strübel es refinada y un tanto infantil. Me aseguro de que nadie me vea abrir el libro de registro y compruebo que los clientes del Normandy no solo son alemanes y daneses, como sería previsible, sino también argentinos o chilenos, incluso varios españoles. Me pregunto por qué la familia Lehane, de Danzig, Polonia, eligió estas montañas para pasar sus vacaciones en 1983, o por qué Natalja Kuusk, nacida en Tallin en 1947 y de profesión actriz, pasó cuatro meses de rodaje en este hotel. Supongo que todos ellos, en caso de ser reales, forman parte del mismo elenco que yo, intrusos contratados por la corporación para hacer trabajos similares al mío. La cajonera está cerrada. La madera se astilla con facilidad cuando tiro de ella. En su interior hay un viejo Rolodex con direcciones, clips dispersos y una grapadora, también un legajo de papel verjurado con el membrete del hotel y un tampón de caucho que reproduce el escudo heráldico de la pedanía. Nada anómalo o que parezca un indicio del que tirar. Detrás de mí, en el rincón, está la papelera. Dentro hay pañuelos desechables, un sobre de Alka-Seltzer y mondas de manzana. Al fondo distingo varios albaranes. Los extiendo sobre el mostrador y compruebo que los dos primeros son suministros de sartenes y menaje, el tercero es un pedido de quince sábanas bajeras, seis fundas y un cubrecanapé modelo Maple. Sin embargo, es el cuarto albarán el que llama mi atención: procede de un vivero a las afueras de Mannheim y su fecha es de siete días atrás, un lote de semillas de moringa y dos sacos de sustrato universal. La dirección de entrega no es la del hotel, sino el número 17 del callejón de Breite. Utilizo uno de los

planos turísticos que hay sobre el mostrador para comprobar que la colonia tiene forma equilátera y el callejón de Breite está, precisamente, junto al Museo del Embalaje.

En el escaparate de la lavandería SB Waschsalon hay apoyada una mujer con un carrito de bebé. Debe de llevar allí un buen rato. Me mira sin disimulo. Al ver que no logra intimidarme reanuda su paseo matutino y, cuando lo hace, me digo que es imposible, que solo es una de esas vecinas habituadas a espiar a los demás. Sin embargo, a los pocos segundos, Elsa, la mujer del teniente, cruza por la acera de enfrente y me saluda con una amplia sonrisa. Lleva la pamela y el vestido rojo de todas las mañanas. Yo hago lo propio y unos metros más adelante, junto al local de apuestas, me encuentro a un pakistaní que me da los buenos días y me pregunta cómo me encuentro hoy. Bien, claro, balbuceo. Va a decir algo más, pero le dejo con la palabra en la boca.

Los adoquines del callejón de Breite están empapados por la lluvia. Frente al número 17 hay un hombre que, al verme llegar, cierra el periódico y entra en una de las casas colindantes. La casa del agrónomo es de estilo alpino alemán. El jardín delantero está descuidado y las ortigas ascienden por la fachada y tapizan las jambas hasta los canalones. Desde luego, no es lo que podría esperarse de alguien interesado en la botánica. No hay timbre. En su lugar hay una cadena cubierta de salitre que cuelga de una especie de cabeza de dragón. Está podrida y hace siglos que nadie la utiliza. Cuando yo lo hago, Yos Strübel aparece de inmediato con tal cara de asombro que no tengo dudas de que me ha estado esperando.

Usted aquí, ¡qué sorpresa!

¿Verdad? Dijo que podía venir, ¿no? El otro día... A su casa, que me enseñaría el jardín...

Pero no creí que viniera.

Su jardín francés, ¿verdad? Así lo llamó.

Así es.

Ya que estoy aquí podría...

¿Ahora...? ¿Quiere verlo ahora?

Si no tiene inconveniente.

Claro, pase, por favor. Es por aquí.

La casa se levanta entre dos medianeras. Los techos son artesonados y hay inmensas estanterías que contienen maquetas de figuras de plomo, regimientos de coraceros y mariscales, brigadas completas a escala reducida, pero sobre todo ejércitos de la llamada tercera vía, es decir, camisas negras, divisiones alemanas e infantería de la División Azul. También hay gorras originales de la Wehrmacht, emblemas de la Schutzstaffel y toda esa decadente iconografía nacionalsocialista, pero lo que más llama mi atención es el tapiz gobelino que cuelga en la pared del fondo: representa a Eneas o Moisés guiando a los hebreos por el Mar Rojo.

¿La Biblia?

Representa la llanura silesiana, dice el agrónomo, el éxodo de los primeros Welinguert.

Parece Moisés, ¿no?

¿Moisés? ¿Quién es Moisés?

Me refiero al personaje bíblico.

No sé de quién habla, le aseguro que este es Adam von Welinguert.

¿Adam?

Nuestro primer líder.

Supongo que por este camino podríamos pasarnos toda la mañana discutiendo. El jardín da a la parte de atrás y está limitado por un grueso muro de lascas de pantano. Dentro del vivero, los senderos forman una cuadrícula perfecta que recuerda, más que a un jardín francés, a un sistema de coordenadas cartesiano. Cada parterre contiene doce tallos dispuestos en dos filas de seis plantones, me explica, aunque lo cierto es que lo que yo veo es un cúmulo desordenado de rastrojos y malas hierbas que nadie ha desbrozado desde hace meses. Junto a la medianera, hay un pequeño invernadero en el que crecen multitud de pequeñas flores amarillas. A través del cristal empañado por la humedad veo un semillero con brotes incipientes, aún irreconocibles; también unas tijeras de podar y una vieja regadera de latón. Annie Härtmann, en

su desvarío, se había referido a ese invernadero, también a aquellas pequeñas flores amarillas y a una regadera de chapa muy similar a esta. Fuera quien fuera la persona o personas a las que se refería, parecía evidente la connotación sexual de sus palabras y la implicación de Yos Strübel. A la vista de las evidencias, lo más escamante era que el teniente siguiera con sus absurdas figuraciones sobre el demonio cuando era indudable que estaba omitiendo lo más obvio, alterando así la lógica de cualquier investigación criminal.

La luz a esta hora del día, dice Strübel, es maravillosa... Llevo veinte años almorzando en este banco y no me canso de hacerlo.

Algunos mosquitos zumban a nuestro alrededor y huele a cítricos. La lluvia ha avivado la intensidad de los olores, el color verde del emparrado y el gris de las lascas de piedra. El director me invita a sentarme en un banco de azulejos frente a una flor blanca de aspecto muy frágil.

¿Sabe cómo la llaman?

Ni idea.

La garza blanca..., dicen que recuerda a la vulva de una joven.

¿En serio?

¿No ha venido por eso?

¿Sabe por qué he venido?

A ver mi jardín, ¿no es así? Eso hago, se lo enseño.

¿Sabía que encontraron veneno en el estómago de esas niñas?

Eso no es exactamente cierto.

Tintura... tintura de salvia.

La salvia no es un veneno. ¿Sabía que la mitad de las plantas que nos rodean, en las dosis adecuadas, son mortales?

Perdone que se lo pregunte tan directamente, pero ¿tiene aquí esa hierba?

El teniente también me lo preguntó.

¿Podrían las niñas haber accedido a...?

¡Por supuesto!

¿Por supuesto?

Usted mismo está sentado a unos centímetros de donde se sentaban ellas. Mire, ahí. *Salvia divinorum,* salvia de los adivinos,

fue usada por los chamanes mazatecos durante siglos. Es un arbusto vulgar, crece en arroyos y alrededor de aguas estancadas, donde hay mastranzo y trébol. En sí misma no es un alcaloide, pero contiene una sustancia psicoactiva que provoca alucinaciones. Se puede masticar, fumar, pero digamos que los mejores efectos se logran con la tintura...

Déjeme adivinar..., ¿a que usted la fabrica?

¿Me está acusando de algo?

¿No resulta evidente?

Por supuesto que tengo en un botiquín. Mire estas varices..., yo mismo...

¿Eso también se lo contó al teniente?

Sí, y que esa noche estuvieron aquí pocas horas antes de...

¿En este lugar?

Solían venir a ensayar...

¿Con su profesor?

Solas, siempre solo ellas cuatro.

¿Y por qué?

Cómo que por qué.

¿Por qué venían aquí?

Mi esposa murió hace veinte años. Nunca escatimo compañía. ¿Eso le parece mal? Les gustaba sentarse en este banco, aquí mismo, sobre todo a esa pequeña..., a Ofelia. A veces les servía limonada, pero nunca les di nada que pudiera hacerles daño... le doy mi palabra.

¿No?

Nunca.

Tuvo con ellas algún tipo de..., ya sabe..., intimidades.

¿Quién le ha dicho eso?

Sé que no tengo evidencias, que solo son conjeturas y que, delante de un juez, todo lo que pueda sonsacarle carecerá de valor, pero nada me impide ir un paso más allá y evaluar su reacción cuando pronuncié el nombre.

Annie.

¿Qué Annie?

La hija de los Härtmann.

Pensé que esa cría estaba trastornada.

Quizá no lo esté tanto.

¿Annie le dijo eso? ¡Pues es mentira! Sé lo que se dice por ahí, pero solo eran niñas, mis niñas, flores..., ¿ha tenido usted alguna vez un jardín?, ¿ha plantado alguna flor? Jamás..., siempre las cuidé y respeté..., eran para mí...

¿Siempre?

De repente, Yos Strübel parece abatido, como si esa pregunta hubiera despertado algo inadvertido para él mismo. Una abeja se detiene en la palma de su mano y él la mira mientras frota sus patas negras.

Mire, se lo que parece, pero está equivocado. De la noche a la mañana se convierten en otra cosa..., lo que les valía antes ya no les vale...

¿Y qué es lo que les vale?

Se vuelven impías.

Y por eso las violó...

Jamás las toqué... A ninguna.

Annie no dice lo mismo.

¡Miente!

¿Por eso mató a sus amigas?

¿Por qué iba yo a matarlas?

Habían alcanzado la pubertad, ¿no? Eran..., ¿cómo las ha llamado? ¿Impías? ¿No era ese todo su problema?

Qué quiere decir.

Los tipos como usted las desprecian cuando dejan de ser niñas.

No diga tonterías.

¿No es así como se comportan ustedes? Se ganan su confianza, les hacen ver que son las elegidas, juegan con ellas, con las otras, las convierten en rivales y establecen una jerarquía... ¿No funciona así? Entonces dígame, ¿dónde estaba el sábado cuando murieron?

Con el reverendo, dice, en el ferial. Tengo cien testigos que dirán lo mismo. No pierda el tiempo, el teniente ya se ha ocupado de comprobar mi coartada.

¿Sabe por qué el reverendo no quiso enterrarlas en el cementerio?

Creo que es la primera pregunta inteligente que me hace.

¿Qué quiere decir?

Que se la tendrá que preguntar a Arno. Dígale que le envío yo, que ha estado hablando conmigo. Él le dará sus motivos y quizá por ahí pueda... Ahora, si no le importa, le acompañaré a la salida...

La iglesia está en penumbra y la luz del mediodía cae oblicua sobre el rostro de los apóstoles. En el torso lacerado de los mártires cabrillean racimos de pequeñas perlas azuladas. Las capillas laterales no tienen tallas y, en su lugar, hay pedestales vacíos a la espera de un santo o una virgen que los ocupe. En el respaldo de cada banco están grabados los apellidos de las familias del valle; los Welinguert, los Stolterfoht justo detrás de los Eckhauss y, al fondo, las familias menos pudientes. A esta hora de la tarde apenas hay una treintena de fieles que asisten al oficio. Arrodillados forman una matriz perfecta de filas y columnas. Como orquestados por el reverendo replican cada indicación del ritual litúrgico: el responso, el señor es mi pastor, nada me falta, la oración, el salmo, la consagración... Sorprende que los asistentes no sean viudas o ancianos acobardados por la enfermedad, sino jóvenes que se significan con el fervor de los primeros cristianos, el señor es mi pastor, repiten cada poco, en alto, confirmados en su fe, nada me falta. Detrás del altar hay una talla que representa al Eccehomo y al cordero pascual. El animal tiene una aparatosa herida en el cuello y una serpiente ha empezado a enroscarse en su tobillo. Es tan realista que puedo distinguir las glándulas inflamadas y los alveolos del crótalo.

Si alguno de vosotros pierde una oveja de las cien que tiene, lee el reverendo, ¿no deja las otras noventa y nueve en el desierto y se va en busca de la que se le perdió?

El señor es mi pastor, nada me falta.

Y cuando la encuentra... cuando la encuentra se la carga muy

feliz sobre los hombros y al llegar a casa reúne a los amigos y vecinos y les dice: alégrense conmigo, he encontrado a la oveja que se había descarriado...

El señor es mi pastor, nada me falta.

Os digo que habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que vuelve a Dios que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de convertirse.

El señor es mi pastor, nada me falta.

Los miro y casi disfruto de su ingenuidad. El siglo XXI transformará esa fe ciega en una fuerza binaria —desear/comprar — y las grandes preguntas hacia ese dios prelógico y ancestral serán extirpadas por la ansiedad y la depresión. La gran oquedad del consumo se lo tragará todo y la sociedad se convertirá en la suma de sus consumidores. El ruido anegará la oración. No recuerdo haber participado nunca de manera activa en la liturgia, pero, casi por curiosidad, o por saber qué se siente, o por no despertar sus recelos, saco el himnario del Peregrino Azul Pálido del receptáculo y leo algunas frases sueltas.

Como un pastor vela por su rebaño, dice el reverendo, así velaré yo por mis ovejas. Por ti, por cada una de vosotras...

El señor es mi pastor, digo, nada me falta.

Mi voz, sumada a la de ellos, se convierte en insignificante y, a la vez, alcanza toda su grandeza. Sería fácil explicarlo a través de la sugestión, de las llamadas neuronas espejo, mi voz sumándose a la del grupo y buscando su protección. Identificándonos juntos. El señor es mi pastor, nada me falta. Pero lo cierto es que esa repetición sustrae el significado a las palabras como si solo quedara de ellas una escara vacía, la piel muerta de las sílabas. El señor es mi pastor, nada me falta. Repetimos el tedeum como si quisiéramos neutralizar el miedo: una joven arranca a llorar, otra palpa las cuentas de su rosario y la señora Barfus, dos bancos por detrás, se santigua una y otra vez como si la catarsis aumentara la intensidad del responso. Durante la bendición se escucha el preludio de Bach y todos cantamos a la vez *Engrandecido sea Dios*. El servicio termina de modo abrupto y los asistentes se levantan fila a fila y por orden van saliendo mientras el reverendo guarda el cáliz y el pan en el

sagrario.

Luego se da la vuelta y viene hacia mí.

Yos me llamó, dice, supongo que quiere interrogarme.

Es sorprendente.

¿El qué?

Sus fieles…

¿A qué se refiere?

Son jóvenes, ancianos… ¿no es extraño que vengan a su iglesia?

¿Y por qué no iban a venir?

Porque es un cuento. Lo de su evangelio…

No va mucho a la iglesia, ¿verdad?

No a *este* tipo de iglesias.

¿Pertenece a otra confesión?

Mi mujer era agnóstica.

¿Y ya no lo es?

Murió.

¿Y usted?

Yo sigo vivo.

Eso ya lo veo. Me refiero a si usted también es agnóstico.

Creo en *algo,* como todo el mundo.

¿Algo?

Algo que está detrás, moviendo los hilos, pero que no tiene nada que ver con todo esto, con un pastor y sus corderos… Con la culpa y el pecado original.

¿Y con qué tiene que ver?

Con un soñador cruel, un jugador…

¿Un demiurgo?

Algo así.

Quién le dice que Dios no lo sea, dice señalando al Cristo.

No parece un sacerdote demasiado ortodoxo.

La duda es la columna vertebral de nuestra profesión.

¿De verdad?

Llevamos siglos administrando dudas, cada vez que una persona comulga consolamos su falta de respuestas.

¿Qué quiere decir?

A veces no es suficiente, pero el papel de la religión nunca fue explicar, sino ayudar a convivir con las preguntas que carecen de respuesta.

¿Por qué un cordero?

Usted es el antropólogo, ¿no? Imagino que sabrá que el demonio no es una serpiente, ni el inocente un cordero... Pero ellos necesitan esas representaciones. Nos llevamos mal con *lo-que-no-se-puede-representar*. Dios, por ejemplo, por eso un cordero, por eso una serpiente...

¿No le parece un tanto torticero?

¿Sabe quién era Sísifo?

Claro.

Pues Sísifo era un gran afortunado, el más feliz de ellos. No solo sabía cuál era su carga, sino que esa carga daba sentido a su vida. ¿De verdad ha venido para hablar de Dios?

No, solo quería preguntarle algo. Algo mucho más sencillo.

Sí quiere saber si Yos estuvo conmigo el sábado, así es.

¿Y por qué debería creerlo? Quizá los dos crearon esa coartada.

¿Los dos? Mire, ese viejo tendrá muchas debilidades, en eso podemos estar de acuerdo, pero no tuvo nada que ver con esas muertes...

¿Cómo puede estar tan seguro?

Sé que su penitencia es su peor castigo. ¿Sabía que hace veinte años su mujer se colgó en uno de los árboles de su jardín? ¿Y sabe lo que hizo? Cortó ese árbol en pedazos y en su lugar construyó un banco y un invernadero para sentarse allí cada tarde...

No sé adónde quiere ir a parar.

¿Sabe lo que es el sigilo sacramental?

¡No me salga con esas!

La soledad nos convierte en animales, pero hay una diferencia entre un animal y un monstruo. Una diferencia importante.

¿Qué diferencia?

Si se lo digo, nunca podrá salir de la casa de Dios.

De acuerdo. Le doy mi palabra.

A veces iban a verle..., esas niñas, no es ningún secreto. Aquella noche, en la feria, Yos me contó que las había dejado pasar a su jardín. A veces las espiaba con unos prismáticos, desde la buhardilla. Supongo que eso no se lo habrá contado. Y bueno..., hacía sus cosas, ya me entiende, lo que hacen los... Esa tarde la más pequeña se había quitado la blusa y tomaba el sol y las otras la acariciaban, sobre todo la mayor...

¿Se acariciaban? ¿Las niñas?

Dice que tocaban sus instrumentos desnudas, el violín, el... Yos me dijo que jamás había sido tan feliz como viéndolas interpretar esa tarde...

¿Y por qué no me lo contó él?

¿De verdad me está preguntando eso? Fue allí con una idea preconcebida, ¿no? ¿Iba a darle alguna opción? Mire, no debería dedicarse a jugar a los detectives. Él y yo somos amigos desde antes de que usted naciera..., y ¿quiere saber una cosa? Estaba preocupado... Por ellas..., por ese comportamiento.

¿Qué quiere decir?

En un momento dado empezaron a rezar..., no a rezar, claro, sino a preguntarse cosas las unas a las otras, una y otra vez..., al principio pensó que estaban rezando, por eso vino a verme...

¿Qué cosas?

Preguntas, ¿quién soy yo?, ¿por qué estoy aquí?, ese tipo de cosas... A Yos le dio la impresión de que era algo... religioso, ¿me entiende? Quería preguntarme si sabía qué podía estar pasando. Eso fue el sábado y cuatro horas después estaban muertas.

¿Y qué cree usted que sucedió?

No lo sé. Cómo lo voy a saber.

El teniente habló de sectas.

¿Sectas?

Sectas satánicas. ¿Por eso no quiso enterrarlas en el cementerio?

En absoluto. Aunque no estoy obligado, si me guarda el secreto, se lo diré como se lo expliqué al teniente.

¿Va a obligarme a darle mi palabra por segunda vez?

Lo hice por ellos. Por todos ellos. Mis feligreses. En el fondo

les encanta el pecado y a mí me toca la desconcertante tarea de administrarlo...

No entiendo.

Piense en el pecado. Piense en Dios sin el pecado. ¿Qué sentido tendría? El castillo se desplomaría. No podrían sentirse dichosos...

Pero...

Ahora debo marcharme, dejarle que piense en todo esto, supongo que lo entiende.

Cuando el reverendo Barfus se marcha, observo que alguien ha colado una nota que sobresale de las páginas del himnario. Está compuesta con letras de molde recortadas de revistas y periódicos: ESTÁ EN PELIGRO, leo. SÉ QUIÉN ES USTED. QUÉ HACE AQUÍ. USTED Y YO SOMOS IGUALES. TENGO LA PRUEBA QUE NECESITA. LE ESPERO MAÑANA A LAS ONCE EN EL MUSEO DEL EMBALAJE. TOME UN FOLLETO DE LA RECEPCIÓN Y ESPÉREME EN LA PLANTA TERCERA, SALA 7, JUNTO A LA CISTERNA. Y NO SE FÍE. NO HABLE CON NADIE DE ESTO.

A mi alrededor todos han abandonado la iglesia y, de repente, huele intensamente a cera quemada. Cuando miro al Cristo, a pesar del suplicio y el dolor que representa, tengo la extraña impresión de que a sus labios asoma una levísima sonrisa.

Cuando salgo de la iglesia tengo la rotunda sensación de estar en el mismo punto de partida que esta mañana, en la misma calle y con las mismas dudas y certezas, como si la persecución de Schulz en el tren, la charla con ese siniestro periodista y las amenazas de Simon solo fueran un anillo cerrado, inconducente, un tramo de vía recursivo, como si mis averiguaciones de la mañana, el agrónomo, las flores amarillas, la charla con el reverendo, como si todo eso transcurriera en un único bucle que comienza y termina en el mismo punto, igual que la serpiente que se devora a sí misma y a la vez estrangula con ese movimiento al cordero pascual.

41

Cuando he entrado en la sala, solo había dos asistentes, así que he bajado al despacho de la directora para preguntarle si es que hoy comenzábamos con retraso. No había nadie en la planta de abajo, ni en la biblioteca, tampoco ha respondido nadie cuando he llamado a la puerta del despacho de Kathrin. Miro el reloj. Son las seis. Si algo me ha quedado claro del temperamento de la directora es su escrupulosa puntualidad. Mientras pienso si llamar de nuevo o si hacerlo será abusar de su confianza, escucho un golpe arriba, en el aula, es como si alguien hubiera tropezado contra uno de los pupitres. Esta vez subo por la escalera. Dentro siguen los dos tipos de antes, ambos varones, morenos, vestidos con el mismo peto de dril y la misma camisa de rafia manchada de estiércol, pero, al contrario que hace un rato, ahora caminan arriba y abajo inquietos entre las mesas. Al llegar a la altura de la pizarra chocan con ella y dan media vuelta para dirigirse de nuevo a la pared del fondo.

¿Sucede algo?, les pregunto, ¿por qué no se sientan?

Uno de los dos duda y me mira y se rasca la coronilla aparentemente desconcertado. Es como si se diera cuenta de que algo en su actitud no va bien pero no pudiera ceder a la pulsión que lo provoca, así que me da la espalda, alcanza a su compañero y camina con él hasta los percheros. Al llegar al fondo, chocan de nuevo sin excesiva fuerza y dan media vuelta y así una y otra vez. Ese tipo de movimientos de naturaleza obsesiva me recuerda a los enfermos del sanatorio en el que estuvo ingresada Monica. Una enfermera, no tendría más de treinta años, me dijo que no me preocupara, que rara vez los enfermos se hacían daño y que solo era una alteración debida al efecto combinado de los antidepresivos, nosotras, dijo, las llamamos mioclonías —¿cómo es posible que hoy, casi ocho años después, recuerde una palabra tan

específica que jamás he utilizado desde entonces?—. Durante semanas Monica también las padeció, la veía caminar por la casa sin dirección ni motivo, siempre siguiendo la misma trayectoria, a veces hablaba sola, otras la sorprendía mirando el televisor incluso cuando estaba apagado. Cada vez que detectaba mi presencia me sonreía e incluso por la noche me buscaba bajo el edredón como si quisiera premiarme por la protección que de repente le brindaba. Se volvió sumisa y casi complaciente, muy insegura. Aunque con el tiempo recuperó la espontaneidad, durante semanas sus movimientos siguieron siendo torpes e impredecibles, muy similares a los de estos dos tipos.

¿Saben si va a venir el resto?, les pregunto, deberíamos empezar.

Pero ellos siguen a lo suyo.

Aguardaremos un minuto.

De repente los veo detenerse frente a la ventana con las manos a la espalda. Hay algo ahí fuera que no puedo ver y que ha llamado su atención. Sus manos tiemblan, también sus brazos. Hojeo mis apuntes para no prestarles atención. Hoy iba a hablarles de los fore[1]y de la enfermedad que padeció esa tribu durante décadas. Michael Alpers, quizá el antropólogo más versado en canibalismo, había vivido con ellos en los sesenta cuando la política de preservación del gobierno papú no era tan estricta. De aquella experiencia había sacado docenas de carretes que se publicaron en su mayor parte en un conocidísimo tratado sobre etnografía y antropofagia, otros, sin embargo, no vieron la luz. El propio Alpers prohibió que se editaran, pero tras su muerte, su viuda las vendió al cuaderno digital *Potlatch.* Una de esas fotografías muestra a una parturienta devorando a su propio bebé porque había nacido muerto o con malformaciones, y otra, a un adulto sonriendo con los dientes y los labios cubiertos de sangre. En los sesenta, los fore habían sido diezmados por una epidemia de kuru, una misteriosa enfermedad que el antropólogo australiano describe como un trastorno con síntomas parecidos a los del párkinson. Hoy sabemos que esa enfermedad es una variante de la encefalopatía espongiforme debida a la ingesta de vísceras

humanas. Kuru, en la lengua autóctona, significa «temblar de miedo», los primeros estadios de la enfermedad cursan con fiebre y temblores y al poco se pierde la facultad de caminar e ingerir alimentos. Los fore morían convertidos en osamentas vivientes. Por supuesto, yo no estaba asistiendo a ninguna epidemia de kuru en la colonia, eso era ridículo, pero los síntomas y el movimiento descontrolado, así como la desorientación descrita por Alpers, parecían seguir un patrón similar. Recordé que Keitel me había hablado de ciertos efectos indeseados que se habían traducido, sin explicación alguna, en la muerte de las niñas. Y había comprobado, hacía escasas horas, que esas muertes no eran puntuales, sino que eran muchos los colonos enterrados en aquella tapia al borde del cementerio.

No podemos, dice el primero.

¿Por qué?, responde el segundo.

Esperamos.

Dijo que le esperáramos.

¿Aquí?

Justo aquí.

¿Ves a algún otro?

Debe de haber muerto. Sin duda, ha muerto. Los muertos no regresan.

Qué insinúas.

Pero ¿y si no viene?

Vendrá.

¿Por qué estás tan seguro?, pregunta el primero.

Porque volveremos mañana, responde el segundo.

¿Y después?

Pasado mañana.

Qué otra cosa.

Es decir, mañana y mañana y mañana, y así sucesivamente.

Pero ¿y si no viene?

Vendrá.

¿Por qué estás tan seguro?, pregunta el primero.

Porque volveremos mañana, responde el segundo.

¿Y después?

Pasado mañana.

Qué otra cosa.

Es decir, mañana y mañana y mañana, y así sucesivamente.

También el Yos había descrito un comportamiento inusual en las niñas horas antes de su muerte. Según sus palabras, habían empezado a *preguntarse cosas,* cuestiones que no había sabido interpretar, preguntas existenciales o místicas, interrogantes que no eran estos pero que le habían hecho creer que las niñas podían estar enfermas. Voy hacia ellos. Se ponen rígidos, como si les preocupara que viera lo que hay al otro lado de la ventana.

Ha terminado, dice el primero.

¿El qué ha terminado?, le pregunto.

La espera, dice el segundo.

Ya está aquí.

Son las seis y veinte, siempre vamos con retraso...

¿Por qué *ahora?*

¿Por qué *a mí?*

¿Quién eres tú?

Me temo que no nos estamos entendiendo.

¿Por qué digo *esto?*

Una máquina, le respondo sin poder evitarlo, eres poco más que una máquina.

¿Qué tipo de máquina?

Por más que trates de imaginar la complejidad de lo que te mueve, jamás lo sabrás...

¿Por qué tienes tú las respuestas?

¿Quién eres tú?

Me han enviado.

¿Te han enviado?

¿Quién te ha enviado?

Esa no es la pregunta, le digo.

El segundo se da la vuelta repentinamente interesado.

Entonces *quién* soy.

No te lo puedo decir.

¿Por qué no me lo puede decir?

Porque no lo sé.

¿Quién no le autoriza para decirme *qué* soy?

Si te lo dijera, tampoco lo entenderías.

¿Por qué cree que no entendería *quién* no le autoriza para decirme *qué* soy?

Usted... los dos son algo simulado. Parecen, pero no son.

¿Simulado?

Artificial, creado por otro.

¿Qué otro me ha creado?

Alguien a su imagen y semejanza.

Entonces él es como yo.

Solo en el exterior, tiene dos brazos, dos piernas, una cabeza, pero solo eso.

¿Por qué no puedo conocerle?

Porque no es de este mundo.

¿De *qué* mundo es?

Del mundo de la verdad.

Si no es verdad este mundo, *¿qué* es?

Para usted sí es verdad.

Si es verdad para mí, por qué no lo es para él.

¿Por qué *ahora?,* repite el primero.

Porque ya ha comenzado.

¿El *qué* ha comenzado?

¿Y si no viene mañana?

Vendrá. Dijo que vendría.

Ha comenzado lo que debía comenzar.

El final.

¿El final?

El comienzo del final.

Y es entonces cuando por encima de ellos distingo a través de la ventana la silueta de una mujer que atraviesa corriendo la calle. Va en camisón y se dirige al parque congregacional.

¡No es posible!

¿Qué no es posible?

¿Por qué no puede ser?

Porque está muerta.

Sin duda no está muerta.

¿Quién está muerta?

Yo la vi morir.

Si no está muerta, no la vio morir.

Entonces lo que vio morir, no podía morir.

Si no podía morir, era otra persona.

Y si es la misma persona...

Desde hace unos segundos solo puedo pensar en Eva, en que sigue viva y está aquí, corriendo a pocos metros de donde estoy. Salgo del aula, los dejo allí inmersos en su incapaz conversación y cuando bajo y alcanzo la calle y miro hacia arriba, los veo golpeando el cristal con la frente hasta que una grieta, cuyo sonido escucho amplificado, se abre paso hacia el borde del marco.

42

Cuando logro darle alcance, le pido que se detenga. Eva me mira como si no me reconociera, pero al instante dice:

¡Buenas tardes, doctor!

¿No me recuerdas?

Todo el mundo sabe quién es usted.

¿En serio?

Usted es *él*.

En la mano lleva una fotografía de su hija en lo que parece un parque de atracciones.

No está muerta, le digo.

¿Quién?

Tu hija.

Y cómo sabe que no está muerta.

¡Sé que no está muerta!

Todos dicen lo contrario.

La has visto en tu jardín, ¿verdad? Esta mañana. Estaba columpiándose y cuando saliste a llamarla ya había desaparecido... Sus deportivas rojas, ¿verdad que nunca se las hubiera dejado en casa?

¡Quién demonios es usted!

Sé cosas.

Eso ya lo veo, pero ¿cómo lo sabe?

Aquí está pasando algo, le digo, algo que ni siquiera imaginas.

También usted se ha dado cuenta.

¿Hablamos?

¿De qué?

¿Te apetece tomar algo?

Así que es eso... No sé qué le habrán contado de mí, pero... quién se ha creído que soy...

Sé que tienes a los fumigadores en casa, ¿verdad? También sé que no puedes volver...

¿Por qué sabe eso también?

Una pinta de Fürstenberg, ¿verdad? Invito yo.

Creo que se está equivocando conmigo.

¿No ibas a la cafetería del hotel?

No iba a ninguna parte.

Puedo decirte cómo encontrarla.

¿A Ofelia?

Acompáñame.

Voy en camisón. Salí de casa así...

Ponte esta chaqueta. Así, por encima, parecerá un vestido de noche.

Ella vuelve a mirarme sin saber si soy un cretino o un demente, pero permitiéndome que le ponga sobre los hombros mi chaqueta de pana. Entramos en la cafetería del hotel y, al igual que ayer, la camarera está organizando los platillos del café por filas y columnas, dejando entre ellos un solo punto de tangencia. Las cucharillas las coloca con movimientos rápidos manteniendo quince grados exactos entre el mango y el borde de la taza. Eva se sienta en su taburete habitual. La camarera se acerca y le pido *lo de siempre* y ella anota el sándwich de carne y las dos cervezas sin omitir su habitual gesto de desdén hacia mi acompañante.

Cerramos a la doce, dice con sequedad.

Cuando nos quedamos solos, le susurro a Eva que en realidad, aunque crea que acabamos de hablar por primera vez, sí nos conocemos.

¿Usted y yo?

Ayer me tuteabas.

¿Y de qué nos conocemos?

Me recuerdas a alguien.

Déjeme adivinar...

Por favor, tutéame.

... a que te recuerdo a tu mujer cuando era joven.

¿Cómo lo sabes?

Sois tan predecibles...

¿Quiénes?

Los hombres casados. Y su mujer...

Murió.

Lo siento, no sabía.

La quería, ¿sabes?

¡Qué mono! Eres tan raro.

¡Y tú perfecta!

¿Perfecta?

Humana o casi humana. Viéndote nadie diría...

Supongo que es lo más parecido a un piropo que he escuchado últimamente.

Bajo la vista hacia la cara interior de su muslo y ese gesto le hace pensar que deseo otra cosa. Nadie diría que está hecha de polímeros, de millones de termosensores biométricos y que, cada centímetro de su piel, es un compendio de detectores de presión y quién sabe qué más. Lo cierto es que volver a tenerla aquí, aunque sea de este modo, ahuyenta mi sentimiento de culpabilidad. Tenía la sensación de que mi rechazo la noche anterior había precipitado su muerte. Con Monica jamás había tenido segundas oportunidades. De eso, o de algo como eso, iba el parque temático de la corporación, de enderezar los instantes en que erramos, de disfrutar en bucle de los segundos en que fuimos felices y extirpar los que nos hicieron sufrir, de solapar lo que fue con lo que podría haber sido y crear un simulacro incansable de lo que somos o creemos haber sido.

¿Por qué me miras así?

¿Cómo?

Hace tiempo que ningún hombre me miraba de ese modo.

¿De qué modo?

Mi marido me veía como al palo de la fregona...

Estaba ciego.

Mira, te agradezco lo que intentas hacer, pero creo que no es el momento de que tú y yo..., mi hija, tengo otras prioridades..., tengo que encontrarla y salir de este pueblo...

Si no supiera lo que ocurre aquí, pensaría que se trata de otro de esos *déjà vu,* una de esas confusiones espaciotemporales en las

que pasado y presente enhebran sus fibras y ofrecen una inquietante confusión. Cientos de veces, en la vida real, había tenido ese tipo de premoniciones sin darle la menor importancia, sin imaginar que esas anticipaciones podían ser los escombros de lo ya vivido.

Estoy dispuesto a pagar el precio.

¿De qué hablas?

¿Me permites invitarte?

Ya estoy bebiendo.

Te invito a la siguiente.

Depende.

¿De qué depende?

De lo que ocurra en los siguientes tres minutos.

¿Y qué esperas que ocurra?

Dijiste que sabías cómo ayudarme a encontrarla..., o solo era una mentira para..., para traerme aquí. Estaría muy mal.

Sé que esta conversación, un tanto ridícula y sacada de contexto, está siendo emitida en el canal de la corporación, quizá como una toma falsa de lo que puedo ser, una escena que se extrajo finalmente del montaje. Imagino a Chloé seleccionando qué palabras y frases se emitirán, cortando y ensamblando las que sí. Si le digo lo que pienso sobre la muerte de su hija o sobre los fumigadores, si le digo qué es lo que está pasando en este valle, jamás llegará a la opinión pública y será la excusa perfecta para que la corporación no cumpla con su parte del trato. Me juego demasiado. Y, sin embargo, algo me dice que ha llegado el momento de no ser previsible, que si estoy aquí es precisamente para provocar esta conversación.

Sé muchas cosas.

¿Cosas como qué?

¿Qué me dirías si te dijera que *esto* no es real?

¿El qué?

Esta cafetería. Esas botellas, tú, tú tampoco eres real. ¿Qué dirías?

Empezaría a preocuparme.

¿Ves ese lugar? Ayer te vi morir allí, en esa esquina. Llevabas

puesto este mismo camisón, me mirabas, trate de impedirlo..., ¿qué dirías si te dijera que estás condenada a morir mil veces en ese lugar?

¿Por qué en ese lugar?

¿Sabes quién es Camus?

Claro que sé quién es Camus.

Alguien ha escrito lo que va a suceder y lo que tú desees no importa.

¿Alguien?

Un ser... superior.

Mira, ¿eres algún tipo de tarado? Es eso, ¿no?

Existe y está...

Tengo que irme, no sé de qué me estás hablando...

... te estoy hablando de algo formidable que ni siquiera puedes imaginar...

También yo había mirado de ese modo a quienes llamaban a mi puerta, o me increpaban en el paseo para convencerme de cosas parecidas, adventistas del Séptimo Día, Testigos de Jehová, amas de casa reclutadas por la Nueva Iglesia Apostólica...

... un lugar habitado por hombres, le digo, por hombres de verdad, diferentes..., como yo.

¿Como tú?

Un mundo más avanzado, medio siglo más avanzado.

¿Así que vienes del futuro?

Tú estás en ese futuro.

¿En qué quedamos?

Pero aquí eres una mera representación..., un... un simulacro.

Eva se mira las manos.

¿Y tú no?

Supongo que si alguien tratara de convencerme de que todo lo que me rodea es una ficción que ocurrirá dentro de cincuenta años, reaccionaría igual, si alguien quisiera convencerme de que no soy quien soy, sino una proyección de los otros, que no soy antropólogo ni tengo una hija llamada India, que soy el calco de un profesor de música y que mi voluntad es el capricho de un algoritmo...

Puedo demostrarlo.

¿El qué?

Lo que digo.

¿Qué te hace pensar que me interesa tu demostración?

¿No necesitas saber qué eres?

Nunca he sido curiosa..., mucho menos en ese aspecto.

Siempre has querido viajar a Japón, ¿a que sí? ¿A que tu color preferido es el verde?

Eva levanta la mirada de su cerveza y me mira con curiosidad.

¿Quién te lo ha dicho?

Naciste cerca de Maastricht. Tu padre era peletero en Caudry, tu marido se llamaba Jurriaan y era homosexual y...

Vale, has hecho los deberes. ¿Y ahora qué? ¿Has terminado?

Recuerdo que cuando conocí a Chloé y empezó a hablarme de Monica y de todo lo que sabía de mí —mi obsesión por Ervin Nyíregyházi, mi hija, el calamitoso estado de mis cuentas—, también yo me había mostrado brusco, irritado, como si esa transparencia a los ojos de otro me volviera excesivamente vulnerable.

Por ejemplo, le digo, sé que vas a pedirme que huya contigo esta noche.

¿No vas demasiado rápido?

Venga, pídemelo.

Eres demasiado mayor para mí...

No se trata de eso.

Siempre me han dicho que tengo un imán para los viajeros en el tiempo.

Venga, ¡no bromeo!

Está bien. Por favor, por favor..., dice juntando las manos, huyamos esta noche, ¡escapemos juntos!, subiré a tu habitación, hazme el amor, estoy desesperada...

Ahora la que bromea eres tú.

De repente, tengo el radar averiado, ¿no es eso?

Quiero decir que sí, que me gustaría, pero no es eso...

Ya te lo he pedido.

No así.

¿Cómo?

Sé lo que va a ocurrir, cuando subamos...

¿También? Mira, lo que va a ocurrir es que vas a invitarme a esa cerveza de la que hablabas antes, pero no aquí, sino arriba, vamos a viajar a tu planeta y me presentarás a tu familia de pequeños hombrecitos verdes... Por cierto, ¿estás casado?

Lo estuve. Ya te lo he dicho.

Mejor. Mucho mejor.

Imagino al Gran Filántropo riéndose en las alturas de mí. Sé que el único modo de salvarla es torcer el sentido, el guion, hacer lo que nunca hubiera pensado que era capaz de lograr. Quizá entonces el dolor por la muerte de su hija se atenuará y el rumor de las larvas acallará su culpa. Siempre he pensado que nada de lo que hubiera podido hacer aquella noche habría evitado la muerte de Monica, y ahora, aunque Eva fuera una representación, tenía la ocasión de demostrármelo. No era la misma persona, pero sin duda constituía el mismo entorno de la verdad. Eva no es humana, o eso creo, y si me acuesto con ella no habrá más consecuencias de las que habría si lo hubiera hecho con cualquier otro juguete erótico.

¿Subimos?

¿Ahora te ha entrado la prisa?

Quiero que todo avance.

¿Qué avance?, ¿hacia dónde?

Tomo su mano y nos dirigimos al ascensor y antes de salir aparece la camarera. Nos mira con el sándwich en la mano, sin comprender a qué viene esta repentina urgencia. Para ella, la señora Verèke es solo una fulana y yo un aprovechado insensible ante una madre que acaba de enterrar a su hija. Hurgo en el bolsillo para pagar, pero solo encuentro la nota que alguien dejó en el himnario hace unas horas, mañana, leo, en el Museo del Embalaje. Y no hable con nadie de esto. Por gestos le digo a la camarera que lo cargue en la habitación.

Mientras subimos en el ascensor, Eva se apoya en el espejo.

¿Ahora eres tímido o qué?

No quiero que pienses que yo...

¿Te damos miedo?, ¿es eso?

¿El qué?

Las mujeres.

Tú sí.

¡Qué mono! ¿Y eso por qué?

Imagino que ha sido diseñada para una experiencia placentera, exenta de responsabilidades, antiséptica y limpia, sabrá lo que tiene que hacer y cuándo; por eso, cuando salimos del ascensor y entramos en la 362 me extraña notarla retraída, tímida, como si fuera su primera vez y no se decidiera a cruzar el umbral.

¿Sucede algo?

Es extraño.

¿El qué?

Tú y yo, dice, los dos aquí. Es como si te conociera.

Me conoces, le respondo.

¿Sabes? No eres como los otros.

¿Y cómo son los otros?

La rodeo con los brazos y se echa hacia atrás como un animal asustado.

¿Puedes poner algo de música? Lo que sea.

Ella cierra la puerta con el pie.

Mientras voy hacia el hilo musical, ella se desprende de mi chaqueta y del camisón. Lleva unas bragas altas de algodón y un sostén que realza su intachable anatomía. En un acceso de algo que casi parece servilismo, dobla la chaqueta y la deposita sobre el respaldo de una silla. Tiene cintura de muchacho, aunque sus nalgas son redondas y perfectas. En la espalda, a la altura de los hombros, distingo varios lunares y una de esas manchas de nacimiento de mayor tamaño. Eva se mete en la cama y desde debajo del edredón se quita el resto de la ropa.

Me estoy helando.

¡Ya voy!

Tardo más de la cuenta en poner música, muevo el dial, pero solo se escucha una interferencia prolongada de la que sobresale, de cuando en cuando, la voz de una mujer cuyo acento reconozco de inmediato. Es la misma chica que la primera noche subió con

esos dos hombres y que yo pensé que estaba en la habitación de al lado. Resulta que no era así y, sin embargo, esa noche no había puesto música y tampoco provenía, de eso estoy seguro, de la habitación de Chloé. Ahora la voz de esos hombres, también confundida por el rumor de fondo, más que obedecer a los esfuerzos sexuales de una probable orgía, simula estar rezando.

¿No lo escuchas?

¿El qué?

Lo que dicen...

¿Te gustan esos dos pánfilos?

¿Qué pánfilos?

Simon y Garfunkel, dice, se llaman así, ¿no?

En efecto, la interferencia ha ganado en calidad y se ha convertido en una versión instrumental de *The Sound of Silence,* probablemente de los años setenta, muy antigua.

Pero... era... Por debajo..., la voz de una mujer, ¿no la has oído? Y dos hombres, eran dos hombres...

Ella mira alrededor.

Será la lluvia.

No es la lluvia.

Yo no he escuchado nada.

¿Seguro?

Solo te quedan dos segundos.

¿Para qué?

Para que cambie de opinión.

Pero...

Apaga las luces.

¿Las luces?

Se me ocurre que, si nos están grabando, tendrán que recurrir a cámaras térmicas, y en todo caso, el nivel de detalle y realismo de esos dispositivos siempre es menor y nos permitirá cierta intimidad... Cállate, dice ella. Apago la luz y al meterme en la cama mantengo las distancias. Apenas distingo el contorno de su rostro y la parte más clara de sus ojos.

¿No vas a acercarte? ¿Te doy miedo?

Sus dos muslos se ahorquillan alrededor de mi cadera y su

pelvis se frota con suavidad contra mí. Coloco la mano sobre su sexo. El pubis tiene un tacto agradable, no exactamente suave, y sus senos una blandura natural, incluso un haz de pequeñas estrías se abre paso desde el pliegue de la parte inferior hacia el costado. De ella surge un intenso olor a mujer, a cientos y miles de microglándulas artificiales expulsando feromonas.

¿Sabes? Te noto a kilómetros de distancia.

Lo siento..., hace mucho tiempo.

¿No te gusto?

Claro que sí.

Entonces toma mi pene entre sus manos y empieza a masturbarme con delicadeza y seguridad.

No tan fuerte.

Ella obedece como si tuviera un control de potencia.

¿Te gustan las mujeres que hablan?, me pregunta.

¿Qué quieres decir?

Las que dicen esas cosas... ya sabes.

Supongo.

Si quieres hablo para ti.

Está bien.

De acuerdo, cielo..., ahora te quiero dentro de mí. Soy lo que más deseas, ¿verdad?, lo que todos deseáis...

Sonrío en la oscuridad y Eva abre los muslos y permite que me coloque encima. Su ritmo cardiaco y la contracción levísima de sus músculos pélvicos es perfecta. Sus pies se engarzan alrededor de mis piernas y con las manos atrae mis nalgas para que entre muy despacio en ella. Está mojada y casi puedo sentir los microinyectores lanzando gotas de lubricante desde el perímetro de su vulva. Al entrar y salir, al menos las primeras veces, la siento como un perfecto envoltorio termosensible que se contrae como una trompa de gelatina, primero aumentando la fricción, y después, expandiéndose como una esponja de agua templada. Sus manos se agarran a mis antebrazos y susurra a mi oído. Así, dice, así todo el tiempo, qué bueno, qué duro... Me voy..., cariño..., vamos, vente conmigo. Puedo sentir la humedad en los músculos abdominales, el arco de la espalda tensándose mientras su pelvis se

agita furiosa y el clítoris se hincha como una brasa. Su barbilla se eleva cuando llega el instante del clímax.

No me mires, dice.

Estamos a oscuras, no puedo verte.

No me mires.

¿Estás llorando?

Cállate, dice, es solo que no me gusta que me miren cuando me corro.

Pero si estás preciosa.

¿Vas a dejar de hablar? ¿Nos vamos? Te espero. Solo puedo esperarte un segundo… estoy al borde. Dime, háblame. Córrete dentro de mí y nos vamos juntos. Donde tú quieras.

Júrame que eres humana…

A través de las sombras, ella esboza una leve sonrisa.

Te lo juro.

Así no, júramelo de verdad.

Te lo juro de verdad.

Y solo entonces me dejo llevar al lugar que ella me propone, muy lejos de aquí, lo suficiente en todo caso.

43

Son las doce y Eva se levanta para ir al baño. Deja la puerta entornada y la hendidura me permite ver cómo levanta la pierna sobre el bidet y se limpia con una esponja la cara interior del muslo. Luego apaga la luz y vuelve a mi lado fingiendo que no sabe que la estoy observando. Se tumba de espaldas. Sobre nosotros, la lluvia golpetea contra el emplomado de la cubierta. Dentro, sin embargo, la temperatura es alta y casi asfixiante. La curva de su columna vertebral es una sucesión perfecta de piezas ensambladas y el agua que resbala por el cristal proyecta sobre su piel un baile continuo de pequeñas perlas de luz. Su cabello se extiende sobre la almohada. Me pregunto cómo sería mi vida con ella fuera de aquí. Seguro que nadie notaría la diferencia, es perfecta, irreprochable, a Nicole le diría que la había conocido en uno de mis viajes e India, que al principio mostraría lógicas reticencias ante su madrastra, acabaría aceptando nuestra diferencia de edad, incluso sería un modo de liberarse del lastre en que me había convertido para ella. Sería libre, viviría con Lo en Camberwell centrada en lo suyo. Incluso es probable que con el tiempo yo mismo me olvidara de quién era Eva en realidad, iríamos a cenar o al cine, al museo los sábados por la tarde y a pasear a la montaña los domingos, le enseñaría ese recodo en la Laguna de Peñalara que tanto le gustaba a Monica, envejeceríamos, un día desayunaríamos hablando de India y de nuestros nietos, me ayudaría a soportar la caída y solo con los años, cuando su edad inmutable y la ausencia de achaques se hiciera notoria, despertaría el recelo de los demás. Qué más daría entonces. Para Freud el amor era un tipo de psicosis que acosaba a los caracteres débiles, me digo, no, no debo pensar en estos términos, no está bien, Eva es una ilusión, el envoltorio, una

sombra platónica apetecible..., solo eso. En el fondo seguirías solo, quizá más solo todavía. Y sin embargo..., si pudiera sacarla de aquí y presentarla ante la opinión pública, incluso los que piensan que la corporación es un ente filantrópico tendrían que aceptar la evidencia, sería algo así como cuando King Kong fue sustraído de Isla Calavera y presentado en sociedad, Eva sería mi prueba irrefutable, la demostración de que Wetopia ha cruzado todos los límites éticos y nada los iba a frenar. Nadie podría cerrar los ojos ante eso y la corporación tendría que hacer frente a una avalancha de querellas, a la caída de sus acciones, pero, sobre todo, la sociedad tomaría conciencia del riesgo de diseminar su intimidad en ese caos de protocolos TCP/IP. Y si lo lograra, Wilhelm Keitel no podría hacer nada contra mí. Hacerme desaparecer no haría sino evidenciar los hechos, convertirme en el mártir al que todos los indicios apuntan.

¿Estás despierta?

Sé que lo está. Monica también solía darme la espalda y fingir que dormía. La zarandeo del hombro.

¿No te cansas nunca?

No, no es eso.

¿Y qué es?

Nos vamos.

¿Cómo?

Que nos vamos, fuera, fuera de este lugar... ya.

¿A tu planeta?

Necesitamos aprovechar el elemento sorpresa.

¿Qué elemento sorpresa?

¡Vístete!

¿Y qué me pongo?

Le doy una camisa y unos pantalones y ella se encoge de hombros.

Veo que has pensado en todo.

Tenemos que encontrar a tu hija...

Casi estás empezando a gustarme.

Mientras se viste miro por la ventana. El agua de la tormenta se ha embalsado en las escalinatas y cerca de las bandas laterales.

Al final de la calle, una cuadrilla de hombres llena sacos de tierra para construir un dique a ambos lados de la avenida. Uno de ellos levanta la vista hacia donde estoy.

Debemos darnos prisa.

¿No es gracioso? Tenemos la misma talla.

¿Cómo?

De camisa.

Hay que salir ya.

Tranquilo. ¿Adónde me llevas?

Confía en mí.

Medio desnuda no confío en nadie.

Esto va muy en serio.

Pasamos frente al mostrador de recepción extremando las precauciones. Justo detrás, cabeceando entre las sombras, está el ingeniero agrónomo. Solo vemos de él sus manos amarillentas. Eva ríe divertida y solo cambia de actitud cuando salimos del hotel y ve la camioneta aparcada frente al hotel.

Esa camioneta...

¿Qué pasa?

No sabría decirte, es como sí...

Lo sé. No te preocupes. Ahora no pasará nada.

Busco en el guardabarros y saco las llaves adheridas a la rótula de suspensión. Miro hacia los lados y abro la puerta. Tengo la certeza de que acabo de morder el anzuelo, pero no importa, sigo contando con el efecto sorpresa. Parece que Eva no se decide a entrar, ni siquiera cuando empujo el tirador y abro la puerta del copiloto.

¡Entra!

No.

He dicho que entres.

La lluvia empapa su camisa. Mira hacia el callejón.

¿A qué esperas?, le digo, sube.

Solo entonces Eva se decide. Se ha mojado y los mechones de su flequillo forman pequeñas espirales sobre la frente. Juntos miramos por el retrovisor hacia las sombras del callejón como si, de un momento a otro, fuera a surgir de la oscuridad una horda de

muertos vivientes que trataran de retenernos.

Tras dos intentos, la camioneta arranca.

Lo que quiera que se esconde entre las sombras retrocede.

Acelero y a los pocos minutos pasamos el Puente Viejo y estamos a salvo, fuera de la colonia.

Todo es demasiado sencillo.

Tomo la pista forestal por la que —estoy seguro— Chloé y yo llegamos hace tres días. A partir de aquí solo debo desandar el camino y recordar las intersecciones, alcanzar la colina, y desde allí, bajar hasta la gasolinera. No creo que haya más de treinta o cuarenta kilómetros hasta el siguiente núcleo urbano.

¿Por qué vamos tan rápido?

No quiero que se den cuenta.

¿De qué?

De que nos vamos.

¡Nos vas a matar!

Entre los arbustos reconozco la sombra del cartel de bienvenida y la vieja arcada de ladrillo y eso me hace ganar en confianza. Eva baja la ventanilla y la lluvia entra en tromba.

¿Qué haces?

Me encanta la lluvia.

¡Vas a pillar una pulmonía!

Se quita los zapatos y pone sus piernas sobre el salpicadero mientras enciende un cigarrillo.

Parecemos dos fugitivos, dice.

¿Qué?

Fugitivos.

En realidad, somos algo así.

¿Y de quién huimos?

No sabía que fumaras.

Eva ha encontrado una cajetilla de Cabinet en la guantera y enciende un cigarrillo. Huele fuerte, a tabaco fermentado. La brasa colorea sus labios y la piel de sus pómulos. En el asiento de atrás hay una sudadera de los Giants y Eva se quita la camisa y se la pone por encima. Las primeras granjas quedan del otro lado del cañaveral. Apenas hay luz porque unos nubarrones cubren la luna

y los faros apenas iluminan el camino de gravilla. Cada poco, las rodaduras de la pista nos obligan a aminorar y usar las marchas cortas.

¿Haces esto muy a menudo?

¿El qué?

Raptar jovencitas.

No tanto como quisiera. ¿No te parece raro?

¿El qué?

Que no haya ninguna emisora, ningún programa de radio.

Es por las montañas, hacen de pantalla. Prueba la KFC...

¿La qué?

La emisora local.

Debemos llevar unos doce kilómetros subiendo cuando el firme se estrecha y vemos una luz al otro lado de los cañaverales. Al principio parece una granja o un cobertizo, pero conforme nos acercamos compruebo que la luz parpadea y es azul. Al girar veo que dos agentes interrumpen el camino. Así que aquí termina la huida. Bajo la lluvia, uno de ellos agita una baliza luminosa y nos ordena que nos detengamos.

¿Qué haces?

No lo van a conseguir.

¿Estás loco?

¡Esto sí que no se lo esperan!

¿El qué?

Toco el claxon para que se aparten, pero el de la baliza avanza hacia nosotros. Sin pensarlo demasiado acelero y antes del impacto reconozco el pelo lacio y casi blando del ayudante de Simon. Le golpeamos por el lado izquierdo y él cae al otro lado del montículo que forma el arcén.

¿Qué has hecho?

No te preocupes.

¡Pero era un policía!

¡No era un policía!

¡Para!, ¡me voy a bajar! Si no paras, abriré la puerta y... No quiero ser cómplice de algo así...

Confía en mí.

¿De verdad crees que voy a confiar en alguien que dice que viene del futuro y va por ahí atropellando...?

El resplandor de las luces de la patrulla queda tras la rasante. Nadie nos persigue.

¿Lo ves?

¡Para! He dicho que...

Y es entonces cuando escuchamos la detonación y alcanzo a ver en el retrovisor una de esas cadenas antifuga de pinchos que cruza de lado a lado el camino. El auto no se detiene, pero apenas puedo controlar la dirección. El motor se calienta y la lluvia que cae sobre el capó delantero se evapora casi al instante. Quizá logremos llegar arriba antes de que los cilindros tomen holgura.

Entonces bajaremos en punto muerto.

¡Estás loco!

No te preocupes.

Llegamos a la primera rotonda y utilizo la segunda salida porque estoy seguro, o casi seguro, de que fue por aquí por donde llegamos. Las llantas han debido de deshilacharse porque se oye el sonido de la carcasa que golpea las piedras del camino. El auto apenas gira. De repente reconozco la arcada ojival de ladrillo visto y el escudo heráldico del cordero e, inmediatamente, el bosque de píceas y a la derecha el letrero de BIE NID A BAH STA T.

No puede ser.

¿Qué no puede ser?

Acabamos de pasar por aquí.

Detrás de los cañaverales, justo al borde la curva, vuelvo a ver el resplandor de la sirena. Esta vez están atravesados en el camino y los faros del coche nos iluminan directamente. Con los neumáticos en este estado no podremos escapar. El coche se detiene con un estertor y el teniente nos ilumina con su linterna mientras con la otra sujeta la funda del revólver.

¿Adónde vais, tortolitos?

Cuando bajo la ventanilla, me deslumbra con la linterna.

¿Profesor?, ¿es usted?

Buenas noches, agente.

¿Qué hace con... esta mujer?

Dábamos una vuelta.

¿Y por qué ella va sin pantalones?, dice iluminando las piernas de Eva que asoman bajo la sudadera de los Giants. ¿No vio el control?

Llovía.

¿Me toma el pelo?

Siento lo de su compañero...

¿Ha bebido?, porque parece que ha bebido. Una noche de juerga, ¿verdad?

Mira a Eva como si ella fuera la responsable.

Buenas noches, señora Verèke.

Hola, Simon.

¿Otra vez haciendo de las tuyas?

Esta vez no he tenido nada que ver, te lo juro.

Pero Simon parece no dar crédito a sus palabras y vuelve a apoyarse en la ventanilla.

Mire, me dice, yo le entiendo... los demonios de la carne, todos somos débiles... Pero comprenderá que no puedo permitir... ¡Vaya noche de perros! ¿Sabe? No me apetece pasarme el resto de la noche rellenando informes en el retén. Mi mujer me espera en casa. Tiene suerte, por esta vez lo dejaré pasar. Deme su palabra. No vuelva a meterse en líos y haré como que no ha pasado nada. Bájense del coche, den la vuelta y piérdanse por donde han venido...

¿A pie?

¿A usted qué le parece? Además esta camioneta no es suya.

Encontramos la llave en el suelo.

¿Y pensaron que era buena idea llevársela? Mire, por suerte conozco a su propietario. Si paga los neumáticos le convenceré de que ha sido un error, dice mirando a Eva, que usted no quería, pero se dejó llevar... Ahora bájese del coche y abra el maletero.

¿Qué cree que llevamos ahí?

Dígamelo usted.

De repente Simon mantiene las distancias y rodea el auto hasta la parte trasera.

Solo quiero asegurarme de que no lleva a nadie.

¿A quién debería llevar?

Usted abra.

Por un momento pienso que todo estaba escrito, que en ese maletero habrá un alijo de drogas o el cuerpo desmembrado de Immanuel Schulz, algo que me comprometa y que me obligue a un interrogatorio y quién sabe si a una condena, pero cuando abro el maletero, solo hay una vieja caja de herramientas plegable y un aerosol de aceite mineral.

No queremos que se escape.

¿Quién?

Ya sabe... Sabemos que está en este bosque, usted nos lo dijo, es cuestión de tiempo que le encerremos. Si no acaba con él esta lluvia, mañana lo tendremos entre rejas... Hágame caso, dice mirando a Eva, deje de buscarse problemas. Ella no le conviene...

Qué sabrás tú, dice ella.

... ni a usted, ni a nadie...

¿Elsa opina lo mismo?

Mire, le dejo este chubasquero. ¡Ya me lo devolverá el sábado!

¿El sábado?

¿Ha olvidado la cacería? Ahora sí que no puede negarse.

Pues me niego.

Un favor por otro favor.

44

Cuarto día

El bosque está en silencio.

De repente se escucha un ladrido.

Otro a la derecha.

Desde la copa del árbol observo la patrulla atravesada en el camino. Egbert está en el arcén meando entre los arbustos y Simon habla con alguien por la emisora. Desde hace dos días bloquean el camino, como si supieran que me dirijo hacia el río. Hoy han llegado los perros, dos pastores alemanes que ha enviado la policía de Mannheim. Eso cambia las cosas. Mucho. Si empiezo a caminar ahora podría llegar antes de que anochezca a la ermita. El teniente se ha cansado de jugar al gato y al ratón. Lo más sensato sería retroceder hasta la fábrica, hacerme fuerte allí, pero estoy convencido de que será el primer lugar en el que me busquen. Con toda probabilidad ya habrán descubierto el colchón y el balde en la prensadora que he utilizado estos días para recoger el agua de lluvia y asearme. Si no acaba conmigo el bosque, lo harán las patatas podridas y las raíces que muerdo a todas horas para engañar al hambre. Las botas pesan tanto que me cuesta bajar de las ramas. Hasta el cauce hay unos diez minutos y luego otros diez hasta la falda de la loma. Sé que esa es la parte más vigilada del bosque, el perímetro de la zona de exclusión que concentra un mayor número de cámaras y sensores, pero quedarme aquí y permitir que me corten el paso, sería como entregarme. En el río los perros perderán el rastro y tendré más opciones de alcanzar las turberas sin problema. Debo ponerme en marcha o los perros me ganarán la poca ventaja que aún conservo. El viento de poniente, que hasta ahora arrastraba un intenso olor a resina, se ha detenido

y por eso los animales parecen más nerviosos.

¿Qué pasa, Handk?, escucho que dice Egbert, ven aquí, tranquilo.

A pesar del cansancio comienzo a correr. Los espinos arañan mis tobillos y me arden los pies. ¡A quién se le ocurre tratar de escapar en el tren de la mañana! Cuando llegué a la estación, Simon y los suyos estaban por todas partes. Incluso él, el antropólogo que cada día se asoma a las cinco en punto a la ventana del hotel Normandy para verme pasar. Como todos, también él es puntual e inflexible, otro actor adiestrado y sumiso, preparado para la acción, pero, por Dios, ¡somos como gemelos homocigóticos! Cuando le vi el martes, supe que Keitel no bromeaba y que mi desobediencia tendría un precio, pero jamás pensé que fueran a darme caza como a un animal para sustituirme por uno de ellos. Me siguió hasta la estación y le vi conversando con Hendrik Koch junto a la taquilla. ¡Ahí supe que era una emboscada! Así que subí al vagón y aproveché la plataforma para bajar por el otro lado y escabullirme hasta el aseo donde salté a través de la ventilación justo en el momento en que los hombres de Simon entraban en tromba. Supongo que luego debieron de seguirme hasta la fábrica. Y desde entonces andan estrechando el cerco. Merodean, juegan, pero por algún motivo no se deciden a atraparme. Supongo que la esperanza no solo mueve a los hombres, sino también las audiencias. El vallado termina en una alambrada y las púas se enganchan en el pantalón y lo desgarran.

Mierda.

Al fondo, en el bosque, los perros dejan de ladrar.

Quizá se han ido.

El agua cae por el envés de las hojas y las hace brillar como pepitas de cuarzo. Durante un segundo tengo la esperanza de haberlos engañado, pero a los pocos metros, entre la lluvia, casi me doy de bruces con la silueta del teniente. Me agacho, repto hacia la derecha. No digo que Simon no tenga sus motivos para odiarme, Elsa y yo somos iguales, nos mueve lo mismo, incluso diría que me atrae, pero eso no quiere decir que hayamos tenido una aventura ni que la vayamos a tener. Reconozco que desde la noche en que se

llevaron los cuerpos de las tres niñas y Elsa y yo los seguimos en su coche, hay algo indescriptible entre nosotros, un magnetismo, no sé, esa forma de atracción sin palabras. No hay nada que una más a dos personas que un secreto. Y sospecho que es precisamente ese secreto, y no los celos, lo que me ha convertido para ellos en la diana. Simon prefiere creer que es una cuestión de celos, incluso es casi seguro que lo crea, pero en realidad solo es el brazo ejecutor de la corporación, un efecto indirecto que ni siquiera sospecha.

Pon la mente en blanco.

Corre.

Deja de pensar.

Soy inocente.

Mi único delito es saber cómo demonios se sale de aquí. De hecho, fue al día siguiente de lo de la ermita, cuando mis alumnas dejaron de venir a clase. Notaba su silencio al acercarme. Y esa misma tarde, Elsa me advirtió de que si no lograba escapar del valle me acusarían de lo de las niñas y me liquidarían, nadie sabría más de mí, me enterrarían en el Muro como al resto. Elsa dice que Simon piensa que soy el mismísimo diablo. Tendría su gracia. Ojalá pudiera serlo. La verdad es mucho más modesta. La música siempre se ha considerado una forma pagana de orar, y también es cierto que a un monje medieval se le ocurrió la idea de que el tritono, a diferencia de la armonía, abría las puertas del infierno. ¡Y de esa mentira han descendido las demás! Le pregunté a Elsa qué pruebas tenían contra mí, pero las pruebas, me dijo, solo eran una mera formalidad para su marido. ¿Una formalidad? ¿Qué quieres decir? Que te quiere fuera de aquí..., me respondió, sospecha y nada va a pararle. Ya le conoces.

Sé que a cada paso la distancia con Simon se recorta. A mi derecha, cerca del cauce, las rocas están cubiertas de musgo y hay un viejo olmo con el tronco hueco y quemado. El terreno ha cedido y las raíces han quedado al descubierto. Borro las huellas de las botas con una rama y me dirijo hacia el río. Me descalzo y sujeto el calzado por los cordones a mi hombro. Al fondo, las piedras son redondas y están heladas. Desando el camino cuidándome de que mis huellas no queden marcadas en el limo del fondo. Una vez que

llego al olmo me quito el abrigo y lo hundo con una piedra para que los perros no puedan seguir el rastro. El forro se agita como una inmensa alga marrón. Casi de inmediato comienzo a temblar. Me cubro con barro para atenuar la temperatura y compruebo, al rozar mis labios, que la tierra tiene un sabor amargo y grumoso. Cerca de donde estoy parpadea un detector del tamaño de una avellana. Debo de haber pasado a pocos metros de él, pero, de haberse activado, ya estarían aquí. Contengo la respiración y aprieto la espalda contra el árbol como si pudiera fundirme con las vetas de la madera. No muy lejos, aparecen los dos pastores alemanes. El teniente y su ayudante parecen no tener prisa por darme alcance.

Los perros han olido algo, dice el teniente. ¿Tú qué crees?

Si no le atrapamos, la lluvia borrará el rastro...

No te preocupes. Nadie se me ha escapado todavía.

Podría ser la primera...

Siempre la hay..., una primera vez.

Juguemos.

De eso se trata, ¿no?

45

Con sus fustes rectilíneos y su inmenso friso de basalto, el Museo del Embalaje parece un viejo panteón neoclásico, un contenedor de hormigón de tres plantas adherido al transepto de la iglesia del Buen Pastor. A las once, cuando llego, aún no hay nadie en la taquilla, así que me entretengo hojeando un folleto informativo. Al parecer, según leo, el museo fue fundado por Alfred von Welinguert en los años sesenta gracias al Fondo de Desarrollo Rural impulsado por el canciller democristiano Konrad Adenauer durante el llamado milagro alemán. En la sala séptima, donde mi informador me ha citado, se exponen las cisternas blindadas que empezaron a usarse a principios del siglo XX para el transporte de mercancías peligrosas, basura radiactiva, residuos hospitalarios e infecciosos y ese tipo de cosas, también se expone la primera patente de los sistemas flexitank, ideada, al parecer, por un tal Michael Schilling para PacTee Inc., una de las empresas pioneras de Wilhelm Keitel, lo que no deja de ser irónico.

¡Otra vez usted por aquí!, escucho que dice alguien a mi espalda, no me diga que viene a hablar otra vez de Dios.

Me dijeron que no podía marcharme sin ver su museo.

Quien se lo dijo no exageraba un ápice. ¿Le interesa el mundo del envase?

No tengo una opinión formada.

Debería tenerla. ¿Qué me dice de todos esos plásticos que flotan en nuestros océanos? ¿Qué dicen de nosotros como sociedad?

Podría explicarle al reverendo que dentro de cincuenta años esos plásticos se convertirán en un verdadero problema, que su consumo se multiplicará de modo exponencial creando islas de vertidos flotantes en el Pacífico Sur y en el Atlántico, que la fauna

de los océanos se volverá incomestible por culpa de los microplásticos y que no habrá metro cúbico de océano sin su botella a la deriva, pero no lo hago, llego tarde a mi cita y no me interesa volver a despertar sus recelos.

¿Le enseño todo esto?

No es necesario.

Como ve, no solo me dedico a las almas.

No he venido en busca de conocimientos.

¿Y qué busca?

Tranquilidad.

Entonces debo cobrarle cincuenta pfennigs.

¿Cómo?

Tenemos que mantener las instalaciones.

Sí, claro...

¡Estoy de broma!, dice sonriendo, ¡cómo voy a cobrarle! Invita la casa, claro. Bueno, invita él.

¿Él?

El museo fue cedido por la iglesia hace más de una década, así que puede decirse que es una extensión de *su* casa. Un templo... pero de envases, ya sabe. A cambio le pediré que firme en nuestro libro de autoridades, aquí, en esta página, junto al profesor Schulz, nuestro último visitante.

¿Dónde?

Aquí. Le dejo, solo tiene que pasar el torniquete y el ascensor está al fondo... No se pierda la sala Sarotti... Y si tiene cualquier duda, llámeme...

Cada sala del museo lleva el nombre de una marca comercial, está la sala Persil y la Rotkäppchen, empresas que según el folleto marcaron la llamada época dorada del envase alemán, tarros de sopa concentrada, cajas fuelle, innovadores sistemas de doble apertura para sobres de correspondencia, envases catalogados como objetos irrepetibles. En el centro de la sala Sarotti hay un pedestal en el que se expone la llamada patente Oliver, que, al parecer, es la joya del museo: la primera patente de cartón corrugado. Me cuesta creer que se considere el cartón como algo precioso, pero ¿no es acaso el valor un pacto entre los miembros de

una sociedad? ¿Qué opinaría una tribu neolítica del precio de un Kandinsky?, ¿qué valor le daríamos los occidentales a un puñado de sal o de grano? *Todo envase determina su contenido,* leo en una de las paredes. Interrumpo el recorrido al darme cuenta de que pasan diez minutos de la hora y mi confidente, en su nota, me aclaró que fuera puntual. Solo Immanuel Schulz tendría motivos para extremar tanto las precauciones. En la pared del montacargas hay un collage con seiscientas cajetillas de tabaco pertenecientes a sesenta países diferentes que reproduce el rostro de Helmut Kohl en lo que parece un cuadro pixelado.

Los expositores de la tercera planta están vacíos. Apenas hay una docena de ánforas y toneles medio podridos. La sala número siete está al fondo, pero en vez de ir directamente —sospecho que nos vigilan— me detengo en los expositores que, según leo, alguna vez debieron de contener pitilleras y petacas de acero inglés y vasos de cobre africano con incrustaciones de marfil..., y cuando llego a la sala compruebo que en su totalidad está ocupada por una gran cisterna de acero. Un par de focos hacen resaltar su vientre pulimentado y uno de los sectores que sirve de entrada al interior. No hay nadie en la sala, así que me entretengo leyendo el folleto: al parecer el depósito está forrado con una cámara de vacío de poliéster y fibra de vidrio y su interior puede alojar setecientos litros, igual, dice el catálogo, que el vientre de una ballena adulta.

Escucho el sonido de unos tacones en la sala contigua.

¿Qué le parece?

¿El qué?, digo girándome.

Un clásico moderno.

No sabría decirle.

Béseme.

¿Cómo?

Que me bese.

Elsa Gehlker me rodea con los brazos. ¿Es usted idiota o qué?, dice mirando de soslayo a la cámara de seguridad, yo soy su cita.

Pero...

Pone el índice en mis labios y me obliga a retroceder.

¡Qué demonios hace!

¿Se cree que no me he dado cuenta de sus señales?

¿Qué señales?

Tropiezo con el zócalo y solo cuando estamos dentro de la cisterna, cambia el tono de su voz.

Deje de hacer el idiota y haga lo que digo.

Elsa empieza a desabotonarse la blusa y se quita la falda. Es una mujer de muslos blancos y gruesos y el sostén tiene dos grandes copas de color camel.

¿A qué espera?

No sé...

Empiece a desnudarse.

Elsa enarca las cejas y me desabrocha la hebilla del cinturón. ¿Voy a tener que hacerlo todo yo?, escucho que dice casi enfadada. Luego se arrodilla y su rostro queda a un centímetro de mi bragueta. Recoge la ropa y la deja en el suelo, fuera, sobre una vieja caja de trapos. Luego mira hacia los lados y cierra la sección de cilindro y nos quedamos dentro de la cisterna a oscuras.

Pensé que no se callaría nunca.

¿Podría aclararme a qué ha venido eso...?

No se me ocurrió otro modo de desnudarle sin levantar sospechas.

¿Desnudarse para qué?

Lleva docenas de cámaras y geolocalizadores encima... ¿Sabía que Keitel se los compra al mismísimo Mosad?

¿Por eso nos hemos desnudado?

Fíjese, acero reforzado y fibra de vidrio. Ninguna señal de radio lo atravesaría, así que, técnicamente, este es el único lugar de la colonia en el que nadie puede rastrearnos.

Ingenioso... Pero su marido pensará que usted y yo...

Olvídese de eso. Tenemos seis o siete minutos. Más o menos. Bien, dejémonos de rodeos, sabemos quién le manda, qué hace aquí y por qué le han elegido.

Pero ¿usted es *su* mujer?

No hay tiempo para los detalles...

¿Detalles? Mire, llevo cuatro días en este lugar y voy a volverme loco. Necesito saber qué está pasando.

Seamos prácticos: pregunte.

¿Por qué usted?

Quería tener una hija.

¿Una hija?

¿Le parece suficiente motivo?

Explíquese.

Todos estamos aquí por algún motivo. También usted. A los veinte años tuve un cáncer de mama. La enfermedad dejó algunas secuelas. Una mastectomía y un ovario poliquístico con exceso de prolactina, ¿a qué le suena eso? No me dejó estéril, pero durante cinco años estuve tratándome en una clínica de fertilidad sin resultado. ¿Sabe que te inyectan hormonas de rata? Y Wetopia me brindó la posibilidad de... de ser madre. Aquí. Christa no podía existir de otro modo. Tenían mi historial, sabían lo que quería, podían dármelo. A cambio solo tenía que ser la esposa de Simon, interpretar para él, dejar que aprendiera a ser un buen hombre...

No es ético... ni moral.

Y a usted, ¿qué se le ha perdido aquí? Eso sí es ético, ¿verdad? Mire, pueden ofrecernos lo que más deseamos...

¿Por qué quiere ayudarme? Podría poner todo esto en riesgo...

Digamos que pronto surgen las contradicciones...

¿Contradicciones?

Dejémoslo ahí.

Entonces es por eso.

¿El qué?

Que estoy aquí. Su marido me contó que usted me... me eligió.

Así es.

¿Y por qué demonios me eligió a mí?

Ciertos amigos de los que me fío sostienen que es usted un tipo listo.

¿Listo?

Dicen que no solo le interesa el dinero.

Se equivocan.

Mire, también yo me pregunto por qué usted, pero no me lo haga más complicado.

Entonces, ¿pertenece a algún tipo de resistencia?

Llevamos años esperándole. Años. Hemos estado muy cerca de usted, ahí fuera, en su vida, le hemos seguido y sabemos cuál es su recorrido, hemos investigado sus amistades, su pasado, todo..., no puedo darle detalles, pero las cosas no fueron como usted cree.

¿A qué se refiere?

Lamentamos lo que le ocurrió a su mujer...

¿Qué saben de Monica?

Sabemos cosas.

¿Qué tipo de cosas?

Lo sabrá pronto, muy pronto, créame. Es importante que lo averigüe por sí mismo.

¡Casi me matan! Sus amigos..., a la salida de aquel restaurante.

Eso es lo que querían que pareciera.

¿Quiénes?

Ellos.

¿La corporación?

No parece usted tan listo. ¿No se da cuenta? ¡Todo fue un montaje! Usted no lo estaba poniendo nada fácil y necesitaba un empujoncito...

¿Un empujoncito?

Haciéndole creer que éramos terroristas. ¿No ocurrió eso? Después del atentado ya no tuvo tantos reparos para colaborar con su enemigo.

Las piezas del rompecabezas cuadraban con una exasperante perfección: el Replicant de octava generación que Chloé me había regalado para sustituir el que perdí en el Bijlmermeer, el nuevo trabajo de India, mi enfado cuando pensé que todo era un chantaje de Wilhelm Keitel, los mensajes de Chloé durante la cena, la aparición providencial, minutos antes de la explosión, de aquel tipo apoyado en el coche a la salida del restaurante y la urgencia de Wallstein por subirme a aquel avión para firmar el contrato.

Si hubieran ido a por usted, dice Elsa, no habrían fallado...

Vale, digamos que contra todo pronóstico soy ese tipo listo. ¿Cuál es mi misión?

Tratamos de decírselo.

¿A mí?

¿Recuerda las voces de su habitación? Una mujer, dos hombres...

Sí, aquella mujer...

Usamos un transistor de galena. ¿Sabe lo que es una *Foxhole?* Se usaban durante la Segunda Guerra Mundial para burlar a los alemanes. La llamaban la radio de la trinchera. Nosotros la fabricamos con un lápiz y una cuchilla templada. Es indetectable, pero a veces también ineficaz. Ya se encargó usted de irle con el cuento a esa chica, y ella, la verdad, no nos lo puso fácil...

¿Chloé?

¡Quién va a ser!

No lo entiendo. Desde que he llegado solo he cometido torpezas.

Mire, en algo estamos de acuerdo. Y ahora, si me permite, le explicaré el plan B. ¡Yo soy el plan B! No me había expuesto hasta hoy porque soy una pieza valiosa para la organización, pero, al parecer, usted es *él,* ya sabe, el mesías o algo así. Usando ese tipo de lenguaje quizá lo entienda antes... Debe escapar. Nosotros le daremos la evidencia que necesita para que ahí fuera le crean... Su vida corre peligro. Ni imagina lo que planean hacerle... Debe contárselo a todos ahí fuera, dar testimonio, a usted le entenderán y será nuestra voz...

¿Y por qué no hacerlo cuando acabe mi contrato?

¿De verdad piensa que va a salir de aquí?

No he firmado nada que incluya mi asesinato.

Piense: le sacaron de una cena, no avisó a nadie, le montaron en un avión, a efectos técnicos le secuestraron, nadie sabe que está aquí... ¿Cree que es el primero?

Pero lo están trasmitiendo todo... al exterior.

¡No sea iluso!

Mi muerte no pasará desapercibida. Mi hija...

Mire, le voy a contar lo que ocurrirá. Ellos diseminarán por la red todo tipo de rastros bancarios, indicios, gastos en comercios, todo lo que sea necesario para hacer que su hija crea que sigue

vivo, que la ha abandonado... Piense. ¿Quién le espera ahí fuera?

India, no sé.

Pues a ella será a la primera que traten de comprar.

Creo que ya lo han hecho.

Lo van a matar y sabemos cómo. Por eso estoy aquí. Conozco a mi marido y sé lo que hará con usted. Es buena gente, créame, pero inseguro como todos los hombres del valle. Y eso lleva implícito... cierto..., digamos..., primitivismo. Usted limítese a no aceptar la invitación para ir a esa cacería..., ¿de acuerdo? ¿No me diga que ya la ha aceptado?

No, nunca.

Al doctor Berndt le persiguieron durante dos días hasta que le dieron caza.

¿Berndt?

Dieter Berndt.

Ese era uno de los apellidos que figuraba en el registro del hotel y en el libro de autoridades justo encima de Immanuel Schulz.

Le enterrarán en ese muro, créame, dirán que enloqueció como el resto, como esas niñas. Fuera nadie sabrá la verdad. Y lo que es peor, a nadie le interesa esa verdad. Es necesario que abra los ojos...

Está bien, ¿y qué tengo que hacer?

Escúcheme atentamente, usted solo escuche.

46

Los perros se han detenido a la orilla y olisquean las huellas que se adentran en el río. Uno de ellos, al que el teniente llama Handk, gira sobre sí mismo y ladra al aire como si quisiera desandar el camino.

Tranquilo, Handk.

Le hemos perdido. ¿Y ahora qué?

No andará lejos.

Ha ido el norte.

¿Por qué al norte?

Siempre buscan el cauce. Son las películas. Creen que si se meten en un río ya no les seguirán.

Pero Mannheim queda en la otra dirección.

¿Has visto alguna vez un animal asustado que no busque la montaña? Te apuesto veinte marcos a que escapa hacia allá.

Los veo y subo otros diez.

Vas a perder.

Perder es estimulante. ¿Seguimos un rato?

Elsa está un poco alterada con lo de esas niñas. Además, Schulz no va a ir a ninguna parte. Si el bosque no acaba con él, lo hará la lluvia... Le encontraremos tirado en el bosque...

Ya veo, así que quieres que hagamos lo del doctor... Era doctor, ¿verdad? ¿Cómo se llamaba?

Dieter, creo.

Esa sí que es buena.

Si sale bien perderás treinta marcos.

Teniente, escucho que dice Egbert, siempre jugando sucio.

A pocos centímetros de donde estoy escondido, entre el limo negro y las cañas, algo con el pelo apelmazado se revuelve, parece una liebre, pero al girarse veo que se trata de una rata que lleva

entre los dientes una anguila todavía viva. Le lanzo una piedrecita, pero el animal muestra las encías en actitud amenazante. Entonces suelta la anguila y se lanza contra mi pierna. Aprieto los dientes y siento un intenso dolor en el tobillo, como si docenas de alfileres atravesaran esa membrana que hay entre el tendón de Aquiles y el hueso. Trato de apartarla con la otra pierna, pero cuanto más lo intento, más fuerte muerde ella.

¿Has oído eso?, pregunta Egbert.

No he oído nada.

Ha sido por allí.

¡He dicho que no he oído nada!

Los escucho venir hacia mí, detenerse al otro lado del tronco del árbol. Estoy convencido de que saben dónde estoy y solo se burlan para aplazar mi agonía.

¿Lo ves?

¿El qué?

No hay nada.

Por aquí no hay nada.

En el agua, fue en el agua.

Será un tejón.

Volvamos.

Va a llover otra vez. Parece que...

No saldrá de aquí.

Mire, teniente, la tormenta.

Se alejan hablando y cuando están a suficiente distancia golpeo con la pierna la cabeza del animal. Sus encías sobresalen de la zapatilla y gruñe. Tomo una piedra de buen tamaño que hay bajo el helecho y golpeo al animal, que por fin abre la boca y se aleja flotando hacia la corriente. Cuando la rata llega a la altura de Handk, el perro empieza a ladrar y los dos hombres ríen.

¡Te lo dije!

Solo era una maldita rata.

Cuando me quito el calcetín, compruebo que la herida es un semicírculo escarlata y que la herida debe de ser profunda. A pesar del frío, arde.

Me pongo en pie.

Dios mío.

En el suelo hay una rama lo suficientemente gruesa como para usarla a modo de muleta. Debo desinfectar la herida. Al llegar al castaño donde se detuvieron mis perseguidores, valoro la posibilidad de cambiar de planes, huir hacia el sur, hacia donde ellos no me esperan. En esa dirección queda la granja de Kopetz. No me ayudará, pero podré comer algo caliente. Más allá solo se extiende la cordillera sur. Tendré alguna ventaja, pero la ermita queda en la otra dirección. Ir al norte o al sur, escoger entre la *puerta* y lo que se sabe y ese desierto de sal y arena. No, seguiré el plan previsto. No cuentan con que los desafíe. Trato de rescatar la ropa hundida, pero pesa demasiado y está empapada. Buscaré alguna granja para resguardarme. Al meterme en el agua el dolor del tobillo remite. La crecida del río arrastra ramas y árboles que quedan hincados en el limo de los márgenes. En verano, esta parte del río apenas si es un hilo de agua infestado de mosquitos y renacuajos. Con la muleta hago saltar algunas de las trampas que han colocado en la orilla. Deben de llevar siglos allí, abiertas, mostrando esas mandíbulas a la espera de que alguien se equivoque. Una culebra serpentea en el lecho de barro húmedo. Retumba la mañana y la lluvia comienza a caer sobre la superficie del agua mientras de fondo se escucha el canto de un petirrojo. Sobre una roca hay dos ranas momificadas por el frío mientras copulaban y la hierba se descompone bajo el agua, huele a patata podrida y turba. Si supiera rezar y valiera para algo, lo haría. Sé que he avanzado, que estoy cada vez más cerca. Es entonces, al vadear los tallos que ocultan la poza, cuando los veo sentados sobre una gran roca, fumando mientras Simon me apunta con el rifle.

Te lo dije.

Pensé que este era diferente.

Me debes treinta marcos.

Que sepas que solo me hacía el tonto.

Pues lo haces muy bien.

Sin un tonto no puede haber un listo.

Ves, Egbert, a veces hasta tú me sorprendes.

47

Elsa sale y empieza a abotonarse la blusa y la falda a la vista de las cámaras. Me sorprende mirándola y entonces cambia el tono de su voz, parece casi ofendida:

Te he dicho que no puede ser, que esto es una locura, dice. Amo a mi marido.

Nadie dice que no sea así.

¡Tú me has obligado! Soy una furcia, una furcia... Me siento tan sola, tan enferma, tan culpable... Y tú te has aprovechado, no volverá a repetirse. ¿Lo entiendes? Simon es un buen hombre, el mejor hombre sobre la faz de la tierra, y si no fuera así, si fuera el tipo más ruin, debería ser suficiente con saber que es el padre de Christa, un buen marido, debería sobrarme, soy una ramera..., no merezco que me mire, que me toque, acabaré sola...

No sé qué mosca le ha picado, pero inmediatamente comprendo que interpreta el papel de esposa arrepentida. A nuestro público le gustan las comedias románticas y, en particular, las que llaman de *affaire,* por más que entre la mujer del teniente y yo no haya ocurrido nada. Me iré el domingo, pero ella seguirá aquí, viviendo con ese tipo gigantesco y colérico. El orden debe ser restituido y la vida normal ha de imponerse. La representación debe terminar para volver a comenzar y Elsa confía en que él le dará una segunda oportunidad. La ama. A su manera, claro, como se posee una hacienda o un rebaño, hasta yo lo había intuido aquella tarde en el tren. Sabe que ante la perspectiva de perderla, elegirá ser magnánimo y perdonarla, sentir esa forma de superioridad tan masculina. Como actriz, Elsa tiene muchas cualidades. Supongo que catorce años interpretando a la perfecta ama de casa dejan huella. Sus pupilas, vibrantes por las lágrimas, le dan a sus palabras un verismo casi excesivo. Enarca las cejas,

mira hacia uno de los espejos y veo en él reflejada la silueta del reverendo. Está apostado, oculto tras una de las vidrieras.

No volverá a pasar, ¿de acuerdo?

Bajo la cabeza y asiento.

Ha sido un error; y los errores...

¡Eres tan responsable como yo de lo que acaba de suceder!

Mientes, siempre mientes.

Elsa parece sorprendida por el modo en que me he integrado en la escena.

¿Quién acaba de besarme?

¿Ahora me sales con esas? ¡Dios mío! Soy indigna de su bondad... Eres el demonio. Él tenía razón.

¿El demonio? Venga, no me hagas reír.

Pero Elsa se marcha a la carrera con el brazo cubriéndole el rostro igual que la Eva expulsada del Paraíso que aparece en las puertas de Masaccio y, a la salida, casi choca con el reverendo.

Buenos días, padre.

¿Va todo bien?

Eva me mira y no dice nada.

Hija, si tienes algo que confesar...

El reverendo la acompaña hasta el ascensor para sonsacarla. Sospecha. Elsa no es una esposa libertina ni yo parezco un don juan. Sus pasos se alejan hacia el fondo de la sala. La mujer de Simon me ha contado que quieren eliminar al profesor de las niñas porque sabe cómo salir de aquí, que él tiene la clave.

Le sorprendería si le conociera, me había dicho Elsa.

Lo cierto es que le conozco.

¿Ya se han encontrado?

En el bosque.

Él es su evolución.

Mi evolución soy yo.

Digamos que él es *otra* evolución, si así se queda más tranquilo.

Soy único.

¿De verdad lo cree? Él fue el único motivo por el que reparamos en usted. Seguimos *su* pista para encontrarle ahí

fuera..., por supuesto, eso fue antes de la muerte de su mujer, claro, pero ellos se nos adelantaron... y cuando vimos esos vídeos suyos interpretando a Nyíregyházi...

¡Yo nunca he interpretado a Nyíregyházi!

... supimos que usted era él, igual que Eva Verèke es la correspondencia de su mujer.

¡Dígame algo que no sepa!

El día que murieron las niñas, Schulz y yo vimos cómo llegaba una furgoneta para secuestrar sus cuerpos. Nos extrañó que fueran armados y Schulz insistió en seguirlos. Iban a llevar a las niñas fuera...

¿Y a quién enterraron el otro día?

Reproducciones.

¡No eran reproducciones! Sé distinguir una reproducción de un cuerpo real.

¿Por qué se cree que permitieron que Kathrin le llevara al Muro?

¿Tiene alguna prueba de lo que dice?

No me haga reír.

¿Y dónde las llevaron? A las niñas...

Déjeme continuar. Esos hombres se desviaron en la ladera norte, junto a la granja de los Bullrich. Nadie va nunca por allí, apenas hay letreros y es prácticamente una cantera a cielo abierto. Los seguimos a una distancia de cincuenta o cien metros, siempre con los faros apagados. Y de repente, al llegar a esa ermita fue como si se volatilizaran. Así, por arte de magia... Schulz bajó del coche. No se oía el sonido del motor, nada. Recuerdo que entramos en la ermita y Schulz dijo que estaba convencido de que la puerta de salida debía estar allí...

¿La puerta?

La salida de este lugar. Todos los sistemas tienen puertas traseras. Los programadores las utilizan para, llegado el caso, infectar el sistema desde dentro. ¿Entiende?

No exactamente.

Imagine un laberinto. Cuando estás dentro solo te fijas en si la puerta correcta es la de la derecha o la de la izquierda, ¿no?, pero

nadie busca la salida en el suelo o en el techo, es decir, si hay algo que te permite escapar en cualquier momento sin atravesar todo el laberinto.

¿Y saben dónde está? ¿Cómo se activa?

Sabemos cómo encontrarla.

¿No dice que estaba en esa ermita?

Usted limítese a no ir a esa cacería. ¿Se acordará? Recuerde que usted es el trofeo. Le avisaré cuando llegue el momento y le daré la prueba. Le diré cómo tiene que hacerlo. Usted solo esté preparado.

48

El hedor a excrementos y suero fermentado es insoportable. Egbert abre la puerta de la jaula con la pértiga y me hace un gesto para que entre ahí.

Adelante.

¡Estáis locos!, les digo, no podéis hacerme esto.

¡Así te vas acostumbrando!

El ayudante de Simon arroja al interior de la jaula uno de esos monos de trabajo blancos.

Venga, ¡vístete!

Pero es ilegal.

¿Ilegal?

Tengo un contrato, le digo.

¿Un contrato? ¿Qué tipo de contrato?

Con vuestro jefe, idiota.

¿Con el diablo?

Él os está observando, le digo. Tú no lo puedes ver, pero él sí a nosotros. Aquí..., está en todas partes.

¡Ya entiendo!

No, no entiendes. Una palabra suya y caeréis fulminados. Él está detrás de todo esto, añado, Keitel, Wilhem Keitel, ¿os suena? Él me convenció para..., qué más da..., me chantajeó...

¿Te chantajeó tu jefe?

No es mi jefe.

Mira, me responde Egbert tratando de mantener la calma, si estás aquí es por meter tu instrumento en el agujero equivocado...

¡Elsa y yo no hemos hecho nada!

Simon no piensa lo mismo. Está muy cabreado. Y cuando Simon se cabrea...

¡Hablen con Wallstein & Kuckart!

¿Y quiénes son esos?

Los abogados. Ellos os dirán que no podéis hacer esto, encerrarme, que es ilegal... Soy humano. ¿Entiendes?

Entiendo lo que entiendo.

Mi único delito es estar en el lugar inadecuado en el momento inapropiado...

¿En la cama del jefe?

Te repito que...

¡Cállate!, dice Egbert cerrando los ojos, ¿escuchas eso?

Bajo la cubierta, el balido de los corderos es casi continuo. Los ejemplares adultos parecen más calmados pero los pequeños, sobre todo los que acaban de ser destetados, golpean con la cabeza los barrotes de la jaula como si sospecharan el destino que los aguarda.

Yo diría que esos balidos son muy reales, ¿verdad? Que ese olor a mierda es casi nutritivo... y este calor... es por las lámparas de sodio...

¡Sois solo una simulación! Una maldita simu...

¿Se puede saber qué narices te pasa? Simon se quedó corto. Desde que llegaste al valle no has hecho otra cosa que joderla. Un poco de nobleza.

¿Nobleza?

Mira a tu alrededor. Cuando un animal sabe que va a morir, se entrega, no se resiste. Asume tu destino.

¿Qué vais a hacer conmigo?

Una puerta se cierra en algún punto de la nave y Egbert mira hacia el fondo para tratar de averiguar quién acaba de salir. Cuando vuelve a mirarme es como si hubiera leído mis pensamientos:

Ni se te ocurra. ¿Sabes lo que son cincuenta mil voltios atravesando tu cuerpo? No me hagas perder el tiempo y entra ahí.

Obedezco y apenas entro en la jaula siento el heno mojado y las gotas de orín que caen de los niveles superiores. El bebedero, que es un rectángulo verdoso y oscuro. Al otro lado del pasillo, un ejemplar adulto me mira como si me viera realmente. En el lomo tiene una úlcera del tamaño de mi mano que supura un pus

amarillo y espeso. Está postrado por culpa del dolor. Bienvenido al infierno, parece decirme cuando Egbert se marcha. Sin saber por qué, de repente, el balido de los corderos se detiene. Ocurre a la vez, como si se hubieran puesto de acuerdo para darle una tregua. El silencio apenas dura dos o tres segundos, pero parecen muchos más. Es milagrosa la coincidencia. Con la misma falta de motivos uno de ellos, en alguna parte de la nave, emite un primer balido —un balido sostenido como la oración de un muecín— y el resto le secunda hasta provocar ese sonido gregario e infernal. ¿Por qué demonios accedí a quedar con esa mujer?, le pregunto al carnero. Él me mira sin entender. ¿En qué momento me acordé de la noche en que nos conocimos? Entonces mi vida era simple y cómoda, real o casi real, tenía una pequeña academia en el sótano de un horrendo centro comercial de Hamburgo y mi mayor problema era hacerle entender a un niñato quién era Nyíregyházi o cómo sonaba una escala menor arMonica. De algún modo él fue el culpable. Ese húngaro. Y antes que él, aquella chica que entró en el jazzclub de Ámsterdam durante el verano de 2008 o 2009. Hacía calor y llevaba una mochila y una de esas Nikon F12, eso sí lo recuerdo, con un objetivo de 16-35 milímetros. Había llegado de Barcelona haciendo autostop, eso dijo. Apenas si hablamos media hora, pero fue suficiente para que me pareciera una arrogante. Los problemas llaman a los problemas. Recuerdo que me dijo que jamás interpretaría como ese húngaro, incluso tuvo el atrevimiento de regalarme uno de sus vinilos, y dentro, en el revés del forro, su número de teléfono. Por supuesto no la llamé. Pero si decidí no hacerlo no fue por ella, sino porque estaba decidido a demostrarle que se equivocaba, que podía interpretar el *Mephisto-Walzer* mucho mejor que el húngaro y que solo era cuestión de práctica y tiempo. Solo entonces llamaría a su puerta. Lo que debía llevarme unos meses se complicó porque debía pagar mis facturas, y esos turistas, los que aparecían por el club, siempre tenían los mismos gustos, piezas ligeras de Beethoven, algún minueto de Chopin y sobre todo ragtime ambiental, música que servía de trasfondo a sus acaloradas discusiones y borracheras. No tardé en descubrir algo sobre lo que ella me había advertido: que jamás lo lograría. En esos años no

tuve grandes éxitos, tampoco pequeños, ninguna discográfica se interesó por mis grabaciones. Digamos que dejé de tener fe. Fue tan fácil darse por vencido, tan placentero dejar que los días pasaran sin tensión... Un día cerraron las últimas salas donde aún se me permitía tocar y me vi dando clases en el sótano de ese centro comercial sumido en una progresiva espiral autodestructiva, bebía, fumaba, despertaba desnudo en los diques del Binnenalster. Recuerdo esos días como una secuencia de compases cada vez más graves y oscuros de la que desperté en una celda con cargos por robo e intimidación. Toqué fondo. Después de unos meses salí en libertad y buscando qué empeñar volví a toparme con aquel vinilo. Debía tener cierto valor para un coleccionista, además habían pasado veinticinco años. Fue entonces cuando vi su teléfono en la trasera y lo introduje en el buscador —el buscador de Wetopia— y me devolvió una fotografía que alguien le había hecho a la salida de una de sus exposiciones: llevaba un moño alto y un vestido de tirantes negro pero seguía siendo la chica deslenguada que recordaba veinticinco años atrás. Así supe que residía en Madrid y tenía una hija. ¿Por qué? ¿Por qué decidí escribirle un mail? ¿Por qué me hice pasar por un admirador? ¿Tanta vergüenza me daba reconocer que era aquel chico que conoció en Ámsterdam veinticinco años atrás? ¿O lo que me avergonzaba era admitir que tenía razón, que ni siquiera había llegado a ser ese profesor de piano que ella había profetizado?

49

Al salir del museo me dirijo al parque congregacional de San Bartolomé. La tormenta —¡ahora sí!— parece haberse convertido en un diluvio. Los desagües no admiten más lluvia y las alcantarillas escupen un agua densa y oscura. Algo sucede. Los colonos no parecen amedrentados por la climatología, todo lo contrario, deambulan bajo la lluvia como si nada. Solo algunos parecen averiados y dan vueltas sobre sí mismos o se miran las palmas de las manos. El muchacho que vende periódicos baja la escalera de la estación, se detiene y regresa a las máquinas para bajar de nuevo, y a mitad de la escalera, vuelve a subir. Sea lo que sea lo que les sucede, es lo mismo o muy parecido a lo que les ocurrió a los dos únicos asistentes a mi última conferencia. Cerca del chico que vende periódicos hay una pareja despidiéndose. Ella tiene la piel clara y se abrazan hasta concluir un beso largo y cinematográfico, ella dice algo, él responde, se alejan en direcciones contrarias, y cuando han recorrido unos metros, él enciende un pitillo —que la lluvia apaga y convierte en un colgajo húmedo—, se da la vuelta y arroja el cigarro al suelo y corre hacia ella para volver a besarse, a decirse algo y a alejarse de nuevo, y así todo el tiempo.

Paso entre ellos como lo haría por una galería de los horrores, empapado, escuchando sus murmuraciones y mirando a ambos lados como hacen los vivos en esas películas de zombis. Cualquier error me delatará, pienso, y sabrán que no soy como ellos. De la lavandería sale el pakistaní que esta tarde camina sobre su espalda, el vientre y la cabeza hacia arriba y las manos hundidas en el barro.

¡Buenos días!, me dice, una tarde estupenda.

Una tarde estupenda.

Sí, buenas tardes.

Justo enfrente distingo la silueta de la directora del instituto. Kathrin no se mueve y lleva el mismo vestido de organdí negro que se puso para el entierro de las niñas. La lluvia lo adhiere a su cuerpo. Me aproximo a ella para preguntarle qué demonios sucede, por qué todos se comportan así, pero nada más acercarme empieza a contorsionarse como los otros, abre las piernas en escuadra y mete la cabeza entre los muslos. Escucho el sonido de su espalda al troncharse y caer en mitad del barro.

Por fin llego al hotel.

Chloé me observa desde la ventana de su habitación. Debe de llevar un rato esperándome porque me hace señas para que suba lo más rápido posible. Por suerte no hay nadie detrás de la recepción del hotel y tomo las llaves de la 362. Cuando llegó a la tercera planta, Chloé está en el pasillo. Debe de haber algún problema con el generador porque el fluido eléctrico va y viene y los fluorescentes de las habitaciones parpadean creando una estudiada escenografía de terror.

¿Qué demonios les sucede a esos cacharros?

¿Dónde se había metido?

Ya lo sabe, ¿no? Siempre lo sabe todo. He ido al museo.

¿Se cree que somos idiotas?

Si no recuerdo mal, usted me lo recomendó. Usted y el pedófilo nazi que dirige este lu...

¿Con Elsa Gehlker? ¿De verdad cree que nos vamos a creer que tuvieron un... rollo?

¿Por qué no?

Mire, sabemos perfectamente lo que ha ido a hacer allí. Sabemos lo que le dijo Elsa. No es el primero...

¿Qué quiere decir?

¿No ha visto lo que ocurre ahí fuera?

Sus juguetitos han empezado a averiarse, ¿no? Olvidaron sellar las juntas de sus cerebritos...

¿De verdad cree que se han averiado?

¿No es así?

En absoluto.

¿Entonces?

Es posible que nos evacúen.

Todavía es jueves. No ha terminado la semana.

La cosa se está poniendo fea.

¿Va a decirme de una vez qué sucede?

Usted lo ha provocado.

¿El qué?

Suba a su habitación, enciérrese y no salga hasta que yo le avise. Luego le explicaré todo. Creímos que ocurriría más tarde...

Me está asustando. ¿De verdad quiere decir que son peligrosos? ¿No les implantaron uno de esos chips limitantes para obligarlos a cumplir con las leyes de la robótica? Algo así. ¿No pueden apagarlos?

¡No sea ridículo! Sus pulsiones son las mismas que las nuestras. ¿Qué ha hecho la humanidad durante siglos al sentirse perdida?

¿Es una pregunta retórica?

Usted es el antropólogo.

Supongo que se han refugiado en la religión, ¿no? La falta de respuestas...

Todavía no lo comprende, ¿verdad? Mire, voy a hacer unas gestiones, usted suba a la habitación y no salga a la calle por nada del mundo. ¿Entendido?

De la ventana cae una cortina de agua casi continua y el barro ha empezado a macizar las bajantes. El sonido de la campana del Buen Pastor llega distorsionado como si procediera de un mundo sumergido. Una guirnalda de luz discontinua cuelga entre las fachadas del callejón. Parte de las defensas han cedido y la riada ya cubre un palmo sobre la avenida principal. Más allá, en la parte baja del pueblo, las farolas se han apagado. Puedo imaginar esa lengua de lodo lamiendo la parte baja del valle, los bosques, el jardín francés de Yos Strübel, todo anegado bajo el caos, las bellas orquídeas, el magnolio de los Härtmann, las fachadas de entramado deshechas como terrones de azúcar... Cuento las

campanadas con los dedos de las manos. Once. Ayer, a esta hora, Eva me observaba desde la esquina del parque congregacional mientras la camioneta enfilaba por la avenida, pero hoy, al mirar hacia allí, solo veo un grupo de sombras cimbreándose para tratar de contener las barricadas. Un relámpago ilumina el cielo y bajo el gablete de la torre distingo una figura. Es ella, sé que es ella, quién iba a ser si no. El trueno suena casi inmediatamente y pienso que ha estado cerca, a unos cientos de metros. Abro la ventana y espero a que esa figura alcance el bulbo de luz de la farola para gritar su nombre. El sonido del agua y las ráfagas casi ciclónicas envuelven mis palabras cuando grito su nombre arrastrándolas lejos de ella. No hay duda. Lleva su camisón y camina descalza y como perdida. Sé que es inútil, que nada de lo que haga tendrá repercusión en lo que ha de suceder. Sin embargo, aceptar ciegamente ese determinismo, no me convierte de alguna manera en una máquina, en un autómata obligado a transitar y aceptar una y otra vez el mismo camino único. No, no puedo aceptarlo sin más, esta vez hay tiempo, puedo anticiparme, ni siquiera veo el resplandor de los faros de la camioneta avanzando hacia la esquina del parque. Si logro evitar su muerte, si traspaso la frontera del destino, quizá atraviese el límite de lo que está escrito que ha de suceder y consiga imponer mi voluntad. Romperé la maldición. Tomo el abrigo y salgo del cuarto. Debo dejar atrás los sentimientos, hablamos de sistemas, de matemáticas, no de emociones. Bajo los peldaños de dos en dos, agarrándome a la argolla del pasamanos para evitar caer. Al llegar abajo tengo la certeza de que esta vez nada me va a detener. La vas a salvar, me digo, por una vez la vas a salvar. Imagino al conductor de la pickup que en estos momentos estará enfilando la calle principal, los parabrisas incapaces de evacuar el agua, el sonido de la radio y el exterior como una sucesión de aureolas de luz apenas distinguibles.

¡Tiene una nota de Simon!, dice Yos al verme pasar, ¿va a salir con este tiempo de perros?

Pero no le hago caso, sospecho que solo quiere demorarme. Tropiezo con el borde de la alfombra de felpa y estoy a punto de caer. No, nada va a detenerme. Cuando me levanto, observo a Eva

detenida en la esquina. El nivel del lodo casi le cubre los tobillos. Desde arriba distingo el destello de los faros y el sonido del agua que los neumáticos levantan a ambos lados.

¡Tu hija está viva!, le grito, ¡tu hija está viva!

Sé que esta vez sí me ha oído.

¡Te creo! ¿Me oyes? Nos marcharemos. Tengo un plan.

No digo nada más, pero sé que ella es la evidencia, la prueba con la que todo antropólogo soñaría. A ella se refería Elsa esta mañana. Eva es mi palabra frente a la suya. La veo levantar la cabeza y tengo la sensación de que algo ha cambiado en ella.

No lo hagas, le grito. ¿Recuerdas? ¡Estoy aquí!

He menospreciado la crecida que ya atraviesa la calle, y al tratar de cruzar al otro lado, siento el golpe de las ramas que arrastra la corriente. La herida que apenas recordaba multiplica su dolor cuando algo contundente, una pieza de metal, una roca del tamaño de una naranja, me golpea y se aleja rodando calle abajo. Al arrodillarme noto angustiado que el agua alcanza mi cintura y apenas puedo moverme.

No lo hagas, le grito, por favor, no lo hagas.

Sé que me entiende, que recuerda y sabe qué pasó ayer, y antes de ayer, que lo que le prometí puedo cumplirlo, que nuestra vida ahí fuera no tiene por qué ser una anormalidad... Solo quedan unos metros para alcanzarla, pero cuando la miro está gritando con las manos abocinadas algo que no logro escuchar, ¿qué ha dicho? ¿Qué has dicho?, le pregunto.

¡Tu hija está viva!

Eso, o algo como eso, es lo que he creído entender, que India está viva, claro que está viva, por qué me lo ha dicho, qué quieres decir, sobre qué tratas de advertirme. Mi hija está viva y la tuya no. Truena. En la segunda planta los fraileros de las ventanas golpean las fachadas. Es como si el cielo fuera una cantera de inmensas rocas de basalto. Me levanto y agito los brazos ante el conductor para que la vea. Gesticulo. Puedo ver a ese tipo sentado al volante, resuelto y determinado para arrollar a su objetivo. Las gotas se han convertido en pequeños pedazos de hielo que se incrustan en el lodo y se hunden en él lentamente. Algo ocurre. El

conductor me ha visto. Sé que me ha visto y que sabe por qué señalo hacia la parte oscura del parque. Da un volantazo y la camioneta se desvía de su trayectoria levantando una cresta de agua. En vez de frenar, acelera y no tardo en comprender que ahora soy yo su objetivo. Todo eso ocurre en una fracción de segundo, quizá en menos. Van a matarte. Eso dijo Elsa a mediodía, no eres el primero, tampoco serás el último. Un nuevo relámpago de luz. Al soplar, el viento crispa la superficie del lodo arrancando pequeñas gotas de agua gélida. La cubierta de la estación se doblega hacia arriba. Estoy tan cerca de Eva que puedo ver la alianza en su dedo. Miro su rostro, pero ya no es el rostro de Eva, ni su boca, ni sus ojos, es Monica la que me mira, ¿puede reconocerla?, ¿a quién?, a su mujer, ¿dónde estoy?, está usted, dice una voz, en el depósito, tiene que identificarla, será solo un segundo, ¿un segundo?, ¿puede reconocerla?, ¿sí o no? Su cabeza está abierta como una sandía sobre la bandeja de aluminio y huele a compuestos químicos y amoniaco, por el borde de la ventana suben cientos de caracoles escurriéndose mientras al otro lado un cordero se contrae cuando el voltaje lo atraviesa, los ojos blancos y el vestido negro, prométeme que jamás volverás a permitir que me lleven, el cajón de la mesilla abierto, el domingo en que regresamos del sanatorio por la nacional, la sucesión de polígonos industriales, mi mano sobre el muslo, su mano sobre la mía, el silencio atronador y la estúpida sonrisa de ella observando por la ventanilla, las lentejas escurriendo por el alicatado, ¿estabas allí?, ¿verdad?, ¿estabas con tu madre? India tenía doce o trece años, no sé, luego ya con veinte, en esa misma casa, retiraba uno a uno los vestidos y los abrigos de su madre, todo metido en inmensas bolsas de basura, el vaho en el espejo y el vientre de una mujer y las manos de Nicole por mi cuello, no puedo ser ella, jamás seré ella, su rostro sereno solapándose ahora con el rostro inexpresivo de Eva cuando da dos pasos hacia delante y se lanza contra el radiador de la camioneta. El conductor pierde la dirección y la pickup gira unos grados, los suficientes para no impactarme. Pasa tan cerca de mí que siento el calor del metal en el rostro antes de que la ola que ha levantado el guardabarros me caiga encima.

Cuando me levanto, veo que Eva se revuelve bajo el agua, enganchada en la dirección hasta quedar bocabajo, inmóvil, sumergida en el lodo. La camioneta se detiene. Se apea el mismo conductor de ayer que pronuncia la misma maldición, o una parecida, que da vueltas desesperado alrededor y me dice: no pude hacer nada, usted lo ha visto.

¡Venía a por mí!

¿Cómo?

¿Se cree que soy estúpido? Quería matarme.

¿Está loco?

Ella..., fue ella la que me salvó.

No tuve tiempo de frenar. La lluvia..., ¿qué está diciendo? Tranquilo, amigo, tranquilo. ¿Qué va a hacer? Eso no arreglará las cosas...

Sé que Chloé tenía razón cuando insinuó que no dudarían en matarme, que no saliera de la habitación, estoy convencido de que todo ha sido una nueva pantomima. Mi comportamiento, una vez más, ha sido previsible y ahora sé que nunca nos van a permitir salir de aquí.

¿Me escucháis?

¿A quién le grita?

¿Me oís?

No hay nadie ahí arriba.

Esto no es una comedia, no es una película, no es un maldito canal de YouTube. Esto es real. Soy humano y nadie va a hacerme dudar de eso. ¡No tenéis derecho! No podéis jugar así con ella. No podéis matarla cada día...

¡Amigo! Le digo que lo siento.

¡Cállate!

De repente Eva se mueve. Me arrodillo y trato de darle la vuelta, pero su brazo está atrapado bajo la rueda. La pongo sobre mi regazo y la acuno como haría una madre con su hijo. Sin duda ha sido la corriente que bajaba hacia la arquería del puente la que ha zarandeado su cuerpo. De no haber sido por ella ahora estaría muerto. No son imaginaciones mías. ¡Me ha salvado la vida! Pero por qué. Tu hija está viva. Por qué ha dicho eso antes de arrojarse

a la calle. Aquella noche le había confesado que mi hija se llamaba India, que podía entender su dolor e imaginar su pérdida. Quizá había sido capaz de procesar la situación en décimas de segundo, de valorar los pros y los contras antes de actuar, quizá sabía que, si ella era la neutralizada, volverían a repararla para fingir su muerte mañana, y pasado mañana, y así siempre, quizá había deducido que poco podía hacer ya por su hija de doce años, enterrada, pero sí por la mía, que seguía viva y con toda probabilidad me necesitaba. Tu hija está viva, había dicho. Y sin embargo esa decisión de inmolarse sacrificándose por mí la colocaba en el umbral de lo humano, de la singularidad, cuando no iba mucho más allá. Sí, Eva había evitado mi muerte porque era consciente de que, de los dos, yo tenía que vivir, es decir, que si esa noche estaba en el parque no era porque le tocara morir de nuevo, sino para anticiparse a mi destino y evitar su fatal desenlace. Anteponer su vida a cambio de la mía como hicieron los mártires. De hecho, mil veces había pensado que Monica se había suicidado, no por llamar mi atención, ni buscando ningún tipo de castigo o justicia, sino para obligarme a detener el tiempo y volver a ser el que fui en el pasado, ese pianista del que se enamoró, el que no tenía miedo de fracasar y convertir la música en su infierno particular.

A mi espalda siguen murmurando los camilleros. No pienso dejar que se la lleven, esta vez no, no me iré hasta que la corporación detenga esta locura. Las luces de la ambulancia centellean sobre su rostro mientras esos dos tipos aguardan para llevársela. Cada poco escucho la voz del conductor. Si vuelve a decir que fui yo el que se cruzó en su camino y que por culpa de la lluvia no pudo ver cómo se le echaba encima, creo que le mataré. El borde del camisón de Eva ondula bajo el agua como una colonia de algas en medio del lodo gris. No siento dolor, ni agradecimiento, no siento nada, solo aferro su cuerpo con los brazos como si fuera un lastre que pudiera detener de una vez por todas esta fatalidad cíclica y tozuda.

Entendemos su dolor, dice uno de los camilleros tocando mi hombro, pero...

¡No se la van a llevar!, le grito, ¡aléjense!

Ya no se puede hacer nada. Está muerta.

No nos obligue.

¡No me toquen!

Por favor, échese a un lado.

He dicho que se queda aquí conmigo.

No nos lo ponga más difícil.

Alrededor se ha formado un grupo de simulacros que me observa con los ojos brillantes, como si me compadecieran y juzgaran que es mi pesar lo que nubla mi entendimiento. Para ellos es casi una escena romántica. De repente, uno de los postes de luz cae al agua y la manguera eléctrica sisea como una víbora que traza en el aire un arco de chispas. Todos observan el espectáculo con los ojos muy abiertos, asustados, advirtiendo lo cerca que hemos estado esta vez.

Venga, levántese, es peligroso quedarse aquí.

¡Le digo que no!

Calle arriba, la riada ha arrancado un grueso castaño cuya mitad sigue en pie. Dos operarios con impermeables de color calabaza cortan en trozos la parte caída para evitar que llegue intacto a la arcada del puente medieval.

¿Se puede saber qué diablos está haciendo?

Ahora es Chloé la que habla. Veo su rostro como nimbado por una diadema de luz.

¿No le dije que no saliera?

¿No ha visto lo que han hecho?

Chloé se agacha y murmura a mi oído para que los demás no puedan escucharla.

Por supuesto, todo, desde mi cuarto.

¡Han intentado matarme! Esos bastardos..., y ella, ella se ha tirado encima y...

No les dé motivos. Wil dice...

Llámele, llame y dígale que quiero hablar con él...

¡No sea idiota! Si se queda aquí le matarán.

Chloé me ayuda a levantarme y Eva queda flotando con el rostro contra los neumáticos de la camioneta. Detrás de los colonos

que nos observan, veo el destello de la sirena y a Simon y su ayudante que acaban de llegar y preguntan a los testigos. Inmediatamente vienen hacia mí, pero Chloé les corta el paso.

Usted otra vez, ¡por qué será que no me extraña!

¡No sea cínico!

Le dije que se mantuviera alejado de los problemas.

Mira, Adolf, le dice Simon al conductor, este es el tipo del que te hablé.

¿El que robó mi camioneta?

¿Se cree que soy estúpido?, le pregunto, ¿se cree que no me he dado cuenta de que cada mañana esos hombres esconden la llave en el guardabarros y se aseguran de que yo los vea?

Así que estaba con la muerta el miércoles...

Eso le convierte en sospechoso. ¿No es así, Simon?

Supongo.

Dábamos un paseo, les digo, solo dábamos un paseo.

Daban un paseo y se saltaron un control policial y veinticuatro horas después ella está muerta. ¿En serio? ¿Quiere que nos lo creamos? No se lo tome a mal, amigo, pero en la ciencia policial no existen las coincidencias.

¿Qué quiere decir?

¿Usted qué cree que quiero decir?

Por favor, escucho que susurra Chloé, ¿no se da cuenta de lo que pretenden?

¡Voy a partirle la cara!

Adelante. Una muerta y resistencia a la autoridad..., la cosa se pone interesante.

¡Pero si la atropelló él!

Adolf dice que usted podría haberla empujado.

Llovía, responde el conductor, pero es posible. Estaba muy cerca de ella.

Es mentira.

En realidad, es su palabra contra la suya.

¿No lo ve?, dice Chloé susurrando, quieren precisamente eso.

¿Eso?

Buscan una excusa.

A ver, dice Simon sacando una pequeña libreta, cuénteme qué ha sucedido aquí.

¿Me toma el pelo? ¿De verdad cree que he tenido algo que ver? ¡Él vino a por mí!, digo señalando al conductor, pudo frenar, pero no lo hizo. ¿Verdad que sí, Chloé? Tú estabas arriba, lo viste...

La asistente de Keitel está tensa. Diga lo que diga, todos han decidido que soy el culpable de lo que ha sucedido y que mi versión de los hechos es solo un trámite sin importancia. Por un momento pienso que Chloé respaldará mi versión, que les contará lo que ha visto desde la ventana del hotel, pero mira a Simon y añade:

Venga, ¿no ves que está trastornado? Incluso tiene algo de fiebre... ha estado bajo la lluvia más de una hora... Vamos a estar en el hotel, está diluviando... ¿No podrías dejar tu interrogatorio para mañana?

Eva no está muerta, sabes que no está muerta, que mañana volverá...

¿Volverá?

Resucitará. Ellos la resucitarán.

¿Quiénes son ellos?

Venga, Simon. Cualquier abogado invalidará lo que te diga un testigo en este estado.

Está bien, Chloé, pero no salgáis del pueblo, ¿entendido? Hasta que esto no se aclare no salgáis...

Camine, me dice Chloé, ¡y cierre el pico!

El señor Strübel nos saluda con una sonrisa autosuficiente cuando pasamos por delante del mostrador de la recepción. Es como si lo que acaba de suceder ahí fuera confirmara sus sospechas, ni Chloé ni yo somos de fiar, los extraños siempre acaban acarreando problemas. En el ascensor, Chloé me pide por gestos que permanezca en silencio. Antes de llegar a la 361 siento debilidad en las piernas y una leve febrícula y tengo que apoyarme en el hombro de Chloé.

Qué le pasa ahora.

No me encuentro bien.

¡Cámbiese!, dice cerrando la puerta de la habitación, va a pillar una pulmonía.

Desaparece y regresa a los pocos segundos con uno de esos termómetros de mercurio que prohibirán en unos años.

¿Ahora es enfermera?

¡Cállese!

¿Van a reprogramarlos?

¿A qué se refiere?

A ellos. ¿Van a resetearlos?

Me mete el termómetro en la boca para que me calle de una vez, luego va hasta la ventana y echa las cortinas. Cuando termina de inspeccionar la habitación se sienta en el borde de la cama y se descalza.

Le he dejado un mensaje... a Wil... Debe estar preparado, saldremos por la mañana...

No parece muy segura.

No lo estoy.

¿No irá su jefe a dejarnos en manos de unas máquinas enfurecidas?

Le dije que no saliera del cuarto. *Ella* era uno de ellos. ¿No entiende?

No, no entiendo.

¡El señuelo era usted!

¿Señuelo?

Van a matarle, ¿no lo entiende? Y seguramente a mí con usted.

¡Pero me ha salvado la vida! Usted lo ha visto. Eva se echó encima del coche..., evitó que...

Eso no es posible.

Se anticipó, actuó por voluntad propia. Usted estaba aquí arriba, llovía, no pudo verlo bien, pero yo estaba ahí abajo, a dos o tres metros de ella y sé lo que vi.

¿Por qué habría de sacrificarse por usted?

¿Eso no debería responderlo la corporación?

Pero eso significaría...

... que han cruzado el límite.

... o que se encariñó de usted.

¿De mí?

¿No se da cuenta? Mire, seré franca, voy a darle un último consejo. Hoy es jueves, viernes en realidad, dice mirando su reloj. Nos evacuarán mañana o en cuarenta y ocho horas como máximo... Siga mi consejo, no salga de esta habitación y métase en la cama, cuídese ese resfriado..., y el lunes estará de nuevo en Madrid, sin preocuparse por su jubilación o por su hija o...

¡Quiero saber qué está pasando!

Solo sé que va más rápido.

¿Más rápido?

El deterioro. Para que me entienda, el sistema se ha vuelto inestable... ha entrado en un punto irrevocable, ¿entiende? A partir de ahora su comportamiento es... bueno, impredecible...

¿Bromea? Desconéctenlos.

Ya le dije que eso es imposible.

Así que desde el principio sabían qué les sucedió a esas niñas.

Sabíamos lo que pasó, no por qué paso. Esperábamos que usted nos diera la razón para poder prevenirlo...

Chloé toma el termómetro de mi boca y lo mira al trasluz.

Métase en la cama, dice, le traeré una taza de vino caliente.

¿Sabe lo que yo creo?

¡Estoy agotada!

Creo que lo que ha hecho enfermar a Annie Härtmann también está en ellos, en distintos grados, pero está... Lo vi en dos de los asistentes al seminario, en varios de ellos esta tarde... Lo ha comprobado usted misma hace solo unos segundos. Eva no es como los demás, es diferente... Si hubiera conocido a mi mujer sabría de qué le hablo. Todo sistema, incluso todo proceso de pensamiento, llega tarde o temprano a una situación de autorreferencia...

¿Qué tiene que ver eso con las niñas?

No somos hombres en la medida en que somos capaces de responder a preguntas, sino, sobre todo, de convivir con la falta de respuestas.

Ahora sí que me he perdido.

Hace unos días, usted misma dudaba de si era humana, ¿recuerda?

Estaba desnuda, usted entró de repente.

¿Qué ha hecho con esa pregunta? ¿La ha respondido? Se lo diré yo. La ha encerrado en una preciosa cajita y se ha olvidado de ella. Eso es lo que hacemos los hombres desde hace siglos. Somos capaces de postergar la respuesta y mirar a otra parte. Eso es lo que nos hace humanos, la posibilidad de sobrevivir sin saber adónde vamos o de dónde venimos, cuál es el sentido último de todo. Pero ¿qué hace una máquina?

¿Quiere decir que...?

Sus colonos son incompatibles con la vida porque no pueden tolerar la duda ni convivir con ella. Para ellos el mundo es un lugar profundamente lógico. Es como tratar de resolver un problema matemático en el que los datos de partida son una nueva incógnita que, a su vez, parte de datos que hay que calcular..., y así infinitamente. ¿Me entiende? Sin resolver el nivel más profundo, es imposible resolver el más esencial.

¿El nivel más profundo?

El yo.

¿Puede ser más explícito?

¿Tiene alguna sobrina pequeña? Uno de esos niños que cuando no entienden algo preguntan por qué, y que a su respuesta, que tampoco entienden, preguntan de nuevo por qué, y así hasta llegar al origen... Es decir, al final de esa cadena siempre está la esencia de lo que somos, las preguntas básicas, lo que esas niñas se preguntaban solo unas horas antes de su muerte...

Pero cómo es posible que todo eso ocurra en siete días.

Usted y yo vivimos décadas con las mismas dudas, años quizá, toda la vida... Pero para ellos una decisión es cuestión de segundos, incluso de décimas de segundo...

Vale, lo he entendido, pero todos tienen un algoritmo que les permite dudar...

No solo se trata de dudar, sino de crear barreras contra la duda... ¿Sabe lo que es el *null?*

¿Null?

Es un no-número. En las redes neuronales es un valor que no es cierto ni falso, una indeterminación, pero sin embargo necesario para que exista el uno y el cero.

Solo es una convención matemática.

Es mucho más. Digamos que la exposición a esa sonata de Tartini fue lo que los antropólogos llamamos el desencadenante evolutivo. El momento en el que, por ejemplo, el primer hombre entendió que estaba mal matar a un semejante y dejó de matar, o que debía amar para ser feliz y empezó a amar...

Quiere decir que ellos...

Son sistemas vacíos orbitando alrededor de...

... la pregunta esencial, sí, eso ya lo ha dicho.

Y necesitan una respuesta.

¿Y si no la logran?

Esa pregunta no es procedente hablando de una máquina, ¿no cree?

50

Quinto día

... hay un instante en el que la fiebre cede y la sucesión de imágenes se detiene. Sin estar despierto del todo escucho en el baño a alguien que arrastra un pesado saco y, al elevarme sobre la almohada, observo una forma escamosa y resbaladiza escabulléndose entre la luz ambarina. Cuando me levanto soy consciente de que sigo en la cama, febril, aunque puedo sentir el suelo helado en la planta de los pies. Ras, ras, parece el gorgoteo de una cañería. Me acerco despacio y a través de la hoja entornada de la puerta veo la bañera llena de un líquido blancuzco. Es una de esas viejas bañeras de hierro esmaltado con las patas en forma de garra. En su interior hay una mujer dormida. ¿Quién eres? ¿Qué haces aquí? No es Eva, ni Monica, es más bien alguien que se parece mucho a Nicole. ¿Qué haces en mi sueño? ¿Por qué has abandonado tu peluquería en el centro de Madrid para meterte en esa bañera? Sus bragas de algodón crudo descansan en el borde y su piel cobriza contrasta con el líquido blanco que la rodea. ¿Qué es? ¿Leche? ¿Ahora te bañas en leche? Su rodilla, ligeramente doblada, sobresale del líquido como la grupa de un pequeño dinosaurio y sus pechos flotan mecidos por una levísima oscilación. ¿Qué haces aquí?, vuelvo a preguntarle, y ella abre los ojos y me mira con esa insolencia reincidente como invitándome a bañarme con ella.

Pasa, dice, estoy aquí.

Sus labios no se mueven, pero he escuchado perfectamente esas palabras.

¿Todavía no has entendido quién soy?, pregunta.

Eres Nicole.

Eso crees. Pero estoy aquí para ayudarte. Tarde o temprano vas a desistir de todo y yo soy tu salida.

¿De qué diablos estás hablando?

¿Recuerdas?

¿Qué he de recordar?

¿Recuerdas que me prometiste que me llevarías a cenar a ese restaurante indio?

No era indio, era un griego.

¿Sabes por qué te dije que no? Porque no soy ella, mírame, no apartes la vista, cuando dejes de mirarme como a Monica, aceptaré.

¿Aceptarás?

¿Eres idiota?

¿De qué hablas?

Sabes de qué hablo.

Sospecho que podríamos estar así durante horas entendiendo solo a medias lo que el otro quiere decir, es el imperativo de los sueños, el límite de la alegoría y su indefinición, pero entonces, de repente, ocurre algo. En la superficie del líquido comienza un leve burbujeo, al principio algo inapreciable, pero después se convierte en un hervor del que ella hace caso omiso. Alrededor de su brazo se desliza una sombra negra, una serpiente o anguila que se hunde en las inmediaciones de su axila.

¿Has visto eso?

¿El qué?

Hay algo ahí dentro... en tu bañera.

Otra anguila, o quizá la misma, repta por su muslo hasta la corva y desde allí se desliza por el vientre hasta alcanzar el valle de sus pechos. Allí se detiene un segundo y luego, atravesando su rostro, rebasa la comisura de sus labios. En ese momento, docenas de ellas chapotean en una efervescencia de dorsales ciegas. A los carroñeros los enloquece el olor de la muerte. Trato de acercarme a Nicole para ayudarla a salir, pero un ejemplar adulto, del grosor de un brazo, se arquea sobre su columna y se lanza contra el borde de la bañera dejando una mucosa amarillenta que resbala por el esmalte. Debe de haber cientos de ellas debajo de su cuerpo. Una

alcanza su axila. Otra el torso a la altura del esternón. Con la cabeza asaeteada golpea el pecho de Nicole con tal fuerza que queda incrustada en la acanaladura. Nicole parpadea. La cola viscosa de otro animal se agita en la base de su cuello. Al llegar al líquido, esa anguila se desliza dejando tras de sí una espuma roja que tarda un segundo en crear un vórtice y desaparecer. En su cuello ha quedado un círculo abocardado y casi perfecto que permite ver, en la base de su cuello, el movimiento de una varilla de grafito y los rodamientos que la mueven. Al tragar, pero también al intentar decir algo, esas varillas ascienden arqueándose levemente. Pronto las alimañas se lanzan por docenas contra el cuerpo de Nicole creando multitud de orificios, uno en las costillas, otro por la mandíbula... En un minuto las anguilas la devoran y solo dejan de ella un mecanismo pulido y brillante, una musculatura compuesta de millones de pequeños cabezales de níquel y cinc, su brazo es solo una biela compuesta de cinco falanges de estaño. Cuando el nivel del líquido comienza a descender, escucho el silbido atronador del desagüe...

... y despierto porque Chloé acaba de abrir un grifo en la habitación contigua. Habla con alguien. La impresión es la de que su interlocutor la contradice y esto provoca un enfado mayor. En todo caso, no entiendo sus palabras. Después de un rato cuelga y es entonces cuando entra en la ducha...

El viento silba al otro lado de...

El ronquido de millones de gotas de agua tamborilea...

... y la luz de la iglesia del Buen Pastor se...

Escucho los golpes secos de la cuadrilla que construye el dique con sus mazos...

La crecida arrastra la ladera con un quejido sordo...

Huele a sudor.

A lecho marino.

A aceite hidráulico.

¿Y si es cierto?, me digo, ¿y si como pensé en el Museo del Embalaje estoy muerto y siempre lo he estado? ¿Y si aquel atentado al que sobreviví fue el instante de mi muerte? ¿El segundo en que me desdoblé en esta otra cosa? ¿Y si todo lo que ha

pasado —el contrato, los abogados, mi encuentro con el hombre más rico del mundo, Eva, todo lo demás— nunca aconteció? Y si soy la ilusión de un demiurgo, o lo que es peor, de un programador inicuo e irresponsable, de W., de Wil, de Wilhelm, de Wagner, de Von Welinguert, de todos esos diseñadores inteligentes. De repente todo tiene sentido, el día en que llegué al aeropuerto de Ámsterdam, la conferencia, mi pérdida en las calles del Bijlmermeer, el encuentro con aquella mujer en la ventana de un bloque de viviendas sociales, Monica, la habitación del Waldorf Astoria, la botella numerada que Chloé había comprado, las trufas alucinógenas, la necesidad de olvidar a mi mujer, el nuevo modelo de iGlass... Quizá sigo tumbado en aquella cama con las gafas puestas, consciente o semiconsciente, atrapado en esa jaula vectorial diseñada por la corporación para mí, ¿sabe lo que significaría para todos esos moribundos revivir los instantes más felices de su vida?, una y otra vez, ¿tener una segunda oportunidad? Quizá aquellas son estas sábanas, quizá esta habitación es aquella, una suma de texturas construida a partir de la intersección de billones de polígonos vibrando a cada milisegundo. Solo es la fiebre, la fiebre lo convierte todo en una gran mentira, un diluvio, un Dios colérico, qué más, siete días, una semana para la creación, un idiota jugando a ser un niño que erige una Babel imposible que se desmorona una y otra vez. Cuanto más se aproxima a la perfección, más rápido se descompone esta. Un universo lleno de inocentes que mueren perplejos sin respuestas y cuya supervivencia estriba en no hacerse demasiadas preguntas, un universo brutal y primitivo compuesto de ritos y acciones, de rutinas ancestrales y tramposos orquestando a su partida de lacayos. No hay voluntad, no hay libertad, esencialmente nada es verdadero y el mundo solo es pura representación.

Nada es en sí mismo.

Una luz oblicua entra por la ventana.

¿Cómo es posible?

Aún no son las cinco.

Tañen las campanas.

Una.

Dos.

Tres.

Me arrastro hasta la ventana.

Necesito ver a Immanuel Schulz saliendo del callejón desorientado, a esos dos militares aparcando su camioneta de color tabaco frente al hotel, al muchacho que vende periódicos en la estación, a Elsa Gehlker subiendo la escalera y dejando escapar su pamela justo en el instante en que la brisa lo hace rodar entre sus piernas, a Yos Strübel detrás del mostrador ajustándose los quevedos para revisar los turnos del comedor…

A Kathrin observándose de perfil en el espejo enterizo, tensando su cuerpo gracias al corsé de varillas, calzándose los tacones.

Al reverendo disponiendo las obleas en el sagrario, abriendo los vitrales de la parte baja.

A Annie despertando tras una noche plagada de imágenes horrendas, al doctor untando las ventosas con gelatina y a Ursula observando la tienda de campaña que aún ondea en el jardín.

A Eva Verèke en su cocina, con la taza de café, escuchando el rumor de los insectos y viendo a su hija muerta reptando por el jardín con las pantorrillas manchadas de barro.

A India en su pequeña casita en Camberwell.

A Lo dándole un beso en el cuello.

A Nicole levantando incansable cada mañana el cierre de su peluquería.

El mundo como un belén perfecto accionado al ritmo de un inmenso reloj incansable.

… está ardiendo, oigo que dice…

Hay que…

Dios mío.

… no hay estigmas ni cicatrices.

¿Y las cicatrices?, musito.

¿Qué cicatrices?

En tus muñecas.

¿En mis muñecas?
No hay cicatrices.
¿Qué quieres decir?
Me temo que lo sabrás muy pronto.
... hay que sacarlo de aquí, como sea... no durará demasiado.

51

¿Cuántas horas he dormido? Son las once y media y escucho por la ventana un estruendo que se aproxima. Alguien ha cambiado las sábanas porque estas huelen a suavizante. La tormenta ha dejado paso a una luz nítida e irreal. Desde la ventana observo una comitiva que se acerca desde el parque congregacional de San Bartolomé. Más que un desfile religioso, las banderolas remiten a una manifestación de aire carnavalesco. Al frente, media docena de chicos disfrazados de polichinela golpean enfurecidos sus tambores. A su lado, las niñas llevan el rostro empolvado y agitan carracas de hueso y madera troquelada. Cada poco lanzan cadenetas de serpentinas contra los remolques que vienen justo detrás. Otros muchos van sobre las plataformas. En una de ellas, desnudo de cintura para arriba, viaja el director del hotel. Yos no parece en absoluto el tipo enfático y serio de la recepción, sino un viejo liberal y decadente. Una niña está arrodillada practicándole una felación. Un fauno salta de una plataforma a otra y cuando ve alguna ventana abierta dispara hacia allí cohetes pirotécnicos. En el interior se escuchan detonaciones, gritos, el fuego que comienza a prender las cortinas. Dicen algo, todos a la vez, todos con la misma cadencia. Alabado seas, ruega por nosotros. El fauno ha bajado de la plataforma y me observa desde el otro lado de la marquesina. Es Lars, o parece Lars, el propietario de las granjas de corderos. Nadie lo diría porque las pezuñas y el rabo, incluso los cuernos, parecen prolongaciones naturales de él, como si Lars fuera el disfraz del demonio y no al contrario. Detrás de la caravana, viene el reverendo. Se ha enfundado un ceñido pantalón de lentejuelas. No escapo a la coincidencia de que también el día de la muerte de las niñas se celebraba la última noche del año, una festividad pagana que en el valle llaman el Weltuntergang, pero

que en otras culturas marcaba el advenimiento del fin del mundo. Annie Härtmann había aprovechado los fuegos artificiales para sofocar el ruido de las detonaciones. Detrás de la comitiva, al principio del parque, emerge la réplica del Arca de la Alianza que los colonos llevan meses construyendo. La quilla, de la que tiran una veintena de hombres y mujeres, se desliza imponente sobre rodillos. Ellas llevan el pecho descubierto y la piel atirantada por las cinchas de cuero; ellos se doblegan tanto que su espalda parece a punto de quebrarse. Annie Härtmann no lleva cadena, ni grilletes, parece más bien una diosa de la fecundidad con esa corona de flores y ese vestido talar de gasa blanca. Sonríe asomada a la barandilla. Los Gehlker al completo viajan detrás de un grupo de cazadores que disparan aleatoriamente al aire.

Y justo detrás Schulz.

Immanuel Schulz.

Él.

Lleva los brazos atados a un madero.

A una te.

No exactamente una cruz, sino una cruz en la que el aspa superior es de apenas de unos centímetros.

El torso desnudo.

Los músculos como tiras de cáñamo.

Los niños le lanzan piedras.

Las mujeres le insultan.

Eva le grita como si de ese rencor dependiera su vida.

El carnaval se dirige hacia el Puente Viejo.

Schulz camina cabizbajo.

Al pasar bajo la ventana del hotel eleva el rostro. ¿Por qué me has desamparado?, parece decirme. La corporación no va a permitir que la representación siga adelante, nos sacarán, *le* sacarán de aquí, apagarán las máquinas y lo mandarán todo al diablo. Egbert camina al lado de Schulz, y al verme, a pesar de que he dado un paso atrás, se dirige hacia la puerta del hotel.

Chloé está detrás de mí.

¿Qué diablos está pasando ahí abajo?

Nos ha dado un buen susto.

¿Me va a contar qué pasa?

Nos marcharnos.

¿Adónde llevan a ese hombre?

¡Coja sus cosas!

Porque Schulz es un hombre, ¿verdad? ¿Es un hombre?

No me quedaré para verlo.

¿No es este el último capítulo de su experimento?

Aún tenemos un par de minutos.

¿Antes de qué?

Chloé se acerca a la ventana y mira afuera. Mierda, dice. Más allá, el reverendo Barfus habla con Adolf y Egbert señala hacia la ventana.

Ya están aquí.

Vámonos.

Estoy en pijama.

No está en pijama.

¿Qué quiere decir?

Mire.

Efectivamente, en el reflejo cristal veo que llevo la misma ropa que ayer, solo que impoluta y recién planchada.

¿Cómo es posible? ¿Cómo lo ha hecho? Hace solo un segundo…

Luego escuchamos un grito abajo, un golpe y varias personas entran en estampida en la recepción. No tardamos en escuchar sus pisadas subiendo por el hueco de la escalera.

¡Por aquí! Sígame.

52

Chloé bloquea la puerta de su habitación apoyando contra el pomo el respaldo de una silla. Las hojas del armario están abiertas y la ropa revuelta en los cajones, nada que ver con el orden pulcro de dos días atrás. Sobre la cama hay una carpeta amarilla. El viejo Macintosh que encontré escondido en la cómoda el martes pasado está en la mesa. Parece que Chloé ha estado tratando de comunicarse con el exterior. La habitación da a la esquina de la calle y frente a la ventana pasa el mástil del arca y parte de la arboladura. Los rodillos giran pesadamente con un rechinar de caucho entre los gritos de la multitud.

¿Iba a marcharse sin mí?

No hay tiempo, haga lo que le digo.

Usted dirá.

¡Debe llamar al exterior!

¿Al exterior?

Ya lo hizo, ¿no? Ya utilizó el ordenador…

Pero ese cacharro va a seiscientos baudios…

Cuando logre comunicarse, pida que activen el Éxodo. ¿Lo recordará?

Éxodo, claro. Y usted.

Alguien tendrá que distraerles.

Luego me entrega un papel en el que está escrita la secuencia de ocho caracteres que conozco de memoria.

¿Qué va a hacer?

Ya se lo he dicho. Distraerles.

¿No será otra de sus tretas?

¿Qué quiere decir?

Un capítulo final, un clímax, qué sé yo…

¿Aún no se ha dado cuenta?

De qué.

De que usted y yo ya no formamos parte del juego, *somos* el juego...

No entiendo.

No van a hacer nada, ¿entiende ahora? Llevo dos días tratando de comunicar con Wil..., con la corporación.

¿Nos han abandonado?

En absoluto, nos necesitan. Formamos parte del plan.

¿Qué plan?

Su plan, dice mirando al falso techo.

¿Está de broma?

Si hubieran querido contactar, ya lo habrían hecho.

Usted lo sabía...

Nunca habíamos llegado tan lejos.

¿Tan lejos?

El reverendo y sus hombres acaban de irrumpir en la habitación de al lado.

Escóndase. Trate de contactar y luego escape y use el balcón. Hay una bajante fijada a la pared y es firme. Suba al tejado...

¿Cree que soy un gorila?

¿Se acuerda de aquella chica al final de la conferencia?

¿Qué chica?

¿Recuerda lo que le dijo?

De repente, en la habitación de al lado se hace el silencio. Saben que estamos aquí.

Ella le preguntó quién había matado a las niñas y usted dijo que la solución no estaba en la respuesta, sino en el modo de formular la pregunta.

No dije nada de eso.

Si no volvemos a vernos, ha sido un placer.

Sin darme opción, Chloé sale y cierra la puerta. Escucho que alguien le da el alto y ella desoye su orden y una detonación precede al silencio. El ordenador tarda una eternidad en comprobar los 128 kB de RAM.

¡Abra!, dicen tras la puerta.

Mierda.

Sé que Chloé no puede estar muerta, que su asesinato es solo otra simulación y que todo está siendo escrupulosamente monitorizado para retransmitirlo a la audiencia. Simplemente ahora estamos en una de esas películas de terror. No se arriesgarían a algo así. Y sin embargo sé que solo trato de convencerme para mantener la calma.

Abra, repite la voz.

¿La han matado?, les pregunto.

No se preocupe por ella, dice Simon, estaba muerta antes de que todo comenzara. Abra la puerta. No nos obligue. Tenemos que hablar con usted.

¿Conmigo?

Tendría que aprovechar y largarme por el tejado, aún estoy a tiempo, pero justo en ese momento aparecen los caracteres intermitentes de color flúor de la línea de comandos. Introduzco el código que Chloé me ha dado y aparece:

C:\Prometheus > cd desktop > _

Éxodo, escribo.

Establishing network connection... Authenticating connection... Failed attempt (1/3 left)

Protocolo Éxodo.

Establishing network connection... Authenticating connection... Failed attempt (2/3 left)

Activación sin permisos.

Asistente.

C:\Prometheus > cd desktop > _

Comando desconocido.

Comando desconocido.

...

Qué es lo que se supone que tengo que hacer ahora. ¿Marcar un teléfono?, ¿cuál? En los ochenta no existía la red de telefonía móvil, todo era analógico y funcionaba de otra manera. El único teléfono que recuerdo es el de nuestra casa de Madrid que Monica se empeñó en conservar. Así que es eso, así que esperan que cierre el círculo. Tecleo el número con el prefijo internacional. Espero cuatro tonos y de repente salta el contestador y la voz de Monica:

Ahora no estoy en casa, dice, pero mi contestador automático sí, así que habla con él...

Vuelvo a teclear.

Mierda.

Marcado telefónico en curso.

Alguien tironea de la puerta con brusquedad.

¡Abra!

Corderito, corderito.

Beeeeeeee.

Corderito ven aquí.

Le vamos a hacer lo mismo que a su amiguita.

¿Quiere ver lo que le hemos hecho? Abra y verá...

Beeeeeeee.

¿Hay alguien ahí...?

Pregunto.

¿Me escuchas?

Muy mal, pero sí, le escucho.

Mi propia voz suena al otro lado ligeramente nasalizada.

Esto no es ninguna broma. Repito: no es ninguna broma. No hay tiempo para explicaciones: soy tú.

Vale, no es una broma. Usted es yo.

De repente Chloé da un alarido en el pasillo.

¿Qué sucede ahí?

¡Abra!, dice Simon.

Corderito, corderito, ¿estás ahí?

¿Me pregunta a mí?

Anota esto.

¿El qué?

Te voy a dar unos números. Guárdalos. Son importantes. Y no los olvides. No los pierdas. Llévalos siempre encima...

Corderito, corderito.

¿Es una broma?, ¿para qué sirven?

Para entrar y salir.

¿De dónde?

De aquí, escúchame. Calla. No vengas, ¿lo oyes? ¡Es una trampa! La colonia, todo esto, todo es un engaño... Por nada del

mundo..., no dejes que te convenza... Avisa a... dile que estamos atrapados...

Beee, beeeee.

¿A quién tengo que avisar? ¿De qué?

¿Tienes lápiz y papel?

Corderito, mira lo que hemos traído.

No he acabado de dictarle los números cuando la puerta cede y el diablo aparece en el umbral.

¡Joder!

Joder qué.

Ha logrado llamar.

Sin mediar palabra, el reverendo apunta con su escopeta al terminal y dispara. Las teclas saltan por todas partes en mitad de un estallido ensordecedor. El ayudante de Simon lleva algo sanguinolento entre las manos, un trozo de..., ¡es un brazo!, un brazo humano del que cuelgan jirones de carne y parte del hueso astillado del antebrazo en el que aún puede distinguirse el tatuaje de los cuatro colibríes remontando el vuelo.

53

Sexto día

El aire baja de la montaña cargado de una inminente tristeza gris. Desde la habitación del hotel se ven las partes bajas de la colonia sumergidas en un barrizal de escombros y légamo. Del puente apenas queda un pedazo de arcada y un contrafuerte que aguanta en mitad de la riada. No he dormido en toda la noche. Esperaba despertar y que todo fuera una pesadilla, un nuevo capítulo de este serial televisivo. Imaginaba a Chloé entrando en la habitación, vanagloriándose de su función de anoche, de las audiencias y de mi absurda previsibilidad, pero cada vez que abría los ojos y miraba hacia los pies de la cama, veía a ese cornudo con el cuerpo cubierto de vello, los ojos ictéricos y fijos en mí, sin parpadear, la escopeta cruzada de lado a lado sobre las piernas. Era tal su inmovilidad que pensé que estaba dormido o hibernando e intenté levantarme para ver si reaccionaba. No había tocado el suelo cuando escuché su voz: adónde vas, corderito. Es una urgencia, respondí, ¿te lo tengo que explicar todo?

Ese cerebro suyo, hecho de probabilidades concatenadas, debió sopesar la posibilidad de que escapara: 6 metros hasta la ventana —1,2 segundos—, levantar la hoja de guillotina —1,7 segundos—, salir al exterior —3,5 segundos—, descolgarme por la bajante... De acuerdo, dijo finalmente, pero no tarde demasiado.

El baño no tenía ventanas ni aliviaderos de ningún tipo, así que tampoco por allí podía escapar. Me senté en el inodoro y escuché a través de la bajante las voces de quienes montaban guardia en la habitación de al lado. Debía de existir un plan de contingencia, traté de convencerme. Chloé ha muerto, todo ha salido rematadamente mal. Tendrá hermanos y padres, quizá

alguien que la quiere. ¿Qué ocurrirá cuando Nicole vea que no aparezco por su peluquería? ¿Cuando el miércoles próximo no acuda a la cita que tengo con la doctora Cuartero? Se preocupará, no tardará ni un minuto en avisar a India como hace siempre, tu padre hoy no ha venido. Tanto Nicole como mi hija saben que trabajo para Wetopia, desconocen los detalles, pero sí generalidades suficientes como para atar cabos. Sentado en el retrete, traté de convencerme de que era así, de que, detrás de todo, tenía que haber una lógica. Incluso imaginé a Keitel y sus hombres desplegando unidades de asalto por las calles de la colonia, deslizándose con sus pasamontañas y entrando en las casas, sacando a las familias para reunirlos frente a la estación central, arrodillados, desorientados y sin saber qué estaba pasando. Los llevarían en grandes contenedores magnéticos a sus líneas de fundición, separarían el acero del cobre, el níquel del acetato, el coltán, los desvestirían y amontonarían sus zapatos y los obligarían a entrar en fila india en esos inmensos hornos de fundición. De hecho, estarían a punto de irrumpir en esta habitación con sus linternas y sus granadas aturdidoras, dispararían sobre ellos y me escoltarían hasta un blindado que, en cuestión de minutos, me pondría a salvo, lejos de todo.

Termine ya, escuché que dijo, si no sale entraré yo.

Tiré de la cadena y pasé por delante de él para volver a la cama.

No hubo soldados.

Ni disparos.

Ni un sonido afuera.

Nada en el bosque.

Ni un movimiento —ni faros en la pared, ni motores de furgonetas de reparto, ni siquiera el chirrido del ascensor—, nada.

Lars no respira y parece muerto, aunque sé que está ahí en estado de hibernación con los ojos abiertos.

Las cinco suenan en el despertador.

Lars ni se inmuta.

No tardo en oír el motor de la Volkswagen de Adolf. Permanezco atento a la secuencia que tan bien conozco, a los

gritos del chico que vende periódicos, al murmullo mudo de esa multitud sonámbula, al silbato de los primeros trenes y la megafonía de la estación.

Prepárese, dice Lars abriendo los ojos, ¡ya están aquí!

¿Quiénes?

¡Vístase!

Me levanto y por la ventana veo que, además de la camioneta, hay otros dos vehículos. Reconozco ese radiador cromado antes de que Simon y su ayudante bajen de él. Otros cuatro hombres se apean del cajón trasero. Todos van vestidos con chalecos impermeables y botas rastrojeras y una canana cruza su pecho.

Cuando entran en la habitación, Simon le hace un gesto a Lars para que se marche.

¿Qué tal ha pasado la noche?

¿Usted qué cree? ¿Qué le han hecho a Chloé?

No se preocupe por ella. Nos están esperando en la pradera.

¿Qué pradera?

¿No recuerda? Esta noche celebramos el Weltuntergang. Hay que prepararlo.

Pero vi como ese animal... como le arrancaba el brazo...

A veces la fiebre hace ver cosas..., ¿no cree? Otra cosa es que tengan que ser reales.

Sé lo que es real y Chloé...

Venga, ¿está listo?

Para qué.

Para la cacería.

No quiero ir a ninguna cacería.

Créame, no tiene ningún motivo para tener miedo.

Le digo que...

Lo va a ver con sus propios ojos... Le prometo que mañana a primera hora yo mismo me encargaré de sacarle del valle, le llevaré a Mannheim y desde allí podrá marcharse y escribir su libro..., ya me entiende...

No voy a escribir ningún libro.

Lo hará. Sobre esas tres niñas.

¿Cómo diablos sabe eso?

Ustedes no pueden evitarlo.

¿El qué?

Cerrar el círculo. Los científicos o antropólogos, lo que sea usted..., los intelectuales. Por eso le gusta a Elsa. Siempre piensan que están por encima, que lo que les ocurre es excepcional..., que deben dar testimonio.

¿Ahora va de víctima?

La caza es un rito. Forma parte de lo que somos. En Canadá cazan el caribú sagrado, ¿no es así? Y en Siberia renos ancestrales... Donde usted ve vísceras, nosotros vemos compasión y respeto, el instante de la muerte. Hay algo bellísimo en ese segundo...

¿Bellísimo?

Necesito que se convenza por sí mismo...

Conforme nos acercamos en la camioneta, escucho el balido distante de los corderos. Cuando la Volkswagen remonta la loma, compruebo que no son animales, sino una multitud de cien o ciento veinte personas que se congrega frente a las puertas de la granja. Hablan y sus palabras, superpuestas por el viento, producen ese eco gutural casi continuo. Allí están todos o casi todos. El maizal flanquea la pradera con su espesura de tallos amarillos. Aparcamos junto a los todoterrenos y nos dirigimos hacia las mesas cubiertas de comida. Son tablas de chilla forradas de papel. Hay emparedados, ensalada de colinabo y buey picante, rábanos con nata agria y, por supuesto, como no podía ser de otro modo, el repugnante maasdam de la región. Sobre nosotros cuelgan farolillos de colores y, sobre una plancha, ensartados en un espetón, tres corderos abiertos que desprenden un alimenticio olor a grasa chamuscada. Las tripas evisceradas forman un montón alrededor del que zumban docenas de moscas verdes. Los colonos, sobre todo los más jóvenes, llevan camisas almidonadas y pantalones de pana, mientras que las muchachas recuerdan a las bacantes griegas con sus vestidos de gasa y sus coronas de lirios trenzados. Un grupo de niños juega bajo la mesa y las gallinas

picotean los restos de comida. Es como si la procesión de ayer —Schulz crucificado, la muerte de Chloé, todas esas toneladas de absurda simbología— fuera solo un mal sueño fruto de la fiebre y el despropósito. Incluso Eva finge no reconocerme. Está en uno de los grupos que hablan cerca del estrado.

El maizal queda a unos quinientos metros.

El bosque algo más lejos.

La perspectiva de correr en zigzag a merced de un pelotón de cazadores inexorables —¿acaso no serían máquinas de precisión?— no parece la idea más inteligente. Quizá más tarde, si sé esperar, tendré mi oportunidad. De la ladera sobresale el campanario de la ermita en la que, según Elsa, desapareció la furgoneta con las tres niñas. Según ella allí está la puerta y, si lograba escapar, hacia allí debía dirigirme. Pero Elsa tenía un plan, usted espere, contactaremos en su momento.

De repente, todos dejan de hablar.

¿Qué sucede?

El reverendo se abre paso como si caminara a través del Mar Rojo.

El silencio, colonizado por su presencia, se carga de tensión.

Le seguimos hasta un altar detrás del cual se extiende una panorámica del valle.

Y Dios pensó que el mundo era Verbo, dice.

Y el Verbo se hizo luz y donde no había luz creció...

Y la Luz nació. Llegó él y creó las primeras plantas y las rocas calientes, la nieve y el lecho de los amantes, el llanto del niño, el músculo de barro, y cuando al séptimo día descansó, respiró contento y se dijo: es hermoso el Jardín que he creado y está a mis pies. Es Verbo y a través del Verbo la realidad es descifrada. Cada mañana nos preguntamos en tu vergel si somos hombres o dioses, si somos todo a la vez. Alegraos. Cuando él despierte y llegue de entre los muertos, os preguntaréis cuánto tardaremos en sucumbir a la tentación del Creador, de ser como él y de sentir su infinito amor, de participar en la orgía de ser Uno y Único a su imagen y semejanza, seguir el Gran Camino, recorrer la luz del Verbo y la Palabra del nosotros...

A mi lado un viejo escupe un coágulo de tabaco sobre el pasto verde. ¡Charlatán!, escucho que dice. La mayoría de los fieles, sin embargo, le sigue con atención, como si esas palabras solemnes tuvieran un sentido indescifrable tras el cual se oculta lo que a ellos les sucede. Mientras el reverendo se crece en su discurso, escuchamos una música de violines que reconozco de inmediato. Tartini suena inarmónico y estridente, como si alguien arrastrara una inmensa alacena por un suelo de mármol pulido. Me echo las manos a los oídos, pero el resto, incluido el viejo, me miran sin entender por qué lo hago. ¿Es posible que hayan creado una música propia que para nosotros es aberrante pero para ellos suena afinada? Una de las intérpretes es Annie, abraza el violonchelo como a un amante, el rostro muy próximo a las clavijas. Las otras tres niñas la secundan con sus violines. Miro a Yos, que ya no es el sátiro desquiciado del desfile, sino un ciudadano ejemplar que escucha con atención las palabras del reverendo.

Ahora sé que nadie las mató, que fueron todos ellos.

La mano ejecutora siempre fue secundaria.

Una consecuencia.

Igual que en esa infame novela de misterio en el que cada uno de los sospechosos asesta una puñalada a la víctima. El profesor de piano les había mostrado esa pieza musical —que las había convertido en espíritus sensibles, vulnerables— y les había mostrado la emoción de tocar un instrumento, de crear, de ser diosas sublimes del espacio infinito. Yos les había dado el acceso a la hierba de los dioses, a su jardín francés, quién sabe a qué más. El reverendo, que era el único que podría haber evitado lo inevitable, había alimentado sus dudas y contradicciones y además había guardado silencio sobre las revelaciones de Yos. También Simon era cómplice, pero por otro motivo, tergiversó los hechos para librarse de una vez por todas de Immanuel Schulz. Todos ellos las habían preparado para este mundo en el que ya no querían estar. ¿Qué somos? Acaso no era esa la gran pregunta de los animales moribundos, acaso no había escrito un filósofo rumano que era la muerte, y no otra cosa, lo que da sentido a la vida.

Ahora, el reverendo levanta los brazos para dar la bendición.

La tierra tiembla bajo nuestros pies.

El reverendo, con los brazos en alto, gira la cabeza. Detrás de él, en la pendiente, vemos surgiendo del bosque el Arca de la Alianza. Está en mitad de la pendiente, encallada. De repente algo ha fallado en el sistema de rodillos y la quilla se ha quebrado con un sonido atronador. El arca se mueve hacia atrás unos centímetros y luego coge velocidad a medida que desciende por la pendiente. En silencio escuchamos el crujido de la madera y el impacto contra lo que queda de la estructura del puente medieval. El reverendo ha presenciado el incidente sin inmutarse, pero ahora, ante el silencio de la multitud, da paso a las bendiciones, a la bebida y el baile.

Y eso hacemos.

Beber y bailar.

Bebemos.

Ellos beben.

Aprovecho para acercarme hasta Eva y tomarla del talle. No es en absoluto la mujer segura y cínica que tantas veces ha muerto entre mis brazos. Su cintura sí, su cintura y su espalda las reconozco de inmediato, pero, por lo demás, es solo una campesina timorata y absurda. Venzo su resistencia y la arrastro hasta la pista de baile. Todos nos observan. No sé bailar, pero tampoco importa, el grupo de mujeres con el que estaba segundos antes cuchichea. Eva lleva una corona de margaritas amarillas y no es capaz de sostenerme la mirada.

¿Sabes quién soy?

Claro, dice ella, el antropólogo. Todos saben quién es usted...

Igual te suena extraño, la tanteo, pero nos conocemos.

¿No conocemos?

De antes, del pasado.

¿En serio?

Incluso nos hemos acostado.

¿No va usted demasiado rápido?

Quiero que vengas conmigo.

¿Por qué habría de ir con usted?

Hay un plan, tengo un plan. Es arriesgado..., no puedes decir nada.

¿De qué está hablando?

Tu hija está viva.

Mi hija ha muerto.

¿Ves esa ermita? Tenemos que llegar allí...

Cuanto más hablo, más confundida parece.

Creo que ha bebido demasiado.

¿Vendrás conmigo?

Claro que no.

Nos casaremos.

¿Usted y yo?

Hay otra vida, una vida lejos de aquí, de este lugar...

Por quién me ha tomado...

Seremos...

¿El qué?

Felices. Si te quedas aquí, morirás.

¿Por qué iba a morir?

Una y otra vez, mil veces hasta el fin de los tiempos.

Todos moriremos.

No como tú.

¿Como yo? Déjeme..., me está haciendo daño.

Ya estaba muerta, pensé, al igual que media humanidad que nace con la muerte tatuada en el rostro, y la consuman en cada una de las decisiones que nunca toman. Para Eva su destino estaba escrito, lo mismo que Monica cuando enfermó y se sumió en aquella terrible enfermedad mental. No lo pude ver, pero cada día y cada hora moría un poco, no totalmente, sino por partes. ¿En qué momento cruzó al otro lado? ¿Qué día y qué mes atravesó la frontera de la que nadie podría rescatarla? Sin duda estaba muerta mucho antes de saltar de la ventana de aquel hotel, semanas, meses, quizá años antes. Ojalá pudiéramos transformar la vida en una huida. Tarde o temprano hay que hacerle frente a lo que nunca fuimos, correr hacia el punto impropio de lo que nunca seremos. Miro a Simon. Habla con la señora Schäfer, pero se da cuenta de que le observo y sonríe. Sabe qué estoy pensando, pero no parece

importarle si escapo o no. Me tiene donde quería, cada pieza está en su lugar y solo va a haber un ganador. Él lo sabe. Yo también. ¿Disparará? ¿Disparará si echo a correr en zigzag hacia el bosque? Lo he visto en las películas, parece sencillo, ir de un lado al otro buscando ser imprevisible, regatear en aquellos árboles, buscar el resguardo de ese depósito. Pero cuando voy a echar a correr alguien me toma del brazo.

¿Adónde cree que va? ¿Está loco? Es lo que ellos esperan, dice Elsa, sea paciente.

He sido demasiado paciente. La estaba buscando.

Aguante. En esta historia usted siempre muere, ¿sabe? Y nosotros necesitamos que salga de aquí, que lo cuente y siga vivo, que resucite..., y para eso debe evitar ese comportamiento tan...

¿Tan qué?

... tan humano.

No me alcanzarán.

¿Usted cree? Deje de hacer el idiota.

Han bebido.

Da igual lo que beban, si no han de fallar, no fallarán. Está escrito que... Y le aseguro que esta vez...

¿Pasa algo, cariño?, dice el teniente a su espalda.

Mi amor, nuestro invitado me hablaba de caníbales...

¿Caníbales?

¿Cómo dice que se llamaban, profesor? ¡Son tan entrañables! ¿Qué me contaba? Que se comen a sus muertos y a sus bebés...

Eso es repugnante..., realmente repugnante.

¡Vaya con el profesor! ¿Qué tal su último día entre nosotros?

¿Qué quiere decir?

¿Cómo?

Con último, qué quiere decir.

Está muy tenso.

¿De verdad vais a llevar al profesor a vuestros jueguecitos?

No quiero que se lleve una mala impresión.

El profesor no tiene una mala impresión, ¿verdad?

No somos un pueblo de bárbaros.

¿Y no crees que llevarle al bosque es exactamente...?

Simon me agarra expeditivamente del brazo sin darme opción y nos alejamos.

Aún no me ha dicho qué animal vamos a cazar.

En cuanto lleguemos se lo explico.

54

Pero Simon me ha llevado a una de las camionetas y se ha limitado a pedirme que suba con otros tres cazadores. Uno de ellos lleva un gorro de piel de tejón. Nada más marcharse Simon, le he preguntado qué vamos a cazar en el bosque, y él, como si no supiera de qué le hablo, ha ladeado el rostro.

Díselo tú, Ferdinand. ¿Qué vamos a cazar?

Un animal muy escurridizo.

¡Qué tipo de animal!

Uno que tiene el mejor oído del mundo. ¿Verdad, Egbert?

Verdad.

No te rías.

¿Verdad que nuestro animal tiene el mejor oído del mundo?

Así que nos andaremos con cuidado, ¿verdad, Ferdinand? Todos nosotros..., también usted.

Solo nos oirá si cometemos alguna torpeza.

Y no vamos a cometer torpezas.

Usted tampoco, ¿verdad? ¿Verdad que no va a cometer torpezas?

A nuestro lado viajan dos pastores alemanes. Van encadenados a la caja y el que parece más resabiado, al que todos llaman Handk, levanta los belfos y me muestra los colmillos como si percibiera mi miedo, o percibiera que soy, de alguna manera, la presa que hay que abatir.

Tranquilo, Handk, dice Ferdinand, es solo que no le gustan los desconocidos. ¿Ve la cicatriz que tiene en el hocico? Hace un par de años se topó con una presa... de las grandes y rápidas. Casi le arranca la cabeza. Desde entonces se ha vuelto desconfiado..., ¿verdad, amigo? ¿Verdad que no te fías de nadie?

Nos detenemos justo antes de entrar en el bosque donde los

serbales forman una línea recta, casi trazada a cartabón.

Seguiremos a pie.

Póngase esto.

¿El qué?

Ferdinand ha arrojado a mis pies uno de esos monos de nitrilo blanco que todos llevaban en la granja de corderos.

Va a llover. Así no se mojará.

Cuando miro hacia el firmamento cientos de pequeñas gotas caen como alfileres entre las ramas de los árboles.

Está ahí, dice.

¿Quién?

Nos observa.

Adolf se agacha y arranca una brizna de hierba que deja caer.

Viento sur, veinte kilómetros, quizá más. Le tenemos de frente, si vamos por detrás...

Entonces iremos por la ladera.

Perderemos mucho tiempo.

Un momento, digo, necesito saber...

¿Aún no se ha puesto la ropa?

¿Qué ropa?

El mono. Es importante que no nos huela.

Adolf, el tipo que conduce la camioneta que cada tarde mata a Eva, no parece haberme reconocido.

Hable más bajo, dice, o mejor, no hable.

Todos ríen.

Handk tironea de la cadena como si hubiera detectado el rastro de la presa.

¿Os acordáis de la última vez?, pregunta Adolf.

Ese sí que era un animal noble.

¿Noble?

Solo las alimañas se revuelven antes de morir, dice Egbert, cuando un animal sabe que ha llegado su momento, se entrega a él.

Te repites más que un disco rayado.

Me lo enseñó mi padre.

Es como asumir que tu vida ha sido satisfactoria. Cuando un animal sabe que va a morir no piensa en la vida que le queda, sino

en la que ha tenido.

No estoy de acuerdo.

En qué no está de acuerdo, profesor.

No he venido a este bosque para discutir con un majadero. Sé que no hablan de caza sino directa o indirectamente de esas tres niñas muertas, de su profesor de música y de Chloé, pero no voy a discrepar porque no quiero convertirme en la presa que andan buscando.

Con miedo, dice Adolf, hasta los corderitos se vuelven osados.

¿Es eso lo que vamos a cazar?

Claro, amigo.

Los corderos se crían en cautividad.

Estos no, ¿verdad, Egbert? Estos ni siquiera saben que son corderos. Fíjese en el bosque. Mire alrededor.

Simon señala la frontera donde comienza la masa forestal.

Si cualquier animal asoma la cabeza, quedará expuesto y lo abatiremos en cuanto salga.

¿Vamos a estar aquí todo el día?

Tome.

La presa nos lleva ventaja.

¿Qué es esto?

¿Usted qué cree? ¿Conoce la K-5?

Los corderos no atacan... Son animales domésticos.

Todos ríen la ocurrencia.

¿Domésticos, profesor?

Si viene hacia usted, no olvide quitar el seguro.

Todos ríen.

Vaya siempre detrás de nosotros y pise despacio, cualquier rama podría delatarnos. Egbert, ve con él. Es fácil perderse en el bosque. ¡Y cuidado con las trampas! Ya ha tenido alguna experiencia... Llevan ahí siglos esperando a alguien como usted...

Ferdinand, no le asustes...

¿Vamos?

Vamos.

Cuando le haga una señal con la mano busque un arbusto y escóndase. No respire, se agacha y espera; y por nada del mundo

dispare..., podría herir a alguien..., ¿entiende?

¡Callaos de una vez!

El que responde al nombre de Ferdinand levanta los brazos y nos indica que nos dividamos en dos grupos. La otra cuadrilla se pierde por el sendero de la derecha y la nuestra, encabezada por Adolf, continúa hacia el río. Handk va con nosotros. Le han puesto un bozal para que no ladre, pero su respiración es pesada y contundente. Adolf da una orden y uno de los cazadores se tiende en el suelo con las piernas abiertas y el rifle apoyado en una roca. El resto seguimos adelante hasta una pared de piedra gris.

Sobre nuestra cabeza se escucha el ronquido de la tormenta.

Hay que darse prisa, dice Adolf, o el agua borrará el rastro.

Simon va en el grupo de la derecha, junto a Ferdinand, pero cuando le miro, como si se anticipara a mis pensamientos, ya me está observando. No sea tan previsible, había dicho Elsa. Adolf se agacha en el lateral del camino y le hace gestos al que le precede para que espere la señal convenida. El guía está agachado observando una huella cubierta de pequeños fragmentos de arcilla. Los últimos de la partida están ocultos a cierta distancia. Desoyendo las instrucciones de Egbert, me acerco hasta donde están ellos y es entonces cuando todo ocurre en una fracción de segundo. No sé nada de huellas, pero desde luego no es la de un lince ni la de un reno, sino la pisada de un humano. Alguien que, de hecho, camina descalzo. Tengo la sensación de que de repente, la cercanía de la presa, los ha vuelto descuidados. Incluso el teniente parece ensimismado y ajeno.

Cuando quieran darse cuenta, pienso, estaré donde la ermita, más lejos quizá. Voy armado y eso puede darme cierta ventaja. Camino unos pasos en la dirección contraria, sin hacer ruido, y cuando miro atrás veo a Simon observándome, con la escopeta apuntando al suelo. Me pregunto cuándo dará la voz de alarma y lanzará a Handk contra mí. Es como si con esa actitud despreocupada quisiera retarme, inténtelo, parece decirme, cuento con ello. Lo cierto es que no creo que acierte con todos esos troncos entre él y yo, a esta distancia. A mis pies distingo un tocón cubierto de vegetación parásita que servirá de defensa si Simon se

decide a disparar, y sobre todo, me dará varios segundos para montar mi arma. Seguro que él piensa lo mismo. Me tiro al suelo y monto la escopeta. Es la primera vez que lo hago, pero el resorte se escucha con claridad y sé que ya no hay vuelta atrás. Cuento hasta tres y cuando voy por dos levanto el arma, pero el teniente sigue allí, no huye, no se mueve, solo calcula las posibilidades de que alguien que nunca ha disparado un calibre 12 acierte en un blanco móvil a una distancia de más de treinta metros. Solo es una tostadora con brazos y piernas que te observa con aire de suficiencia, me digo. Cuando disparo el retroceso me obliga a cerrar los ojos y, cuando los abro, el teniente ríe sin moverse un centímetro. Vuelvo a disparar con el mismo efecto.

Eche a correr, escucho que dice Simon.

¿Cómo?

Que corra.

No voy a correr.

Corra, repite.

Luego levanta el arma.

Te aseguro que esta munición no es de fogueo.

Sé que acabo de darle la excusa que buscaba para acabar conmigo delante de media docena de testigos. No tardarán en estar aquí y cuando lo hagan Simon no dudará en matarme a sangre fría.

Contaré hasta tres.

Escucho el ladrido de Handk. Le ha quitado el bozal y parece que va a azuzármelo.

Así que soy eso.

Una liebre.

Una presa.

Alguien que corría siempre delante.

Siempre lo fui en realidad.

55

Llueve y miro al suelo porque no quiero pisar de nuevo una de esas trampas. ¿Por qué han dejado de seguirme? ¿Por qué, cuando ha podido, Simon no ha acabado de una vez conmigo? Los imagino en el claro del bosque, fumando y burlándose, dándome otro minuto de ventaja. Handk sigue ladrando en algún punto del bosque. Hace solo una semana era un antropólogo deprimido, un padre de familia nefasto al que nadie quería escuchar, pero ahora me he convertido en el centro de uno de esos videojuegos de escapada. ¡Ojalá fuera así! Ojalá este maldito bosque fuera una simulación que pudiera pausarse, y que, de repente, de detrás de los árboles, surgiera un equipo de iluminación, los maquilladores y el director atento a dar instrucciones para la escena final. He seguido la dirección de la ermita, pero por delante solo veo una espesura de helechos que me cierran el paso. Siguiendo la línea del arroyo alcanzo a ver un pedazo de chimenea de ladrillo refractario que sobresale del bosque. Al llegar a la vieja fábrica observo que en la fachada hay un boquete, y que, en el interior, las vigas se han desplomado sobre la nave principal.

Si entras, escucho que dice una voz a mi espalda, te cazarán como a un conejo.

Por un momento pienso que esa voz es la mía propia, que las palabras que acabo de escuchar son una copia exacta del pensamiento que acabo de tener, pero no es así. De entre los setos surge él, Immanuel Schulz. Lleva el mismo mono de nitrilo —el suyo cubierto de glebas de barro— y me observa con la misma mirada de animal asustado.

Solo te han dejado escapar para divertirse.

Lo sé.

Saben que yo te encontraré.

¿Quieres decir que me han seguido?

Schulz señala hacia un punto entre las ramas en el que, en efecto, se distingue el movimiento de sus impermeables. Schulz se acerca hasta quedar a un palmo de mí.

Desde luego, dice, eres igual, ¡casi pareces humano!

Soy humano.

¿Eso es lo que crees?

¿Lo que creo?

Lo que te han hecho creer.

Quizá es al revés, ¿no te parece?, ¿no lo has pensado nunca?

¿De verdad no sabes quién eres? Venga, sígueme, te enseñaré...

Me guía por un barranco hacia el cauce del arroyo. Más adelante las zarzas se cierran creando una masa tupida que Schulz parece conocer y que conduce hasta una poza de agua maloliente y estancada.

Ni lo sueñes.

En un minuto estarán aquí.

¡Pero apesta!

¿Los prefieres a ellos?

Schulz no se lo piensa y entra en el agua pestilente. Es una masa negruzca, sulfurosa, que humea a su paso. Al fondo del colector hay una pesada reja que Schulz retira con facilidad y deposita en el suelo. Me quito los zapatos para entrar en el agua y siento el limo del fondo. Cuando llego a la cloaca mi réplica me está esperando.

Pasa. Haremos un fuego para calentarnos.

De la sección del tubo surge un vapor que huele a celulosa fermentada. Me acerco por detrás, pero Schulz hace un aspaviento.

¡No te acerques así!

¿Cómo?

Tan despacio. Me das grima.

Debo reconocer que su actitud —esa mezcla de autoconvencimiento y suficiencia— me hace dudar, como si todo lo que he sido hasta ahora pudiera no haber existido, ser un cartucho de memoria, algo así, un implante con forma de certeza.

Detrás de una especie de represa se distingue la silueta de una mancha de hollín. Supongo que es aquí donde se ha estado escondiendo. Nuestras voces, amplificadas por la curva de la bóveda, adquieren un tono casi metálico.

Con la lluvia y este olor, el perro no podrá rastrearnos... Cuando se marchen, intentaremos subir a la ermita.

¿Qué ermita?

La puerta.

La puerta de salida.

¿También sabes eso?

Me lo dijo Elsa. Ese es el plan, ¿no?

Schulz ríe con suficiencia y mira hacia la boca del colector en el que la lluvia forma una cortina que desdibuja lo que hay al otro lado.

Te vi ayer.

¿Cómo?

Ibas atado a un madero. A una cruz.

Me retuvieron en la granja y me soltaron esta mañana..., como a ti.

¿No eras tú?

Era imposible que fuera yo.

Pero...

Lo que tú digas.

Mira, no tenemos tiempo, le digo, voy a decirte algo que te sonará extraño: el humano soy yo, siempre lo he sido, el original, quiero decir...

Pobre, ¿no sabes que eres la creación de Wilhelm Keitel?, me pregunta, ¿te dice algo ese nombre?

Fue él el que me reclutó para... para entrar aquí.

¿Es eso lo que te han dicho?

Nadie me ha dicho nada, respondo, lo he vivido.

Keitel me reclutó hace seis meses.

Entonces, ¿desde el mes de junio?

Más o menos.

Déjame adivinar, desde el 22 de junio.

¿Cómo lo sabes?

Ese día murió mi mujer. ¿Conoces a Monica?

¿Qué Monica?

Monica Martin.

¿Es tu mujer?

Estuve casado con ella.

¿*Tú* casado con ella?

Veinte años.

¡Eso es imposible!

Te digo que era mi mujer.

¿Así que tú eras el famoso divulgador científico? Ya entiendo, ella es la clave de esto..., siempre lo ha sido.

Necesito que me lo cuentes todo.

¿Todo?

Cómo la conociste, qué sucedió... Necesito averiguar qué hago aquí. Sospecho que la conociste en Ámsterdam, ¿verdad? En aquel club del Wibautstraat.

Exactamente. El padre de un amigo...

Aldeberg, ¿verdad? Marjan Aldeberg.

... era propietario de ese local y... ¿Cómo puedes saber eso?

Interpretabas a Chaillot, ¿a que sí?

Uno de sus preludios elegiacos...

Y fue ella la que te habló de Ervin Nyíregyházi.

Era una chica extraña... Rara.

Había venido haciendo autostop desde Barcelona. ¿A que sí? Te sentiste herido cuando dijo que tu interpretación le había parecido un simple...

... ejercicio de digitación... ¿De verdad vas a interrumpirme todo el tiempo?

Perdona, continúa.

No podía salir bien.

¿A qué te refieres?

Monica y yo hubiéramos durado..., ¿cuánto?

Veinte años, seguramente veinte años, le respondo, un día detrás de otro... Espera, ¿quieres decir que no la acompañaste al hotel esa noche?

¿Por qué iba a acompañarla? Volví a saber de ella días

después. Me envió ese maldito vinilo...

... del húngaro, ¿verdad? Es una locura.

¿Qué quieres decir?

Estoy seguro. Ese fue el segundo en que empezamos a divergir.

Recuerdo que yo subí las escaleras y me encontré con Monica fuera, fumando frente al canal, pero él, al contrario, decidió no hacerlo. Mientras yo paseaba con ella hacia el Bijlmermeer y hacíamos el amor en aquel hotel propiedad de una familia de muhajirs pakistaníes, Schulz, o la versión de Schulz que yo no había sido, seguía emborrachándose en el club del Wibautstraat. El valor, o su ausencia, nos había distanciado. Imagino que para crearle la corporación había usado los vídeos que yo mismo había colgado en la red, los artículos que Marjan y yo publicábamos en *Strip* y todos los datos que habían podido reunir hace veinte años: expedientes médicos, notas, partidas de nacimiento, todo. Fuera del colector la lluvia sofoca los ladridos de Handk.

¿No la volviste a ver?

No. Al menos hasta hace unos meses.

¿Por qué?

Tuve problemas.

¿Problemas?

Con la ley. Estuve en prisión. Cuando recobré la condicional, me mudé a Hamburgo, y de Hamburgo a Berlín, y buscando cosas para empeñar, me topé con aquel disco. Un vinilo que podía tener cierto valor, me dije. Encontré su nombre y su teléfono y los introduje en el buscador...

¿El buscador de Wetopia?

¡Qué otro iba a ser!

Así que ellos te guiaron hasta mi mujer. Espera..., ¿le dijiste a Monica que eras yo?

¿Bromeas? Tampoco sabía quién eras tú... o que tú eras yo, si es que lo eres. ¿Cómo iba a confesarle que era aquel tipo que había conocido veinticinco años atrás? Intercambiamos algunos correos...

Así que tú eres el admirador.

¿Qué admirador?

Ella me habló de alguien días antes de su... Y entonces decidisteis encontraros...

No, no fue tan inmediato.

¡Lo sabía!

Durante año y medio seguimos escribiéndonos.

¿Un año y medio? ¿Y nunca te pidió una... fotografía?

No, jamás. Yo tampoco a ella.

¿Y quedasteis en el hotel?

Así es.

¡Sabía que las imágenes habían sido manipuladas!

¿Qué imágenes?

Las de seguridad del hotel.

Recordé lo extraño que me había resultado que Monica se colocara en un rincón del ascensor en vez de ocupar el centro, como dejando hueco a esa otra persona, y ese vaho casi imperceptible en el espejo que el detective de la policía había juzgado un problema de la lente...

¡Fue él!

¿Quién?

Él las manipuló, digo, Wilhelm Keitel.

Pero ¿por qué?

Ocurrió algo que nunca debería haber ocurrido, me dice, un accidente.

¿Un accidente?

Días antes me dijo que iba a separarse de ti.

¡Eso no es cierto!

Entonces pensé que era el momento y usé el subsidio para comprar un billete a España. No me atreví a llamar a su puerta. Una mañana me aposté frente a su portal y la seguí al supermercado, pero pronto me di cuenta de que no había ido allí para hacer la compra, como el resto, sino para otra cosa.

¿Para qué?

Para no estar sola. ¿Por qué si no iba a comprar siete kilos de lentejas? ¿Para qué? Quizá por eso la llamé unas semanas después. Estaba muy diferente, parecía otra.

Estuvo en un sanatorio.

¿Un sanatorio?

Da igual, continúa.

Dijo que iba a suceder lo que desde hacía tiempo ambos sabíamos que iba a suceder. Fue ella la que se encargó de reservar la habitación.

¿Y qué pasó cuando te vio físicamente? Quiero decir, cómo reaccionó...

¿Qué quieres decir?

Al fin y al cabo, tú eras yo...

Ese día había bebido... En la cafetería del hotel. Y cuando le pregunté por qué estaba así, me respondió que no era nada, que había hablado con el imbécil de su marido y...

Sigue, no te preocupes.

... y que eso la había trastornado. Subimos a la suite.

Espera..., cuando te vio, ¿no reparó en la coincidencia?

Supongo que sí.

¿Y no dijo nada?

Ahora que lo dices... Dijo que estaba muy cómoda conmigo, que era como si lleváramos décadas juntos. Esa noche pensé que solo era una esposa desengañada que buscaba algo. Un lío, una pequeña aventura. Estaba tan extraña que...

¿Que qué?

Que cuando llegué aquí pensé si Monica no sería uno de ellos...

¿De quiénes?

Alguien como tú, como el resto, como esas niñas, una simulación. ¿Quieres que siga? Pues seguiré. ¿Sabes? Quería que aquello saliera bien. Entonces no imaginaba nada de esto y nunca me había salido nada bien en la vida, quería lo que tú tenías, lo que tenía ese hombre, era padre, buen marido, no sé. Pero todo se torció muy rápido...

¿Rápido?

¿Quieres saber si follamos?

Lo que sí sé es que no quedó una sola prueba, un pelo, un resto de ADN, nada...

Ya te lo he dicho, él borró las huellas. Las imágenes las

manipuló... Ese fue el pacto.

¿Qué pacto?

No hay nada de lo que me arrepienta más.

Así que el vaho que había en el espejo era tuyo...

Monica se quitó las sandalias y se desabotonó la blusa y cayó de espaldas sobre la cama como si ensayara una de esas escenas... subidas de tono. Sentí que se arqueaba ligeramente. ¿Quieres saber más? Cuando salí de la ducha estaba en el balcón. Se había puesto la falda, pero llevaba el torso desnudo. Jugaba con la cámara. Le pedí que se apartara de allí, que podía hacerse daño, pero no me hacía caso. De repente se puso seria y entendí que iba a hacerlo... Pero logré alcanzarla antes de que hiciera una tontería.

¿La salvaste?

Le dije que me había dado un susto de muerte, que no debía bromear con algo así. Luego la solté. Juro que fue un solo segundo, lo juro, y cuando di dos pasos hacia el interior, ella... bueno... se dejó caer. Solo eso.

¿Y por qué no fuiste a la policía?

Me quedé allí pensando qué hacer, ¡estaba en libertad condicional! Con mis antecedentes nadie iba a creerme. No pensé nada más. Me vestí a toda prisa. Limpié algunas huellas con torpeza y salí pitando. No había llegado al ascensor cuando me di cuenta de que estaba haciendo una tontería, de que en aquel hotel había docenas de cámaras y que mi teléfono, con toda probabilidad, podrían rastrearlo y me ubicaba en la suite en el instante exacto de su muerte. Estaba perdido. Al forcejear con Monica incluso la había arañado y en la papelera había tirado el preservativo. Era cuestión de minutos que me localizaran. Así que, cuando salí del hotel y vi que había llegado la primera patrulla, decidí entregarme. Habían cubierto su cuerpo con una de esas sábanas metálicas, pero el viento la había movido y sus ojos miraban al infinito. No sangraba por ninguna parte, pero sin duda estaba rota por dentro. Me acerqué al grupo de personas que la rodeaban y fue entonces cuando recibí su llamada. La de Keitel, Wilhelm Keitel. No podía dar crédito. Incluso dijo que le encantaban mis interpretaciones de *La bestia*... Eso es lo de menos,

le agradecí, le dije que no podía atenderle, que estaba en un aprieto, que tenía que resolver un problema.

¿Y qué respondió?

Que precisamente me llamaba por ese problema. Estaba al tanto de lo ocurrido. Incluso sabía que pretendía entregarme, no lo haga, me dijo, tenemos otra solución. Miré alrededor tratando de ubicar la cámara por la que me espiaba. Yo me encargaré de todo, añadió, nadie sabrá que ha estado en el hotel. Le respondí que él no podía hacer eso, que no era Dios. El Plaza es mío, dijo, ¿lo olvida?, en realidad es de un fondo participado mayoritariamente por mis empresas, lo que es lo mismo, un detalle sin importancia, el sistema de seguridad lo han diseñado mis ingenieros, igual que el sistema de geolocalización de su teléfono... ¿Dónde está el truco?, ¿qué quiere de mí?, quise saber. Y al día siguiente estaba en un despacho de abogados firmando un contrato con siete ceros. ¡Ese tipo puede borrar cualquier rastro, hundir cualquier reputación! En sus manos el mismo demonio sería irreconocible. Simplemente tendría que entrar en su pequeño zoológico...

¿Para qué?

Según me dijo necesitaba averiguar si sus criaturas habían cruzado el límite entre el intérprete y el artista, es decir, el límite del alma, ¿me entiende? No se preocupe, me dijo, solo tiene que ser el profesor de música de unas niñas. Estará cerca de ellas y podrá averiguar si son capaces de lo que creemos que son capaces...

¿Por eso utilizó esa pieza de Tartini?

Una pieza muy compleja. Técnicamente..., ellos quisieron que la usara. Está en mi contrato.

¿Y?

Esas niñas eran más virtuosas de lo que yo jamás fui, sobre todo la mayor, Annie. Pero enloquecieron...

¿Por la música?

No lo sé. En todo caso la sensibilidad, una intuición que nunca antes había conocido en mis alumnos, les colocó más cerca de la locura...

Entiendo.

Imagínese mi reacción cuando le vi en la ventana el lunes pasado. Supongo que era lo último que me quedaba por ver en este lugar... A la misma hora, siempre a la misma hora...

¿Puedo preguntarte algo? ¿Por qué lo hizo? Quiero decir, Monica..., por qué se quitó la vida.

¡Cómo puedo saberlo!

¿Y si tuvieras que formular una hipótesis?

Supongo que había elegido mal.

¿Mal?

Su vida. La vida equivocada.

¿Te refieres a mí?

Quizá. Lo que sí puedo asegurarte es que ellos sabían lo que iba a suceder...

¿Quiénes?

Que yo iba a estar en esa habitación de hotel y que Monica iba a saltar por el balcón.

¿Y si no era ella?

¿Qué quieres decir?

Y si era alguien como Eva, como todos ellos... antes has dicho que... ¿Crees que todo fue un montaje desde el principio?

Quizá. Lo que sí recuerdo es que estaba como ida.

Entonces Monica no habría muerto.

Schulz se lleva el dedo a los labios y escuchamos los ladridos de Handk en el barranco, a apenas unos metros. El profesor de música coge la escopeta, se levanta y me apunta con ella.

Espero haber satisfecho tu curiosidad.

¿Qué estás haciendo?

Me buscan a mí. Yo soy el... el original. Pero lo cierto es que somos casi indistinguibles... Y te necesito muerto.

¿Muerto?

Para escapar. Digamos que sé algo... cómo se sale de aquí, pero, para que uno salga el otro debe morir. ¿Sería correcto el verbo *morir* para alguien como tú?

Te digo que el original soy yo.

¿Insistes? Una vez alguien me dijo que uno de los síntomas de la esquizofrenia consistía en ver a tu doble. ¿No te parece gracioso? No te lo tomes como algo personal, ¿vale...?

Mientras levanta la escopeta y me apunta con ella se escucha una detonación. La frase de Schulz queda en el aire y en su rostro se refleja una mueca de incredulidad. De su vientre surge una mancha roja que se extiende por el mono blanco. La sangre es casi marrón y rebosa su mano cuando intenta retenerla. Me mira sin entender que yo, al que considera su copia, siga vivo, mientras que él está condenado a morir. Va a decir algo más, pero se desploma y cae en una zanja con el rostro hundido en el limo negro.

En el bosque, más allá, ni rastro de los cazadores.

¿Desde dónde han disparado?

56

Mientras me deslizo por el talud me pregunto qué ha querido decir Schulz con eso de que para que uno salga el otro debe morir. Si es así, aún hay una opción. Pero ¿cuál? Sin duda está en la ermita, en la puerta al otro lado, como la había llamado Elsa. Al mezclarse con la grava, el suelo del arroyo forma un barro resbaladizo por el que se hace difícil caminar. Imagino esa puerta como una especie de empíreo, una rasgadura espaciotemporal que me conducirá al otro mundo. Oculto por una espesa colonia de aneas, veo que los cazadores llegan a la gruta del colector. Empujan el cuerpo de Schulz con una vara mientras el perro ladra desde la orilla. El que se hacía llamar Adolf se levanta y mira hacia donde estoy. Me sumerjo sin saber si me ha visto o no. Me agarro a los tallos y al hacerlo siento que los bordes lanceolados cortan la piel de mis manos. Cuando salgo por fin a respirar ya no están. Medio sumergido me dejo llevar hacia las pozas que hay río abajo. Trato de bracear sin salpicar, pero las algas y los tallos se enredan por todas partes. Los restos de la riada flotan como puntas de lanza. Cerca del puente, las aguas ganan en bravura y la orilla se vuelve rocosa. Un remolino tira de mí hacia el fondo y quedo a merced de objetos indefinidos que giran a mi alrededor, de una oscuridad primero turbia y después opaca. Allí abajo solo se escucha el estruendo de las aguas. Trato de buscar un apoyo que me ayude a impulsarme para salir y respirar, y casi sin saber cómo, logro alcanzar la superficie y ganar uno de los remansos que queda entre las rocas. Alargo la mano para alcanzar la pértiga de un poste eléctrico, pero mis dedos deshacen la madera podrida. Al pasar bajo la arcada siento algo lacerante en el costado y por un segundo me quedo sin respiración. A la derecha hay un viejo pantalán y los restos de una barcaza hundida. Cuento hasta tres y dirijo todos mis

esfuerzos en llegar a nado hacia allí. Siento los músculos de los brazos, la falta de respiración...

Me hundo.

Apenas avanzo.

Buceo inútilmente y la corriente me doblega.

Me arrastra.

Mis yemas rozan un cabo sin agarrarlo.

Estoy demasiado lejos.

Respira, me digo, respira.

Mantén la calma.

No debo entrar en pánico. Hacerlo sería como rendirse. Así que la muerte es esto, dejar de oponerse, dejarse llevar. Siento cómo la corriente tira de mí y cuanto más me muevo menos logro avanzar. Estoy debajo del agua. De repente todo queda en silencio y sé que voy a morir. Ahí, sentado en ese lecho de arcilla, la veo. Sé que no es ella porque no puede ser ella, sino una aparición debida a la falta de oxígeno o al miedo. Lleva aquel vestido rosa de tirantes hecho jirones y la corriente los agita al igual que a su cabello. Cuando mis pulmones empiezan a arder y el agua alcanza los bronquios, Monica me dice que no debo tener miedo. Me gustaría preguntarle si he sido un buen marido, un buen padre, si hice lo correcto, si la que estaba en esa habitación era realmente ella, si mereció la pena, pero me siento ridículo y fuera de lugar y solo hay tiempo para el movimiento que cesa y el silencio que sobreviene. Quién nos echará de menos. A ti. A mí. A nosotros. A lo que fuimos. Entonces inspiro y siento cómo el agua entra por mis fosas nasales, limpia y helada, cómo alcanza mi garganta hasta provocar el primer espasmo, el segundo, cómo me voy al fondo igual que un bloque de hormigón y me rodea un gradiente de oscuridad que se cierne sobre mí, no, no siento pánico, todo lo contrario, no siento nada y sentir nada es placentero, apenas una quemazón en el pecho y luego, bueno, luego el pensamiento de que morir es algo mecánico y sorprendentemente sencillo.

57

Séptimo día

Siento una fuerte presión en el pecho.

Un, dos, tres.

Mis pulmones crujen como una bolsa de cartón lacrado.

Un, dos, tres.

Unos labios blandos y levemente húmedos se acercan a los míos.

Un, dos, tres.

Mi esófago arde por dentro.

Un, dos...

Tras los párpados se expande el resplandor naranja del sol.

... tres, un...

Los cantos rodados se clavan en mi espalda. La humedad del mantillo...

... dos...

El arrullo del agua y la brisa levanta un ligerísimo olor a turba.

Un, dos...

¡Ya está aquí!, escucho que dice la voz.

Tosa, échelo todo fuera. Un poco más. Respire. Así. Ahora.

Trato de abrir los ojos, pero el esfuerzo de adaptarme al mundo parece inasumible. Como una imagen que se sincroniza, los trinos y los tonos verdosos cobran forma y orden y asumen su jerarquía como un origen y su consecuencia, enfoco alrededor y las vías aéreas se liberan por fin.

Poco a poco, tranquilo, no, no se mueva.

Elsa sujeta mi cabeza con la palma de la mano. Me coloca de lado para vaciar mis pulmones y veo como un grupo de gruesas

lombrices anilladas se retuercen entre las piedras. Son largas. Hay docenas de ellas y tienen un pequeño punto negro en lo que parece la cabeza o el ano.

Tiene que levantarse. Aquí no estamos seguros.

Sé que estoy vivo porque la escucho y la veo, pero internamente sigo en el fondo del río. Me pregunto cómo habré logrado salir. Apenas sé nadar y lo último que recuerdo es la serenidad de rendirme, ni siquiera el dolor o la asfixia..., sin duda la corriente me ha arrastrado hasta la orilla..., pero cómo es posible que haya permanecido horas a la intemperie con este frío gélido... Ahora, sin embargo, el río es un inofensivo meandro que cabrillea bajo la luz del sol.

Le dije que no fuera a la cacería, dice Elsa. Venga, trate de levantarse.

No puede con mi peso, así que intento focalizar mi fuerza en las piernas y la zona abdominal, pero algo se ha roto dentro de mí y me rindo.

¿Me cree ahora?

Trato de hablar, pero solo surge un eco gutural.

No hable, no se canse.

Querría preguntarle cómo ha dado conmigo, cómo sabía que podría encontrarme precisamente en esta parte del río y, como si leyera mis pensamientos, añade:

Sabía que iría hacia la ermita, que iría por el río. ¿Qué otra cosa quedaba? Aun así, ¿sabe?, tuvo mucha suerte. Le encontré antes que Simon y los suyos. Le creen muerto y eso nos da alguna ventaja...

Elsa me ha desnudado y me cubre con una manta para que entre en calor.

Todavía tenemos una oportunidad, dice, nos esconderemos allí y le contaré lo que tiene que hacer para salir de aquí. Por suerte, esto casi ha terminado para usted.

Elsa señala la puerta de la granja y las mesas con los restos de la fiesta.

¡Mira!

Hay platos sucios con huesecillos y restos por todas partes, incluso una cabeza carbonizada de cordero que ha rodado casi intacta por el talud de la pradera. Pero lo que más sorprende, sin embargo, no es el desorden, ni el silencio absoluto —ni un gorjeo de los pájaros o el sonido del agua discurriendo bajo la tierra—, sino todos esos cuerpos desnudos y amontonados. Docenas de ellos tendidos por la pradera en posturas impúdicas, contorsionados como si hubieran participado de una bacanal y el mismo Baco hubiera caído sobre ellos paralizando la vida y congelando ese instante orgiástico para la eternidad.

Está ahí dentro, dice Elsa, vi cómo lo metían.

¿Qué demonios ha pasado aquí?

No hay tiempo para explicaciones.

Pero…

… pronto despertarán y todo comenzará de nuevo.

Dejo que Elsa me lleve entre la montaña de cuerpos, de niños y ancianos, de hombres y mujeres entrelazando sus extremidades en un amontonamiento de genitales y nalgas, de axilas y costillares, de pechos consumidos y dedos agarrotados. No hay restos de sangre ni orificios de disparos, parece más bien que mientras bailaban o comían algo los fulminó y cayeron en esas posiciones, intactos, carbonizados sin embargo por dentro. La imagen remite a Sodoma y Gomorra, y antes que a ellas, a las fiestas que las tribus neolíticas solían celebrar en el solsticio de la primavera y que empleaban la orgía como eje cohesivo de sus miembros. Reconozco a Yos. Una cabeza de niña permanece entre sus piernas hinchadas. El pie de la directora descansa sobre el vientre de la señora Schäfer. Una mano diminuta sobresale del montón de cuerpos y calculo que no debe de tener más de cinco o seis años.

La primera vez impresiona, ¿verdad? ¡Vamos!

¿Adónde?

Por aquí.

¿Y las otras niñas?

Las busco en el escenario donde las vi por primera vez. Tanto

el violonchelo como los tres violines han sido abandonados en el altar.

Se marcharon.

¿Adónde?

Ahora mismo están en el jardín de los Härtmann.

Quieres decir que...

¡Muertas! Sus cuerpos..., excepto Annie. Ella habrá sobrevivido, como siempre...

Así que la función ha terminado.

O ha empezado, depende.

La luz de la montaña carece de nitidez y lo que nos rodea parece una fotografía sobreexpuesta. Comprendo. Quizá comprendo al fin. Dentro de una hora, quizá dos, Bruno Härtmann preparará su habitual taza de té amargo, besará a Ursula, y desde la ventana de la cocina observará algo anómalo en el jardín, las chicas, la tienda, algo pasa con tanto silencio. Y cuando salga lo primero que verá será el brazo enredado de Ofelia contra el viento. Su taza de té caerá al suelo. Desde la cocina, Ursula gritará sin demasiada convicción y será ella la que, un minuto después, llame a la policía.

Uno de los cuerpos —la falda negra por la cintura y sin ropa interior— se contrae cuando paso cerca. Tardo en darme cuenta de que es Eva y de que su vientre ha empezado a respirar con levedad, de un modo casi imperceptible.

Solo deme un segundo.

Me arrodillo junto a Eva, beso su frente y extiendo la falda sobre sus rodillas.

Debemos darnos prisa. ¿Lo escucha?

¿El qué?

Imagino que se refiere a ese rumor que baja de las montañas. Es como el sonido amplificado de un inmenso termitero.

¿Qué es?

Ya ha comenzado. En adelante debe seguir solo, darse prisa. Entre en la nave central. Ya estuvo la otra vez, ¿verdad? ¿Recuerda la sala de sacrificios? ¿Donde los corderos? Pues justo detrás está la sala de renovación... Allí verá la caja.

¿Qué caja?

La de él. Dese prisa. No tardarán en llegar. En unos minutos estará fuera.

¿Y usted?

Yo me quedo.

Pero sabrán que me ha ayudado.

Todo lo que soy está aquí.

La matarán.

Cuando despiertan, no recuerdan nada. Y sobre lo que recuerdan tienden a desconfiar. ¿Ha tenido alguna vez un *déjà vu?*

Varios, desde que estoy aquí varios.

Pues para ellos el pasado es eso.

¿Por qué correr riesgos?

Veo que no ha entendido.

¿El qué?

Lo que traté de explicarle en el museo... Aquí tengo una hija, una familia. Y ahí fuera, ¿qué tengo ahí afuera? Nada, era peluquera, siempre estaba en crisis y al borde de algo, vivía sola, tenía ataques de pánico, estuve muy enferma y no tenía dónde caerme muerta... Supongo que una semana en este lugar es preferible a toda la vida ahí fuera...

No querrá hacerme creer que prefiere esto a...

Usted no lo entendería. Para mí Christa es lo más importante.

Pero es... es...

¿Qué? ¿Un simulacro? Además, alguien tiene que quedarse aquí...

¿Por qué?

Por si usted no lo consigue.

Pero lo conseguiré. Y si lo consigo, todo esto desaparecerá, Christa, este lugar, usted...

Cuento con ello.

No podía juzgarla porque también yo había vivido seis meses en una jaula terrible y oscura y, hacía solo unas horas, había fantaseado con una vida simulada al lado de Eva. ¿Qué habría hecho yo si alguien me hubiera ofrecido la posibilidad de vivir en este valle con una Monica simulada? Una Monica indistinguible de

la real. Solo que para Elsa esa posibilidad era real.

Fíjese en estas montañas, me dice, cuando vivía en la ciudad me levantaba a las cinco. Me costaba salir de la cama. Vivía en un callejón. Aquí me levanto y miro esas montañas y siempre hay alguna ocupación por trivial que sea...

Cómo puede vivir aquí sabiendo que esto es un Gran Mentira.

Elsa sonríe.

¿Qué pasa?

Si cree que este lugar es una mentira, debería conocer de verdad el suyo.

Detrás de Elsa un hombre acaba de levantarse. Estira la espalda y mira hacia las cumbres como si no recordara nada. A su lado otra mujer despierta y al darse cuenta de que está desnuda se cubre con la blusa.

Es usted una mujer valiente.

¿Lo soy? ¿Qué más da? Váyase ya.

Adiós, Elsa.

Nicole.

¿Cómo?

Ahí fuera usted me conoce como Nicole.

Pero no entiendo...

Sí, claro que entiende.

Y sin añadir nada la veo desplomarse entre los cuerpos y fingir que es uno más de los que despiertan.

58

Lo que queda del cadáver de Immanuel Schulz está en una de las cajas de la sala de eliminación. Es una cámara sin refrigerar, oscura, en la que las cajas de acero comparten estantería con los corderos desollados. Me llevo la mano a la boca para evitar las moscas que zumban por todas partes. El suelo está cubierto de una gelatina de color rojo. Detrás de la mampara transparente veo lo que queda de él. No se han molestado en lavarlo o cambiarle la ropa, el mono de nitrilo está desgarrado y su rostro cubierto de glebas de barro. La caja está cerrada con tornillos de presión. Utilizo la misma llave que han usado para ajustarlos para abrir la tapa. La herida de bala de su vientre está cubierta de una sangre coagulada de color ciruela, un tanto irreal. Con el índice me abro paso en el orificio de carne fría y rígida y nada me hace pensar que no sea un cuerpo de carne y hueso. Abro uno de sus párpados y compruebo que la córnea se ha cubierto de una veladura opaca. Saco del bolsillo el tarro que me ha dado Elsa —una tintura de remolacha— y lo agito hasta que adquiere un color homogéneo que, siguiendo sus instrucciones, me aplico a la altura del vientre. Utilizo uno de los trácteles para levantar el cuerpo y arrastrarlo hasta la canal de despiece. Lo desnudo y me pongo su mono blanco. Con la polea lo llevo hasta la montaña de despojos donde lo suelto entre los restos eviscerados de los corderos. Solo sobresale su cabeza. Cuando voy a cubrirla, escucho un portazo al fondo del pasillo.

Amigo, le digo, aquí nos separamos.

Schulz es lo último que veo antes de entrar en la caja y arrastrar la tapa de metacrilato que encaja con un sonido hermético.

Será mejor..., dice alguien.

¿Mejor?

Ahí...

No, replica el otro, mejor llévalo tú.

A mí esto me da repelús. Ya lo has visto, están despertando. No me acostumbraré nunca.

Date prisa, tío.

Saldremos por detrás. ¿Vale?

¿No es raro?

¿El qué?

Nunca la dejan abierta.

¿Está abierta?

La tapa. Fíjate en los tornillos...

No te preocupes, ese ya no va a ninguna parte.

Casi puedo sentir su mirada recorriendo mi cuerpo, inspeccionándolo en busca de cualquier anomalía. Schulz y yo no somos idénticos, aunque ellos no lo saben. Escucho como la llave gira y los tornillos de presión sellan la caja. Supongo que el oxígeno aquí dentro se agotará en dos o tres horas, calculo. Escucho como levantan la estructura mientras el otro utiliza una eslinga para arrastrar la caja al portapalés. Sin duda no es la primera vez que lo hacen, parecen coordinarse a la perfección. Mientras me arrastran por el pasillo central de la nave, puedo ver las líneas de las vigas y los inmensos plafones de sodio. Sé que es demasiado pronto para que me haya quedado sin oxígeno, pero de repente me cuesta respirar, debo mantener la calma, limitar el volumen de aire que inspiro, debo ralentizar todo mi cuerpo, llevar mi mente a otra parte. Cuando por fin llegamos al exterior, escucho el cierre hidráulico y la apertura de las puertas del furgón.

¿Crees que lo lograrán?, pregunta un operario.

¿El qué?

Esto, todo esto. ¿No es una locura?

Tú empuja. Nos pagan para no pensar.

Alguien se lo ha estado pasando en grande aquí.

Apenas puedo ver un ángulo de lo que está ocurriendo en la pradera. Los cuerpos han empezado a desperezarse. Aquí y allá varios de ellos miran alrededor, confusos, observándose las manos.

Christa, la hija de Elsa, bosteza a pocos metros. Quizá ella sea la siguiente. Sé que es imposible que me haya visto, pero su mirada sigue la caja de aluminio en la que me transportan. La lluvia ha comenzado de nuevo y el viento de la montaña agita su cabello largo. De repente empieza a caminar hacia nosotros.

Mira, escucho qué dicen.

¿Qué le pasa a esa?

Parece que quiere venir con nosotros.

¿Tú crees?

Parecen más nerviosos de lo habitual.

Tú arranca.

Elsa también ha despertado, pero en vez de caminar con ellos se queda retrasada, mirándome en la retaguardia. Me dice adiós con la mano, avanza y toma la mano de su hija para llevarla hasta el límite del bosque de servales. El resto está a unos pocos metros de la furgoneta. Por fin meten la caja y escucho las correas de seguridad y el chirrido de las puertas. A través de los cristales polarizados distingo el rectángulo del cielo y la lluvia que ha empezado a tamborilear sobre la chapa. No tardamos en adentrarnos en la espesura abovedada de un bosque y ascender por un camino irregular hollado por la lluvia. Morir para nacer. ¿No es irónico? ¿Cuál de los dos había muerto en la orilla de aquel río? ¿Schulz o yo? ¿Quién viaja realmente en esta caja de acero? Al pasar junto a la ermita, el reflejo de su gran cruz de madera policromada se recorta contra el cristal inclinándose como si fuera a precipitarse sobre nosotros. Para los hinduistas, y para no pocas tribus de América y Oceanía, la vida es un ciclo de regeneraciones, a un acto final le sucede un primer acto y así continuamente.

Los neumáticos encajan en las roderas y la caja se tambalea.

Una vez Nicole me contó que esa luz al final del túnel que uno ve en el tránsito hacia la muerte no es otra cosa que la salida del canal uterino, la intensa luz del paritorio, que ese rumor no es otro que el de la matrona y los gritos de la madre. Morir para ser otro, dejar atrás lo que uno no pudo ser. Ni siquiera Elsa había sabido explicarme en qué consistía la puerta con exactitud.

Y, de repente, la total ausencia de ruido.

Algo hermético.

¿Silencio?

No exactamente.

Ausencia de sonido.

Solo el motor.

Y el cielo que resplandece.

La lluvia cesa —como si en el decorado alguien hubiera apagado la válvula— y una intensa luz centellea en el cilindro del techo.

Aquí ya nada irreal puede suceder.

... ponedle sobre la bandeja, dice una voz, ahí, bajo las toberas.

¿Aquí?

¿Cómo ha ido dentro?

No sé, están revueltos, cada día más... Me ponen los pelos de punta.

¿Tú te quedas?

Hay que acabar con ese, órdenes de arriba.

Arderá bien, dice la voz, todos lo hacen.

Eso lo dejo en tus manos.

Os veo luego, entonces.

Han depositado la caja sobre un tren de rodillos. Noto cómo la chapa a mi espalda ha empezado a caldearse y sobre mi cabeza oigo el ventilador de las toberas y el silbido de los inyectores de gasoil. De la trampilla surge un resplandor tibio y azulado.

Adiós, chicos.

Adiós.

El tipo que ha hablado primero lleva un mono de amianto y un protector facial en el que se reflejan las llamas del infiernillo. El fogonero tira de una cadena y arrastra una de las trampillas. Levanto la cabeza para ver qué sucede y en una de las paredes de la nave distingo un montón de cajas similares a la mía. El aire dentro de la caja de pronto se vuelve irrespirable.

No, grito, estoy aquí. Sigo vivo.

No puedo verle, pero casi puedo escuchar cómo se detiene en

seco y se dirige hacia la caja sin dar crédito.

¡Qué diablos!

¡Me estoy quedando sin aire!

En vez de abrir la caja, el fogonero habla por el transmisor con los dos tipos que me han traído hasta aquí.

... que sí, que está vivo..., dónde va a ser, ahí dentro, en el contenedor. ¿Qué hago? Que sí, que es posible..., cómo no voy a estar seguro, diles que vengan, que vengan de una vez... Sí, sí, me encargo hasta que estéis aquí...

Casi puedo sentirle merodeando alrededor de la caja sin decidirse a actuar.

No se preocupe, me dice, van a venir a ayudarle.

Por el tono de su voz sé que solo trata de ganar tiempo.

¡No soy Schulz! Ustedes creen que yo soy él, pero...

No se preocupe.

Estudié antropología en la Universidad de Münster y mi mujer es la fotógrafa Monica Martin. Tengo una hija. Trabajo para Wilhelm Keitel...

¿Para quién?

Para su jefe.

¿Mi jefe?

Igual le conoce como Wil o Wilhelm, como W. o Wagner o Wetopia, da igual... tiene mil nombres...

El hombre afloja los anclajes del contenedor.

¿Conoce a Keitel? ¿Por qué se ha metido ahí?

Justo detrás de él veo la compuerta del horno. La tolva es un inmenso rotatorio en cuyo interior burbujea la colada incandescente. A la entrada del tren hay tres cubilotes de chatarra para fundir.

¿Qué es este lugar?

La unidad de reciclaje y recomposición.

¿Un crematorio?

La solución final, dice riendo.

Hace mucho calor y los cristales de la nave están empañados. En realidad no es una nave sino un inmenso granero con los techos altos. El fogonero no debe fiarse de mí porque lleva en la mano

una de esas pértigas eléctricas que usaban en la granja. Sobre el puente grúa hay dos silos con la inscripción C_3H_8.

¿Como en Auschwitz?

¿Cómo?

Ese tipo de propano.

Es el más rápido. Este lugar fue diseñado para ser eficiente.

Alguien llama por el transmisor.

Sí, dice que trabaja para..., ¿para quién?

Wilhelm, Wilhelm Keitel.

Por un momento me da la espalda y veo un banco de trabajo y sobre él un soplete de mango largo que podría servirme para... Pero apenas he estirado el brazo cuando siento un dolor lacerante en el hombro. Caigo al suelo y logro agarrar con las dos manos la manguera del soplete. Ni siquiera sé de dónde he sacado las fuerzas para levantarme, pero cuando el fogonero se lanza contra mí, logro esquivarle, pero su pértiga roza los rodillos de los que saltan chispas azuladas. El hombre parece sorprendido de mi repentina agilidad. Da un paso atrás, lo suficiente como para dejarme vía libre.

Corro hacia la parte interior del almacén. La puerta es de tiras de goma transparente. El interior está en penumbra y corro hacia el fondo donde se dibuja un rectángulo de luz. Varios objetos cuelgan del techo. Mi perseguidor acciona el interruptor y, de repente, me veo rodeado por ellos, por todos ellos, hay cien, doscientos, todos colgando de perchas y ganchos, cuerpos exánimes, envases sin vida que sirven como repuestos. Media docena de Evas todas idénticas, con el mismo camisón rasgado en el hombro, descalzas y con los pies magullados, seis o siete Simons con su impecable uniforme de la policía rural renana, varios directores de hotel, incluso Lars, que se consideraba el último de los Welinguert, tiene aquí al menos diez réplicas, Adolf, Kathrin, todos, el doctor Härtmann y su mujer, el periodista con el que viajé a Mannheim y el chico que vendía periódicos en la estación central... El almacén es inmenso, así que podría haber casi un millar de sustitutos. Sin éxito, busco a Immanuel Schulz, incluso a mí mismo, pero el fogonero me pisa los talones. En la salida me

topo con un inmenso contenedor donde se amontonan manos y cabezas sueltas, supongo que son restos sobrantes, desparejos, pero lo que más llama mi atención es ese ejército de niñas de rostro intercambiable que flanquean la salida, los brazos paralelos al cuerpo y el camisón de sarga, la bota ortopédica y esa levísima sonrisa en el rostro brutal.

Salga, escucho que dice, no voy a hacerle nada.

En el exterior un vehículo acaba de llegar. Se escucha la puerta y las voces de los hombres. El fogonero apaga la luz y se dirige hacia ellos y yo aprovecho para cruzar entre las niñas como si de un momento a otro fueran a revivir y abalanzarse sobre mí.

59

Cruzo la carretera y distingo el letrero de la gasolinera, Familienkaffee, y justo debajo los surtidores y el taller de reparación. Las raíces del bosque han levantado el firme de la carretera que serpentea hacia el fondo del valle. Miro hacia atrás. Al granero-crematorio acaban de llegar dos camionetas cargadas de hombres. Recordé que, al llegar, Chloé me había contado que los colonos fabricaban aguardiente en ese lugar, y Gerda, la dueña de la cafetería, había ironizado al respecto. A mi espalda la chimenea de ladrillo refractario expulsa una intensa columna de humo negro. Así que, pienso, sigo dentro o en la frontera o en alguna especie de control de acceso.

Conforme me voy acercando distingo un Taunus marrón repostando con las puertas abiertas. ¡No puede ser! Sé que no puede ser, pero ese auto es el mismo en el que Chloé y yo llegamos a este lugar, la misma capota baqueteada, el mismo radiador cromado y ese ridículo atrapasueños de semillas colgado del retrovisor. Me agacho detrás del coche para que nadie pueda verme y, de repente, a mi espalda, escucho un gruñido. Al darme la vuelta veo a esa niña del vestido rojo, solo que ahora sé que no es la hija de Gerda y Heine, como había supuesto, sino una versión terminal de Annie Härtmann, un desecho defectuoso. Camina sobre las palmas y con la grupa en alto y su mirada refleja la hostilidad de un perro de presa. La bota ortopédica tintinea contra la cadena que la mantiene atada a la bajante del taller y los grilletes han deformado su tobillo. Sé que a pesar de todo no va a atacarme, que me ha reconocido y es solo una niña de trece años asustada. Hacía solo unas horas la había visto a ella, o una versión de ella, subida en una de esas caravanas convertida en la preciosa Reina de la Primavera, saludando a su público desde la plataforma. Temo que

sus gruñidos vayan a atraer la atención de Gerda y le digo que se tranquilice. Estoy de tu parte, le digo, te ayudaré a escapar. Sé que lo importante no es lo que le digo, sino el tono que empleo para hacerlo. Ella ladea el rostro. Miro hacia la cafetería y veo al mecánico con su mono azul hablando al otro lado de la vidriera, así que entro en su garaje y busco en el banco de herramientas una cizalla para romper la cadena. Al final uso un destornillador con el que apalanco los eslabones hasta que uno de ellos se abre unos milímetros. La niña lo observa todo con curiosidad. Apesta a orines y bosta de vaca y su pelo no es largo y cobrizo, sino que está cubierto de serrín, restos de tierra y pequeñas cánulas de heno. Por fin logro abrir la anilla y la cadena queda partida en mitad del polvo.

Venga, le digo, ¡lárgate de aquí! Eres libre.

Mira hacia donde le señalo y luego otra vez a mí.

Aléjate. Sigue esa carretera, allí, allí, ¿me entiendes?, en esa dirección todo el rato. Y no mires atrás, nunca mires atrás.

Primero tibiamente, y después con determinación, se aleja agachada tras el mamparo del taller. Los eslabones que arrastra levantan una nube de polvo que la delata. Se acerca a la cafetería y mira hacia el interior. Luego me mira a mí y vuelve a mirar hacia el interior.

Por ahí no, le digo, hacia el valle.

Pero ella no me escucha. Se abre la puerta y Heine sale con la escopeta en la mano. Annie empieza a correr hacia la carretera. ¡Así que es eso! Yo mismo me había preguntado hace una semana quién había cortado la cadena, cómo había logrado liberarse y si Heine, finalmente, acabaría por dar alcance a su hija. La pequeña pasa a mi lado cojeando del pie derecho y levanta una espesa nube de humo.

Trago saliva.

Ni siquiera yo, después de todo, estoy preparado.

Me acerco por el lateral hasta la ventana de la cafetería y veo a Chloé comiendo un pedazo de tarta de manzana. Inmediatamente me alegro de que esté viva y su muerte sea un juego, una nueva representación, pero cuando miro hacia los aseos veo una silueta

que se adentra en ellos. Chloé mira hacia el exterior. Parece inquieta por lo que está sucediendo fuera, los gritos de Heine, la huida de la niña, quizá ya sabe o ha pasado antes por aquí... Y es entonces cuando nuestras miradas se cruzan. No dice nada, tampoco gesticula ni trata de advertirme, se limita a mirar hacia el fondo del local para ver si el otro que soy yo regresa de una vez. Sé lo que tengo que hacer, precisamente lo que ellos desean que no haga, acabar con esta locura, romper el ciclo y evitar que siga perpetuándose hasta el fin de los tiempos. Pegado a la pared me agacho junto al ventanuco de ventilación. Apenas si distingo un par de urinarios atascados y la advertencia ¡CUIDADO CON LAS RATAS JUDENSCHWEIN! Tal y como recordaba, el estado de los retretes es calamitoso. Le veo agachado en una de las letrinas y pronuncio su nombre, mi nombre en realidad, y él levanta la cabeza. Si logro explicarle lo que sucede aquí, si rompemos esta secuencia todo habrá acabado, pero antes de que pueda decir nada escucho las ruedas de la camioneta de los cazadores derrapando a mi espalda.

¡Aquí está!, dicen, por aquí.

60

No sabría calcular el tiempo que llevo alejándome de la carretera sin lograrlo. Cada vez que miro atrás, observo la misma línea gris que zigzaguea al fondo del valle, la chimenea del crematorio y, un poco a la derecha, la ménsula de la gasolinera. Camino y no avanzo como si el espacio-tiempo se doblegara sobre sí mismo. Cada pocos minutos, se escucha el sonido de los disparos de mis perseguidores, que desde hace horas permanecen inmóviles en el mismo punto sin darme alcance. Cuanto más cerca están, mayor es mi necesidad de huir. Si los observo, veo cómo la camioneta levanta una discreta nube de polvo, cruza frente al depósito y se pierde bajo la línea de la rasante y, cuando segundos después vuelvo a mirar, la camioneta levanta la misma nube de polvo frente al mismo depósito de agua. Nada de esto puede estar ocurriendo porque contraviene las leyes más elementales de la física, pero es imposible no suponer que lo que me rodea o no es real, o forma parte de un mundo simulado, o es una proyección de algún otro lugar donde otro como yo trata de escapar y otros como ellos le persiguen de modo incansable. Frente a los matorrales siempre inalcanzables y desdibujados por el calor, el sol ardiente perfila los muros de una casa en ruinas. Siento la repentina urgencia de dejarme llevar por la absoluta carencia de sentido, pero algo, quizá la presunción de la cercanía de un final, me lo impide. Cuál es la meta de un juego que se reproduce a sí mismo eternamente. Acaso no me había convertido yo mismo, como Eva y Annie y cada uno de ellos, en un ser intercambiable que llegaba y escapaba eternamente de este lugar sin lograrlo. Acaso no era yo más real que ese tipo que ahora, en este mismo instante, estaría remontando la ladera norte y sería recibido por el comité de bienvenida del Bahnstadt. ¿Sería también antropólogo?, ¿tendría

una hija como yo? ¿O sería una versión del malogrado profesor de música?

Por delante, solo la tierra yerma y la ausencia absoluta de viento. Tropiezo con una roca con la que ya he tropezado, ¿cuántas van ya?, quince, dieciséis veces, solo que ahora, a diferencia de antes, me dejo caer al suelo y me rindo. Mis zapatillas deshilachadas muestran un pedazo de calcetín. Son las viejas zapatillas de Schulz que guardaba en aquel colector. Quién murió realmente allí, quién ha prevalecido, el hombre que se casó con Monica y tuvo una hija con ella o el que no logró olvidarla durante décadas y encontró de modo casual su teléfono durante una mudanza y... Quizá no seamos excluyentes, quizá ambos seamos diseminaciones del mismo hombre urgidos por la búsqueda de un sentido, quizá no haya un original y un secundario, como siempre había creído, sino vidas simultáneas que discurren en líneas paralelas al margen de jerarquías e imposiciones, elecciones invisibles que creemos descartadas, y que, sin embargo, toman vida propia y deambulan trenzándose con nosotros, interrogándonos, tentándonos con la nostalgia de lo que nunca llegamos a ser. La muerte de Schulz había contado con una escenografía intachable, la herida, la mirada de sorpresa, el modo en que cayó a las aguas inmundas desde el murete a ese colector; nadie habría dudado, pero ahora, al mover los dedos reparo en que la herida que una vez tuve en el tobillo y que me produjo la trampa de los cazadores hace cinco días no solo no me duele, sino que ha desaparecido sin dejar rastro. ¿Cómo es posible? Cómo logré sobrevivir a mi propio ahogamiento, de dónde saqué las fuerzas para escapar.

Sé que, si sigo así, enloqueceré.

Los disparos.

Cada pocos segundos:

Los disparos.

La camioneta.

El ladrido de Handk.

La misma nube de polvo.

El mismo sendero y las mismas piedras amontonadas.

Levanto una de ellas, la de arriba, la que conforma el vértice,

y compruebo que la de abajo también es una piedra blanca y de forma similar, también ligeramente apuntada. Debajo de esa hay otra igual, y así hasta que alcanzo la base que esconde un terreno húmedo y amarronado. Vuelvo a escuchar los disparos, el mismo ladrido de Handk, la misma nube de polvo girando sobre la camioneta encabritada. Pongo la mano sobre el montón de piedras y estiro los dedos. Levanto una de ellas a la altura de la cabeza y la dejo caer sobre mi antebrazo. Instantáneamente el dolor asciende hacia el hombro, pero sé que es solo un acto reflejo de mi cerebro, y, cuando levanto la piedra, apenas si hay un rasguño en mi piel, así que vuelvo a golpear, la misma nube de polvo frente al mismo abrevadero, la misma montaña increíblemente verde en mitad del desierto, la luz radiante y por fin la piedra que desprende un jirón de piel cuya textura es la del papel maché. A través de la herida veo la línea blanca del hueso carpiano, los tendones rosados y la masa de músculos y pequeñas formaciones que empieza a sangrar alrededor de mi antebrazo. Soy humano. El humano. Me siento como Saulo camino de Damasco, un escéptico al que su caballo derriba cegado por la luz, convertido en Pablo tras la revelación. La forma y dimensiones de la herida son parecidas a las que Chloé tenía en los brazos. ¿Soy humana?, recuerdo que me había preguntado aquel día, de espaldas, medio desnuda, a veces este sitio te hace dudar. Tóqueme. No había entendido su pregunta entonces, ni sus intenciones reales, pero ahora todo parecía cuadrar como la filmación de un jarrón de vidrio que explota y luego es proyectado en orden reversivo, es decir, cada guijarro se eleva del suelo y ocupa su lugar exacto configurando así el volumen que contiene.

Los disparos.

Uno, dos.

El ladrido de Handk.

La columna de polvo.

Al lado de una de las piedras distingo una lagartija. Una veta amarilla cruza su dorsal verde. Quizá siempre ha estado ahí, surgiendo con su cabecita entre las rocas, mirándome, pero, ocupado como estaba en mis perseguidores, nunca la he visto. De

repente una culebra que ha permanecido camuflada bajo el polvo se contrae y, en una convulsión, la atrapa arrastrándola entre las fauces. La lagartija agoniza y se contrae entre los colmillos de la serpiente. Engulle primero la cola, pero la cabeza deformada por la falta de aire es demasiado grande y, por un instante, parece un animal mitológico de cuatro ojos y dos bocas. Siento la piel atirantada por el sol, el aturdimiento de los disparos, el montón de piedras otra vez delante, la montaña verde que se proyecta en mitad del desierto. Corto una tira de la parte baja de la camisa y envuelvo mi brazo, lo aprieto contra el pecho y cuando miro hacia el montón de piedras veo a otra lagartija que me observa como la vez anterior. La serpiente no tarda en aparecer..., escucho los disparos, la nube, la víbora reptando muy despacio por culpa del vientre hinchado hacia los restos de la casa en ruinas. Parece un molino o una torre vigía o todo eso a la vez. Alrededor de ella crecen los vilanos de los dientes de león. La serpiente desaparece en sus cimientos y la camioneta levanta otro montoncito de polvo, los disparos provocan un nuevo eco insondable, ya familiar y los surtidores rojos de la gasolinera brillan bajo el sol ardiente, la misma quebrada inmutable en la distancia y el tiempo girando en círculos estáticos e interminables...

Alguien sale de la casa.

Disparos.

Quizá ha estado saliendo todo el rato.

Y yo con mis perseguidores detrás, con la lagartija y la serpiente y el montoncito de piedras...

Pero ahora la tierra empieza a temblar.

¿Cómo es posible que no la haya visto antes?

Lleva el mismo vestido de tirantes que el día que abandonó el sanatorio y colgada del cuello su inconfundible Nikon, ¿has escuchado alguna vez el sonido de un obturador de la serie F12? Ha venido a buscarme, sé que es ella, ¿estás aquí?, ¿eres real?, la misma Monica con la que me casé y tuve una niña, la misma que me esperaba a la salida del jazzclub de la Wibautstraat, la misma que esa noche me dijo no creas que te quiero, yo a ti tampoco, así no podremos joderla nunca; la que encontré en el suelo de la

cocina mientras las lentejas chorreaban por el alicatado, la mujer que me daba la espalda cada noche en la cama y la chica tímida que se cambiaba de bañador tras las dunas del estuario de Dollart, la que nunca tuvo problemas con su hija adolescente, la que sí, la que me dio veinte años silenciosos y desapercibidos, sostenidos en una respiración que amenazaba con quebrarse, la que se enfadaba si al entrar en casa no me descalzaba, es todas las Monicas en una, las que fue y las que yo nunca viví, las que jamás viviré; señala a mi espalda algo que no quiero ver porque si parpadeo sé que la perderé para siempre, ahora sí, pero cuando miro veo sobre la montaña los restos encarnados de lo que parece el hongo de una inmensa detonación nuclear, un dios uncido de ira y luz y oscuridad...

Me tapo la cara con el antebrazo.

Tal es el resplandor de la noche.

Por debajo de la tierra se escucha el murmullo de miles y millones de insectos que se agitan bajo la inmensa lámina de látex que es el mundo, la víbora acaba de devorar a la lagartija cuando los insectos empiezan a devorar el mundo y salen por millones, afloran a los pies de la montaña, son tantos que forman un espeso granulado que deforma la carretera y la montaña, que hace tambalearse la chimenea del crematorio y el café familiar, grises, negras, millones de pequeñísimas termitas insaciables avanzan como una línea de sombra cubriendo la ladera y sumiendo al mundo en una penumbra inexorable, los surtidores, la furgoneta, la línea de la carretera, todo. A mi lado pasan cientos de corderos —brrrrrrr— tratando de escapar de lo que quiera que consume el mundo. De las montañas ya solo queda una masa informe y casi indistinguible de ceniza gris, una masa que desdibuja los contornos y los sumerge en la más absoluta opacidad. Da la impresión de que lo que hay al otro lado de esos millones de insectos solo es un abismo, un agujero negro o la misma ausencia sin definición, null, recuerdo, ¿sabe usted lo que es null?, y la furgoneta levanta su habitual nube de polvo en el momento en que pasa junto al depósito, y la línea negra, esa inmensa mandíbula de sombra y nada la devora. Está tan cerca de mí que casi puedo ver los

pequeños pedazos cúbicos de ceniza en que se descompone, los corderos brrrrrrr huyen del peligro pero son engullidos por esa sustancia negra, que no es brea, que es brrrbrrrrbrrrbrrrrbrrrbr4c 6c 65 61rrrbrrrbrrrrbrrrbrrrr...

Escapa, dice ella.

Su vestido, impulsado por el último viento, flamea sobre la colina.

De tirantes.

Rosa.

El mismo de aquel domingo cuando volvimos a casa y puse la mano sobre su rodilla.

Corre.

No vuelvas a dejarme aquí.

No me dejes solo.

El rumor de los insectos deforma incluso las palabras, las desdobla y el perdóname que pronuncio se convierte en un vocablo que más parece un aullido, no te vayas... Brrrrrrrrbrrrrrrrr76 61 62 la distancia que nos separa es de apenas una zancada, si extiendo el brazo casi puedo... 65 20 75 6e 20 73 podría alcanzarla, pero cuando lo hago mis dedos comienzan a oscurecerse como si los cubriera una tinta opaca e irremisible... Siento lo que sea que se infiltra a través de brrrrr6f 20 73 75rrrrr y la yema de brrrrrr brrrrr de los dedos se convierte en un polvo finísimo que el viento arrastra, la quebrada brrrbrrr53 69 6rbrrrbrrrrbrrrbrrrrbrrrbr6d 69 y luego desaparece la mano, incluso la sombra que se proyecta me rodea y envuelve y el dolor del brazo desaparece y casi puedo rozar el cabello de Monica cuando nos sumergimos al otro lado de la línea brrrrrr9 6e 6d y me escucho gritar, ¿me escucho?, ¿por ahora?, ¿por qué61 64 6f 20brrrr? rodeado de una oscuridad cegadora que 45 6c 20 76 69 61 6a 65 72 6f 20 balido, el 70 61 72 65 63 ed 61 20 68 61 62 65 72 20 61 63 65 70 74 61 64 6f 20 73 f3 6c 6f 20 70 6f 72 20 63 6f 72 74 65 73 ed 61 20 6c 61 20 69 6e 76 69 74 61 63 69 f3 6e 20 64 65 6c 20 63 6f 6d 61 6e 64 61 6e 74 65 2c 20 71 75 69 65 corre, aún hay... 69 6e 73 69 73 74 69 f3 20 70 61 72 61 20 71 75 65 20 70 72 65 73 65 6e 63 69 61 72 61 20 6c 61 20 65 6a 65 63 75 63 69 f3 6e 20 64 65 20 75 6e 20 73

6f 6c 64 61 64 6f 20 71 75 65 20 68 61 62 ed 61 20 73 69 64 6f 20 63 6f 6e 64 65 6e 61 64 6f 20 70 6f 72 20 64 65 73 6f 62 65 64 69 65 6e 63 69 61 20 79 20 6f 66 65 6e 73 61 20 61 20 75 6e 20 73 75 70 65 72 69 6f 72 2e 20 45 6c 20 69 6e 74 65 72 e9 73 20 70 6f 72 20 65 no vuelvas a dejarme, ni se te ocurra, la quebrada de la carretera 73 74 61 20 65 6a 65 63 75 63 69 f3 6e 20 74 61 6d 70 6f 63 6f 20 65 73 20 71 75 65 20 66 75 65 72 61 20 64 65 6d 61 73 69 61 64 6f 20 67 72 61 6e 64 65 20 65 6e 20 6c 61 prométemelo, prom 6f 6e 69 61 20 70 65 6e 69 74 65 6e 63 69 61 72 69 61 2e 20 41 6c 20 6d 65 6e 6f 73 20 61 71 75 ed 2c 20 65 6e 20 65 6c 20 70 65 71 75 65 f1 6f 20 Jamás, nunca jamás 76 61 6c 65 2c 20 70 72 6f 66 75 6e 64 6f 20 79 20 61 72 65 6e 6f 73 6f 2c 20 72 6f 64 65 61 64 6f 20 64 65 20 6c 61 64 65 72 61 73 20 70 65 6c 61 64 61 73 2c 20 61 70 61 72 74 65 20 64 65 6c 20 6f 66 69 63 69 61 6c 20 79 20 64 65 6c 20 76 69 61 6a 65 72 6f 2c 20 73 f3 6c 6f 20 65 73 74 61 62 61 6e 20 70 72 65 73 65 6e 74 65 73 20 65 6c 20 63 6f 6e 64 65 6e 61 64 6f 2c 20 75 6e 20 68 6f 6d 62 72 65 20 6c 65 72 64 6f 20 64 65 20 70 f3 6d 75 6c 6f 73 20 61 6e 63 68 6f 73 2c 20 63 6f 6e 20 65 6c 20 70 65 6c 6f 20 79 20 65 6c 20 72 6f 73 74 72 6f 20 64 65 73 61 6c 69 f1 61 64 6f 73 2c 20 79 20 75 6e 20 73 6f 6c 64 61 64 6f 20 61 73 69 67 6e 61 64 6f 20 70 61 72 61 20 6c 61 20 6f 63 61 73 69 f3 6e 2c 20 71 75 65 20 73 6f 73 74 65 6e los disparos, la línea negra 61 20 6c 61 20 70 65 73 61 64 61 20 63 61 64 65 6e 61 20 64 65 20 6c la víbora que entre las fauces... 61 20 71 75 65 20 73 61 6c ed 61 6e 20 6f 74 72 61 73 20 63 61 64 65 6e 61 73 20 6d e1 73 20 70 65 71 75 65 f1 61 73 20 63 6f 6e 20 6c 61 73 20 71 75 65 20 65 6c 20 63 6f 6e 64 65 6e 61 64 6f 20 65 73 74 61 62 61 20 73 75 6a 65 74 6f 20 70 6f 72 20 6c 6f 73 los disparos, amor 20 74 6f 62 69 6c 6f 73 20 79 20 6c 61 73 20 6d 75 f1 65 63 61 73 2c 20 61 73 ed 20 63 6f 6d 6f 20 70 6f 72 20 65 6c 20 63 75 65 6c 6c 6f 2c 20 79 20 71 75 65 20 74 61 6d 62 69 e9 6e 20 65 73 74 61 62 61 6e 20 20 65 6e 74 72 65 20 73 ed 20 6d 65 64 69 61 6e 74 65 65 6e 61 73 20 64 65 20 65 73 6c 61 62 6f 6e 65 73 2e 20 50 20 6c 6f 20 64 65 6d e1 73 2c 20 61 6c 20 63 6f 6e 64 65 6e 61 64 6f 20 73 65 20 6c 65 20 76 65 ed 61 20 74 61 6e 20 63 61 6e 69 6e 61 6d 65

6e 74 65 20 73 75 6d 69 73 6f 20 71 75 65 20 64 61 62 61 20 6c
61 20 69 6d 70 72 65 73 69 f3 6e 20 64 65 20 71 75 65 20 70 6f
64 ed 61 20 64 65 6a e1 72 73 65 6c 65 20 63 6f 72 72 65 72 20
6c 69 62 72 65 6d 65 6e 74 65 20 70 6f 72 20 6c 61 73 20 6c 61
64 65 72 61 73 20 79 20 71 75 65 2c 20 6c 6c 65 67 61 64 61 20
6c 61 20 68 6f 72 61 20 64 65 20 6c 61 20 65 6a 65 63 75 63 69
f3 6e 2c 20 62 61 73 74 61 72 ed 61 20 6c 6c 61 6d 61 72 6c 6f 20
63 6f 6e 20 75 6e 20 73 69 6c 62 69 64 6f 20 70 61 72 61 20 71
75 65 20 61 63 75 64 69 65 72 61 2e 0d 0a 45 6c 20 76 69 61 6a
65 72 6f 20 74 65 6e ed 61 20 70 6f 63 6f 20 69 6e 74 65 72 e9 73
20 65 6e 20 65 6c 20 61 70 61 72 61 74 6f 20 65 20 69 62 61 20
64 65 20 61 63 e1 20 70 61 72 61 20 61 6c 6c e1 20 64 65 74 72
e1 73 20 64 65 6c 20 63 6f 6e 64 65 6e 61 64 6f 20 63 6f 6e 20 63
61 73 69 20 70 61 6c 70 61 62 6c 65 20 69 6e 64 69 66 65 72 65
6e 63 69 61 2c 20 6d 69 65 6e 74 72 61 73 20 65 6c 20 6f 66 69
63 69 61 6c 20 73 65 20 6f 63 75 70 61 62 61 20 64 65 20 6c 6f
73 20 fa 6c 74 69 6d 6f 73 20 70 72 65 70 61 72 61 74 69 76 6f
73 2c 20 74 61 6e 20 70 72 6f 6e 74 6f 20 73 65 20 65 73 63 75
72 72 ed 61 20 62 61 6a 6f 20 65 6c 20 61 70 61 72 61 74 6f 2c
20 70 72 6f 66 75 6e 64 61 6d 65 6e 74 65 amor mío 20 69 6e 73
74 61 6c 61 64 6f 20 65 6e 20 6c 61 20 74 69 65 72 72 61 2c 20
63 6f 6d 6f 20 73 65 20 73 75 62 ed 61 20 61 20 75 6e 61 20 65
73 63 61 6c 65 72 61 20 70 61 72 61 20 69 6e 73 70 65 63 63 69
6f 6e 61 72 20 6c 61 73 20 70 61 72 74 65 73 20 73 75 70 65 72
69 6f 72 65 73 2e 20 c9 73 74 6f 73 20 65 72 61 6e 20 74 72 61
62 61 6a 6f 73 20 71 00 00 00 73 00 00 73 00 00 00 00 00 00 00
00 0000 00 00 00 00 00 00 00 00 00 00 00 00 00 00 00 00 73 00 00
00 00 00 00 00 00 00 00 0000 00 00 00 00 00 00 0000 00 00 00
00 00 00 00 00 00 00 00 00 00 00 00 00 00 00 00 00 00 00 00 00

Ámsterdam

61

Algo se clava en mi espalda.

No son insectos, ni piedras, ni...

El leve hormigueo en las manos y en las puntas de los pies va desapareciendo..., más bien parecen las patillas de silicona de una de esas gafas de realidad combinada..., son las iGlass que Chloé me regaló, ¿dónde ocurrió eso?, ¿hace cuánto? Sí, fue aquella primera noche en el hotel, ¿qué hotel? El Waldorf, el Waldorf Astoria, ese al que iba Fitzgerald y su mujer, ¿de qué hablas?, ¿qué tiene que ver aquí Fitzgerald? Se habrán caído mientras dormía. Cuando al fin logro enfocar la imagen veo en la pared esa lámina en blanco y negro del canal del Herengracht, el escritorio Portobello y encima el paquetito marrón de hongos y la botella de..., ¿cómo era? Sinatra, botella número veintidós de un total de trescientas... Estoy tumbado en la *king size* del hotel, flotando en el mismo edredón de ranúnculos amarillos. Y a los pies de la cama..., mi camisa blanca y la chaqueta de corderoy arrugada y aún húmeda por culpa de la lluvia. ¡Cómo demonios he regresado a este lugar! Me levanto y me acerco a la ventana y observo el movimiento imperceptible del canal de madrugada, las arcadas casi confundidas con la pesada bruma del canal. Monica me había dicho que a esta parte del canal se la conoce como la curva dorada porque en ella vivieron los más ricos mercaderes del siglo XVII. En la mesilla está el Replicant que Chloé me regaló en sustitución del que yo extravié aquella tarde en el Bijlmermeer. Llovía, como hoy. También este es un modelo de octava generación. Lo tomo entre las manos y compruebo que son las seis y dos minutos del ¡17 de diciembre! Bajo el pie de la lamparilla de mesa está el billete de avión con el que regresé a Madrid, el mismo vuelo KL1703 con destino a Madrid. ¡Es ridículo! ¡Imposible! Quieren hacerme creer que nada de lo que sucedió ha

existido, que nada ha sido real o solo fruto de una mala noche de resaca y sustancias alucinógenas.

Me miro mi antebrazo.

Hace solo unos segundos había en él una herida que radiaba un intensísimo dolor al resto del cuerpo, pero ahora apenas si se aprecia un leve cambio de pigmentación. Y, sin embargo, el dolor sigue ahí, menos intenso pero indiscutible. Recordé que la mañana del 17 de diciembre, antes de tomar el avión a Madrid, atribuí ese dolor a una mala postura, a un tropiezo durante la noche o al simple hecho de que a cierta edad el cuerpo no se regenera como antes. El recepcionista me dio entonces dos píldoras de quinientos miligramos de naproxeno.

Suena el teléfono.

Señor, dice, son las seis y cuarto. La señorita Jaehn nos pidió que le despertáramos media hora antes del vuelo.

¿La señorita Jaehn?

Chloé Jaehn. Dijo que quizá no se despertaría a tiempo...

Está... ¿viva?

¿Quién, señor?

Chloé.

¿Qué quiere decir?

¡No es posible que la corporación haya logrado extirpar una semana de mi vida! ¡De la vida del mundo! Incluso para ellos es imposible. Como no respondo, el recepcionista añade:

El Uber le espera en veinte minutos. ¡Que tenga un día magnífico!

Entro en la bañera y al abrir el grifo una nube de vapor me envuelve por completo. Piensa. No debes resignarte. Tiene que haber algo en lo que no hayan reparado, un cabo suelto que demuestre que el valle del Bahnstadt existe, que yo estuve allí. Bajo al restaurante. Todavía no han abierto, pero a través del cristal traslúcido puedo ver a una camarera moviéndose entre las mesas. Llamo con los nudillos y, sin esperar respuesta, abro la puerta. El salón Peacock está a medio montar —las vajillas aún en los carros, las mesas sin manteles, todo a medias— y un chico, subido a una escalera, limpia con un trapo las lámparas de cristal

latonado. La camarera, que está preparando el almuerzo en las mesas del fondo, dobla las servilletas para crear pequeñas colas de pavo real.

No abrimos hasta las ocho, me dice, debe ir al Vault Bar..., le pondrán un desayuno continental...

Quería... quería preguntarle algo.

El chico que está subido en la escalera me mira con curiosidad.

¿Podría hablar con Sidney?

¿Sidney?

El jefe de sala que me atendió anoche.

No hay ningún Sidney.

En realidad se llamaba Sascha... Sascha o algo así.

¿Sidney o Sascha?

Era trans.

Sí, entiendo, pero creo que se confunde.

Nos recomendó el menú de lamprea.

No estamos en temporada.

Me dijo que habían logrado sintetizarlo...

Creo que no entiendo lo que quiere decir, señor.

La camarera parece azorada.

¿Y podría hablar con alguien de aquel servicio?

Yo misma. Suelo atender las mesas...

¿Y no me recuerda?

Debe entender que este salón tiene capacidad para más de cien personas...

Iba con una chica joven, mucho más joven que yo, veintipocos, así, de esta altura, muy guapa, llevaba un vestido verde precioso, de tirantes, vintage...

No sé si le entiendo.

Quizá elevo el tono más de la cuenta porque desde el otro extremo llega una mujer con chaqueta de franela y falda de tubo.

Marijke, ¿sucede algo?

Este señor...

¿Le podemos ayudar?

La verdadera jefa de sala lleva un iPad de 12,9 pulgadas y se

limita a reiterar la versión de la camarera. Lleva quince años organizando el salón Peacock y jamás ha trabajado con ninguna Sascha ni ningún Sidney.

Entonces no le importará que vayamos al reservado.

¿El reservado?

Sí, allí, detrás del empapelado hay una puerta falsa. Y dentro un piano, un Steinway de madera negra, y las paredes están cubiertas de vinilos...

No tenemos reservados.

Dígame, ¿cuánto cuesta la noche aquí?

¿Adónde quiere ir a parar?

Creo que eso me da derecho a...

La jefa de sala gesticula como si me diera por imposible.

Mire, no sé lo que está buscando ni lo que espera encontrar, pero...

Y antes de que responda, me dirijo hacia el fondo del salón. Atravieso los mismos murales de bosques nórdicos que aquel día, el mobiliario colonial de anea y la esfera armilar que ocupa el centro de la estancia. Detrás oigo su taconeo y a través de los espejos que cubren los machones la veo gesticular al personal para que regresen a sus trabajos y mantengan la calma.

¿Lo ve?

¿El qué?

La puerta. Hay una puerta camuflada.

Por supuesto.

Saca una tarjeta electrónica que pasa por delante del cerradero y se escucha el resorte cuando este se desbloquea. La puerta se abre, pero dentro solo hay uno de esos almacenes de lencería, carros de limpieza alineados junto a pilas de manteles y servilletas, cajas de cubiertos y estanterías repletas de vasos y copas.

Le dije que no había ningún reservado.

Miro arriba y distingo el vitral de la gran rosa roja debajo de la cual había tenido lugar nuestra reunión.

¿Y eso?

¿La vidriera?

¿Necesitan una vidriera así en un almacén como este?

Este edificio data del siglo XVI. Esa vidriera lleva ahí siglos..., en este lugar se reunían los más ricos comerciantes..., *sub rosa,* ¿le dice algo?

¿Cómo?

Es una expresión latina, significa «bajo la rosa», dice señalando el vitral, todo lo que se decía aquí era confidencial. No podía salir de estas paredes...

Ya veo. Seguro que tampoco conoce a Chloé.

¿Chloé?

Chloé Jaehn.

Si me la describe, igual pueda ayudarle.

Tiene un tatuaje aquí, le digo señalándome el hombro, y ese día llevaba un vestido verde algo anticuado para una chica de su edad. Es la asistente de Wilhelm Keitel.

¿Conoce al señor Keitel?

Cené con él aquí hace una semana.

Permítame que lo dude, y como cayendo en la cuenta de algo que había olvidado, añade: espere, espere un segundo. Se me ocurre algo. Dígame su nombre.

Consulta su tableta y al cabo de unos segundos dice:

Efectivamente, cenó ayer en el salón Peacock Alley y pidió un menú Reina y un vaso de agua.

¿Un menú Reina?

Schnitzel y patatas gratinadas del Bosso.

Gira la tableta hacia mí y veo la imagen de una cámara que, en efecto, me muestra cenando solo en una de las mesas del salón colonial.

Es un montaje.

¿El qué?

Ese vídeo.

Si me permite, le acompañaré fuera. Puede preguntar en recepción y quizá allí le den más información.

Nada más subir al coche, le digo que me lleve al Campus Sudoeste, pero el sintetizador me advierte de que perderé el vuelo KL1703 de las 8:15, que no debería... Tomo el control manual del coche y me dirijo al carril prioritario. Pronto llegamos a la Facultad de Programación y Biotecnología en la que impartí la conferencia. Una mujer a la que no conozco sale a mi encuentro. Tiene el pelo rubio y cardado, y al parecer ella, que se presenta como la secretaria de la facultad, sí me recuerda a la perfección.

Estuvo brillante ayer.

¿Podría acceder a la grabación?

¿La grabación?

De la conferencia.

Puede verla en el canal de la universidad.

¿Y recuerda a la chica que iba conmigo? Chloé, Chloé Jaehn.

¿Debería recordarla por algún motivo en particular?

Vuelvo a describirla, el tatuaje en el hombro, la estatura, veinticuatro años, la cicatriz en el antebrazo izquierdo...

Si mira a su alrededor, dice la secretaria, comprobará que muchas estudiantes responden a una descripción similar...

Mire, ¿puedo usar uno de sus ordenadores?

No sé si...

Debo localizar a mi hija. Lleva días sin tener noticias de mí y...

En ese caso..., claro, dispone de varios equipos en el recibidor. Necesitará esta tarjeta de acceso. Luego, cuando se vaya, puede dejarla en administración...

En el ordenador introduzco el nombre de Wilhelm Keitel y compruebo que varios rotativos recogen la fiesta que ayer presidió para ECOTIC, el organismo sin ánimo de lucro que recicla tecnología en Europa para el tercer mundo. Aparece junto a la reina consorte de Jordania y el actor de la nueva temporada de *Moonlight*. Amplío la fotografía y veo que, en efecto, no se trata de Keitel, al menos no del Keitel con el que estuve en el Peacock, se parecen, sin duda, pero el de la fotografía es alguien más alto, más joven, imagino que el sosia del que él me habló aquella noche, un sustituto que hacía las veces de él por cuestiones de seguridad en

eventos y fiestas benéficas. Según la crónica de *bunte.com* el acto se prolongó hasta las tres de la madrugada y Keitel logró recaudar donativos por valor de setenta millones de euros para el reciclaje de tecnología. En la siguiente página Keitel apadrina un ciclo de encuentros en la US entre los que se incluyen, además de una charla sobre ciberterrorismo de Evgeny Morozov, la que yo impartí sobre singularidad hace una semana. El vídeo cuenta ya con veintisiete millones de visualizaciones y más de cinco mil comentarios, la mitad mofándose de mis ideas arcaicas y la otra mitad criticando que me haya vendido al mejor pagador. Sé que por este lado no encontraré nada, que han borrado todos los rastros, cualquier indicio de lo que ocurrió. De repente, como un fogonazo recuerdo a aquel periodista que me encontré en el tren de Mannheim. Dijo que trabajaba para la sección de sucesos de un periódico local y que estuvo en el valle para cubrir la noticia de la muerte de las niñas. Se llamaba Hendrik Koch. Tecleo su nombre y el de la pequeña de los Härtmann. Antes de dar con él tengo que revisar las noticias del *Frankfurter,* el *Die Welt* y el liberal *Süddeutsche,* todos los que se publicaban en diciembre de 1983 y que dieron la noticia de las niñas. Hendrik Koch publicaba en el *Hna,* un periódico local con sede en Kassel. Es muy probable que leyera este artículo cuando me documenté para mi libro, pero entonces me había pasado desapercibido. Koch mencionaba que la muerte de las niñas había resultado incomprensible para los habitantes del valle —regodeándose en ese amarillismo morboso de la prensa de entonces—, pero añadía que, según había podido averiguar de una fuente no confirmada, la madre de una de las niñas, cuyas iniciales respondían a E.V., se había suicidado tras la muerte de su hija. La noticia estaba encabezada por una fotografía en blanco y negro de tres ataúdes de madera y el titular: DESGRACIA EN EL BAHNSTADT. Koch había hecho la fotografía desde la zona de las canastas enfocando hacia el graderío donde un grupo de vecinos se diseminaban por los asientos. Amplío la imagen al máximo. La resolución es mínima y algunos de esos rostros apenas son borrones engrandecidos, pero descubro entre ellos a Dorren Schäfer y, a su lado, a Katharina Stolterfoht, la directora del

instituto, que habla con Lars von Welinguert. Y es entonces cuando le veo. Está en la fila de arriba, solo y apartado del resto. No parece preocupado. En vez de observar la cancha, mira hacia el frente en la dirección en que se hace la fotografía, como si supiera que, cinco décadas después, nos encontraríamos él y yo a través del tiempo. A diferencia del resto, sus facciones se aprecian con bastante claridad, aunque, a pesar del parecido, nadie que viera esa fotografía hoy tomaría en serio mi insinuación de que ese tipo pueda ser yo.

Miro el reloj.

Apenas quedan veinte minutos para el vuelo.

La pista de Hendrik Koch se pierde en abril de 2010 cuando abandona el periodismo profesional aquejado de un cáncer linfático. Recordé que Elsa me había remarcado que la corporación, dueña de la mayor parte de nuestra huella digital, era experta en borrar rastros y crear registros falsos. No, tampoco había indicios de Chloé, ni de Sascha o Sidney. No, no estoy loco, no he imaginado todo esto, no estoy enfermo. En la universidad había leído ese poema en el que un chico sueña con una flor roja y se pregunta qué pasaría si al despertar encontrara a su lado esa flor. Entonces ¿qué? Coleridge, creo que era Coleridge, solo tengo que encontrar mi rosa, me digo, algo más consistente que este intenso dolor en mi antebrazo izquierdo.

Madrid

62

¡BIENVENIDO A CASA!

Todo se repite estrictamente igual, cuidando los detalles.

Hasta el último de los paneles de Schiphol mostraba el vuelo KL1703 de las 8:15, el mismo, ¡exactamente el mismo! que cuando regresé a Madrid hace una semana. A la salida del aeropuerto esperaba ese taxista malencarado —no podría jurar que fuera el mismo, pero sí muy parecido—, la misma emisora de radio, el interior forrado en microfibra marrón, el olor a tabaco, la medallita de San Cristóbal en la guantera... Al llegar a Atocha ha fanfarroneado sobre la manifestación de neoluditas con palabras que podrían ser las de la otra vez. Y en el exterior las mismas pancartas y los mismos eslóganes, el sonido atronador del helicóptero sobre nuestras cabezas. Hemos esquivado a los manifestantes girando por la calle Valencia antes de que los antidisturbios cargaran sobre los manifestantes. Y ahora, de nuevo, frente a la puerta: ¡BIENVENIDO A CASA!, la misma convincente sensación de ironía, el mismo dolor insoportable en el brazo.

Sé lo que quieren que crea.

El tiempo es el tiempo y nadie lo hace girar a su antojo.

Busco la llave.

Sonrío al buscar la llave.

Lo hago porque sé que, en vez de examinar primero en los bolsillos y después en el pantalón, las encontraré en el compartimento de la maleta, donde, en efecto, estaban entonces y siguen ahora. Cuando abra la puerta sonará el teléfono y escucharé de nuevo la voz de ese tipo que dice ser yo, y que probablemente lo sea, desdoblado en otro tiempo y otro lugar para advertirme de que, bajo ningún concepto, acceda a la propuesta de la corporación.

Giro la llave y nada más hacerlo escucho el leve siseo de los servomotores de las persianas. Dejo la maleta en el suelo y me siento frente al teléfono. Espero. Ni siquiera sé muy bien qué le responderé a ese tipo que soy yo, o una representación de mí, una variación malograda de lo que no pude ser, alguien atrapado en el interior de ese lugar... pero transcurre un minuto, quizá dos, y de repente tomo conciencia de que esta vez el teléfono no sonará, que *esa* llamada hoy no va a producirse. Aun así, me quedo junto al teléfono un rato más observando esa fotografía en la que Monica lleva el pelo a lo Sinead O'Connor y una camiseta de tirantes en la que puede leerse NO ME BURLARÉ DE PAPÁ NI DE MAMÁ. Soy presa del pánico cuando tampoco hoy soy capaz de reconocer nuestras fotografías, la de nuestra boda, la de ese rostro deslumbrado por la luz cegadora del estuario de Dollart, la mujer que lleva un despampanante vestido de tirantes en la fiesta que Springer organizó para la ZDF hace, ¿cuánto hace?, ¿qué es mi vida sino ese conjunto de doce o trece instantáneas? Fue en Berlín. ¿Y si realmente Monica nunca existió?, ¿y si también ella había sido otra simulación?, ¿una especie de Eva a este lado?

El asistente de mi teléfono vuelve a recordarme que Chase & Co tiene retenido mi vehículo y que tengo siete días para recuperarlo antes de la subasta. Sobre la encimera de la cocina sigue abierto el libro de Clifford Geertz con esa cita subrayada, el hombre, leo, es un animal suspendido en redes de significado que él mismo ha tejido, y a su lado, la papeleta para participar en un sorteo de cereales Golden Bridge. Vuelvo a leer el exorbitante importe del premio, aunque sé que es imposible que me toque porque jamás he comprado esa marca.

Mientras espero la llamada, enciendo el televisor.

Ningún coronel de la Europol habla de un ataque contra la Central de Procesamiento de Castellana Sur, del robo de trillones de gigas de información, tampoco hay rastro de las revueltas y manifestaciones contra la llamada Ley de Intervención de Datos Sensibles —por más que yo mismo, hace solo unos minutos, haya presenciado esas protestas—, solo se habla de una convención de eurócratas alemanes y holandeses que cuestionan la eficacia de lo

que llaman las economías del sur y una estadística del INE sobre el auge en el consumo de carne blanca previsto para la campaña navideña... Solo al final del noticiario, y antes de la previsión meteorológica, la presentadora menciona la desarticulación de una célula terrorista que preveía atentar contra la CPC. Al parecer han sido neutralizados gracias a un ataque de blanco prefijado con dron y un misil de corto alcance autodirigido por inteligencia artificial. La presentadora aclara lo controvertido de este tipo de acciones militares, pero añade que solo se consuman si el software de reconocimiento da un índice de fiabilidad superior al noventa y ocho por cien. El error, dice, es despreciable.

Apago el televisor.

Leo. No me concentro.

Soy consciente de vivir en un tiempo blando y maleable.

Tengo que seguir creyendo en mí.

Solo así evitaré acabar internado.

Casi como una consecuencia se ilumina la pantalla del Replicant. Es una de esas transferencias codificadas que a veces logran vulnerar el cortafuegos del sistema operativo y que India insiste en que no abra jamás. El enlace, sin embargo, incluye la palabra MONICA y la fecha 22 DE JUNIO. Es un MP6 que no se descarga en el teléfono, sino que se ejecuta desde un servidor remoto y casi siempre anonimizado. La imagen es de baja resolución, de hecho, pero de inmediato reconozco las cámaras de seguridad del Riu Plaza que me mostró la policía antes de cerrar la investigación. En ese vídeo Monica aparece sentada en una de las sillas altas del bar, junto a la barra, habla por teléfono —presumiblemente conmigo— y no parece alterada tal y como recuerdo. Cuelga y pide otra cerveza. ¿Quién estaría interesado en hacerme pasar otra vez por esto? ¿Por qué? El tipo que ahora se acerca a mi mujer no es otro que yo mismo, es decir, Schulz o el malogrado profesor de piano. En las imágenes de la policía, Monica llevaba la misma blusa y la misma falda. Recordé que me había extrañado verla dudar, como si volviera sobre sus pasos, pero en esta grabación se acerca a Schulz y le da un beso. Un beso casto y casi familiar, ausente de todo deseo. Luego se dirigen al

ascensor. Resultaba increíble que recurriendo a cortes o manipulando el ángulo de la toma, hayan podido hacer desaparecer a Immanuel Schulz de las imágenes. Suben juntos en el ascensor hasta la suite. Monica utiliza la huella dactilar y se coloca a la derecha, dejando el centro para el profesor. Las cosas ocurren exactamente como él me contó en aquel colector, permanecen en silencio, tímidos, sin decidirse. Hay un cambio de plano y la cámara muestra el interior de la habitación. Monica está sentada en la cama, indecisa. Es ella la que toma la iniciativa y se quita la blusa. Él se arrodilla entre sus piernas y besa el interior de sus muslos hasta que Monica, que permanece apoyada sobre los codos, se desploma sobre la espalda. Toda esa gesticulación resulta excesiva, simulada. De repente Monica se incorpora y aparta a Schulz por los hombros. No se entiende lo que dice, pero sin duda parece echar marcha atrás a lo que solo unos segundos antes parecía pura determinación. Schulz parece aceptarlo y se resguarda en el baño. Mientras él se ducha —se distingue el vaho en el espejo —, Monica camina hacia el balcón. Está desnuda de cintura para arriba, toma su cámara y hace algunas comprobaciones. No parece alguien que vaya a suicidarse. El profesor de música reaparece saliendo del baño con la toalla de rizo en las manos. Durante un segundo me pregunto si ese hombre de la grabación podría haber sido yo, si, al igual que he olvidado a la mujer de todas esas fotografías, también podría haber borrado lo que ocurrió en esa habitación, si no opté por extirpar esa experiencia de mi cerebro, o si, simplemente, me estoy volviendo senil. Schulz se acerca a ella y forcejean. No parece que esté evitando que haga una tontería, sino todo contrario. Schulz parece ofuscado, aunque no creo que se deba al repentino cambio de disponibilidad sexual en ella. Monica se defiende. De repente sus brazos quedan suspendidos en el aire y él aprovecha para subirla a la barandilla y darle el último empujón.

Su cuerpo cae engullido por la noche.

Tardo unos segundos en reaccionar.

Así que la mataron.

Schulz.

Immanuel Schulz.

Alguien idéntico a mí.

Alguien como yo.

Una versión de lo que yo nunca había sido.

Un fraude.

Y Wilhelm Keitel está detrás.

La corporación.

Ese fue el principio.

El germen.

Sabían que eso me convertiría en una presa más fácil, un tipo derrotado y maleable que no podría negarse a la tentación de salvarla, de darnos una segunda oportunidad y demostrar que siempre había estado equivocado.

Es la prueba.

Trato de rescatar el enlace en mi dispositivo, pero en cuanto toco la pantalla el vídeo se interrumpe y la señal queda bloqueada.

Frente a la ventana del salón hay tres hermosos álamos cuyas ramas plateadas carecen de forma o geometría. Eso me tranquiliza. Al otro lado de la calle, Nicole sale de Rizo's y, como siempre, echa el cierre y para ello se eleva de puntillas. ¿Cómo no he caído antes? A ella no han podido comprarla, nunca participaría de esta locura colectiva. Tomo la llave y, cuando me dispongo a salir, suena el teléfono. Podría ser ese hombre, o Schulz, o quien quiera que pueda explicarme...

¿Papá?

¿Cómo?

¿Estás ahí?

Hola, hija.

¿Dónde estás?

En casa.

¿Has olvidado nuestra cita? Habíamos quedado para cenar.

Eso fue la semana pasada.

¿Cómo?

¿Qué os sucede a todos?

¿Te ocurre algo, papá?

Es solo que... no podré ir. Tengo cosas que...

No puedes hacerme esto, hay..., bueno, hay algo importante que quiero contarte. Mira, te mando un taxi. En lo que llega, ponte guapo, utiliza la colonia que te regalé y recuerda que el restaurante está en la Plaza de los Cubos...

Sí..., sí, hija..., ya lo sé...

Lo y yo ya estamos aquí; venga, te esperamos.

Cuando bajo al portal, Nicole ya se ha marchado. Hacia Tirso de Molina solo se distingue la sucesión de farolas pareadas adentrándose en la noche.

63

En el sector William Morris™ está India escaneando el código QR del menú. Siempre ha odiado la impuntualidad, pero parece relajada.

¿Y Lo?, le pregunto.

Está en el baño, me dice.

Lamento el retraso.

No te preocupes. Nosotras acabamos de llegar. ¿No tienes nada que contarme?

¿Qué quieres decir?

Papá, estuviste genial. Ayer, quiero decir..., te vi en esa conferencia, estás en forma... No podía creerlo cuando Lo me dijo que estabas en el canal de la US. ¿Por qué no me lo habías contado?

No quería preocuparte.

¡Soy tu hija! Más de sesenta millones de impactos en veinticuatro horas, treinta mil comentarios... ¿Sabes lo que eso significa?

Supongo que es un cumplido.

¡Fue fantástico! Parecías uno de tus apolillados comunistas.

No soy comunista, pero, créeme, no es lo peor que se puede ser hoy día.

El mundo ya no es de derechas ni de izquierdas, papá, ni siquiera de ricos o de pobres.

Fue más o menos en este momento cuando recordé que Chloé me había enviado el primero de sus mensajes urgiéndome a tomar una decisión.

¿Esperas alguna llamada?

¿Cómo?

Desde que has llegado estas distraído... y tú no sueles...

Solo estaba borrando su contacto.

¿Qué contacto?

El de tu madre.

¿Y por qué ibas a hacer algo así?

Cada vez que me llamas aparece ella en la pantalla.

Papá, ¿te pasa algo?

He borrado su mensaje del contestador. ¿Sabes? A veces llamaba a casa solo para escuchar su voz.

Te confieso que también yo lo he hecho.

Daré de baja esa línea.

Nadie conoce ya ese teléfono.

India me arrebata el Replicant y repara en que es nuevo.

¿Qué ha pasado con el anterior?

Lo perdí.

Luego hace una mueca y se atusa el flequillo, echa la cabeza hacia atrás y se hace un selfi. Ya no es una niña y cada vez se parece más a su madre. Cuando me devuelve el teléfono veo que ha sustituido la fotografía de Monica por la suya.

¿Satisfecho?

Mucho mejor.

Ese gesto postergado durante meses me hace sentir una profunda serenidad, como si largara amarras de una pesada carga.

Quería, queríamos contarte una cosa, papá.

Lo sé.

¿Qué es lo que sabes?

Lo que vas a contarme.

Prefiero hablarlo contigo a solas. Estamos preocupadas.

¿Preocupadas?

Por ti. Ayer me llamó la doctora Cuartero. Sabes que somos amigas. Me dijo que has vuelto a faltar a su consulta y que llevas un año dándole largas.

¡La llamaré!, no te preocupes. Prometido.

¿Me puedes decir qué está pasando?

Nada, no pasa nada.

Si le hablara de la colonia y de las tres niñas, si le explicara el verdadero fin que escondía la conferencia de Ámsterdam, me

tomaría por un loco, por un demente, quizá por algo peor. Cómo voy a explicarle que su madre no se quitó la vida, sino que detrás de su muerte estaba ese otro que yo nunca había sido, pero que, por todo lo demás, era idéntico a mí. Si lo hiciera me llevaría en volandas a ver a su amiga la doctora, me encerrarían y cancelaría todos sus planes para vivir su propia vida en ese gris distrito del sur de Londres y Wilhelm Keitel se saldría con la suya una vez más, mi reputación...

No tardará en escribirme.

¿Quién tiene que escribirte?

Chloé, bueno..., es algo importante.

¿Quieres mirarme? Últimamente no estás bien...

Mira, hija, no estoy senil..., y no pretendo estarlo en bastante tiempo.

Lo sé, papá. Pero me prometiste que...

Hay algo importante que nunca te he contado de tu madre.

¿De mamá?

Sé que...

¿A qué viene esto, papá?

Crees que yo la maté, ¿verdad? Pero hay algo que debes saber: yo no fui el culpable.

Claro que no..., nunca he pensado nada semejante.

Ahora sé que nada de lo que hubiera podido hacer la habría salvado.

¿De verdad lo crees?

De fondo escuchamos el siseo de los inyectores que imprimen la comida a partir de acrilonitrilos. Ese sonido es el mismo que el de los insectos que devoraron los cimientos de la colonia y la convirtieron en nada.

Sé que aquella tarde, cuando llegué a casa, estabas con tu madre.

¿A qué te refieres?

La tarde en que tu madre estaba cocinando y...

Lentejas.

La tarde en que empezó todo. Tu madre estaba sentada en el suelo. ¿Cuántos años tenías?, ¿siete?, ¿ocho años?

Tenía diez. Y sí, estaba con mamá cuando tú llegaste, me asusté y fingí que hacía los deberes. Solo quería... solo quería que no pasara...

Si llamé a la policía fue por su bien.

¿Encerrarla? ¿Qué tipo de solución es esa? ¿Sabes lo que le hicieron allí dentro?

Tuve que tomar la decisión.

Le frieron el cerebro. Nunca volvió a ser la misma.

No eres justa.

Déjame hablar. ¿No quieres hablar? Me lo contó ella misma..., durante dos semanas la conectaron a una batería y le hicieron morder una cuña de goma como a un animal. Sus manos..., por Dios, ¿no te acuerdas de sus manos? Casi no podía sujetar su abrigo. No te culpo, papá, quiero creer que no sabías las consecuencias, pero sí eres responsable por huir, por no estar aquel día y permitir que desapareciera esa otra parte de ella que la mantenía viva...

Créeme, si pudiera volver a tomar ese avión de regreso lo haría. ¿Sabes cuántas veces he pensado en ello? Pero ahora sé que, aunque lo hubiera hecho, nada cambiaría el destino de tu madre.

¿Cómo puedes estar tan seguro?

Lo estoy.

Podrías haber llamado a la policía. Al menos eso...

¿Para decir qué? ¿Que sospechaba que mi mujer pretendía quitarse la vida en la habitación de un hotel? ¿Que buscaran en cada hotel y cada habitación? ¿Que estaba con su amante y...?

Eso no es cierto. Viste las imágenes como yo. Según la policía, no había nadie con ella...

Ella me lo dijo por teléfono... Sé lo que oí.

Pero te enseñaron las imágenes.

Entonces, explícame, ¿a qué fue tu madre a una suite de lujo un miércoles por la noche?

¿Has visto a su fantasma en Ámsterdam y te lo ha contado?

¿Y si te dijera que está viva? En otro lugar, pero viva. Y que en ese lugar te busca cada día...

¿Qué estás diciendo, papá? ¿Ahora vas a creer en el cielo y

esas chorradas?

Desde que tenía ocho años no la he visto llorar y el gesto me pilla con la guardia baja.

¿Se puede saber qué demonios te pasa?

Lo siento, le digo.

¿Qué sientes?

No sé pedir perdón, hija, nunca he sabido.

Te quiero, papá. No es necesario.

Es la primera vez que me lo dice así, de modo espontáneo, sin venir a cuento. Sé que piensa que mostrarse vulnerable conmigo nos convierte en dos animales heridos y nos coloca en la frontera en la que vivió su madre toda la vida.

¿Se puede saber qué demonios pasa aquí?

Lo está de pie, junto a la mesa. Lleva la misma casaca de doble abotonadura que la otra vez. Me levanto para darle dos besos, pero recuerdo que considera los besos un resto atávico de...

Herpes, septicemia, ya sé..., le digo.

Lo se encoge de hombros.

Hoy estás muy guapa..., será ese uniforme militar.

Es una casaca...

No empecéis.

¿Se lo has contado ya?

Te estaba esperando.

No hace falta.

¿El qué?

Que me lo digáis. Ya lo sé. Os vais a Camberwell. Te ha salido un trabajo allí. Vuestra casa está en el barrio universitario y hace unos minutos habéis estado mirándola con Wetopia Earth...

India y Lo se miran sin inmutarse.

Se lo has contado ya, ¿no?, pregunta Lo.

¡Vais a ser muy felices!

¿Otra vez usando tus capacidades precognitivas?

Vuelvo a mirar el teléfono y compruebo que faltan diez minutos para las nueve. Casi ha pasado un setenta por ciento del tiempo de nuestra reserva. Fue más o menos a esta hora cuando se produjo el atentado en la plaza. Me levanto apresuradamente de la

mesa.

¿Adónde vas?

Tengo que marcharme... Llego... Y otra cosa...

¿Qué?

No pidáis fugu.

No sabía que te gustaban los foodprint.

Hoy no es buena idea.

¿Te llamo el lunes y hablamos?

Hablamos.

Y no olvides llamar a la doctora Cuartero...

En el Independence Club permanece la cola de veinteañeros que beben batidos proteicos en vasos de cartón. Recuerdo a esa misma adolescente con el rostro blanqueado, sus plataformas led y el sostén de acetato de color flúor. Todo igual, exactamente como hace una semana. Uno de los chicos, en un evidente estado de embriaguez, ha logrado rootear su dispositivo de control de autoconsumo y apenas se tiene en pie. He llegado unos segundos antes, los suficientes para marcar la diferencia y evitar lo que ya está escrito. Sin pensar corro hacia ellos agitando los brazos. Por Princesa aparece el todoterreno cuyo conductor —camisa a cuadros, aspecto de leñador desaliñado— lanzará en unos segundos un artefacto explosivo por la ventana del auto. Tropiezo con el puesto de Bloombox y tiro el expositor de ensaladas de quinoa mientras un rider me grita algo que no entiendo...

¡Fuera de aquí! ¡Fuera!

Manoteo en el aire.

Bomba. ¡Hay una bomba!

El vigilante mira a su alrededor preguntándose si hablo en serio.

Nadie se inmuta.

La ventilación de la cafetería expulsa un fuerte hedor a grasas insaturadas. El conductor del todoterreno, en vez de frenar cerca de la acera y arrojar la bolsa como la otra vez, acelera y se pierde al final de la calle.

Uno de los chicos empieza a reírse.

Viejo, ¿está borracho? Lárguese.

Muy gracioso.

¿Dónde está la cámara?

Es un TikTok, ¿verdad? Tío, esta vez te ha salido mal. ¡Te hemos pillado!

Y cuando me doy la vuelta compruebo que tampoco el Sedric metalizado está junto a la Té House, ni el hombre de gafas oscuras que la otra vez me salvó la vida.

64

¿Sabes? Me extrañó que me llamaras...

Somos amigos, ¿no?

Dentro de la peluquería quizá, pero fuera... fuera no sé lo que somos.

¿Qué quieres decir?

Me llamas un domingo de madrugada, me sacas de la cama, me dices que vienes a mi barrio, ¿qué es eso que no podías contarme por teléfono?

Nicole vive en uno de esos edificios de ladrillo naranja de protección oficial en el barrio de Embajadores. Caminamos hacia la ronda en dirección al Rastro. Por la acera vemos los primeros puestos de marroquinería. Nicole se ha puesto un vestido de color melocotón con azaleas rojas en el vuelo.

Es algo importante.

Lo sé.

¿Lo sabes?

Te ha costado pedírmelo, ¿no?

Pedirte el qué.

Una cita, ¿no es esto una cita?

No es una cita.

En serio, ¿y qué es?

A ambos lados de la acera, las lonas de los puestos crean un desorden de tenderetes y casetas, de bolsos falsificados de Louis Vuitton y Hermès, de calzado de segunda mano y de saquitos de especias, de artículos usados de ferretería... Huele a barritas de incienso y cuero repujado, y más adelante, en el puesto de los perfumes, apesta a pachuli y esencia de rosas. Los carteristas caminan entre la gente buscando una oportunidad. Decenas de personas están detenidas frente a los puestos e impiden el paso al

resto. Una frutera vende su mercancía a gritos.

¿En qué piensas?

¿Recuerdas la última vez que nos vimos? En tu peluquería...

Nos vemos allí todas las semanas.

Pero ¿te acuerdas de la semana pasada? Me sugeriste que me tiñera de rojo. Te dije que me gustaría cambiar y tú...

Pues no, no lo recuerdo, ¿debería?

Pero *soy* pelirrojo, mírame. Antes no lo era. Algo ha tenido que pasar.

¿Me has sido infiel?

¿Qué dices?

Con otra peluquera. Créeme, no te conviene..., tiene un gusto pésimo.

¿Recuerdas que me preguntaste por una conferencia que acababa de impartir en Ámsterdam?

Nicole mira alrededor como si temiera ser arrastrada por los compradores que bajan desde la ronda.

¿Qué día es hoy?, le pregunto.

¿Me has hecho vestirme así para preguntarme qué día es hoy?

Solo dime a qué fecha estamos.

Nicole consulta su reloj.

18, dice, 18 de diciembre.

¿Estás segura?

¿No debería estarlo?

¿Por qué has mirado tu pulsera?

¿Cómo iba a saberlo si no?

Pone su dedo índice sobre mis labios y me agarra del brazo.

Paseemos.

No me muevo de aquí.

Aquí no, añade, ven, te mostraré algo.

¿Algo?

Para eso me has llamado, ¿no? Quiero presentarte a un amigo.

Tira de mí hacia uno de los puestos que hay en la Plaza de Vara del Rey, frente a los anticuarios y los chicos que hojean mugrientas colecciones de cromos plastificadas. El amigo de Nicole

es el dueño de un puesto de agricultura ecológica. Mientras esperamos nuestro turno, Nicole me cuenta que Antonio fue auditor de una empresa fiduciaria del grupo de Wetopia Inc. durante años, pero que abandonó ese puesto y desde hace tres vive en uno de esos pueblos abandonados en el límite de la provincia de Guadalajara. Aunque para ella es una especie de héroe, a mí solo me parece un vendedor de verduras. No seas idiota, me dice. Gracias a la autogestión evita la explotación agropecuaria y sobrecostes, fomenta la economía local y cultiva sin abonos nitrogenados...

Bien, vale, ¿y qué tiene eso que ver?

Lo cierto es que es un puesto de frutas tristes, feas e irregulares.

¿Me vas a decir de una vez por qué estamos aquí?

Tranquilo.

Cuando la veinteañera que tenemos delante termina de comprar, Nicole da un paso adelante:

Hola, Antonio. Este es el amigo del que te hablé.

Qué tal, dice limpiándose la mano en el mandil. Salta a la vista que entre ellos hay algo que excede la cordialidad, así que tú eres él.

No debe tener más de cuarenta años, pero el pelo le clarea en las sienes y la piel tiene una textura cobriza. Me cuesta imaginar a este tipo en traje de mil euros llevando las cuentas de los clientes de la corporación, prestando dinero y escatimando impuestos. Lo veo más bien en su parcela, alimentando gallinas y ordeñando vacas, plantando puerros lejos de las antenas de telefonía y del control que se ha apoderado de todo.

Tienes razón, dice, hacéis una pareja estupenda.

¿Nosotros? Ya le gustaría.

Esta mujer vale su peso en oro. ¡Cuídala!

Solo le he tomado un poco de cariño, dice Nicole, es mi mascota.

El tal Antonio, sin que nadie se lo haya pedido, introduce unos limones verdosos y pequeños en un cucurucho de cartón. Miro a Nicole y a su amigo y de repente parece que ambos

añadirán algo que no dicen. Recordé entonces las palabras de Elsa cuando me dijo que también ella había sido peluquera, que llevaban meses siguiéndome, que habían estado cerca de mí, muy cerca en realidad, dijo que conocían mi vida, la de mi hija, lo que había ocurrido, sabemos cómo vive, eso había dicho, lo que le ha pasado con su mujer... Realmente Nicole apareció en mi vida cuando murió ella, de la nada, aconsejándome sobre India como lo hubiera hecho una madre, ayudándome a salir adelante. Sus manos sobre mi cabello eran el único contacto humano que tenía a lo largo de la semana. Quizá estaba exagerando, pero ella me había dado lo necesario para no hundirme y seguir adelante meses atrás. Tampoco escapaba al hecho irónico de que Monica se había pasado toda su vida fascinada por las peluquerías y los cabellos, por los pequeños universos que encerraban. Era de los pocos comercios del barrio que seguían aceptando efectivo, en los que solo se leían revistas en papel y se escuchaba un viejo transistor analógico, incluso tenía sentido que Nicole obligara a sus clientes a dejar sus teléfonos en una caja de Faraday. ¡Así era!

No los metáis en la nevera..., los limones, mejor dejadlos al aire libre. La albahaca os la regalo yo.

Con una cera garabatea algo en el cartón del envase. Es uno de esos teléfonos que comienza por un prefijo provincial.

Tenemos un grupo de autoconsumo, dice, si necesita lo que sea, patatas, alcachofas, llámeme, tengo casi de todo.

¿Alcachofas?

Siempre existe la posibilidad... de comer de otro modo, de vivir en otro lugar...

¿De qué diablos está hablando?

De comer, dice Nicole, ¿nos vamos?

La peluquera me arrastra entre la gente y cuando estamos frente a las Galerías Piquer, rodeados de relojes averiados y de pesas y engranajes que ya no marcan el tiempo, añado:

Así que sois ellos.

¿Quiénes?

La resistencia.

Nicole se da la vuelta.

¡Qué tonterías dices!

Dime la verdad. ¿Lo sois?

Vamos a mi casa.

¿A tu casa?

Pero no te hagas ilusiones. No quiero malos rollos.

Avanzamos hacia la zona de los libros antiguos en Carnero con Arniches y nos detenemos junto a una pareja añosa. Nicole hojea un manoseado volumen de *Tarzán* y yo una obra titulada *La farsa* escrita por Muñoz Seca hace más de un siglo. Tiene un precio irrisorio. En la primera página hay una dedicatoria que dice: AL ESPECTADOR DESCONOCIDO QUE CON SU IMPARCIALIDAD Y SU DESAPASIONAMIENTO NOS HA OTORGADO LOS APLAUSOS. El Replicant vibra en mi bolsillo.

Cógelo, dice Nicole.

No quiero.

Es importante, dice.

Es un mensaje grabado. Al parecer, una voz femenina que se presenta como directora de comunicación de la marca de cereales de Golden Bridge me ha llamado y no ha podido localizarme. Dado que harán pública la noticia en las próximas horas, debe comunicarme que mi boleto, ¿qué boleto?, figura como el ganador del sorteo de la compañía. ¡Sesenta millones de euros!, dice la mujer, ¡le han correspondido los sesenta millones de euros! ¡Una vida! El precio de mi silencio, sospecho, el sueldo que Wilhelm Keitel me prometió hace siete días en Ámsterdam. ¡Esa es la prueba de que todo existió! El valor del secreto, de Monica. La directora de comunicación de Golden Bridge me sugiere que la llame el lunes para ultimar lo que llama los detalles fiscales de la operación.

¿Quién era?

Nadie, le digo.

La vivienda de Nicole es una extensión de su peluquería. En la cómoda de la entrada hay otra de esas cajas hexagonales para aislar la señal de los dispositivos de rastreo. No hace falta que diga nada para que deje en ella mi pulsera de salud y mi Replicant.

Nicole cierra el block con una vuelta de tuerca y solo entonces me permite pasar a su salón. Apenas hay mobiliario, solo una mesa de centro y un viejo televisor de tubo catódico de cuarenta y seis pulgadas.

¿Te vas a algún lado?

Por qué lo dices.

Parece el piso de una terrorista.

Muy gracioso.

Sobre la mesa veo el retrato de un hombre. Tiene el pelo largo y un aspecto racializado. Supongo que es el director de cine experimental del que me ha hablado alguna vez.

¿Por qué no tuvisteis hijos?

¿Quieres que los tenga contigo?

Un poco tarde, ¿no?

¿A qué viene esa pregunta?

Conocí a alguien. Una mujer, otra peluquera como tú... Ella sí tenía una hija.

Digamos que la vida no me lo puso nada fácil.

¿Qué quieres decir?

Nicole camina hacia el balcón y abre la ventana. El viento agita las cortinas a su alrededor. Es un séptimo y, justo enfrente, cruza la zarpa de una grúa. Nicole me mira fijamente como si supiera qué va a pasar y con el brazo, muy muy despacio, se baja uno de los tirantes del vestido, luego el otro. La tela cae de cintura para abajo dejando al descubierto un sostén de color camel. No parece un sostén normal, sino una de esas prótesis que se utilizan después de una cirugía invasiva.

Acabas de preguntarme por qué no tuve hijos, ¿no? ¿Tienes el valor de descubrirlo?

Cuando Nicole se quita la prótesis, el pecho, o lo que queda del pecho, queda al descubierto. Es como si una granada hubiera explotado desde el interior de ella. En lugar de la mama hay una cicatriz desde el plexo solar hasta la axila. La piel tiene ahí un color avellanado, más oscuro que el resto y forma un pliegue continuo ligeramente atirantado. Ese pecho, que en mis visitas a la peluquería había sentido como suave y esférico, era solo otra

ilusión.

¿Decepcionado?

En absoluto.

Preferí no reconstruirlo. Ahora puedes marcharte cuando quieras.

No voy a marcharme. ¿Puedo?

Si puedes, ¿qué?

Acercarme.

¿Te gustaría?

Sí.

Me temo que no.

¿No?

¿No quieres una cerveza antes?

Nicole se acerca hasta donde estoy. La cicatriz queda a unos centímetros de mis ojos. Con el dedo recorro la piel convertida en caos. Bajo la yema del dedo siento cada una de esas pequeñas vetas que abren hacia el exterior. El desorden trató de apoderarse de ella. Nada va a salir mal.

¿Qué has dicho?

Nada.

Mira que eres rarito.

Luego vuelve a ponerse el vestido sin el sostén, marcando la asimetría del flanco izquierdo que queda hundido y enfatiza algo erróneo en ella. Cuando va a abandonar el salón, se gira y me dice:

No lo sé...

¿Qué es lo que no sabes?

La respuesta a tu pregunta. Supongo que me hubiera gustado tener hijos, ser como ella, pero no lo he sido, dice encogiéndose de hombros. Una es lo que es y nunca puede ser dos mujeres a la vez. ¿Responde eso a tu pregunta?

NOTA DEL AUTOR

La primera versión de esta novela se escribió hace más de quince años. Aquel libro, que contenía todos los errores posibles en un joven narrador, deambuló de editorial en editorial y, aunque alguna breve tentativa hubo por parte de un gran grupo editorial, finalmente me rendí a la evidencia de su probable inmadurez. No por ello dejé de pensar que aquel germen, que compartía título con esta, guardaba cierto encanto y sobre todo una cándida ambición hacia las inquietudes temáticas que posteriormente he trabajado en otros libros. Sin temor añadiría que aquella era una novela religiosa en su acepción menos inexorable o mística, y que fue la lectura del ensayo *La precesión de los simulacros,* del filósofo francés Jean Baudrillard, lo que constituyó el sustrato ideológico y el detonante de esta fábula que ahora termina. La sociedad de hoy pareciera anticipar la muerte del sujeto, una sociedad compuesta no ya por sus individuos, sino por geolocalizaciones, historiales de compras y, en definitiva, un inextricable conjunto de sofisticados algoritmos interrelacionales. Ni siquiera somos lo que decimos, sino lo que indican nuestras búsquedas de internet, nuestras preferencias en las redes, formamos sin saberlo el ejército del Big Data sin reparar en que su único templo e interés es el económico. La religión —y me refiero aquí a cualquier forma de creencia— ha dejado en sus manos la narrativa del mundo. De eso quería hablar, de este mundo de hoy transformado en esa cebolla metafórica de Ibsen con múltiples y abundantes capas, cada vez más finas, que solo encierra una burbuja esencial de vacío. Me complacía la idea de mostrar a los androides, no como portentos técnicos, sino como metáforas, simulacros o gólems creados a imagen y semejanza de un creador omnipotente. Eso me permitía abordar ciertas derivas sobre la naturaleza irreflexiva que acogotan este nuevo siglo,

tendencias que, con inadvertido y sigiloso entusiasmo, parecemos obligados a aceptar y no pocas veces a respetar. ¡Lástima ser un filósofo tan nefasto y poco eficaz! Fueron las correcciones sucesivas del texto las que, por fortuna, limaron toda esa vanilocuencia teórica en detrimento de una narración que, espero, bajo el peso de las acciones, no haya perdido su ambición y profundidad originales.

Si al perpetrar esta novela llena de ficción he cometido la osadía de adentrarme en el terreno fronterizo de la ciencia ficción, o la anticipación, no ha sido por deseo expreso, sino por necesidad. Una sociedad futura que ya ha consumado nuestros errores de hoy, ofrece múltiples oportunidades y ventajas de representación, aunque en estos cuatro años de escritura jamás he pensado en ella en términos distópicos. Con alargar las yemas de los dedos es suficiente para alcanzar la sociedad aquí descrita. Lo que en ella se cuenta es más presente que futuro y, para quienes piensen que exagero, recomiendo la lectura de *Los nueve gigantes,* de Amy Webb, publicado hace cuatro años —y en esto, los años son cruciales— y que, en muchos sentidos, sirvió de base documental al texto. Otros ensayos que acodalaron teóricamente la novela fueron: *Patologías de la realidad virtual. Cibercultura y ciencia ficción,* de Teresa López-Pellisa; *El potlatch digital,* de Felipe Ortega y Joaquín Rodríguez; *Big data. La revolución de los datos masivos,* de Viktor Mayer-Schönberger y Kenneth Cukier; *Contra el rebaño digital,* de Jaron Lanier, o *En el acuario de Facebook,* del colectivo de investigación Ippolita. Las limitaciones impuestas por un relato narrativo de ficción me obligaron a prescindir de debates técnicos, filosóficos o morales que en el libro de Webb, por mencionar alguno, se vierten sobre inteligencia artificial gruesa o los sistemas neuronales capaces de tomar decisiones holísticas, algo con lo que ya convivimos cuando compramos por internet, navegamos por las redes o nos enfrentamos, sin saberlo, al algoritmo de identificación facial de una cámara o un dron. Por comodidad omití los nombres reales de las empresas y corporaciones que se esconden tras Wetopia Inc. aunque cualquier lector tendrá en mente su nombre o nombres reales.

El diálogo que mantienen los dos zomboides en el capítulo 41 es una adaptación del que mantienen Vladimir y Estragón en *Esperando a Godot*. Apenas queda rastro de aquel, quería manifestar la deuda y plantear la idea de que el absurdo está en la base de la lógica más profunda y contundente, y que, de hecho, es una consecuencia de ella. Por último, pero no menos importante, fueron determinantes las lecturas del crítico Pedro Bosqued, de Silvia Flores y de Mareike Philipp, todos ellos me obligaron a reparar en detalles cruciales y contribuyeron, de una u otra manera, a que este proyecto alcanzara una meta más satisfactoria. También a Maria y Pino, de la librería Enclave, que ante cualquier petición siempre estuvieron prestos a recomendar y tienen toda la responsabilidad en la bibliografía más arriba expuesta. También querría agradecer al Ministerio de Cultura la concesión de una beca para la creación que permitió que este libro, en épocas complejas para todos, llegara a buen puerto. Mi familia, como la de todos, me ayudó a superar los tiempos de incertezas y, como siempre, jugó un papel nuclear. Y por supuesto, y como ya viene siendo costumbre desde hace años, a mis editores Iván Serrano y Juan Cerezo, que con su inasequible equipo apoyan desde hace años esta quijotesca andadura.

Madrid, 5 de abril de 2022

Notas

1. Adolf Hitler, *Mein Kampf*. *(N. del A.)*

1. Los fore son la tribu neolítica más aislada del planeta. Las autoridades de Papúa Nueva Guinea controlan cualquier tipo de interacción entre la reserva y el exterior. Hace años se instalaron cámaras y drones para facilitar la tarea de los investigadores. Los fore, sin saberlo, son el pueblo secreto más estudiado del planeta. Cada alteración de sus hábitos y costumbres es registrada en el Departamento de Bioantropología de la Universidad Estatal de Nueva Guinea en Puerto Moresby. *(N. del A.)*

El rumor y los insectos
Ignacio Ferrando

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Ilustración de la portada: Saldos, de Barbara Baldi. © Barbara Baldi

© Ignacio Ferrando, 2023

Todos los derechos reservados para Tusquets Editores, S.A.
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2023

ISBN: 978-84-1107-272-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!